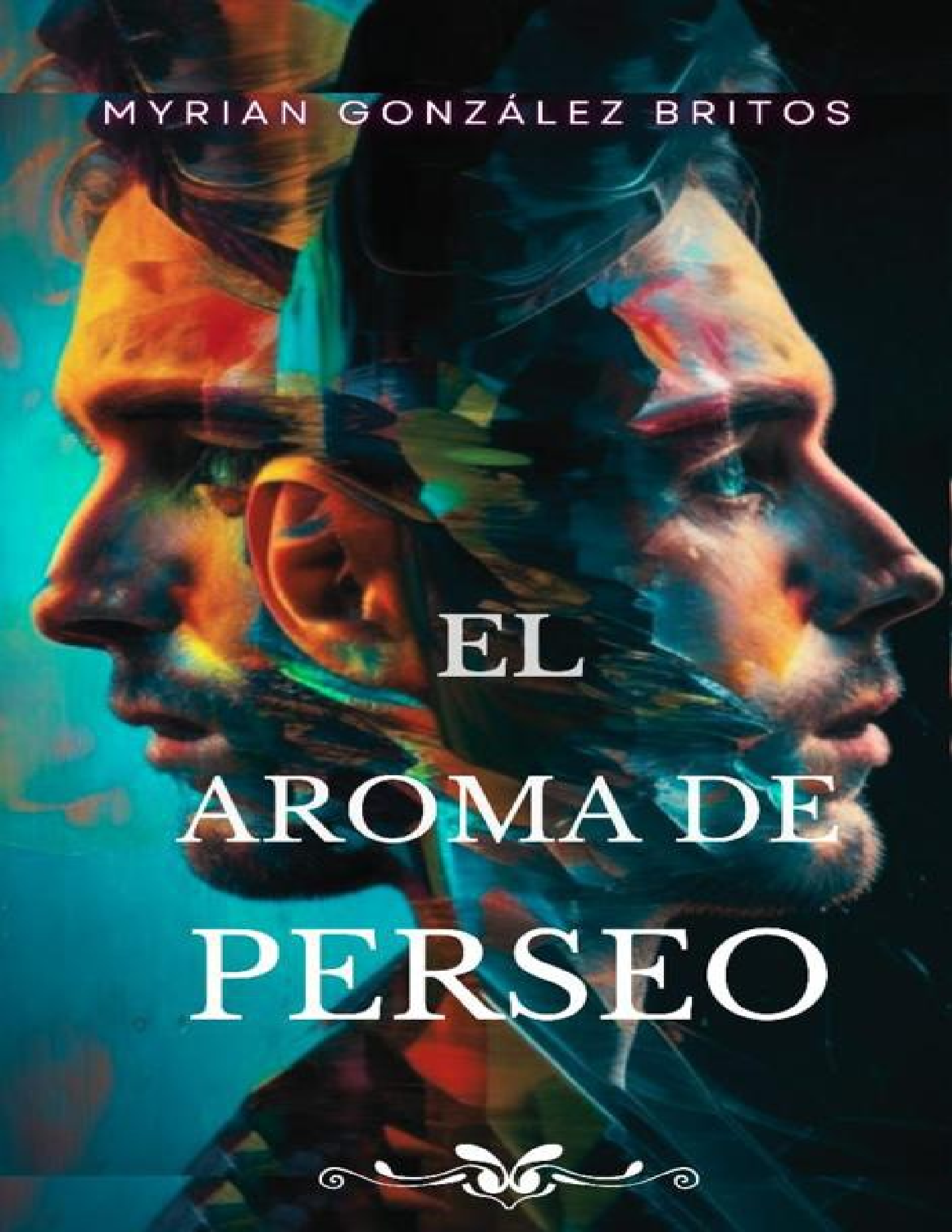


An abstract painting featuring two faces in profile, facing each other. The faces are rendered with vibrant, overlapping colors like orange, red, yellow, and blue, set against a dark, textured background. The style is expressive and painterly, with visible brushstrokes and a sense of depth.

MYRIAN GONZÁLEZ BRITOS

EL
AROMA DE
PERSEO



El aroma de Perseo

Myrian González Britos

© 2024 Myrian J. González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición agosto 2024

ISBN: 979-8336243017

Dedicatoria

Patricia, mi ángel literario, lo hemos conseguido, sin tu ayuda, paciencia, aliento y cariño incondicional, esta maravillosa historia no hubiera visto la luz.

Gracias para siempre...

Anosmia



El **olfato** es un sistema complejo que **comienza en la nariz y transmite mediante impulsos nerviosos** las sensaciones olfativas hasta el **cerebro**, que las procesa. Si a lo largo de este recorrido hay alguna alteración o interrupción, el sentido del olfato puede verse afectado e incluso abolido por completo. **Cuando una persona, por el motivo que fuere, deja de percibir los olores**, se dice que padece una **anosmia**.

Nunca pensé que conocería
al amor de mi vida a los ocho años.

«Ally McBeal»



Introducción

Cora

El aroma del pasado

Hattingen, 20 de mayo de 2023

Treinta años pasaron desde la prematura partida de mi mejor amigo de infancia, el único que logró traspasar la barrera impuesta por mi discapacidad olfativa llamada: Anosmia Congénita Aislada. En simples palabras, no podía apreciar aromas y sabores, aunque hubo una única excepción en mi vida.

Perseo...

No había ninguna explicación lógica, al menos nunca me la dieron todos estos años. Infelizmente, él ya no estaba para poder encontrar una posible respuesta a la reacción del nervio olfativo cuando lo tenía cerca.

O tal vez fue mi alma...

Me quité las gafas de sol a cámara lenta al ver la nueva lápida en el lugar de la de Perseo. Sabía que pasaría, pero a pesar de ello, no estaba preparada emocionalmente.

Dios, esto duele mucho....

Cuando busqué a uno de los encargados del lugar, me aclaró que solo podía dar informaciones a los familiares.

Y yo no era uno de ellos...

Me acuclillé delante de la cruz mayor y encendí la vela en su memoria. Una ráfaga acarició mis mejillas con suavidad y erizó toda mi piel.

Yo también te echo de menos...

En el país la eternidad tenía un plazo fijo: veinticinco años, los que él cumplió hacía cinco años atrás. Y, aunque retiraron la lápida, seguí viniendo y, probablemente siempre lo haría.

—Siempre.

Al ver la hora que marcaba la pantalla del móvil, casi perdí la compostura.

—¡Dios!

Salí corriendo rumbo a mi destino, media hora después de lo acordado. Arranqué mi moto sidecar de color rojo y salí como alma que lleva el diablo.

—Madre mía —susurré molesta conmigo misma—. Mi jefa me matará.

Aparqué la moto delante del castillo que los recién casados eligieron para llevar a cabo la fiesta. Hice las primeras fotos del lugar con la cámara.

—Maravilloso.

Me puse el vestido estilo túnica que me dieron en la agencia y me encaminé al lugar a

pasos firmes. Miré mis botas de cordones y me reí.

—No es muy medieval.

Negué con la cabeza.

—Buenas tardes, soy la fotógrafa —anuncié a la mujer que se encontraba en la recepción—. Cora Hartmann.

Revisó una carpeta, la lista de invitados, supuse. El ruido que procedía del interior del castillo me daba una ligera idea del tamaño de la fiesta.

—Adelante, señorita.

Colgué la cámara fotográfica en el cuello y giré sobre los pies. Di unos pocos pasos cuando sin querer choqué contra alguien con violencia.

¡Maldición!

Si no fuera por la habilidad de la persona, me hubiera caído al suelo y generado mucho bullicio innecesario.

—Perdón —susurré.

El hombre de cabello castaño claro, ojos azules intensos, barba incipiente y piel bronceada me miró fijo con una media sonrisa en los labios.

—No se preocupe, señorita.

Dios mío, no puede ser...

—¿Se encuentra bien, señorita?

El corazón me latía muy deprisa.

—Sí.... —jadeé en un susurro.

Me enderezó con mucho cuidado.

—Ese aroma —musité atribulada—. No puede ser —temblé.

Compuso una mueca de duda.

—No, no puede ser —repetí—. Es idéntico.

Después de muchos años, volví a sentir un aroma, uno que nunca olvidé, que nunca pude relegar de mi alma.

El aroma de Perseo...

Uno

Perseo

El mejor amigo

Hattingen, septiembre de 1991

Una hoja amarillenta con manchas rojas se movía inquieta cerca de mi vieja zapatilla negra. Me quedé mirándola hipnotizado durante un breve instante.

Solía pasarme a menudo, en especial en la escuela, aunque allí nadie se daba cuenta de nada. Muchas veces tenía la sensación de que era invisible. Motivo por el que nadie me hablaba o jugaba conmigo.

Siempre me cuestionaba al respecto...

Me hubiera gustado ir a la fiesta de cumpleaños de mis compañeros, jugar al fútbol con ellos o, sencillamente nadar en el río en las vacaciones de verano.

—Perseo, ¿estás listo?

Desvié la mirada de la hoja bailarina y busqué a mi abuelo con ella.

—Sí, Opa.

Se puso su vieja boina marrón deshilachada y cogió su abrigo gris un poco arrugado.

—¿Llevas tus galletas?

Eran caseras, hechas por él mismo, el mejor panadero del pueblo, aunque debía resaltar que no había otro.

—Sí, Opa.

Además de las galletas de chocolate, también llevaba una manzana y una banana.

—Te queda bien ese abrigo, Perseo.

Era gris con capucha, algo gastado, pero limpio.

—Un poco pequeño —resaltó mi abuelo con una ceja enarcada—. Serás alto como yo.

Era muy alto.

—Tendré que comprarte uno de tu tamaño.

Había crecido unos centímetros el último año, por lo que alguna que otra ropa me quedaba más pequeña.

—El mes que viene te compraré uno nuevo.

Me tocó la cabeza con afecto paternal.

—Solo si se puede, Opa.

Rodeé las correas de la mochila con las manos y apreté los pasos cuesta abajo. Mi cabello se balanceó al ritmo de mi caminata firme y segura.

—Tal vez este año conozcas a tu mejor amigo, Perseo.

Lo miré de reojo con una sonrisa que pugnaba por adueñarse del todo de mis labios, pero no lo consiguió al final.

—A los siete años conocemos a nuestro primer gran mejor amigo —aseguró con una amplia sonrisa en los labios—. El amigo que nunca olvidamos, aunque pasen cien años.

Ladeé la cabeza.

—¿Cien años, Opa?

Asintió antes de mencionar a Erich, su mejor amigo de la infancia.

—Tengo casi cincuenta años y todavía lo recuerdo, Perseo.

Se puso triste.

—¿Y qué pasó de tu amigo, Opa?

Suspiró hondo.

—Cada quien siguió su camino, lejos el uno del otro, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no lo he olvidado, Perseo.

Exhalé un jadeo lleno de frustración al comprender mejor aquella perorata. Mi abuelo no entendía que yo no tenía amigos no por opción, sino por decisión de los otros niños.

—Opa, nadie quiere ser mi amigo.

Se detuvo en seco a unos pocos metros de la escuela. Yo también lo hice por inercia.

—¿Por qué no?

Se burlaban de mi nombre, de mi casa, de mi corte de pelo e incluso de mi abuelo.

—No lo sé.

Siempre me miraban con extrañeza en la clase, en especial cuando me presentaba y hablaba de mi abuelo en lugar de mis padres o hermanos como la mayoría de ellos.

—Si te tratan mal... —expresó un poco enfadado—, tendré que hablar con la directora de la escuela.

Asentí con un cabeceo.

—Tal vez las cosas cambien este nuevo año, Perseo.

Volví a asentir, aunque con menos entusiasmo. Se acucilló delante de mí y envolvió mi mejilla con su mano callosa.

—Buen inicio de clases, Perseo.

Sonreí.

—Gracias, Opa.

Sus ojos azules claros eran muy parecidos al color del cielo en el verano. Los míos eran idénticos, aunque las pestañas y los cabellos no. Mi abuelo los tenía de un rubio clarísimo cuando era joven, ahora tenía canas, también en la abundante barba.

—Hoy habrá pasta con salsa de tomate —anunció sin abandonar su sonrisa—. Y de postre compota de manzana con cereza.

Me relamí los labios con ilusión.

—Me encanta, Opa.

Se puso de pie y besó mi cabeza.

—Nos vemos, Perseo.

Me dirigí a la escuela a pasos lentos, pero antes de atravesar el portón, giré la cabeza hacia mi abuelo. A pocos metros de cambiar de dirección, hizo lo mismo y solo después de balancear la mano, entré en el edificio.

Bienvenido al infierno, Perseo...

Entré en el salón que me tocaba ese año sin apenas llamar la atención de quienes ya fueron mis compañeros el año pasado.

Infelizmente...

—¡Hola!

Todos se saludaban con alegría.

—¿Viajaste en las vacaciones, Emma? —quiso saber Lina.

Ni me miraron.

—Sí, fuimos a Italia —replicó Emma.

Nadie me habló, tal vez ni siquiera me vieron llegar o, eso pensé hasta que escuché el comentario del niño más plasta de la clase.

—¿Se bañará? —soltó Emil—. Su ropa parece sucia.

Suspiré derrotado, el año anterior hacía lo mismo.

—¿Viste dónde vive? —retrucó Ingolf, desdeñoso.

Vivía en una casa modesta, un poco vieja y deslucida, cerca del bosque. El dueño era el patrón de mi abuelo, por lo que no pagábamos alquiler.

—Su abuelo me da miedo —comentó Lena—. Es mugroso como él.

Alguien colocó una mochila rosa en la silla que estaba al lado de la mía en el pupitre para dos alumnos.

—¿Quién es ella? —espetó Olga—. ¿Es nueva?

No levanté la cabeza del pupitre.

—Es guapa —resaltó Emil.

Retiró la silla con cuidado y se sentó en ella. Un aroma floral se coló en mis fosas nasales, era el mismo del suavizante de ropa que usaba mi abuelo.

—Hola —saludó.

Me di la vuelta para mirarla y asegurarme de que me hablaba a mí.

—Hola —repliqué en un susurro.

Su cabello era rubio oscuro con algunos mechones más claros y sus ojos eran verdes, muy parecido al tono de las hojas del manzano del jardín de mi casa.

—Soy Cora.

Me miró fijo.

—Soy Perseo.

Sonrió.

—Qué nombre más bonito, Perseo.

Me ofreció un chicle.

—Gracias, Cora.

Quise decir que su nombre era bonito, pero era demasiado tímido.

—De nada, Perseo.

Aquel primer día de clases, en el segundo grado, conocí a mi mejor amiga en todo el mundo, a quien, estaba seguro, nunca olvidaría.

Ni en cien años...

Dos

Cora

Una jugada del corazón

Hagen, mayo de 2023

Fijé el ojo en la lente de la cámara fotográfica y capturé varias imágenes de la feliz pareja de recién casados, detrás del pastel de tres pisos con una pareja de novios tradicional.

Al apartar el pesado instrumento de trabajo de la cara, en un acto reflejo, busqué al hombre de cabello castaño claro, piel bronceada y ojos azules intensos, vestido con un elegante traje oscuro. Sin querer, nuestras miradas se encontraron de golpe en el preciso instante que la canción *Love In The Dark* de *Adele* comenzó a sonar en los altavoces. Hipnotizados, nos contemplamos durante unos instantes.

—¿Podrías hacer unas fotos de la mesa?

La voz de la madre del novio me devolvió a la realidad de sopetón. Desvié la mirada hacia ella y le sonreí.

—Claro.

Me dirigí a la mesa con ella y obedecí sus instrucciones al pie de la letra, preguntándome por qué llevaba ropa medieval si no aparecería en ninguna foto.

—Pronto serviremos la tarta —anunció una mujer embarazada—. Aún no se hablaron, mamá.

Participé de la charla de manera involuntaria.

—Ni una sola vez —agregó la mujer, molesta—. Él acaba de salir de una relación —resopló—. Emma es muy tímida.

No tenía idea de quiénes hablaban, pero me quedó claro que actuaban de Celestina o, al menos, lo intentaban.

—Es un hombre muy guapo —comentó la mujer encinta—. Harían una hermosa pareja.

La madre exhaló hondo.

—¡Y Emma se olvidaría de su ex!

Al parecer, por los comentarios, Emma sufría por un hombre que no valía mucho.

—No entiendo cómo pudo estar con ese hombre tantos años, mamá.

Disparé varios flashes hacia la tarta decorada de una manera muy delicada.

—El amor es un misterio, hija.

No era amor, al contrario, era ausencia de él. Me costó años de mi vida llegar a esa conclusión, además de interminables peleas y traiciones por parte de él.

—Michael es un buen hombre —reconoció la madre—. Sería un buen marido para Emma.

La hermana mencionó la edad de Emma, casi treinta y tres años, el tono dejó claro que eran demasiados. Una mujer tenía tiempo de caducidad para buscar la felicidad, en general asociada a marido e hijos.

—Algo se nos ocurrirá —cuchicheó la madre con picardía.

Después de hacer varias fotos de la mesa, me dispuse a ir al servicio. Le pregunté a uno de los camareros dónde se encontraba.

—Por allí, señorita.

Asentí.

—Gracias.

Al salir del servicio, a mitad de camino, me crucé con el hombre de horas atrás con quien tuve un encontronazo y la impresión que me causó aquel aroma único en todo el mundo, me detuvo en seco.

—¿Se siente bien?

Me tambaleé un poco al llevar la mano a la sien que latía con desenfreno. Su cercanía, lejos de tranquilizarme, solo empeoró la situación.

—Estoy bien... —susurré.

Su aroma asaltó mis fosas nasales, transportándome al pasado, al lado de quién ya no estaba.

—No es él —susurré para mí misma—. No es Perseo.

La pena fue tan cruel que un pequeño gemido de dolor brotó de mis labios.

—Está teniendo un ataque de ansiedad, señorita.

Temblaba mucho, no fui consciente de ello hasta que cogió mi mano entre las suyas, cuando los espasmos aumentaron e instaron a mirarlo a la cara.

—Soy bombero —me aclaró al ver mi deje—, venga, siéntese aquí.

Alguien se acercó a nosotros.

—Michael, ¿estás huyendo?

Michael...

—¿Huir de qué?

Era el nombre que mencionó la madre de la novia.

—De quién —repuso el hombre que no me di el trabajo de mirar—. No te hagas.

Mantuve la cabeza gacha y la mirada atenta a sus relucientes zapatos negros. Su amigo resopló antes de preguntar qué me pasaba, solo entonces se dio cuenta de mi presencia.

—Sufrió un ataque de ansiedad —le explicó Michael—. Le traeré agua fría.

Al levantar la vista, observé cómo su amigo calvo me estudiaba con sus ojos grises bordeados por unas ojeras, las impuestas por la genética, como me pasaba a mí.

—Mejor un poco de champán —bromeó él.

Michael le tocó el hombro.

—No tardo, señorita.

Pensé en pronunciar mi nombre y ver su reacción, sin embargo, cuando el novio lo llamó desde la mesa, desistí de ello.

—Permiso, señorita.

Su amigo lo siguió e insistió que debía dejar de huir. No le replicó, solo le palmeó la espalda y se dirigió hacia el lado derecho.

—Dios... —jadeé—. Me zumban los oídos.

Lo vi cruzar hacia el otro lado a pasos firmes. Ya no llevaba la chaqueta del traje y tampoco la corbata, ambos de color negro que contrastaba mucho con su camisa azul marino que

realzaba mucho su fuerte torso.

—Es bombero —murmuré bajito.

Evoqué el último regalo que le di a Perseo en su cumpleaños. Negué con la cabeza y me puse de pie de un salto. Sin pensarlo, me dirigí a la salida con mis cosas sin despedirme de nadie, ni siquiera de los novios.

—No es él —siseé con la voz rota—. No lo es.

Era el día de su cumpleaños, las emociones y la añoranza me hicieron una mala jugada, porque él, Perseo, estaba muerto.

Hacía treinta años...

Tres

Perseo

El aleteo de una amistad

Septiembre de 1991, Hattingen, Alemania

Las alas de la mariposa amarilla se movieron sobre la flor roja y se adueñó de nuestra atención por completo. Cuando voló, Cora levantó la mirada y la observó, sin percibir mi escrutinio. Solo la desvié al oír los gritos eufóricos de los compañeros en el parque. Nunca nos invitaban a jugar con ellos y las veces que lo hicieron, me excluyeron a mí, al niño de la ropa vieja y zapatillas pasadas de moda. Cora puso la mano en mi antebrazo y me sacó de mi ensueño.

—Son unos tontos, Perseo.

Dos semanas pasaron desde su llegada a la escuela.

—Nadie te habla, Cora.

Esbozó una sonrisa.

—No me importa.

No apartó la mano de mí.

—No es justo.

La semana pasada Emma invitó a todos a su fiesta de cumpleaños, incluso a Cora, pero ella no fue al enterarse de que a mí no me incluyó en su lista de invitados.

—No lo es, Perseo.

Parpadeé.

—Te perderás muchas fiestas de cumpleaños, Cora.

Los observó por encima del hombro desde el jardín de la escuela, a pocos metros del parque.

—Lo sé y no me importa.

Apartó la mano y cogió algo de su merendero rosa.

—Mi madre hizo dos bocadillos, Perseo.

Me alargó uno.

—Es de jamón y queso.

El calor abrasó mis mejillas.

—Gracias, Cora.

Emil e Ingolf junto a otros compañeros se acercaron a nosotros. No lo notamos hasta que Emil habló:

—¿Sabías que Perseo no se baña, Cora?

Cora lo miró por encima de mi hombro.

—Su abuelo es tan pobre que no tiene dinero para pagar el servicio de agua —agregó Ingolf, irónico—. Y tampoco para comprar ropa.

Bajé la mirada, avergonzado y, por qué no decir, también entristecido. Desde que Cora se hizo mi amiga, la perseguían como lo hacían conmigo.

—Pues, tú hueles mal, él no —lanzó Cora y los otros niños se rieron a carcajadas—. Apestras, Ingolf.

Ingolf, furioso, cogió su bocadillo y lo tiró al suelo.

—¡Tú apestras, Cora!

Cora se puso de pie y lo empujó con violencia. Ingolf hizo lo mismo con ella, pero al contrario de él, Cora perdió el equilibrio y se cayó al suelo. Todos se rieron, menos yo.

—¡No la toques! —grité furioso y me abalancé sobre él—. ¡Nunca más!

Los gritos de los demás niños me ensordecieron durante un breve instante.

—¡Peleaaa!

Ingolf se defendió con los brazos de mi ataque.

—Perseo, déjalo, por favor —imploró Cora, llorando—. ¡Perseooo!

Emil y Walter me empujaron con brusquedad.

—¡Basta! —rugió Cora—. ¡Auxilioooo!

No era capaz de acordarme quién los alejó de mí, pero sí de la sangre que brotó a borbotones de mi nariz tras recibir un fuerte puñetazo.

—¿Estás bien, Perseo?

Estaba en la enfermería de la escuela con un pedazo de algodón en la fosa nasal derecha, ya bastante manchada de sangre.

—Sí, estoy bien, Cora.

Ese día salimos antes del horario habitual, la profesora le pidió que me acompañara hasta mi casa.

—Cora.

A mitad de camino, cuesta abajo, decidí hacerle una pregunta que martilleaba mi mente desde el momento que alegó que Ingolf apestraba.

—¿Sí?

El sol alumbró toda su cara y realzó mucho el color de sus ojos.

—Me dijiste que no podías oler o sentir sabores.

Asintió con un leve cabeceo.

—Así es... —acotó ensombrecida—. Nunca percibí ningún aroma o sabor.

Ladeé la cabeza.

—Hasta conocerte a ti, Perseo.

Se acercó mucho a mí y me olisqueó.

—Puedo sentir tu aroma, Perseo.

Tenía siete años, nunca percibió ningún olor antes de conocerme, algo que no podía explicar, ni siquiera a sus padres.

—¿Y cómo es mi aroma?

Sonrió sin enseñar sus dientes.

—Es muy agradable, Perseo —afirmó en tono suave—. Y bastante intenso.

Enarqué una ceja.

—¿Intenso? —rebatí.

Asintió.

—Lo puedo sentir a varios metros de ti, Perseo.

—Ah.

—Lo reconocería incluso a varios metros de ti —reivindicó.

Con las manos en las correas de la mochila retomamos el camino hacia mi casa, bajo la luz dorada del sol de media mañana.

—No puedo compararlo con otro aroma —retrucó con un suspiro—. Pero me gusta mucho sentirlo.

Su enfermedad, llamada Anosmia, la impedía reconocer aromas y sabores. Una discapacidad genética según los médicos. No sabía qué era, por lo que me explicó al ver mi expresión facial.

—Nací con esa condición, Perseo.

Su abuela materna sufría de lo mismo.

—Y es mejor que nadie lo sepa, Perseo.

En su anterior escuela se burlaron mucho de su estado cuando lo supieron a través de su amiga, aunque no lo hizo por maldad.

—No es tu culpa, Cora.

Su cabello dorado se balanceó cuando asintió.

—Los niños fueron muy crueles conmigo, Perseo.

Incluso le dieron un bocadillo de excremento de perro que a punto estuvo de comer. El estómago se me revolvió. Cora se puso muy triste, por lo que decidí espantar su pena.

—Apuesto a que no me ganas, Cora.

Salí disparado como una flecha cuesta abajo.

—¡Tramposooo!

Me siguió con un grito de frustración mezclado con una risa cantarina que resonó por todo el lugar junto a la mía.

—¡Te alcanzaré, Perseo!

Aquel día comprendimos que nuestra amistad era especial, por lo que incluso la curó de su enfermedad, al menos cada vez que estaba a mi lado podía sentir un aroma.

El aroma de nuestra amistad...

Cuatro

Cora

Páginas de vida

Hagen, mayo de 2023

El pasado siempre volvía a nuestras vidas fuera a través de fotografías, canciones o aromas. Aunque en mi caso, lo último, era algo bastante complejo debido a mi enfermedad congénita.

Hecho que hacía más insípida mi existencia...

Muchas personas alegaban que no era tan grave como no poder ver, escuchar o hablar. No obstante, para los que padecíamos esta discapacidad, no compartíamos el mismo pensamiento. Por lo que a pocas personas le hablé de ello, entre esas, estaba mi mejor amiga, Gerda Hoffmann, a quien conocí en la universidad cuando tenía dieciocho años y con quien vivía en la actualidad, en un pequeño piso en la ciudad de Wuppertal.

—No entiendo, Cora.

Bebió un sorbo de café sin apartar sus enormes ojos marrones de los míos, llenos de dudas y asombro, supuse.

—Espera, ese niño, Perseo, ¿murió en 1993?

Moví la cabeza en una afirmación.

—Y este hombre huele como él —puntualizó—. El único que tu nervio olfativo capta.

—Sí.

—En todo este tiempo nunca volviste a sentir otro aroma.

Jamás mencioné a Perseo en todo este tiempo.

—Nunca.

El aroma era idéntico al de Perseo, incluso en estado vegetativo lo habría reconocido, pero no entendía cómo eso era posible.

—Por eso huiste de la fiesta —siseó—. Y perdiste tu trabajo.

—Sí.

Estaba conmocionada, no por mi huida, sino lo que la motivó.

—No es para menos, Cora.

Al no cumplir las horas de trabajo estipulados por la agencia, me despidieron sin derecho a una indemnización.

—Podría ser un familiar de Perseo —sugirió, cavilosa—. ¿No?

Pensé en el abuelo de Perseo, el único pariente que tuvo y, quien no olía como él.

—Perseo no tenía familiares más que su abuelo, Gerda —rebatí antes de darle un trago al

café—. Era hijo único.

Gerda enarcó una ceja.

—O eso creías hasta ahora, Cora.

La otra ceja de mi amiga se elevó en un gesto de suspicacia.

—No hay otra explicación plausible, Cora.

La miré fijo, abrí la boca para hablar, pero debido a falta de argumentos coherentes, la volví a cerrar de manera mecánica.

—El abuelo era padre de la madre de Perseo —remarcó moviendo las galletas en la mesa como si fueran piezas de una tabla de ajedrez—. Y si el padre de Perseo tuvo un hijo antes o después de él, Cora.

Analicé su teoría conspirativa llena de posibilidades.

—Un hijo extramatrimonial —repetí.

No tenía cómo rebatir su teoría, porque apenas sabía sobre la familia de Perseo, lo poco que su abuelo mencionó en aquel entonces.

—No tiene sentido —apunté con la mirada en el líquido oscuro de la taza—. Como beber café extra fuerte.

Se rio entre dientes.

—Tu cerebro no opina lo mismo, Cora.

Me perdí en mis pensamientos hasta que ella aterrizó la mano sobre mi antebrazo. Elevé la mirada hacia la suya.

—Me toca el turno de tarde —anunció con un guiño de ojo—. Nos vemos a las diez.

Nunca terminó la carrera.

—Trae pan, Cora.

Intentó otras carreras, pero ninguna culminó.

—Claro, Gerda.

No me levanté de la mesa, después de su partida, encendí el portátil y volví a analizar las fotos de la boda, donde él aparecía. En casi todas ellas, con aquel aire serio y misterioso.

—¿Y si Gerda tiene razón?

Amplíé la foto y me quedé absorta en su rostro de rasgos fuertes. La barba castaña clara realzaba sus ojos y el tono caramelo de su piel.

—Es muy atractivo —farfullé—. Y muy alto.

Bajé la mirada al pensar en cómo hubiera sido Perseo, incluso intentamos envejecerlo con una aplicación, pero la única foto que tenía de él, era de muy baja calidad y el programa no la reconoció. Y cuando intentemos rejuvenecer a Michael, no vi a mi amigo en la imagen.

—Solo fue una extraña confusión.

Apagué el portátil y cogí mis cosas rumbo a la casa de un cliente particular que me contrató semanas atrás para immortalizar el cumpleaños de su abuela de noventa años.

Necesito despejar la mente.



Al salir del edificio del cliente al finalizar la sesión fotográfica, di paseo por el lugar hasta llegar a Hattingen. Tardé unos minutos en decidir si quedarme o no allí, en el pueblo donde conocí a Perseo.

Dios...

Contemplé el castillo a lo lejos entre las ramas de los árboles. Perdí la cuenta de las veces que subimos hasta la cima.

—Pero sé cuánto tiempo llevo sin subir en él —mascullé con un nudo enorme en la garganta—. Treinta años.

Bajé de la moto y me dirigí al castillo a pasos firmes. Ralentiqué un poco cuando las emociones se adueñaron de mí.

Uff...

Inspiré hondo y apreté de nuevo los pasos. Al llegar, sin meditarlo mucho, subí las escaleras estilo caracol, pero sin la misma buena disposición de años atrás.

—Hola —saludé a una pareja que bajaba—. Gracias —añadí cuando me cedieron el paso.

En la cima, cerca de la barandilla de piedras medievales, vislumbré el bucólico paisaje del pueblo, iluminado por el sol con una épica majestuosidad.

—Todo sería tan distinto —murmuré entristecida—. Me gusta pensar así, Perseo.

La añoranza clavó sus uñas en mi corazón con saña. Cerré los ojos con fuerza y exhalé profundo cuando, una vez más, perdí el control de mis emociones.

—Su abuelo... —susurré al abrir los ojos—. ¿Seguirá aquí?

Llevaba años sin ver al abuelo de Perseo, la última vez que lo vi, hacía ya más de veinte años atrás, la única vez que coincidimos en el cementerio.

—Él tendrá mejores fotografías de Perseo —murmuré con un ápice de ilusión—. Tal vez incluso conserve alguna ropa de él.

Bajé las escaleras a toda prisa y me dirigí hacia la casa de Perseo, donde tantas veces fui con él a merendar con su buen abuelo.

—Cora, ¿qué estás haciendo? —tercié con un nudo en la garganta—. No puedes llegar así después de tantos años.

La respiración se me alteró tanto como el pulso y los latidos del corazón en mi pecho. La vibración de mi móvil en el bolsillo de la chaqueta vaquera negra me rescató de aquel trance al pasado.

—Cora Hartmann —expresé en tono firme.

El alma cayó a mis pies cuando mis ojos, lacrimosos, se encontraron con la dura realidad, una que no había calculado hasta ese instante.

—No puede ser —susurré con la voz rota—. No puede ser.

Ya no existía la casa del abuelo de Perseo, ahora, en su lugar, se encontraba un parque para niños.

No puede ser...

Llevé la mano a la cabeza en un gesto de aturdimiento, en el preciso instante que, al otro lado de la línea, alguien que no esperaba, me habló:

—Hola —saludó la persona al otro lado de la línea—. ¿Hola?

La sangre martilleaba con furia en mis oídos.

—El bombero que la ayudó en la boda —acotó.

Michael...

Cinco

Perseo

Fragancias de la vida

Hattingen, octubre de 1991

La pequeña nariz de Cora no sufrió ningún cambio cuando acerqué, con la ayuda de un palillo, el excremento de un perro. Le había vendado los ojos antes de empezar con el experimento. La miré curioso, incapaz de comprender cómo alguien nació con esa discapacidad. Nunca la escuché antes de conocerla a ella.

Tampoco mi abuelo.

Aparté el palillo y lo lancé a un costado. Después cogí el jabón de rosas y realicé el mismo procedimiento.

Y obtuve el mismo resultado.

Nada, ningún cambio o reacción visible. Metí el jabón en su caja. Por último, usé los granos de café que traje de mi abuelo. El aroma era fuerte y muy agradable.

—¿Ya empezaste? —gruñó.

Cora, frustrada, se cruzó de brazos con un resoplido.

—Sí —pensé para mis adentros.

Suspiró muy hondo.

—Perseo, el sol me está asando.

Estábamos a orillas del río, a unos metros de los rieles del tren, donde casi nadie iba por aquellas horas de la tarde.

—¿Cuándo empezarás?

Exhalé con un encogimiento de hombros.

—Ya lo hice, Cora.

Descruzó los brazos enfundados en un suéter rosa de puntos con pequeñas flores rojas en el pecho. La venda, el pañuelo de seda de color azul de su madre, terminó en su regazo.

—No sentí nada, Perseo.

Su voz se apagó.

—No usé aromas muy potentes, Cora.

Compuso una mueca de duda.

—Necesitamos aromas más fuertes —propuse—. Incluso para mí mismo.

Nos pusimos pensativos durante unos instantes, sentados sobre una piedra y delante el uno del otro bajo los rayos del sol de media tarde. Cora tamborileó el dedo en los labios con la mirada hacia el cielo.

—A mi madre le gusta mucho el aroma de las rosas, Perseo.

Pensé en los aromas que probé.

—No, algo más penetrante, Cora.

Mi abuelo solía quejarse del olor de un producto que solía usar para desobturar las cañerías. Lo mencioné con un chasquido de dedos.

—¿Y dónde lo conseguiremos, Perseo?

Me crucé de brazos y analicé las posibilidades que tenía, al llegar a la conclusión de que no había manera de encontrar ese producto con facilidad, volvimos a analizar otras cosas.

—Mi madre odia los jazmines, Perseo.

Clavé la mirada en la suya.

—¿Por qué?

Achicó los ojos y frunció los labios sin emitir una sola palabra. Enarqué una ceja al llegar a la respuesta obvia.

—Por el aroma —deduje y sonrí—. Pues debemos buscar jazmines.

No fue tan sencillo como lo imaginamos. No encontramos jazmines por todo el pueblo, mi abuelo me explicó que el otoño solía llevarse todas las flores junto con las hojas de los árboles hasta la primavera del año siguiente.

—¡Perseo!

Cora gritó varias veces mi nombre desde el portón de mi casa. Salí al jardín como una exhalación.

—¡Sé dónde podemos encontrar jazmines!

Tuve mis dudas cuando mencionó a Emma, nuestra compañera de clase y prima de Emil, el niño que más me odia en toda la escuela.

—Creo que está coladita por ti, Perseo.

El calor abrasó mis mejillas.

—No es cierto, Cora.

Se rio después de darme un ligero codazo.

—También Petra lo está.

Carraspeé nervioso.

—Una vez las oí decir que eras el más guapo de la clase, Perseo.

Achiqué los ojos.

—Y también el más pobre, Cora.

Desvió el curso de la mirada hacia mi deslucida bicicleta y después volvió a clavarla en la mía.

—Necesitarás tu bicicleta, Perseo.

Según le aseguró Emma, había jazmines al otro lado del bosque, la parte menos habitada, donde nadie vivía.

—No perdemos nada en averiguar, Cora.

Era sábado de tarde y, aunque estaba un poco nublado, teníamos bastante tiempo para ir hasta el lugar y volver antes de la misa de las siete de la tarde.

—¡Vámonos, Cora!

Se quitó el gorro de puntos rosa y lo puso en su mochila del mismo color. Se montó su bicicleta, también rosa, con cestita y salió disparada hacia la ruta que nos llevaría a nuestro destino. Subí a la mía con una amplia sonrisa en los labios y la seguí por el frondoso camino bordeado de árboles semidesnudo.

—¡No me alcanzarás, Perseo!

Su risa rebotó por los tallos de los árboles y retumbó en mi pecho.

—¡Por aquí, Cora!

Giré hacia la derecha y tomé el camino que me llevaría al bosque. Cora hizo lo mismo y juntos descendimos la empinada cuesta hacia abajo envueltos en gritos de terror.

—¡Perseooo!

El sol decidió aparecer e iluminó, a través de las ramas sin follaje, todo el bosque.

—¡Sujétate bien, Coraaa!

Temí que perdiera el control de la bicicleta y se hiciera daño. Tantas piedras y tallos esparcidos por el lugar podían causar una fuerte caída.

—¡Me encantaaa, Perseoo!

Cuando volvió al mando de su bicicleta, la calma y la paz la abrazaron. Por suerte, yo también tuve la misma suerte y no terminé en el suelo.

—¡Por allí, Perseo!

El camino era bastante largo, desértico y un poco asustador. No paramos, al contrario, seguimos firmes, hasta que, en mitad de trayecto, nos encontramos con una mujer de aspecto muy extraño. Parecía una bruja de cuento de hadas.

—¡Coraaa!

No estaba seguro si ella la vio, pero como no se detuvo, supuse que no lo hizo. Pedaleé con más brío.

—¡Coraaa!

La mujer de apariencia macabra nos escrutó curiosa. Cora frenó a pocos metros de ella y le preguntó por los jazmines. La mujer tenía cerca de los pies muchos tallos secos y un par de bayas.

—¿Habla nuestro idioma, señora?

Llevaba un pañuelo de varios colores en la cabeza y un vestido grisáceo muy viejo, aunque sus botas de cordones parecían todavía más viejas.

—Creo que no habla nuestro idioma, Perseo.

Acababa de aparcar a su lado.

—Parece que no, Cora.

Los ojos de la mujer eran de un azul añil muy claro, como el cielo despejado en pleno verano, pero fríos como la nieve de mitad de invierno.

—Mejor nos vanos, Cora.

La mujer cogió sus cosas y se marchó hacia el lado donde pensábamos ir a por los jazmines. Ninguno se animó a seguir, al menos no aquel día.



—Es una bruja muy malvada, Perseo —aseguró Cora, días después—. Vivía en el pueblo hasta que la expulsaron.

La impresión se adueñó de mí.

—Vive sola al otro lado del bosque con murciélagos y gatos negros.

Cora estaba triste.

—En primavera será más fácil conseguir jazmines, Cora.

Asintió sin mucha convicción.

—Sí, Perseo.

A pesar del miedo, decidí ir solo a buscar las flores, pero como sospechaba, allí no había nada. Las busqué por todas partes hasta que me encontré con la mujer de días atrás. El susto me hizo dar un paso hacia atrás en un acto reflejo y segundos después un gemido sordo brotó de mis labios.

—¿Qué quieres, niño?

Hablaba nuestro idioma muy bien.

—Nada, señora.

Era tan pálida que se le podía ver las venas azuladas de la cara que realzaba mucho sus ojos claros y helados.

—¿Quién te envió? Fueron ellos, ¿verdad? ¿Los rusos?

Me cogió con violencia del brazo y empezó a zarandearme de un lado a otro.

—No sé de qué me habla, señora —gimoteé con lágrimas en los ojos—. Por favor, déjeme ir —imploré.

Pensé en las cosas que Cora comentó sobre ella y la muerte de toda su familia, la que ella eliminó con sus propias manos veinte años atrás.

—¿Eres ruso? ¿Británico? ¿Americano?

Negué con un enérgico cabeceo y las lágrimas se esparcieron por mi cara.

—¡Hablaaa!

Forcejeé hasta lograr liberar mi brazo de su huesuda mano de bruja. Me di la vuelta y cogí la bicicleta.

—¡Malditos rusos!

Me subí a la bicicleta con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho y hui del lugar sin saber si lograría llegar a casa sano y salvo.

—¡No vuelvas aquí! —gritó la mujer enfurecida—. ¡Nunca más!

Al día siguiente, todavía con el corazón en la garganta, le conté a Cora lo sucedido durante el receso en el jardín.

—¿Eso pasó, Perseo?

No pude dormir toda la noche, el miedo no me lo permitió. Los ojos de Cora se nublaron lentamente.

—¿Lo hiciste por mí?

Asentí con un leve cabeceo.

—Pero no encontré ningún jazmín, Cora.

Esbozó una sonrisa, aunque sus ojos parecían tristes.

—Fuiste muy valiente.

No lo era, a punto estuve de hacerme pis encima.

—Lamento no haber encontrado la flor.

La vi tragar con mucha dificultad la saliva.

—No importa, Perseo.

El viento desordenó nuestro cabello a su paso y dejó una caricia fresca en nuestro rostro. El mismo frío que se instaló en mi estómago al revivir lo que me pasó en el bosque.

—Siento tu aroma, Perseo.

Y de nadie más.

—Antes de ti, nunca sentí nada parecido.

A veces me rociaba un poco de perfume de mi abuelo, pero solo un poco, porque no me gustaba mucho su aroma. Sin embargo, Cora, al describir el mío, siempre lo hacía de la misma forma, sin percibir el cambio.

Era único y especial...

Seis

Cora

El olor de la casualidad

Hagen, junio de 2023

Tenía una enorme facilidad para memorizar textos de libros o de canciones. Los asociaba a los momentos, no estaba segura si era una manía o, si solamente era una manera de revivirlos, fueran buenos o malos. Tal vez si pudiera distinguir los aromas o los sabores, usaría otros métodos. Siempre teníamos una manera de conservar los instantes de nuestra historia, los que ninguna foto sería capaz de hacerlo.

El móvil sonó justo cuando cruzaba la calle rumbo a la cafetería Stich, donde alguien me esperaba con mi agenda electrónica, la que busqué por días en los sitios equivocados, claro estaba.

—Hola.

Dana, mi hermana pequeña, diez años menor que yo, suspiró emocionada al escucharme.

—Recibí tu postal, Cora.

El mundo cambió, ya nadie enviaba postales, excepto nosotras dos, una costumbre que adoptamos después de ver un sinfín de películas antiguas.

—Hoy fue un día muy ajetreado en la escuela, Cora.

Era profesora de jardín de infancia y monja hacía ya unos años.

—El mío no tanto, Dana.

Decidí seguir el consejo de mi mejor amiga y empecé a trazar una ruta nueva en mi vida. Y el primer paso fue abrir una página web donde ofrecía mis servicios como fotógrafa.

—Lamento lo de tu trabajo, Cora.

Me detuve cerca de la fuente de agua Matare y tomé asiento en el borde después de visualizar el reloj de pulsera.

Falta media hora...

—Señales, Dana.

La imaginé con su preciosa sonrisa de labios finísimos y mirada azul eléctrico, idéntica a la de nuestro padre.

—Los caminos de Dios son misteriosos, Cora.

Usó la misma frase el día que desistí de mi matrimonio de casi veinte años con mi primer y único novio.

—No eras feliz en ese trabajo, Cora.

Al inicio me sentía en casa, pero con el cambio de puesto, las cosas se tornaron más

difíciles y exhaustivas.

—Nuevos proyectos, nuevos desafíos —alegué con un desánimo que no logré disimular—. Debo pensar en mi futuro.

La caída del agua a mis espaldas se mezcló con la voz de Dana. Narró una historia con tanto entusiasmo que fui incapaz de interrumpirle ni siquiera con un suspiro.

—La felicidad no tiene fecha, Cora.

Una de mis pocas cualidades era saber disfrutar de las pequeñeces que me ofrecía la vida. Y eso iba desde un precioso atardecer a una noche de sueño tranquilo, algo que Manuel, mi exmarido, odiaba en mí. Decía que era demasiado conformista y poco ambiciosa. Él, a su vez, un prestigioso abogado, acumulaba millones en los bancos, junto a los millones que heredó de sus padres y abuelos. Podía viajar más, aventurarse más y vivir más. Pero su manera de hacerlo era distinta a la mía. Motivo por el cual le pedí el divorcio.

—Jesús lo tenía claro cuando vino al mundo, pero pagó caro intentar abrir los ojos de los demás, Dana.

Ella suspiró.

—Cora, no comiences.

Me reí.

—Vale.

Mi hermana era la persona más virtuosa que conocía. Nunca tuvo más ambiciones que seguir los designios de su corazón.

—¿Te encuentras bien, Cora?

Analiqué su pregunta con mucha atención.

—Sí.

Una afirmación muy poco entusiasta. Dana no habló, se quedó en silencio, tal vez evaluando mi corta respuesta sin rastro alguno de dicha, aunque tampoco desdicha.

—Tiempo al tiempo, Dana.

Manuel siempre me reprochó mi manera frívola y distante de ser. Pero no era solo con él, sino con todos. Mi psicóloga creía que tenía algo que ver con lo que viví en el pasado a tan temprana edad. Un bloqueo emocional, una forma de proteger mi corazón del dolor.

—No querías repetir el mismo error de nuestros padres, Cora.

Una hoja filosa atravesó mi estómago.

—Dana —rogué.

Suspiró como si algo muy pesado le oprimiera los pulmones.

—Es la verdad, Cora.

No sería justo culparles de algo que ni siquiera yo era capaz de comprender. Había muchos factores, al menos varios de los psicólogos que consulté, así lo afirmaron.

—Se quisieron a su manera, Dana.

Era muy pequeña, apenas era capaz de acordarse de nuestro padre.

—Sí, lo sé.

Una enfermera pasó a un lado junto con otra. Las seguí con la mirada hasta que entraron en un edificio.

—Cuidadoras —expresé en un acto involuntario.

—¿Perdona?

—No, nada.

Aunque delante de nosotras nunca hubo mucha demostración de afecto. Las únicas veces que vimos abrazos o besos fueron en fechas especiales. Lo mismo ocurrió conmigo y Manuel.

—Tengo que colgar, hermana —anuncié al escuchar las campanas de la iglesia—. Debo ver a alguien.

Elevé la vista hacia el precioso cielo azul y me perdí un poco en el sonido de las campanas de la “*Marienkirche*”. Tenía una especial fascinación por los sonidos, algo que aprendí con Perseo, días después de su heroica hazaña en el bosque, donde buscó los jazmines invisibles, como los bautizamos.

—¿Cora?

Unas palomas volaron delante de mis ojos en el preciso instante que subía la escalera de dos peldaños.

—¿Sí?

Ralentice los pasos al ver a Michael en una de las mesas de la cafetería.

—Te quiero.

El mesero puso una taza delante de él, que concentrado, leía un libro. Lo apartó y puso toda su atención en el joven de cabellos cobrizos casi rojizos.

—Y yo a ti.

Los ojos del hombre que me esperaba con mi agenda personal me contemplaron fijo durante unos instantes, unos que me parecieron haberse congelados.

—Hablamos, hermana.

Caminé hacia la mesa, todavía con el móvil pegado a la oreja.

—Hasta pronto, Cora.

Se puso de pie cuando por fin colgué y metí el aparato en el bolso. Alargó la mano, grande de dedos largos y elegantes, hacia mí.

—Hola, señorita Hartmann.

La barba más recortada que la última vez realizaba mucho más sus rasgos fuertes y orgullosos. La camisa azul cielo claro fuera de los vaqueros negros acentuaba su aire informal, relajado y jovial.

—Puede tutearme, señor Bauer.

Al estrechar su mano, una corriente eléctrica me recorrió toda la espina dorsal y erizó un puñado de nervios a su paso.

—Está bien, Cora.

Intercambiamos una mirada eterna.

—Tú también, por favor —pidió.

Un escozor se adueñó de mis ojos cuando aquel aroma, único y especial, se coló en mis fosas nasales, transportándome al pasado de manera inevitable.

—Muy bien, Perseo.

Fue involuntario, sin querer o, tal vez fue mi alma hablándole a la suya.

—¿Perdona?

Me dolió tragar la saliva.

—Michael —corregí con un nudo en el pecho.

Aleje la mano de la suya y con mucha amabilidad retiró la silla para que pudiera sentarme en ella.

—Gracias.

Una punzada en la muñeca me hizo gemir en un susurro apenas audible. Fruncí el entrecejo, la primera vez que lo vi, experimenté lo mismo, solo ahora era consciente de ello.

—¿Contacto? —tercié al leer el título del libro que estaba en la mesa—. Carl Sagan no me conquistó.

Miró de soslayo el libro antes de sentarse.

—Prefieres la película —espetó con una sonrisa divertida—. ¿No?

Intenté leer el libro, pero no me enganchó, por lo que lo abandoné. Tenía un conflicto enorme con la protagonista, no conseguía empatizar con ella. Y a medida que pasaba las páginas las cosas solo tendieron a empeorar.

—Nunca vi la película —reconoció al bajar el brazo—. Y nunca leí el libro hasta ahora.

Era sincero.

—Buenas tardes —saludó el camarero.

Pedí un café fuerte y una tarta de manzana sin nata, lo que llamó la atención de Michael.

—No me gusta la nata.

No sentía nada al probarla, detalle que decidí no compartir con él.

—No diré nada sobre la historia —acoté con la mirada en el libro—. Ningún spoiler.

Sus cabellos adoptaron un color más claro bajo la luz del sol que la sombrilla no logró cubrir de él. Me quedé unos segundos contemplándole, debía reconocer que era un hombre muy atractivo e interesante. De los que sin emitir una sola palabra era capaz de robarte la atención.

—Te contaré algo, pero no me juzgues, Cora.

Retiró del bolsillo mi agenda electrónica y la tendió hacia mí con una media sonrisa que se atrevió a revelar unas arrugas entorno a los ojos.

—Leo los finales de los libros para saber si valdrá la pena leerlo —confesó en tono socarrón—. Es horrible, lo sé.

Me reí después de mucho tiempo.

—¿Pasa algo, Cora?

Negué con un ligero, casi imperceptible movimiento de cabeza, en el preciso instante que el mesero me servía mi pedido.

—Tiene un final bastante cuestionable —siguió.

Levanté la mirada hacia él con un nudo en la garganta que se hacía cada vez más insoportable. Abrí la boca para replicar, pero el móvil sonó y la volví a cerrar. Era un mensaje de Gerda en el wasap.

Encontré al bombero en la página de Facebook e Instagram, esta última sin fotos.

Leí el primer mensaje después de pedirle permiso a él. Deslicé la pantalla hacia arriba, concentrada en cada palabra de mi amiga.

No tiene mucha información personal y apenas ha subido unas fotos en los últimos cinco años. Debo resaltar que el uniforme de bombero, ¡le sienta de maravilla!

Era de los míos, poco adepto a las redes sociales y sus derivados.

Hay más...

El siguiente mensaje heló cada gota de mi sangre.

El año pasado cumplió treinta y seis años...

Era dos años más joven que Perseo y yo.

Nació en el año 1986...

Elevé la vista en un acto reflejo y lo pillé observándome por encima de la taza de café que sostenía cerca de los labios.

El 12 de julio fue su cumpleaños...

Parpadeé a cámara lenta cuando un inoportuno escozor se adueñó de mis ojos. Michael habló, pero los oídos se llenaron de zumbidos como el pecho de dolor.

Perseo murió el 12 de julio de 1993...

Siete

Perseo

Aquella luz en mitad del bosque

Hattingen, octubre, 1991

Me ardían las piernas, pero no dejé de correr por el larguísimo camino que nos llevaría al cementerio del pueblo. El grito de Cora, mezclado con sus risas y reproches llegaron a mis oídos como susurros lejanos. Giré la cabeza en un acto reflejo y la vi atravesar el bosque, bañado por los rayos del sol que se filtraban por las ramas de los árboles, algunos ya con muy poco follaje por aquellas fechas. Su cabello brillaba como el oro y sus mejillas me recordaban mucho al interior de una fresa bien madura. Me reí antes de fijar la vista de nuevo en el camino un poco empinado que debía descender para llegar más rápido. Ralentiqué de golpe al ver a una ardilla en mitad de camino. Me di la vuelta y le pedí a Cora que no hiciera mucho ruido. Al ver mi dedo sobre mis labios, se detuvo y caminó a pasos cautelosos hasta mí.

—Una ardilla —susurré.

Esbozó una sonrisa.

—Tiene una nuez —musitó emocionada.

Nos quedamos allí. Lado a lado y en un silencio cómplice. atentos a cada movimiento de la ardilla. El aroma del champú de Cora se coló en mis fosas nasales.

—Es preciosa, Perseo.

Las manitas de la ardilla sujetaban con fuerza la nuez. No tenía miedo, parecía tranquila, tal vez ignoraba nuestra presencia.

—¿Tienen olor, Perseo?

La miré de reojo.

—No lo sé, Cora.

Parpadeó y sus pestañas cobrizas tocaron sus mejillas sonrojadas.

—Nunca he olido a una ardilla —declaré, pensativo—. Supongo que olerá como tu gato.

Me lanzó una mirada interrogante.

—No es un aroma fácil de describir, Cora.

Una sonrisa apareció en sus labios y supe al instante lo que haría a continuación. Se puso de pie de un salto y corrió hacia al cementerio.

—¡Tramposaaa!

La seguí como una exhalación, pero no conseguí alcanzarla. Cruzamos el portón de metal y nos dirigimos hacia la gran estatua de ángel que se encontraba al otro lado del camposanto. Cuando llegamos, vimos a un pequeño grupo de personas reunido alrededor de un ataúd cerrado

de tamaño mediano.

—Paul, mi amor... —sollozó una mujer—. ¿Por qué Dios permitió esto?

Un hombre la apartó y la estrechó entre sus brazos, donde rompió a llorar con mucho desconsuelo.

—Nuestro hijo se fue, se fue —terció entre sollozos profundos—. Se fue para siempre.

El hombre que la sostenía también lloraba.

—Qué triste, Perseo —musitó Cora con lágrimas en los ojos—. Perdieron a su hijo.

Estábamos detrás de una estatua enmohecida y olvidada que apenas nos servía de escondite.

—Se fue al cielo, Cora.

Sus lágrimas brillaron con intensidad bajo el efecto del sol.

—¿Cómo lo sabes, Perseo?

Hacía frío por aquellas fechas, sin embargo, bajo el sol, no se apreciaba tanto.

—Mi abuelo me lo aseguró, Cora.

Todas las personas, especialmente los niños, iban al cielo, donde no sentían dolor, ni hambre o sed, solo alegría.

—¿Es bonito ese lugar, Perseo?

Le eché un vistazo al bosque que dejamos atrás y después volví a mirarla a la cara.

—Mi abuelo me dijo que es un jardín repleto de flores, animales y árboles de distintas clases, Cora.

Contempló a las personas con atención.

—¿Volverán a verle algún día, Perseo?

También los observé.

—Mi abuelo me prometió que algún día volvería a ver a mis padres, Cora.

Sus pestañas inferiores sostenían un par de lágrimas muy brillantes bajo la luz del sol. Esbozó una sonrisa fugaz, siempre lo hacía cuando no sabía qué decir.

—Perseo... —emitió mi nombre en un susurro—. ¿Los echas de menos?

Sentí una extraña sensación de vacío en el estómago, como solía pasarme cuando tenía miedo a la oscuridad o a la tormenta.

—Nunca los conocí, Cora.

Se secó un ojo con el dorso de la mano y también se sorbió la nariz con fuerza. Nadie habló durante unos minutos.

—¿Te hubiera gustado conocerlos?

Asentí con un cabeceo sin energía.

—Mucho, Cora.

Me costó tragar la saliva.

—¿Nunca soñaste con ellos, Perseo?

Cora soñaba todos los días, muchas veces con cosas y personas que nunca vio en su vida.

—No, nunca —declaré entristecido.

Asintió.

—Tal vez algún día sueñe con ellos, Perseo.

La miré con los ojos entrecerrados.

—Les hablaré de ti.

Seguía mirándola con el mismo deje.

—Vale —musitó un pelín incrédulo—. Diles que los quiero.

Sonrió.

—Lo haré, prometido.

Miró hacia un lado durante un breve instante y, después se puso de pie. No emitió nada, solo se alejó a pasos lentos por el mismo camino por el que vinimos. La seguí en silencio con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones azules.

—Nos vemos mañana en la escuela, Cora.

Ella me miró por encima del hombro a mitad de camino.

—Hasta mañana, Perseo.

Las nubes cubrieron el cielo y el sol ya casi no alumbraba. Una ráfaga de viento desordenó su cabello con delicadeza.

—Hasta mañana, Cora.

Giré sobre los pies y me enfilé hacia mi casa, donde nadie me esperaba con un pedazo de tarta o una sabrosa taza de chocolate caliente. Mi abuelo llegaría de noche para la cena, como todos los días de la semana.

—¡Thomas! —gritó mi vecina desde el jardín—. ¡La merienda está lista, hijo!

Me quedé delante del viejo portón y contemplé a mi vecino de cinco años con un nudo enorme en la garganta.

—¡Lávate las manos, hijo!

Su madre le besó la cabeza con cariño bajo el umbral de la puerta donde lo esperaba.

—Sí, mamá.

Al entrar en la casa, fría, oscura y vacía, sentí en el pecho una punzada de dolor. Sabía que no había nadie, nunca había alguien, pero, de todos modos, aquel día dolió más que los anteriores.

—Mamá.

Caminé hasta el salón apenas iluminado por la luz externa que traspasaba la descolorida cortina amarilla de bolados dorados y un poco deshilachadas.

—Papá.

En más de una ocasión me pregunté cómo hubiera sido tener padres, hermanos y una abuela. Cogí el portarretrato de madera con la única foto que teníamos de mis padres y la miré concentrado durante unos instantes.

—Perseo, hoy salí antes del trabajo —anunció mi abuelo y el susto me hizo soltar el portarretrato—. Oh, tranquilo, pequeño.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas al ver el estrago que hice.

—Lo siento, abuelo, lo siento.

Se acuclilló y cogió la foto con mucho cuidado de entre los cristales rotos. La miró con profundo dolor antes de mirarme de soslayo.

—No pasa nada, Perseo.

Se puso de pie con la foto en la mano y cogió la escoba. Volvió sobre sus pasos y antes de juntar los cristales, recogió el marco.

—Compraré uno nuevo el próximo mes, Perseo.

Mientras tanto colocó la foto en el marco sin cristal. Me sentía fatal por lo ocurrido y las lágrimas fueron prueba de ello.

—Lo siento, abuelo.

Besó mi cabeza con cariño.

—No pasa nada, Perseo —repitió—. Fue un accidente.

Sus palabras de consuelo no tuvieron efecto en mí. Al día siguiente, lo primero que hice al ver a Cora, fue contarle lo ocurrido.

—Oh, Perseo, lo siento mucho.

Como si acabara de tener una gran idea, chasqueó los dedos en el aire y me sonrió con argucia, tal cual lo hacía cuando resolvía algún problema de matemáticas.

—¡Tengo una gran solución, Perseo!

Lo malo era que no la mencionó hasta la tarde, cuando fue a verme en casa. Al abrir la puerta, la vi con una caja de color rosa y un moño en la tapa.

—Para ti, Perseo.

Ladeé la cabeza.

—No es mi cumpleaños y tampoco es navidad —expresé en un hilo de voz—. No entiendo, Cora.

Entró sin esperar a que la invitara y frenó de golpe debajo del umbral de la puerta que llevaba a la cocina.

—Mi casa es muy distinta a la tuya, Cora.

No tenía muebles, alfombras o cojines bonitos como su casa, pero era limpia y muy ordenada. Me puse a su lado y la miré de refilón.

—Me gusta la chimenea, Perseo.

Ellos tenían una, pero no era tan llamativa como la nuestra.

—Me gusta mucho —reiteró.

Solía hablar de su casa y cómo era. Cora describía tan bien que podía imaginar cada detalle.

—Sí —musité—. A mí también, Cora.

Nunca fui a su casa, todavía no me invitó, porque su madre era muy quisquillosa con el orden. No sabía qué significaba aquella palabra, la que ella aprendió esos días con su padre.

—Ya sabes, aprendo una palabra nueva cada semana, Perseo.

Su padre era un hombre muy sabio.

—Ven —me pidió.

Se arrodilló delante de la mesita de color marrón oscuro. Me acomodé a su lado en la misma posición.

—Tenía unos ahorros, Perseo.

Abrió la caja de cartón y la puso cerca de la caja.

—¿Tenías ahorros, Cora?

Me miró de reojo, aquella tarde llevaba el cabello en una trenza de costado que le llegaba casi hasta el estómago.

—Sí, mi padre me da una moneda cada sábado y mi tío una cada vez que viene a vernos.

Parpadeé maravillado.

—Dos marcos por semana —expresé embobado—. Eres rica, Cora.

Se rio entre dientes.

—No exageres, Perseo.

Tenía los ojos y la boca muy abiertos.

—Nunca tuve dos monedas juntas, Cora.

Su sonrisa se desvaneció.

—Algún día las tendrás, Perseo.

Hice un encogimiento de hombros y moví la cabeza en algo que pretendía ser una afirmación, pero más bien parecía de vacilación.

—Mira, Perseo.

Puso la caja delante de mí.

—Revisa el regalo.

Aparté el papel de seda blanco que cubría el presente con mucho cuidado y al ver de qué se trataba, solté un gemido de pura sorpresa.

—¡Un portarretrato nuevo!

Se rio y aplaudió al mismo tiempo. Lo retiré de la caja con tanto cuidado que apenas respiraba. Era de madera clara con detalles de flores en los laterales.

—Es perfecto, Cora.

Deslicé el dedo en el cristal impecable.

—No llores, Perseo.

No fui consciente de ello hasta que lo mencionó.

—Me gusta mucho, Cora, gracias —musité enronquecido—. La foto de mis padres quedó muy bonita en él.

Ladeó la cabeza con un deje de extrañeza en la mirada.

—¿La foto de tus padres, Perseo?

Giré el portarretrato hacia ella.

—Te la dio mi abuelo, ¿verdad?

Enderezó la cabeza sin abandonar su expresión de confusión. Miré la foto de la pareja en el marco y después anclé la mirada en ella.

—Estos son mis padres, Cora.

Elevó ambas cejas, parpadeó con energía y después frunció mucho los ojos.

—Perseo, esa foto vino con el portarretrato —afirmó en un susurro—. Había otros con esa misma foto dentro.

La miré como si fuera la primera vez que la veía en mi vida.

—No entiendo, Cora.

Giré el portarretrato y contemplé a la pareja que aparecía en la imagen: un hombre y una mujer, abrazados y muy sonrientes, en un jardín o campo.

—¡Perseo! —exclamó mi abuelo desde el recibidor—. ¡Ya vine y traje bollos de leche!

Al cruzar la puerta con su amplia sonrisa en los labios, me puse de pie con el portarretrato entre las manos y le pregunté con la voz llorosa:

—Abuelo, ¿por qué usan la foto de mis padres en las tiendas de portarretratos?

Su sonrisa se desdibujó y se convirtió en una línea rosada cubierta por la barba. Colgó las llaves en su sitio y, tras una larga pausa, expresó en tono pesaroso:

—Perseo, ellos no son tus padres.

Un gemido de susto brotó de los labios de Cora a mis espaldas.

—No son mis padres —balbuceé entre lágrimas—. No entiendo, abuelo.

Sus ojos se entristecieron.

—No tengo ninguna foto de ellos, Perseo.

Ahora no tenía ni siquiera una foto de ellos.

Nada, no tenía nada de mis padres.

Ocho

Cora

Cartas del destino

Hagen, junio de 2023

Abrí los ojos de par en par con un gemido lleno de desesperación. Tosí en busca de sosiego, pero me costó mucho recuperar el aliento. Una vez más, como tantas veces los últimos años, soñé que buscaba a Perseo en el río del pueblo. Mi mente siempre me hacía la misma jugada después de una sesión de hipnosis con mi psicóloga. Eso sin mencionar que, un día antes, había estado con mi terapeuta holística, con quien apenas llevaba un par de consultas tras la llegada de Michael a mi vida. Al contrario de la psicóloga, ella creía firmemente que había una conexión entre Perseo y él.

Michael...

Y, para ello, debía indagar en lo más profundo de mi subconsciente, donde según ella, se encontraban los secretos de mis vidas pasadas, los que influenciaban en esta y en las futuras.

Karma...

Tomé un sorbo de agua del vaso de cristal que siempre tenía preparado en la mesita de noche. Carraspeé al tragar el líquido, absorta todavía en las palabras de la terapeuta. Al inicio tuve mis dudas, era demasiado pragmática para ciertos asuntos, por lo que me costaba adentrarme en ellos, sin embargo, la extraña casualidad que viví semanas atrás al cruzarme con Michael, despertó esa necesidad casi vital en mí de comprender por qué ese aroma volvía a mi vida.

¿Por qué?

Me abandoné sobre la almohada y llevé el antebrazo a la frente perlada. La primera vez que sentí el aroma de Michael, pensé que la mente y el corazón me hicieron una jugada rastrera, pero cuando volví a verlo, las cosas tomaron otro rumbo en mi desordenada cabeza. Sencillamente, él olía como Perseo, mi amigo de infancia que murió hacía más de tres décadas atrás.

¿Cómo eso es posible?

Había varias posibilidades plausibles, teorías sin base firme, pero a la vez irrefutables del todo, según Gerda.

¿Eran hermanos?

Nunca aprecié ningún aroma en su abuelo, pero eso no quería decir nada, porque tal vez ese aroma procedía de uno de sus padres.

¿Almas gemelas?

Intenté encontrar una explicación para ello durante toda mi vida, porque después de Perseo, nunca, jamás, sentí otro aroma.

Hasta ahora...

Me levanté dos horas antes de lo previsto y preparé café. Mientras esperaba que cada gota de agua se filtrara en el colador repleto de polvo marrón, me senté a la mesa con el portátil. Apenas se encendió, me puse a buscar información sobre Perseo.

—Nada —reconocí entre dientes—. Tendré que ir a la biblioteca del pueblo a buscar información.

Si no fue una noticia de índole nacional, poco o nada se encontraba en internet y, aunque hubiese, era bastante escasa.

—Michael Bauer —tecleé y obtuve un número impresionante de resultados en Google—. Bombero —agregué y eliminé millones de posibilidades—. Hagen —añadí—. Aquí estás.

Solo apareció su página de Facebook, la que ya conocía y una en Instagram, pero ésta sin foto de perfil. Tampoco tenía fotos dentro de la página o cualquier tipo de información personal más que el nombre.

—Veinte seguidores —musité sorprendida—. ¿Quién sigue a un perfil inactivo?

Abrí la foto de Michael, en su perfil de Facebook. En ella aparecía con una amplia sonrisa detrás de una tarta de cumpleaños de color amarillo con un pequeño coche de bombero en el centro. Fruncí el entrecejo al leer el pequeño cartel en forma de nube y sujeto a un palillo de madera.

«Felicidades, papá».

—Oh... —musité emocionada—. Es padre.

Una lágrima, sin que pudiera evitarlo, rodó de mi ojo derecho.

—Por Dios, ¡Cora! —refunfuñé molesta—. No es Perseo —me sequé la lágrima—. No lo es.

¿Y si...?

Cerré la laptop y llevé las manos entrelazadas a la parte posterior de la cabeza. Inspiré hondo y exhalé todavía más profundo, expulsando de mi interior un sinfín de aire retenido desde que choqué contra Michael en aquella dichosa fiesta.

—Mejor me doy una ducha caliente —gruñí—. Hoy toca nueva entrevista laboral.



Vivir era una oportunidad que pocos sabían cómo hacerlo. Durante años estuve convencida de que Perseo merecía haber vivido muchos años más de los que le tocó vivir. Tardé décadas en comprender que no todos teníamos la misma misión y, aunque pareciese injusta, era lo que le correspondía en ese pasaje.

¿Su alma volvió a este plano?

Debía reconocer que todo ese rollo de vidas pasadas me tenía un pelín fascinada. Había leído varios artículos, libros y escuchado un mogollón de podcast al respecto. Con cada nueva información, la curiosidad tendía a crecer más y más dentro de mí.

Vidas paralelas...

Muchos expertos en el tema aseguraban que el seno materno era la clave principal del destino de cada ser humano. No sabía si eso me convencía o no, ya que me parecía injusto tener marcada tu historia como consecuencia de la de tu madre, tu abuela o bisabuela.

¿Karma genético?

Ya era tan difícil vencer nuestras propias batallas como para tener que lidiar incluso con las de tus antepasados.

—Permítame, señora —expresé al ver a una anciana—. Aquí tiene —levanté su bolso.

Puso la mano temblorosa sobre la mía antes de apartarla de la suya y me regaló una dulce, pero triste sonrisa.

—Gracias, señorita.

Por la manera cómo reaccionó, sabía sin conocerla, que estaba sola en la vida.

—De nada, señora.

En esta vida, tal vez, le tocó estar sola, sin hijos o marido. Bajé la cabeza al asociarla a alguien muy familiar.

A mí ...

De repente fui consciente de que no tenía estirpe kármica, al no tener hijos, terminaría mi misión en esta vida, nadie tendría que sanar nada, todo estaría en paz.

¿No?

Cogí mis cosas del compartimiento de la moto. Levanté la vista hacia el cielo azul que daba la bienvenida a la estación que más amaba: el verano. Aunque, los veinte grados y poco no eran dignos de él. Negué con un cabeceo ligero antes de colgar el bolso negro al hombro. Visualicé el reloj de pulsera y apreté los pasos rumbo al edificio donde me citaron para una entrevista de trabajo.

—Creo que no estás muy presentable —me reproché entre dientes—. ¿Chaqueta vaquera color mostaza? ¿En serio?

Las botas marrones, de caño medio, que sobrepasaban un poco los tobillos, debía reconocer, tampoco combinaban mucho con el clima. No sabía muy bien por qué me gustaba aquel estilo años noventa. El móvil sonó, era un mensaje de wasap. Me detuve para coger el aparato del bolsillo de la chaqueta. Era mi excuñada y médico de cabecera.

Tus estudios ya están listos.

Corta y precisa como siempre.

Ok, iré mañana, Olga.

Carita feliz y un corazón fueron adjuntos a mi corto mensaje. Esbocé una sonrisa al ver su respuesta: un dedo pulgar hacia arriba.

—Genial.

Me realicé un par de estudios para saber cómo estaba mi discapacidad. Seguía muy intrigada con lo sucedido semanas atrás. No era normal, al menos no en mi caso. No me pasó nada parecido en treinta años, lo que aturdió mucho mis demás sentidos.

—Es aquí —siseé al revisar la dirección en el móvil—. Bien.

Pulsé el botón del timbre del edificio y tras oír el sonido de respuesta que me daba el acceso, empujé la puerta. Al entrar, me encontré con una reluciente escalera de madera terracota. Subí enfrascada en mis pensamientos.

—¿Y si Gerda tiene razón?

Durante todos estos últimos días, mi amiga y yo, barajamos mil posibilidades acerca de Michael y Perseo. Incluso las enumeramos en la Tablet que nos sirvió de pizarrón virtual. Tras releerlas, llegamos a una conclusión que devastó mi corazón.

No sabía mucho de la familia de Perseo...



Cuando Gerda leyó lo del portarretrato y la foto de muestra que el abuelo usó como camuflaje, teorías surgieron, algunas muy rebuscadas de series americanas hiper exageradas a otras más sensatas y posibles. Una de ellas, la que más resonó en mi cabeza, apuntaba la posibilidad de que Perseo no era nieto del señor Fuchs, que físicamente era muy distinto a Perseo. Aunque, según él, su nieto era la copia fiel de su padre, quien fue esposo de su única hija.

—Buenos días —saludé al entrar—. Soy Cora Hartmann.

La mujer de cabello oscuro me devolvió el saludo sin mirar me y me indicó dónde debía ir.

—Gracias.

Todavía absorta en mis teorías, me dirigí a la sala de espera, donde me encontré con dos posibles candidatas para el puesto de fotógrafo de la revista virtual.

—Hola —saludé.

Tomé asiento en la silla y volví a mi análisis mental, al menos hasta que el móvil volvió a sonar y me sacó de ella. Era mi terapeuta holística.

Te espero mañana a las cinco de la tarde.

Le contesté con una sola palabra.

Ok...

La mujer que esperaba su turno, habló y me rescató de mis pensamientos nefastos. Levanté la vista.

—Evelyn von Osthaus volvió a ser noticia —comentó en tono suave—. No es para menos.

Todos hablaban de ella en los medios de comunicación. La famosa adolescente que asesinó a sus padres con la ayuda de su chico y un amigo de este cuando solo tenía dieciséis años.

—Me encantaría poder hacerle unas fotos —agregó.

La otra mujer asintió.

—Ese tipo de noticias siempre vende muy bien.

Metí el móvil en el bolsillo con los oídos atentos a la charla de aquellas desconocidas. El morbo vendía más que las buenas noticias, era cierto.

—Aunque por el hijo que tuvo en la cárcel pagarían mucho más —espetó con una sonrisa ladina—. Incluso yo pagaría por saber quién es.

La otra silbó.

—No me acordaba de ese detalle.

Muchos detalles solo los involucrados conocían.

—Nadie supo qué pasó de ese niño —reconoció una de ellas—. Y creo que fue lo mejor para él.

Antes de los trece años no conocí la macabra historia que envolvía a Evelyn von Osthaus. Hoy en día era más fácil acceder a ese tipo de suceso a través de internet.

—Señorita Hartmann —expresó la secretaria desde la puerta—. Por aquí, por favor.

Me puse de pie y la seguí por el corto pasillo de paredes grises con retoques en tonos más claros.

—Adelante.

Entré en el despacho vacío de muebles antiguos con algún que otro detalle más moderno, entre ellos la computadora y la silla con rueditas.

—La señora Schulte no tardará.

Tomé asiento en la silla con un asentimiento.

—Permiso.

Cerró la puerta con la misma delicadeza con la que la abrió y me dejó a solas con mis alborotados pensamientos.

—Perfecto... —susurré entre dientes al ver el periódico local en la mesa—. Evelyn von Osthaus —leí el artículo principal—. Libro de Paul Bormann resucita una macabra historia del pasado —levanté una ceja—. Se rumorea que una famosa plataforma de Streaming pretende comprar los derechos para convertir el bestseller en una serie.

No había foto actual, sino la que circulaba en internet, cuando Evelyn von Osthaus tenía solo dieciséis años.

—¿Su hijo nació en el año 1984? —musité un poco sorprendida—. Como yo.

Y Perseo...

Nueve

Perseo

Mentiras entrecortadas

Hattingen, octubre de 1991

Me costó asimilar lo que mi abuelo me desveló sobre mis padres tras descubrir que la foto del portarretrato, en realidad, era una foto de muestra, ya que él no tenía una de ellos. Me explicó que mi padre y él nunca tuvieron una buena relación. Motivo por el que apenas vio a mi madre, su hija.

Después, aunque en la foto solo era una niña, vi a mi madre por primera vez. La emoción llenó mis ojos de lágrimas, las que sequé antes de que Cora se diera cuenta. Pero, por más que quise disimular, de todos modos, lo hizo, era demasiado perspicaz, palabra que mi abuelo usó para describirla. Ella, tras un suspiro, propuso colocar la foto de mi madre en el portarretrato que me regaló. Y eso fue lo que hicimos.

—Cora es una niña increíble, Perseo.

Lo era.

—Tienes mucha suerte de tenerla como amiga.

Pero, infelizmente, tenerme como amigo no era lo mejor para ella. Desde la pelea que tuve en la escuela, nadie hablaba con ella a modo de represalia. Al inicio no le molestó la indiferencia que nos dedicaban, pero el día de su cumpleaños, cuando su madre le habló de su fiesta, las cosas tomaron otro rumbo.

—Mi madre quiere que invite a toda la clase, Perseo.

Nos dirigíamos al parque con una bolsa repleta de migas de pan que pretendíamos dar a los patos que nadaban cerca de la orilla del río.

—Y no sé cómo decirle que nadie querrá ir.

Hacía frío aquel viernes, siete días antes de su cumpleaños, pero me dio la impresión de que allí, cerca del agua, hacía más frío todavía. Cruzamos los rieles del tren, enfundados por miles de hojas marchitas de color marrón claro y amarillo.

—Diles que no iré, Cora.

Se detuvo en seco y me miró con furia de reojo. Su cabello se movió de un lado a otro como una cortina de seda dorada con cada caricia de la brisa.

—Si no voy, probablemente, irán, Cora.

Su mueca de fastidio se transformó en una de tristeza que incluso se instaló en sus ojos. Me sentí triste también, pero no era justo que por mi culpa los demás la trataran mal.

—Tú eres mi mejor amigo, Perseo.

Abrí la boca para emitir algo, pero el chirrido de los raíles me obligó a cogerla de la mano y salir corriendo hacia el otro lado. Cora apartó la mano de la mía y se echó a andar hacia el río sin dirigirme la mirada.

—¡Cora, espérame!

Me enseñó la mano.

—¡Habla con mi mano, Perseo!

Puse los ojos en blanco.

—¡Cora!

Negó con la cabeza.

—No me hables, Perseo.

Aunque le dimos de comer a los patos, lado a lado, no intercambiamos palabras, ni miradas. Tampoco volvimos juntos y, además me pidió un tiempo, lo que no sabía qué significaba.

—Las mujeres son muy complicadas, Perseo.

Clavé la vista en mi abuelo.

—Cora es una niña, no una mujer, abuelo.

Se rio entre dientes.

—Pues te aconsejo que no la presiones, Perseo.

Asentí con un cabeceo.

—No la busques, deja que ella lo haga.

Seguir el consejo de mi abuelo, solo empeoró las cosas entre los dos, ahora ya ni siquiera jugaba conmigo en el recreo.

—Iré al cumpleaños de Cora —enunció Emma—. ¡No irá Perseo! —vibró.

Los ojos me escocieron.

—¡Iré también! —gritó Ingolf.

Cora había repartido las tarjetas de su fiesta como le sugerí días atrás. Pero nunca pensé que me dolería tanto, casi más que el día de mi cumpleaños meses atrás.

—Habrá tarta de chocolate —comentó Eva—. ¡Y muchos dulces!

Me alejé de todos y busqué refugio cerca de un árbol de tronco grueso. Me senté a sus pies y pegué las rodillas al pecho. Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Me dolía mucho el desprecio de todos, pero mucho más el alejamiento de Cora.

—¡Cora! —gritaban nuestras compañeras de clase en el parque—. ¡Ven!

Asomé la cabeza para vislumbrarlas sin que ellas pudieran verme. Cora se reía y bromeaba con ellas como si fueran amigas desde siempre.

Pronto me olvidará...



Mi abuelo me abrazó y rompí a llorar con toda el alma.

—Perseo, no llores, por favor.

Cora no me hablaba hacía siete días.

—No quiero volver a la escuela, abuelo —supliqué llorando—. Nunca más —rogué.

Nadie me hablaba, nadie jugaba conmigo y nadie quería ser mi amigo, ni siquiera Cora.

—Pasará, Perseo, lo prometo.

Me apretujó contra él con cariño.

—¡No quiero volver, abuelo! —chillé.

Mi desesperación le asustó, incluso tuvo que preparar un té de manzanilla con miel para tranquilizarme. Aquel día, Cora, cumplía años y ni siquiera podía felicitarle o darle un regalo.

—Perseo, mi niño, lo siento tanto.

Me quedé dormido después de llorar hasta que me dolieron los ojos, la garganta y el pecho. Al día siguiente, tuve fiebre, debido a la inflamación de los ganglios linfáticos.

—Me duele aquí, abuelo —le indiqué el cuello—. Mucho.

Puso una toallita húmeda en mi frente enfebrecida y gemí al sentir el frío contra mi piel.

—Pronto estarás mejor, Perseo.

Durante tres días no fui a la escuela, la única que lo notó fue la profesora, quien me visitó por la tarde. Incluso me había traído manzanas y peras de su jardín.

—Gracias, profesora —balbuceé sin voz.

Me miró con una mueca de pura preocupación.

—Una compañera se ofreció a venir todas las tardes a hacer las tareas contigo, Perseo.

Fruncí el ceño a modo de confusión.

—¿Puede pasar. Perseo?

Estaba en mi habitación, en la cama, un poco mejor, pero todavía con fiebre y dolor de garganta. Solo asentí, supuse que Emma, la mejor alumna de la clase, fue la elegida.

—Hola, Perseo.

Levanté la mirada de golpe hacia la puerta al oír la voz de la compañera, la que se ofreció para ayudarme con las tareas.

—Cora —susurré aturdido.

La profesora le tocó la cabeza con cariño.

—Me tengo que ir, niños.

Se acercó y rozó mi mejilla enfebrecida con cariño.

—Mejora pronto, Perseo.

Cora me observaba como si me tuviera miedo. La profesora se marchó, pero ella siguió inmóvil en su sitio.

—No fuiste a mi fiesta, Perseo.

La miré ceñudo.

—No me invitaste, Cora.

Achicó mucho los ojos.

—Te dejé la tarjetera en tu mochila, Perseo.

Antes de que pudiera replicar, se acercó a ella y metió la mano en el bolsillo lateral, donde solía guardar las gomas de borrar. Retiró una tarjeta de su interior.

—Pensé que la encontrarías —apostilló en tono bajito—. Pensé que me llamarías, Perseo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No la vi, Cora.

Una lágrima rodó por su mejilla lentamente y dejó un rastro brillante por su piel sonrojada.

—¿Por qué no me contaste que nadie vino a tu fiesta de cumpleaños, Perseo?

Mis ojos me escocían mucho.

—¿Quién te lo dijo, Cora?

La voz me sonaba muy nasal, muy afónica y triste.

—Emma.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos en un silencio doloroso.

—Perseo, son unos tontos.

Una lágrima atravesó mi mejilla.

—Muy tontos —acoté y se rio.

Se sorbió por la nariz.

—Muy tontos —agregó con una sonrisa.

Mi abuelo había preparado mi primera fiesta de cumpleaños meses atrás. Me compró una tarta, dulces y preparó chocolate caliente para mis compañeros. Pero nadie vino, ni siquiera se dieron el trabajo de avisar o pedir disculpas por no asistir.

—Nunca es tarde para festejar —expresó mi abuelo desde la puerta y ambos soltamos un gemido de susto—. ¿Y si festejamos vuestros cumpleaños el sábado?

Cora me miró y después a mi abuelo.

—Este sábado —repuso ella, ilusionada—. Me encantaría.

Volvió a clavar la mirada en la mía y esperó mi respuesta.

—A mí también, abuelo.

Los padres de Cora le dieron permiso ese sábado para ir con nosotros al parque de atracciones que se había instalado en el pueblo.

—¡Coches de choque! —gritamos emocionados—. ¡Sí!

Nunca, ni en mis mejores sueños, imaginé un día más feliz que aquel, el mejor regalo de cumpleaños con mi mejor amiga en todo el mundo.

—Me encantó, señor Fuchs.

Cora sujetaba el globo rojo con estrellas, los dulces y el oso de peluche que le regalamos por su cumpleaños.

—Gracias, Perseo.

Me dio un beso en la mejilla.

—Fue el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida.

Me sonrojé.

—Gracias por el coche —expuse con el juguete cerca de la cara—. Algún día tendré uno parecido y daremos largos paseos por el pueblo.

Sonrió de oreja a oreja.

—Nos vemos mañana, Perseo.

El corazón me dio un vuelco.

—En nuestro lugar favorito.

Se dio la vuelta sin esperar mi respuesta y salió corriendo hacia su casa, a unos pocos metros de allí. Mi abuelo me cogió de la mano y nos dirigimos a la nuestra.

—Fue un día increíble, Perseo.

Lo miré de reojo con una sonrisa.

—Sí, abuelo.

Me quité un ojo.

—El mejor día de toda mi vida, abuelo.

Cruzamos la calle, vacía por aquellas horas. La brisa fresca desordenó mis cabellos y erizó un poco mi piel.

—Abuelo, ¿puedo hacerte una pregunta?

Carraspeó con fuerza.

—Claro.

Cora me habló de su abuela Ilse el otro día y solo en ese momento fui consciente de que no sabía cómo se llamaba la mía.

—¿Cómo se llamaba abuela?

Un suspiro profundo brotó de sus labios casi al mismo tiempo que abría el portón del jardín de nuestra casa. Me cedió el paso y entró detrás de mí.

—Tu abuela se llamaba María.

Esbocé una sonrisa al oír por primera vez el nombre de mi abuela.

María...

Diez

Cora

Fata Morgana

Hagen, junio de 2023

Teníá apuntado en la agenda electrónica varios datos acerca del caso de la familia von Osthaus, el que conmocionó el país al inicio de los años 80. Frank y María von Osthaus fueron asesinados el 24 de octubre durante la madrugada en el suntuoso castillo que habían comprado hacía solo un año.

—Necesito un relajante muscular —bisbiseó—. Me duele la muñeca —la moví—. Otra vez.

Era como si alguien me pinchara con agujas justo en el centro.

—La edad, Cora —bromeé sin humor—. Concéntrate —me reproché—. Demuestra cuán eficiente eres.

Conseguí el puesto en la revista virtual, pero todavía sin saber muy bien cuál sería mi labor.

—A ver.

En la pantalla del portátil, de mi nuevo trabajo, hacía una semana, aparecía un recorte de periódico de 1981. En la imagen en blanco y negro se podía ver los rostros de la pareja asesinada brutalmente por orden de su hija.

Madre mía...

El amigo y cómplice del chico de Evelyn, se quitó la vida meses después en la prisión donde se encontraba tras el descubrimiento de su participación. La pareja de treinta y cinco años, que se conocían desde tiempos de escuela, recibió varios golpes en la cabeza mientras dormían.

—Dios santo —susurré atónita al leer la descripción de los hechos—. Un crimen cruel y deshumano.

Tomé un sorbo de café de la taza que rezaba en la parte frontal el nombre de la revista.

«Noticias al instante».

No era solo un eslogan, sino un lema de la revista. Ayer, por ejemplo, fui a cubrir en el centro de Wuppertal la desactivación de una bomba de la Segunda Guerra Mundial y por la tarde hablé con una simpática mujer de casi ochenta años que se dedicaba a pintar muros atacados por fanáticos de la ultraderecha con palabras de odio y racismo, a pesar de las amenazas que recibía.

—Buenos días, Cora.

Levanté la vista hacia Thomas, mi compañero de trabajo. Clavó la vista en la pantalla por

encima de las gafas de montura plateada con un silbido de sorpresa.

—Buenos días —repliqué, sonriente—. Solo es mera curiosidad.

El caso de la familia von Osthaus, a pesar de los años, era uno de los más comentados tras el documental que hicieron en un conocido canal de Streaming.

—Ese asesinato fue terrible —comentó mientras se servía café—. La mujer tardó casi media hora en morir, Cora.

Daniel Meyer, pareja de Evelyn, asfixió a la madre de ésta por órdenes suyas con una toalla que ella le proporcionó.

—El padre murió al recibir el tercer golpe —leí aturrida el informe policial—. Su cráneo se partió en el centro.

La escena fue tan macabra que una de las agentes de policía no soportó y tuvo que abandonar el lugar de los hechos.

—Encontraron restos del cerebro del padre por la pared, en el suelo, en la cama y en el dichoso bastón —añadió Thomas, desencajado—. Mi padre cubrió esa barbaridad, Cora.

La impresión me instó a levantar ambas cejas.

—Fue periodista del *Tagesspiegel* —expuso orgulloso—. Y con toda su experiencia periodística a cuestas... —tragó con fuerza— quedó muy impactado con ese crimen.

Volví a contemplar la pantalla, pero esta vez con un nudo incómodo en la garganta y un ardor molesto en el centro del estómago.

—Y ante todo la actitud de la autora —subrayó pensativo—. La frialdad con la que actuó durante las investigaciones del asesinato de sus padres.

Lo que encendió una alarma en las cabezas de los agentes de policía encargados de llevar el caso y, de los periodistas que lo cubrían, entre ellos, el padre de él.

—No dudó en echar toda la culpa en su chico cuando los cabos sueltos empezaron a unirse entre sí —alegó con una sonrisa carente de emoción—. No tardaron ni cinco meses en llegar a la verdad, Cora.

Evelyn von Osthaus nunca asumió la culpa, aunque las evidencias eran claras, ella siempre negó todo e incluso alegó ser víctima de su pareja en aquel entonces.

—Una psicópata impiadosa —apostilló y se llevó toda mi atención—. ¿Sabías que tres años después de la muerte de sus padres tuvo un hijo?

En el año que nació.

—En 1984 —completé.

Chasqueó los dedos en el aire con una amplia sonrisa de satisfacción en los labios.

—Diez años después de mi nacimiento —se burló sin abandonar su sonrisa ladina—. Nadie supo quién fue el padre o qué pasó del bebé.

Tomé el resto del café que me quedaba en la taza.

—¿Ni tu padre lo descubrió? —sondeé.

Se rio entre dientes con la mano en la nuca en un gesto claro de nerviosismo.

—Nunca logró desvelar ese misterio, Cora.

Hubo rumores de que el padre del hijo de Evelyn, perteneció a la policía del estado conocida como La Stasi, pero nunca se confirmó la veracidad de tal rumor.

—La SS de la Guerra Fría —bromeó sin humor—. Evelyn llegó a alegar que abusaron de ella, pero nadie nunca le creyó.

Mordí la piel de las mejillas ansiosa.

—Se desmayó durante el parto y al despertarse quiso ver a su hijo, pero nunca se lo permitieron, Cora.

Hizo un encogimiento de hombros.

—Se dicen muchas cosas sobre el tema —acotó tras tomar un poco de café—. Incluso que asesinó al bebé, motivo por el que nadie sabe nada de él —asentí con un leve cabeceo—. Otros que juró vengarse del padre —me miró fijo— asesinando a su hijo al salir de la cárcel.

La piel se me puso de gallina:

—Muchas conjeturas y teorías conspirativas, Cora.

Algunos misterios, como decía mi padre, morían con sus guardianes.

—Lleva años libre y nadie sabe nada de ella, Cora.

Asentí.

—Destruyó a toda su familia y el karma sigue sin cobrarle la deuda —apuntó y se sentó en su escritorio—. Incluso su hermano, Andreas, años después, murió.

Tenía la vista en la foto sin color del viejo periódico que cubrió todo el caso. En ella se podía apreciar a una pareja feliz.

¿Lo fueron?

—¿El hermano murió? —solté al asimilar su afirmación—. ¿De qué?

Tecleó con agilidad en el buscador Google, pero antes de que pudiera replicar, alguien nos interrumpió.

Nuestra jefa...



La voz de ella llegó a mis oídos y me rescató de mis pensamientos. Cuando pronunció mi nombre, la miré por encima del portátil y asentí de manera mecánica. Me puse de pie y me dirigí a su oficina, todavía con aquella última información latente en mí como los resultados de mis últimos exámenes clínicos de días atrás. No hubo cambio en mi capacidad de percepción de aromas y sabores. Después de varias pruebas realizadas por mi excuñada personalmente, me aseguró que era imposible que pudiera percibir cualquier clase de aroma. El tipo de anosmia que padecía, era severo, por lo que, no hablé de Michael y el aroma idéntico a mi amigo de infancia que había muerto hacía treinta años atrás.

—Quería felicitarte por tu último artículo, Cora.

Las palabras de mi jefa me devolvieron al presente justo cuando atravesaba la puerta de su oficina.

—Tuvo mucha aceptación.

Me enseñó la silla, donde me senté acto seguido.

—Gracias, señora.

Se rio.

—Sandra —terció—. Llámame por mi nombre.

Asentí.

—Sandra —repetí.

Giró el monitor hacia mí y me enseñó el número de visualizaciones que tuvo el artículo sobre mi discapacidad.

—Pocas personas conocían esa enfermedad, pero muchas la padecen y cuentan sus experiencias, Cora.

Había miles de comentarios, lo que me sorprendió mucho.

—Vaya —musité.

Sonrió satisfecha.

—Muchas de esas personas se registraron a nuestra página y, como premio, harás tu primera entrevista, Cora.

Me costó tragar la saliva.

—No soy periodista, Sandra.

Me guiñó el ojo.

—El día de tu entrevista laboral me aseguraste, que harías todo lo que se te propusiera en el trabajo, Cora.

Me gustaba escribir artículos virtuales, pero lo que me pedía sobrepasaba mis habilidades. Era fotógrafa, no periodista.

—Thomas sería mejor opción que yo, Sandra.

Tenía las mejillas muy arreboladas.

—Pues te escogí a ti, Cora.

No hubo manera de hacerla cambiar de parecer, por lo que no tuve más remedio que obedecer. Además, estaba en periodo de prueba, hecho que me convenció con más rapidez.

—Un hombre salvó a un niño de morir ahogado en el río Volme en Hagen mientras trataba de coger su globo a orillas del mismo —leí el mensaje de Sandra en el móvil—. Se lanzó al río sin rechistar, poniendo en riesgo incluso su propia vida —terminé de leer su mensaje.

Un héroe de verdad y no uno de Marvel o DC. Me reí, era una friki amante de los Comic de superhéroes, una pasión que Perseo sembró en mí.

Perseo...

Nunca pensé tanto en él como estos últimos meses. Me dolía hacerlo, motivo por el cual lo mantenía encerrado dentro de la caja de mis mejores recuerdos. El móvil sonó, era una llamada.

—Hartmann —expresé en tono serio.

Era Thomas.

—No encontré nada sobre la muerte de Andreas von Osthaus —anunció en tono ladino—. Pero hallé una información acerca de ello.

Me reí justo cuando vi a alguien apoyado en la barandilla de hierro del puente *Marktbrücke*, el sitio elegido por la persona que debía entrevistar esa tarde.

Michael...

—Andreas von Osthaus se quitó la vida, Cora.

Michael sonrió al verme justo cuando ralenticé los pasos debido a lo que Thomas me contaba.

—Murió... —siseó Thomas—. En el año 1993.

Temblé de pies a cabeza cuando mencionó la fecha.

El mismo día que murió Perseo.

Once

Perseo

No desistas de tus sueños

Hattingen, noviembre de 1991

Abrí los ojos de par en par cuando Peter Pan volvió a Neverland en la película Hook, la que Cora y yo elegimos para ver aquel sábado lluvioso de inicios de noviembre. Su tío Dirk, hermano de su madre, nos invitó a ir al cine. Además, nos llevaría a comer salchichas y tomar Coca Cola.

Cora chilló de emoción a mi lado y me sacó de mi concentración. La miré de reojo con una amplia sonrisa en los labios. Me gustaba mucho cuando sonreía, porque lo hacía desde lo más hondo de su ser, como mi abuela, según mi abuelo. Desvié la mirada hacia la pantalla y me pregunté cómo hubiera sido mi vida con mis padres.

—¿Te pasa algo, Perseo?

Miré a Cora de reojo.

—No, nada.

Sonrió antes de volver a clavar la vista en la pantalla. No era la primera vez que iba al cine, su tío la llevó el año pasado y también a inicios de este año. Yo, sin embargo, era la primera vez que veía una película en una pantalla gigantesca.

—¡Ataca al capitán Garfio! —gritó Cora.

Me reí entre dientes.

—¡Hazlo por tus hijos!

En ese breve instante me imaginé a mi padre en el lugar de Peter Pan, luchando por mí, por nosotros.

—Perseo, ¿por qué lloras?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Es por la película, Cora.

Sus ojos también se nublaron.

—Volverá a casa, Perseo.

Asentí con un leve cabeceo, sin replicar.

—¿Os gustó la película? —preguntó el tío de Cora al salir del cine—. Yo la amé —sonrió. Saltamos y chillamos de alegría.

—¡Sííí! —coreamos eufóricos.

Después de comer, fuimos al parque del pueblo y jugamos un poco en el tobogán y en los columpios.

—¡Papá! —gritó Cora—. ¡Papá!

Salió corriendo al encuentro de su padre.

—Mi pequeña.

La cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—¡Amé la película, papá!

Su tío fumaba al lado de los dos cuando me acerqué a pasos lentos. No era la primera vez que veía al padre de Cora, pero siempre me cohibía mucho su presencia.

—Hola, señor Hartmann —saludé con timidez.

Bajó a Cora a mi lado y me tocó la cabeza con afecto.

—Hola, Perseo.

Parecía mucho más amable y menos serio aquel día. Cora comentó una vez que su madre era muy exigente y fría, todo lo contrario de su padre y su tío.

—Ven, Perseo —expresó Cora y me cogió de la mano—. ¡Vamos al balancín!

La risa del tío de Cora me hizo girar la cabeza en un acto reflejo. El señor Hartmann cogió el cigarrillo de su cuñado y le dio una calada profunda.

—¡Dortmund saldrá campeón, Martín!

La carcajada del padre de Cora me instó a fruncir el ceño.

—Tu papá no es tan serio como pensé, Cora.

Ella asintió y sus cabellos se mecieron de un lado a otro a cada lado de su rostro. Volví a contemplarlos por encima del hombro antes de mirarla de nuevo.

—Mi mamá dice que los hombres son diferentes cuando están con otros hombres, Perseo.

Su tío no solo era cuñado de su padre, sino también su mejor amigo.

—Ah —musité.

Las mejillas de Cora estaban muy coloradas y la punta de la nariz también.

—¿Te sientes bien, Cora?

Se tocó la garganta.

—Sí, Perseo.

Carraspeó un poco.

—Muy bien.

No tenía amigos, por lo que no sabía si aquello era cierto o no. Pero cuando Cora me explicó, que si tuviera un amigo, haría cosas distintas con ellos, como jugar al fútbol o al cochecito. Justamente lo que no hacía con ella.

—Algún día tendrás amigos, Perseo.

Nos subimos al balancín y empezamos a subir y bajar en él impulsados por los pies.

—Y te olvidarás de mí.

Negué con la cabeza.

—Nunca me olvidaré de ti, Cora.

Achicó los ojos en un gesto de desconfianza.

—Eso lo dices ahora, pero cuando tengas amigos, me dejarás de lado, Perseo.

Volví a negar con un cabeceo mucho más enérgico que el anterior.

—Eso no pasará, Cora —juré con firmeza—. Nunca jamás.

Se rio por lo bajo.

—Nunca jamás —repitió, sonriente.

Su padre nos llamó, era hora de irnos a nuestras respectivas casas. Corrimos hacia ellos y nos enfilamos primero hacia la mía, donde mi abuelo ya me esperaba cerca del portón con una taza de té en la mano.

—Buenas noches, señor Fuchs —saludaron el padre y el tío de Cora—. Aquí está su nieto, sano y salvo.

Cora le saludó con alegría.

—Buenas noches —replicó mi abuelo—. Espero que se haya comportado bien.

Me miró con una expresión que rayaba la seriedad fingida y la diversión más genuina del mundo.

—Muy bien —apostilló el tío de Cora.

Mi abuelo acarició mi cabeza con cariño.

—Gracias por la invitación.

El padre de Cora visualizó el reloj de pulsera y cambió la expresión de su rostro, adoptando una más seria y fría.

—Fue un placer.

Mi abuelo me miró de reojo.

—¿Ya le diste las gracias, Perseo?

Asentí.

—Sí, abuelo.

Se despidieron de nosotros a continuación y se dirigieron a su casa a pasos lentos. Cora giró la cabeza y sonrió por encima del hombro.

—Hasta mañana, Perseo.

El padre de ella se volvió y nos contempló con una expresión que no supe cómo definir. Al seguir su enfoque, noté el mismo deje en los ojos de mi abuelo.

¿Por qué se miraban de aquel modo?



Cora y yo nos escondimos detrás de un tronco caído en mitad de camino del bosque. Con cuidado, por encima del tallo enfundado en musgos y setas, observamos al gato rojizo que comía con ganas lo que le trajimos. No sabíamos si tenía un hogar o no, pero por su apariencia nos pareció que no. Además de delgado, tenía el pelaje descuidado.

—Tiene mucha hambre, Perseo.

La miré de reojo.

—Sí, Cora.

Era la quinta vez que le dábamos de comer.

—Pobrecillo.

Cuando terminó de comer, lo seguimos con cautela, pero al percibir nuestra presencia, salió disparado hacia el cementerio. Frenamos los pasos de golpe a unos metros del portón de hierro.

—Perseo, ¿y si es un fantasma?

Le lancé una mirada seria.

—Si fuera un fantasma no podría comer lo que le dimos, Cora.

Levantó los ojos de golpe y llevó el dedo a los labios en un gesto caviloso.

—Es verdad, Perseo.

Asentí con un cabeceo enérgico justo cuando un maullido llegó a nuestros oídos. Giramos la cabeza monocorde hacia el camposanto.

—¡Nos saluda, Perseo!

Ladeé la cabeza, achiqué los ojos y suspiré al mismo tiempo.

—¿Tú crees?

Tenía mis dudas, pero tres días después, pudimos acercarnos a él o a ella, un poco más. No huyó como las otras veces, pero tampoco permitió que nos acercáramos más de lo debido.

—Es macho, Perseo.

La miré de soslayo.

—¿Cómo lo sabes?

Aquel día llevaba un gorro blanco con detalles en flores rosas, el día anterior fue verde con motas blancas.

—Tiene algo colgado debajo del rabo, Perseo.

Ladeé la cabeza.

—Mi abuela tiene dos gatos —acotó—. Por eso lo sé.

Un «ah» brotó de mis labios.

—Lo llamaremos: Rojo.

Compuso una mueca de duda.

—Mejor Peter Pan.

Esbozó una amplia sonrisa.

—¡Me encanta, Perseo!

El sonido de unos pasos llegó a nuestros oídos y nos sacó de nuestra concentración. Giramos la cabeza al mismo tiempo y, cuando vimos a la bruja del bosque, nos pusimos de pie de un salto con un grito lleno de terror.

—¡Vámonos, Cora!

Hacía mucho frío, casi no salía el sol y los árboles estaban casi sin follaje. Cora perdió el equilibrio y se resbaló. Pero la sostuve a tiempo y evité que se derribara.

—¡Viene a por nosotros, Perseo!

La imaginé sobre una escoba con un vestido negro y un gorro de punta envuelta en risas diabólicas. El corazón me latió con violencia en el pecho y volví a coger la mano de mi amiga.

—¡Corre, Cora!

Al salir del bosque, sin miramientos, fuimos a mi casa, a unos metros de allí. Sin aliento, apoyamos las manos en las rodillas un poco encorvados.

—La perdimos de vista... —jadeó todavía reclinada sobre sí misma—. Por un pelo, Perseo.

Le teníamos mucho miedo después de lo ocurrido semanas atrás cuando fui a buscar los jazmines milagrosos para Cora.

—¿Quiere un poco de zumo de manzana, Cora?

Sus mejillas estaban muy sonrojadas y su respiración muy agitada. Se enderezó y abanicó la cara con las manos.

—Sí, quiero, Perseo.

Entramos en la casa por la puerta de la cocina después de dejar los zapatos sobre el felpudo que rezaba: Willkommen.

—Nadie sabe que trabajé para ellos, Josef —declaró mi abuelo en el salón en tono firme y severo—. No, nadie lo sabe.

Cora y yo intercambiamos una mirada de soslayo al notar el enfado en el tono de voz de mi abuelo. Nunca, antes de ese día, habló de aquel modo con nadie.

—No me interesa, Josef —terció enfurruñado—. ¡No!

Un golpe seco nos instó a gemir de susto y dar un brinco hacia atrás. Cora entrelazó el brazo con el mío cuando mi abuelo volvió a gritar.

—No tengo idea de cómo conseguiste mi número de teléfono, Josef —expresó con rabia—, pero espero que no vuelvas a llamarme jamás.

Me aparté de Cora con cuidado y me desplacé de puntillas hasta la puerta que llevaba al salón. Asomé un poco la cabeza y lo vi con el auricular del teléfono naranja pegado a la oreja mientras con la otra mano masajeaba la nuca con impaciencia.

—La Stasi ya no existe —remarcó rotundo—. No existe.

Abrí mucho los ojos al escuchar aquel nombre que semanas atrás alguien mencionó entre gritos furiosos.

La bruja del bosque...

Doce

Cora

Un antes y un después

Hagen, junio de 2023

A pocos metros estaba él, el hombre que exhalaba el mismo aroma de la persona más importante de mi infancia, a quien, a pesar del tiempo, nunca olvidé.

Porque, había un antes y un después en toda historia, un pasaje decisivo que marcaba la diferencia con el siguiente. Eso me pasó el día que Perseo murió y dejó dentro de mí un vacío que jamás pude rellenar. Nadie nunca logró ocupar ese espacio dentro de mi corazón, aunque solo era una niña inocente, el dolor que viví al perderlo, cambió el matiz de mi esencia. La que ahora, treinta años después, volvía a cobrar vida a través de un aroma que solo sentí a su lado.

Solo a su lado...

Aquel hombre alto, fuerte y valiente tenía su mismo aroma, el que no logré sentir durante todos estos años.

¿Quién eres?

Se desplazó hacia mí con la sonrisa desencajada y la mirada llena de preocupación. Desde que colgué, no fui capaz de moverme un solo centímetro de mi lugar. La impresión seguía muy latente dentro de mí.

—Hola —saludó un poco cohibido—. ¿Eres la periodista?

Me dio dos besos inesperados y todo mi cuerpo reaccionó. No sabía si tenía demasiado calor o tal vez demasiado frío. Eso sin mencionar el escozor en los ojos, en las palmas y, también en el centro del pecho.

—Oh —gemí por lo bajo.

Su aroma se coló en mis fosas nasales y aumentó el ritmo cardíaco de mi corazón. Ni la montaña rusa sería capaz de alterarlo tanto.

—Hola, Michael.

La camiseta blanca con el eslogan de una marca de cerveza famosa del país se adueñó de mi concentración. Necesitaba recuperar el control de mis emociones antes de encararlo.

—Y sí, soy yo la que te hará la entrevista —afirmé con un carraspeo—. Perdona —puse el puño en la boca y tosí—. Tengo la garganta un poco seca.

Un hormigueo me recorrió de arriba abajo a una velocidad que me mareó. Carraspeé con fuerza para recuperar el control de mis emociones.

—No te preocupes, Cora.

Ese día parecía más jovial y relajado.

—Una extraña casualidad —admití.

Esbozó una media sonrisa.

—¡Vaya casualidad!

Las manos seguían ocultas en los bolsillos de sus vaqueros oscuros y muy ceñidos. Parecía más alto que la última vez y más fuerte también.

—Demasiada, Michael.

Era un hombre de sonrisa fácil y franca. No había malicia en su mirada o en el tono de su cálida y serena voz. Fijé, sin querer, la vista en sus fuertes antebrazos envueltos en un fino vello rubio que acentuaba su piel bronceada.

—¿Te puedo invitar a un café, Cora?

Le miré de reojo.

—No puedo, Michael.

Levantó ambas cejas en un gesto de sorpresa y también de asombro. Me reí entre dientes, fue inevitable y, ante todo, relajante.

—Invito yo —repuse y su expresión se suavizó—. Por aceptar la invitación de la revista.

Retiró la mano del bolsillo e indicó el camino con ella, el que nos llevaría a la misma cafetería del otro día.

—Es un placer, Cora.

Alisé la camiseta roja de manga corta con una flor en el pecho de color blanco que combinaba muy bien con mi bolso y la goma de cabello que sujetaba en un moño mi melena.

—Un acto heroico que merece ser immortalizado, Michael.

Mi pulso latía con frenesí y el corazón martilleaba en el hueco del pecho con el mismo furor.

—Fue instintivo, Cora.

Lo miré de reojo, tuve que levantar la vista porque me llevaba una cabeza de ventaja. Y eso que no era una persona baja.

—Si no lo hubieras hecho... —siseé nerviosa—, mejor ni lo pienso.

Su aroma se colaba en mis fosas nasales y arañaba mis emociones con saña. No era él, no podía ser él.

Eso era imposible...

—Por suerte no pasó nada que lamentar, Cora.

Su semblante se contrajo al terminar la frase, como si le hubiera dolido expresarla. Moví la cabeza en algo que pretendía ser una afirmación, pero que no se concretó, al menos no con firmeza.

—Muchas desgracias fueron evitadas, pero muchas otras no, Cora.

Sus palabras, de manera inevitable, me llevaron al pasado. Toda mi vida, todos estos años, me hice la misma pregunta a diario, ¿y si yo hubiera estado con Perseo aquel día?

Tal vez hubiera cambiado su destino...

—Es verdad, Michael.

Aquella afirmación brotó de mis labios revestida de tristeza, una que no pasó desapercibida por él, que al instante frenó sus pasos.

—Dios santo, ¿has perdido a un hijo...?

Mordí la piel interna de las mejillas con impaciencia.

—No —repliqué en un susurro—. No era mi hijo.

Tragué con fuerza, necesitaba recuperar el control de mis emociones, todas alteradas al evocar lo sucedido aquel lejano año que se llevó a mi mejor amigo de infancia.

—Fue mi amigo.

Compuso una mueca de compasión, demostrando con ese gesto, cuán empático y sensible.

—Perseo —solté sin meditarlo—. Se llamaba Perseo.

Alargó la mano, de dedos largos, finos y perfectos como los de un pianista, hacia mí. La dejó caer en mi hombro con delicadeza y provocó dentro de mí un maremoto de sensaciones dicotómicas.

—Lo siento, Cora.

El sol de media tarde, tímido, pero soberano, iluminó todo el lugar, eso incluía nuestros rostros marcados por las emociones que despertaron mi afirmación en los dos.

—Fue hace mucho tiempo, Michael.

Pero todavía dolía...



No alargamos el tema, algunos eran mejor mantenerlos en el recuerdo, porque dolían demasiado. Apartó la mano de mí y la usó para retirar la silla de la mesa que escogió para los dos.

—Gracias.

Me senté y coloqué mi bolso en la silla contigua. Michael lo hizo al otro lado de la mesa y el sol quedó ofuscado detrás de él. Bajé la mirada y me encontré con sus manos bronceadas de uñas impecables y sin anillo a la vista.

—Cuando salvé a ese niño —soltó de repente y llamó mi atención— pensé en mi hijo.

El camarero se acercó a la mesa.

—Tienes un hijo —fingí que no lo sabía—. Un niño.

Esbozó una amplia sonrisa y dejó a la vista su perfecta dentadura.

—Sí, tengo un hijo de nueve años.

Asentí.

—¿Y cómo se llama?

Toda la piel se me puso de gallina cuando pronunció el nombre de su hijo, el mismo que Perseo y yo elegimos para el gato pelirrojo del bosque.

Peter...

—Dos tazas de café y dos tartas de manzana con nata —repitió el camarero nuestro pedido—. Enseguida vuelvo.

Parpadeé.

—Soy fan de Peter Pan —reconocí con una sonrisa—. El de la película Hook.

Elevó ambas cejas.

—¡Yo también!

Se sorprendió mucho cuando mencioné que fui al cine a ver la película cuando la estrenaron en el país en 1992.

—Este año cumpla treinta y nueve años —declaré.

Un jadeo de asombro afloró de sus labios.

—No te ponía ni treinta años, Cora.

El camarero sirvió nuestros pedidos con soltura.

—¿Gracias? —musité y se rio entre dientes—. Acabas de alegrar mi día, Michael.

Le dio un sorbo a su taza sin apartar la mirada de la mía un solo instante. Mis mejillas

ardían, el calor se apoderó de ellas como el desenfreno de mis latidos. Bajé la vista y cogí la mía para darle también un sorbo. Cuando volví a mirarlo, seguía atento a mí todo el tiempo, lo que me instó a llevar un mechón suelto detrás de la oreja. Si él pudiera descifrar lo que cada uno de mis gestos escondía, sabría cuán nerviosa me ponía su presencia.

—Me encantaría enseñarte una foto de Peter —habló de repente—. Pero al salvar a Rudy, perdí mi móvil y gran parte de las fotos que tenía de mi hijo.

Bajé la taza sobre el platillo con un gemido de pesar.

—Lo siento, Michael.

Una sonrisa trazó una pequeña curva en sus labios.

—Tengo copia de seguridad, pero todavía no tuve tiempo de pasar al nuevo móvil —señaló con la mirada en la mesa—. Acabo de comprarlo.

Escrudiné su mano y la ausencia de un anillo en uno de los dedos envió una duda directamente al cerebro casi en el preciso instante que vi a la misma enfermera de aquel primer encuentro. La seguí con la vista hasta que entró en el mismo edificio que en aquel entonces.

—No tengo muy buena relación con su madre —expuso como si me hubiera leído la mente—. Infelizmente.

Una punzada en la muñeca derecha me hizo desviar la mirada hacia ella. Gerda culpaba a la moto, yo a la edad.

—Lo siento, Michael.

Metió el tenedor en la boca con un trocito de pastel en él y lo saboreó con apetencia.

—Está exquisita la tarta, Cora.

Aquel día apenas había probado bocado después del duro entrenamiento que le tocó con los nuevos bomberos voluntarios.

—¿Empezamos? —propuse.

Se limpió los labios con la servilleta y después bebió un sorbo de café.

—Por supuesto.

Sonrió sorprendido al ver mi agenda rosa sobre la mesa. Le expliqué que me gustaba hacerlo a la antigua, aunque resalté que era la primera vez que lo hacía, comentario que le robó una carcajada profunda.

—Siempre hay una primera vez, Cora.

Su labio inferior era más carnoso que el superior y en el centro tenía una línea que lo dividía.

—Y esto —afirmé al colocar la agenda electrónica al lado de la taza—. Regalo de mi hermana.

Apenas tenía una que otra anotación dentro.

—Comencemos —enuncié—. Allá vamos.

Me miró fijo cuando solté las primeras preguntas.

—Tengo treinta y seis años —contestó a mi primera pregunta—. Viví en Neviges desde los cinco años... —lo miré fijo—. Me mudé aquí a Hagen cuando Mónica, mi ex, quedó embarazada y decidimos vivir juntos.

No tenía relevancia ninguna aquella información personal, palabras suyas, pero sintió la gran necesidad de confesármelo.

—Soy bombero profesional y, además actor de teatro.

Levanté las cejas, abrí los ojos y la boca en un gesto de sorpresa.

—¿Eres actor?

Sonrió.

—Hace unos seis años más o menos, Cora.

Anoté en la agenda sin abandonar la sonrisa.

—Además de actuar, también escribo y dirijo, Cora.

Exhalé hondo al evocar los muñecos de trapo que encontramos en el sótano de la casa de Perseo y con los que solíamos inventar mundos imaginarios increíbles.

—Tienes un grupo de teatro —espeté maravillada—. ¿Aquí en Hagen?

Movió la cabeza en un asentimiento.

—Vaya —musité embelesada.

Aquello dio un giro de 180 grados a la entrevista, que tomó otro rumbo, uno bastante interesante. Michael no solo era un valiente bombero que arriesgaba su vida para salvar a otras, sino también un apasionado del arte en general.

—Nos reunimos en un viejo teatro que el ayuntamiento nos cedió a cambio de mantenerlo limpio —continuó emocionado—. Todo lo que recaudamos lo donamos a unos albergues de animales abandonados.

Elevé ambas cejas cuando mencionó la cantidad que solían recaudar por cada pieza.

—No es poco, Michael.

Me guiñó el ojo.

—Muchos de los que van son bomberos y familiares de los actores —bromeó con una sonrisa—. Actualmente estamos presentando la versión humana de: La dama y el vagabundo.

Una exclamación huyó de mis labios cuando acotó que los desnudos solían aumentar el número de espectadores.

—Solo torso desnudo —aclaró con una sonrisa ladeada—. A veces con ropa interior nada más.

Pasé a otro tema, roja como un tomate.

—¿Naciste aquí en Hagen, Michael?

Pasé a otro tema y se rio por lo bajo.

—No, Cora.

Lo miré expectante.

—En realidad nací en el Este de Alemania, Cora.

El aire tardó en llegar a mis pulmones.

—Durante la Guerra Fría.

Me costó ocultar el asombro que causó su revelación.

—Mi madre huyó cuando yo tenía un poco más de un año de vida —continuó en un tono bastante apagado—. A pocos meses de su condena a la muerte.

El bolígrafo salió volando de mi mano como una exclamación de susto de mis labios.

—¿Tu madre fue condenada a muerte?

El camarero sirvió un poco más de café y se retiró tras ello.

—Una manera de decir, Cora —puntualizó en tono bajo—. Digamos que las personas que molestaban al régimen solían desaparecer sin dejar rastro.

Dios mío...

—Pero mi madre nunca habla mucho del tema —alegó ensombrecido—. Solo lo justo y lo necesario —sonrió—. Lo que con el tiempo aprendí a respetar.

Algunos pasajes eran intocables...

Levantó del suelo mi bolígrafo y lo alargó hacia mí, todavía impactada con su afirmación.

—¿Y tu padre?

Carraspeó nervioso antes de darle un sorbo a su taza.

—Mi padre fue agente, Cora.

Cuando mencionó la organización a la que pertenecía su padre, el cielo tembló sobre mí y la tierra se abrió debajo de mis pies.

La Stasi...

Trece

Perseo

El aroma del hogar

Hattingen, noviembre de 1991

Después de ver la película *E: T.* el extraterrestre, en la televisión, Cora y yo decidimos ir al bosque con una lata de atún que había cogido de la alacena de su casa para Peter, el gato pelirrojo más salvaje y gruñón del mundo. Pero comprendimos que era así porque no tenía un hogar y dueños que le diesen cariño. Fue lo que el padre de Cora alegó cuando ella le preguntó sobre animales abandonados.

—Tendremos que traer unas mantas, Perseo.

Había restos de escarcha por todas partes, lo que indicaba que pronto nevaría, tal vez antes de navidad.

—En el sótano tenemos algunas cosas, Cora.

Nunca iba solo allí, le tenía miedo, pero si estaba con alguien, no.

—Mi mamá tiene unas mantas viejas en el sótano, Perseo.

La miré de reojo.

—Incluso tiene algunos cojines que podrían servirle de camita a Peter.

Las ramas secas, la escarcha, las hojas marchitas y amarillentas, crujían debajo de nuestros pies a cada paso que dábamos.

—Puede que acepte, Cora.

Giró el rostro enmarcado por sus cabellos dorados con una sonrisa en los labios.

—Le pondremos en una caja de cartón —propuso sin abandonar su deje—. A todos los gatos les encantan las cajas de cartón.

Nunca tuve un gato, por lo que no sabía si aquello era o no cierto.

—El gato de mi abuela solía entrar en las cajas que encontraba, Perseo.

Metí la mano en el bolsillo del abrigo cuando vi el agujero en el dedo corazón del guante. Oteé a Cora de soslayo para cerciorarme de que no lo hubiera visto, al parecer, no se dio cuenta de nada.

—Ah —solté condescendiente—. Nunca tuve un gato.

Descendimos la parte más empinada del bosque y nos dirigimos hacia el cementerio a pasos firmes.

—Yo tampoco, Perseo.

Su madre era demasiado estricta con la limpieza y el orden, por lo que nunca le permitiría tener una mascota. Ni siquiera un pececillo o un pájaro.

—¿Por eso nunca me invitas a ir a tu casa, Cora?

Exhaló un largo y profundo suspiro.

—Sí, Perseo.

Su cumpleaños fue realizado en el garaje y, aun así, generó varias discusiones entre sus padres. Cora se puso muy triste de repente, abrió la boca para hablar, pero entonces vimos algo a pocos metros de nosotros y en lugar de palabras, soltó un grito agudo de susto.

—¡Peter!

Cerca del tronco caído, donde solíamos dejar su comida a diario, estaba Peter, tumbado de costado e inmóvil.

—¡Peter!

No se movió.

—Pe... ter... —gimió Cora sin aliento.

No maulló.

—Perseo, ¿está...?

No huyó.

—¿Se...? —bisbiseó Cora entre lágrimas—. ¿Murió?

Llevó las manos enguantadas a la boca cuando me acucillé cerca de él y le toqué la cabeza.

—Sí... —susurré con un sollozo—, murió, Cora.

Ella también se arrodilló a mi lado y rompió a llorar con toda el alma cuando acarició la cabeza de Peter.

—Se congeló, Perseo —sollozó con desconsuelo—. Se congeló... —jadeó.

Miré el cuerpo de Peter con atención.

—Creo que sí, Cora —lloré.

Rompimos a llorar.

—¿Por qué Dios no lo cuidó, Perseo?

Moví la cabeza en un gesto negativo.

—No lo sé, Cora.

Una voz femenina muy ronca llegó a nuestros oídos de repente y nos instó a gritar de susto. Al levantar la cabeza, allí, a pocos centímetros de nosotros, estaba la bruja del bosque.

—Lo mataron —expuso con la mirada en los dos—. Lo envenenaron.

Me puse de pie de un salto y chillé con furia:

—¡Fue usted!

Cora también se puso de pie y la gritó enfurecida:

—¡Bruja malvada!

Su apariencia daba miedo, parecía la bruja del cuento: Hänsel y Gretel. Su ropa vieja y sus botas deslucidas le daban un aire más terrorífico aún.

—¡Bruja! ¡Bruja! ¡Bruja!

Cogí una piedra y la lancé hacia ella con mucha rabia. Un gemido de dolor brotó de sus labios secos al recibir el impacto en quién sabe qué parte de su cuerpo.

—¡Vámonos, Cora!

Cogí su mano y la tiré con fuerza.

—¡No fui yo! —bramó la bruja a nuestras espaldas—. ¡No fui yo!

No nos detuvimos, atravesamos el bosque como alma que lleva el diablo. Buscamos refugio en casa, donde nos encontramos con mi abuelo.

—¿Qué pasó, niños?

Se arrodilló delante de nosotros con una mueca de tristeza.

—Peter... —balbuceé llorando—. Murió, abuelo.

Cora lloraba con desconsuelo.

—El gato del bosque, abuelo.

Lo conocía a través de nosotros. No mencioné a la bruja del bosque, Cora y yo juramos jamás nombrarla, porque teníamos miedo de que nos prohibieran ir al bosque.

—Oh, Dios mío, lo siento, niños.

Abrió los brazos de par en par y nos refugió entre ellos como una mamá pata hacía con sus hijos pequeños.

—Lo siento mucho —repitió.

Nos quebramos un poco más.

—Los ángeles vinieron a por él, niños.

Los ángeles lo llevaron al cielo...



Al día siguiente, después de las clases, decidimos bajar al sótano de mi casa a buscar algo para cubrir a Peter. No queríamos que fuera al cielo sintiendo frío o hambre. La lata de atún que le llevamos el día anterior iría con él. También le pondríamos una bola de lana, Cora me habló del gato de su abuela y cuán feliz se ponía al jugar con la bola de lana.

—Mira, Perseo.

Me desplazé hacia ella curioso.

—¿Son tuyos?

Eran unos muñecos de trapo muy coloridos.

—Nunca los vi, Cora.

Metió la mano dentro de uno de los muñecos y empezó a moverlo.

—Hola, Perseo —moduló la voz y me reí—. Soy tú versión muñeco de trapo.

Ladeé la cabeza y analicé el juguete con mucha atención, Tenía el rostro de porcelana, ojos azules, cabellos castaños y una sonrisa en los labios que realzaba sus mejillas sonrojadas.

—Mira —exclamé al ver otros muñecos—. ¡Esta te parece a ti!

Tenía cabellos dorados en dos trenzas con gomas rojas como el vestido y las botas. Además, tenía un gorrito también rojo.

—¡Soy Cora!

Nos reímos con ganas.

—¡Y yo Perseo!

Retiramos los demás muñecos de la caja de madera de color marrón oscuro con detalles en dorado. Eran más de ocho muñecos, dos perros, un pájaro, un ratón y un gato. Aunque éste último era negro, de todos modos, lo llamamos Peter.

—¿Podemos jugar con ellos, Perseo?

Encogí los hombros, ladeé la cabeza y apreté los labios al mismo tiempo. Tendría que preguntarle a mi abuelo si podíamos jugar con ellos, aunque estaba casi seguro de que lo permitiría.

—Una mantita —solté con la mirada hacia un rincón—. Ya tenemos una, Cora.

Colocamos los muñecos en su caja y cogimos la manta verde con líneas azules llena de agujeros. No era muy bonita y tampoco olía muy bien, detalle que Cora no podía percibir, por

suerte.

—Ya tenemos todo, Perseo.

Salimos de la casa rumbo al bosque con las cosas que necesitaríamos para Peter.

—No tenemos una caja, Perseo.

El niño que murió meses atrás estaba en una caja de madera.

—Pero tenemos esta manta, Cora.

Compuse una mueca al apreciar el aroma a viejo de la manta. Por suerte Cora no se percató de nada, al menos eso me pareció.

—También traje pan y leche —comentó.

Solo asentí.

—En el cielo encontrará un hogar con los ángeles, Cora.

Frenamos de golpe a unos metros del tronco al no ver el cuerpo de Peter. Intercambiamos una mirada de reojo y después nos acercamos al lugar.

—No está —murmuré atónito—. No entiendo.

Bajamos las cosas cerca del tronco y lo buscamos por los alrededores del tronco. Nada, no había señal de su cuerpo por ninguna parte.

—La bruja se lo llevó, Perseo.

Cora estaba al otro lado del tronco.

—Puede ser, Cora.

Nos miramos por encima de él.

—¿O fueron los ángeles de los gatos, Perseo?

Abrí la boca en un círculo enorme de asombro.

—Puede ser, Cora.

Y entonces, a los pies de un enorme árbol de raíces caprichosas, vi algo que llamó mucho mi atención. No emití nada, solo me acerqué y contemplé perplejo la piedra bastante grande con el dibujo de la cabeza de un gato con una pequeña cruz debajo de ella. Me acuclillé y rocé la piedra con la yema tras quitarme el guante.

—Es la tumba de Peter —expresó Cora al arrodillarse a mi lado—. Perseo, ¿crees que fueron los ángeles?

Mi abuelo me contó que los ángeles venían a llevar a las personas y a los animales cuando se morían.

—Sí, creo que sí, Cora.

Se puso de pie de un salto y fue a por las cosas que trajimos para Peter. El pequeño bulto que sobresalía debajo de la piedra era su tumba.

—Te hemos traído comida, Peter.

Puso la lata al lado de la piedra junto con el pan y la leche mientras cogía la manta maloliente para ponerla sobre el bulto.

—Te vamos a extrañar, Peter Gruñón.

Era su apellido.

—Mucho —acoté con lágrimas en los ojos—. No nos olvides.

Cora también lloraba.

—Saludos a los ángeles —añadió—. Y si puedes, saluda también a Ester.

La miré de reojo.

—Tenemos que irnos, Perseo.

Se puso de pie y salió corriendo como una exhalación.

—¡Espérame, Cora!

Se despidió de mí a toda prisa cuando llegamos a la calle que llevaba a su casa. Negué con la cabeza antes de enfilarme a la mía a buen paso. Al entrar por la puerta de la cocina, tenía en mente preguntarle a mi abuelo por los muñecos, cuando de pronto, escuché una voz que me parecía familiar. Caminé hasta la puerta que llevaba al pasillo y asomé con cuidado la cabeza, protegida por la penumbra. Vi a mi abuelo sentado en el sofá con la mirada en la persona que hablaba delante de él, la que no podía ver desde allí.

—Nadie conoce tu pasado, Otto.

Fruncí el entrecejo.

—Nadie sabe sobre ti y Perseo.

Mi abuelo bajó la cabeza y entrelazó las manos entre sus piernas abiertas. Parecía cansado y también triste.

—Me encargaré de que nadie sepa nunca sobre vosotros.

Mi abuelo levantó la cabeza y lo encaró.

—Mucho menos La Stasi, Otto.

Aquel nombre me era familiar, aunque no sabía si se trataba de una mujer o un hombre. Aunque; también podría ser un apellido o un lugar.

—Tienes mi palabra.

Cuando se acercó a mi abuelo, comprobé mis sospechas.

Era el padre de Cora...

Catorce

Cora

Preguntas y respuestas

Hagen, junio de 2023

El camarero agradeció y nos deseó un excelente final de jornada. Me puse de pie y cogí mi bolso de la silla con la ayuda de Michael. Le sonreí a modo de agradecimiento antes de caminar hacia el aparcamiento. Carraspeó para llamar mi atención. Lo miré de reajo un poco intimidada. Su presencia me cohibía mucho. Mi cerebro todavía lo asociaba a Perseo, en una versión adulta, que jamás imaginé antes de conocerle. Esbozó una sonrisa de costado a la vez que metía las manos en los bolsillos de sus pantalones. Intercambiamos una mirada de reajo llena de interrogantes y dudas. Pese a que me habló de su vida, sentía que no me lo había desvelado a mí, sino a la entrevistadora.

—Nunca conocí a nadie del Este de Alemania, Michael —rompí el silencio que nos envolvía—. Bueno, solo a través de los libros de historia o alguna que otra película basada en ello.

Movió la cabeza y sonrió un poco incómodo.

—Lo siento, no fue mi intención molestarte.

Negó con un movimiento enérgico de la cabeza y un gemido bajo que no supe cómo interpretar.

—Aunque nací allí —declaró en tono pausado—, sé tanto como tú sobre el tema —me escrudiñó de reajo—. Mi madre apenas habló sobre esa época, Cora.

Traje a la mente lo que me contó horas atrás acerca de lo que sabía de su padre, un personaje que no tenía rostro ni nombre.

—Tengo varias teorías, Cora —amonestó desanimado—. Y ninguna es muy buena.

Pensé en un par de ellas.

—La Guerra Fría no fue menos cruenta que la Segunda Guerra Mundial —reconoció en un hilo de voz—. Eso explicaría por qué mi madre nunca habló de mi padre.

No era necesario más detalles para comprender lo que él desconfiaba. Me estremecí al atar los cabos sueltos que él en silencio dejó en mi camino.

Dios mío...

Los abusos, las desapariciones y las muertes eran frecuentes en aquella parte aislada del país. Un secreto a voces.

—Pero solo es una teoría, Cora.

Por el bien de los dos, decidí cerrar aquel asunto, en especial al notar los cambios en

Michael.

—Lamento no ser un hombre más interesante, Cora.

Enarqué una ceja.

—No seas tan modesto, Michael.

Una risa ronca brotó de entre sus labios y su labio inferior vibró un poco. Desvié la mirada hacia el camino cuando fui consciente del enfoque de mi vista.

—No te dejes engañar por mi dulce voz, Cora.

Me reí entre dientes.

—Lo tendré en cuenta —me mofé.

No estaba segura, pero me daba la impresión de que caminábamos más lento de lo normal o, los demás lo hacían demasiado rápido.

—Gracias por tu tiempo, Michael.

Las voces, los gritos y otros sonidos se unieron en una sola sinfonía a nuestro alrededor.

—Fue un placer, Cora.

No usaría las informaciones más personales, solo las más relevantes. Una promesa que le hice al cerrar la agenda, en especial lo que reveló sobre su padre.

—Saldrá en julio el artículo, Michael —le informé con la vista en el suelo—. Antes del 15 de julio.

Al girar la cara me encontré con su mirada de refilón.

—Tal vez el día de mi cumpleaños, Cora —siseó con una sonrisa picarona en los labios—. Por cierto —se detuvo y metió la mano en el bolsillo de los vaqueros—. Para ti.

Alargó la mano hacia mí, que al igual que él, frené los pasos.

—Oh, gracias.

Mordió el labio inferior, gesto que llamó mucho mi atención, ya que denotaba nerviosismo e inseguridad. No era experta en lenguaje corporal, pero conocía algún que otro movimiento.

—El 12 de julio —resalté anonadada—. Actuarás el día tu cumpleaños.

Se encogió de hombros con una sonrisa que pugnaba por adueñarse de sus labios.

—Será de noche, Cora.

A su hijo vería por la tarde ese día, un acuerdo que le costó un sábado y un domingo. Su ex era bastante inflexible y rencorosa.

—Allí estaré, Michael.

Ocultó las manos en los bolsillos y asintió al mismo tiempo.

—Incluso podría hacer una nota en la revista.

Negó con la cabeza.

—No, esa noche quiero ver a Cora, no a la periodista.

Esbocé una sonrisa.

—Con una condición, Michael.

Una ráfaga de viento jugueteó con el mechón que colgaba a un costado de mi cara. Metí la entrada en el bolsillo de la chaqueta con mucho cuidado sin apartar la vista de él un solo instante.

—¿Cuál?

Relamí los labios con la lengua.

—Aceptar mi invitación a tomar un trago conmigo.

Una sonrisa radiante iluminó toda su cara.

—Me encantaría, Cora.

A mí también...



Las informaciones sobre La Stasi que llegaban a mis oídos a través de los auriculares me hicieron elevar las cejas en un acto reflejo. Conocía algunos detalles, pero muy pocas, en comparación a Michael, quien formaba parte de ella de manera indirecta, aunque directa al mismo tiempo. Como él mismo calificó el lazo que tenía con esa organización tan renombrada de la época de la Guerra Fría. Al igual que yo, mi jefa quedó fascinada con la entrevista que le realicé a él, tanto que, me pidió que investigara sobre los datos más relevantes de su historia. Aunque, según Thomas, lo que de verdad llamó su atención fue Michael, lo demás solo era excusa para camuflar la verdad detrás de todo. Un hecho que despertó en mí sentimientos contradictorios que opté por no excavar más de lo necesario.

Era lo mejor...

Ralentiqué los pasos a mitad de camino de golpe cuando perdí el control de mis emociones. Nunca, en todos estos años, llegar más allá de ese punto en el bosque del pueblo donde viví mis mejores momentos de la infancia. Bajé la cabeza en busca de calma. Cerré los ojos con un suspiro profundo y lleno de nostalgia. El grito de un niño me sacó de mi trance entre el presente y el pasado. Giré la cabeza hacia él y me quedé contemplándole durante unos instantes. No podía tener más que nueve años.

Como Perseo...

Desvié la mirada hacia los bancos de madera en el mirador y me dirigí hacia ellos a pasos fúnebres.

Volver aquí siempre duele...

Me senté en el banco y cogí del bolso las marionetas que el abuelo de Perseo me regaló, la única vez que vine a visitarle, varios años después de la muerte de mi amigo.

Cora y Perseo...

En los pechos de las marionetas había bordado nuestros nombres, los que Perseo eligió. Una lágrima rodó por mi mejilla hasta caer sobre el rostro del muñeco. La sequé con el dedo pulgar.

¿Cómo hubiera sido sí...?

Alcé la mirada cuando una suave brisa rozó mi rostro y observé el río Ruhr a través de las lágrimas. Fogonazos de aquel día atravesaron mi mente y agitaron mi corazón.

Nunca lo sabré...

Evoqué a mis abuelos, a mi padre y a mi tío sin poder evitarlo. Todos ellos partieron de mi lado antes de que cumpliera los veinte años y, muchas veces, me los imaginé en mi vida, cómo hubiera sido tenerlos en ella.

Quién sabe...

Las pérdidas dejaron huellas en mí, no necesitaba el diagnóstico de una profesional para ello. Pero, algo dentro de mí, necesitaba esa sentencia ajena.

Como siempre...

La indiferencia de mi madre dejó graves secuelas en mi autoestima como la muerte de Ester en su alma. Nunca lo mencionó abiertamente, pero cuando empecé a leer sobre las consecuencias de la culpa en una persona, comprendí mejor su manera de ser conmigo y con Dana, aunque, debía reconocer que con mi hermana fue más cariñosa.

O algo parecido a ello...

La sirena de un coche de bomberos llamó mi atención, últimamente, todas las veces que

escuchaba una, pienso en él sin poder evitarlo.

Michael...

El móvil sonó y me devolvió al presente. Metí las marionetas en la caja de madera y cogí el aparato. Al pulsar el telefonito verde, escuché la voz de mi jefa.

—¡Cora, vete a la dirección que te envié al correo!

Colgó antes de que pudiera articular una sola palabra.

—Vale —repliqué.

Aparté el aparato de la oreja y abrí el correo electrónico. Al ver la dirección, me dispuse a ir hasta el lugar, pero no antes de dar una pasadita por el parque que construyeron sobre la casa de Perseo.

—No queda nada del pasado —murmuré con un peso en el pecho—. Solo los recuerdos.

Pensé en el señor Otto Fuchs con una enorme añoranza en el alma. Si estuviera vivo, actualmente, tendría unos ochenta años o un poco más.

¿Sigue vivo?

No era imposible, sin embargo, las posibilidades eran pocas.

Muy pocas...

Después de aquella última vez que nos vimos, no tuve la valentía suficiente para volver aquí. El dolor fue más fuerte.

—Aunque... —cavilé para mis adentros—. ¿Y si estuviera en un geriátrico de la ciudad?

Esbocé una sonrisa llena de ilusión.

Sí, él podría estar en uno...

El móvil sonó, era Gerda.

—Hola, amiga —le saludé.

El sol iluminaba todo el lugar con esplendor, realzando los tonos de las hojas de los árboles y las flores. Contemplé el largo camino dorado matizado de sombras de distintas formas y tamaños.

—¿Hola, amiga? —se burló—. ¿Cora?

Me reí.

—La misma.

Resopló.

—Me gusta el efecto Michael en ti.

No supe cómo interpretar su afirmación.

—Gerda —llamé su atención—. Tengo un compromiso laboral.

Su voz parecía muy agitada, supuse que acababa de llegar a casa tras su carrera diaria por las tardes.

—Ayer mencionaste algo que solo hoy asimilé mejor, Cora.

Una ráfaga rozó mi mejilla y me sacó del trance que Gerda construyó con su afirmación encriptada.

—Gerda.

Me interrumpió en seco.

—Cora, es imposible que Perseo hubiese estado tal cual lo recordabas en su ataúd.

Las ramas de los árboles emitieron un silbido melodioso cuando una brisa les rozó, la misma que acarició mis abrasadas mejillas.

—No entiendo, Gerda.

El tonillo de mi voz desvelaba el nerviosismo y la ira que sentía. Aquel asunto siempre alteraba mis emociones.

—Vi un vídeo donde una mujer murió ahogada —continuó impaciente—. No llevaba ni doce horas en el agua cuando la encontraron y ya tenía notorios cambios en su cuerpo.

El corazón subió hasta mi garganta e impidió que pudiera respirar con normalidad.

—¿Qué? —musité en un hilo de voz.

La respiración de Gerda sonaba intranquila y muy agitada.

—Perseo fue encontrado casi dos días y medio después —acotó con un jadeo—. Tu recuerdo no puede ser real, Cora.

Tragué la saliva con mucha dificultad.

—Tú mencionaste un bloqueo, Cora.

La sangre martilleaba mis oídos con violencia.

—Sí, Gerda.

Jadeamos monocorde.

—¿Quién te habló del velorio de Perseo? —cuestionó con voz pausada— ¿Lo recuerdas?

La visión se me nubló lentamente al evocar a la persona que me habló del día que vi a Perseo en el ataúd con el traje que usaría en su Primera Comunión.

—Sí —reconocí con el alma a los pies—. Lo recuerdo.

Fue mi padre...

Quince

Perseo

Magia blanca

Hattingen, diciembre de 1991

Los brazos de Cora rodearon mi cintura con fuerza cuando empecé a mover el trineo sobre la nieve que, aquel año cayó antes de lo previsto. Casi siempre después de la navidad o el año nuevo. Me reí entre dientes cuando gimoteó como un perrito asustado. Era la tercera vez que nos lanzaríamos por el empinado camino del bosque hasta llegar cerca de los rieles del tren y reaccionaba de la misma manera como la primera vez que lo hicimos. Pronunció mi nombre varias veces cuando conté hasta tres. Al deslizarnos por el blanco manto helado del invierno, gritó enloquecida como yo lo hacía sin ser consciente de ello hasta que mi propio eco resonó en mis oídos. La velocidad aumentó a mitad de camino y los bramidos subieron varios decibeles, uniéndose con los sonidos del viento gélido y el rugido del río a lo lejos. Una protuberancia, que supuse era una piedra, nos hizo perder el equilibrio y nos lanzó a varios metros lejos del trineo.

—¡Cora!

Me puse de pie al recomponerme de la caída. La risa cantarina de mi amiga resonó por encima del silbido del viento y retumbó en mi corazón.

—¡Quiero más! —bramó la frase de Baba Sinclair—. ¡Más!

Me acerqué para ayudarla a incorporarse, pero ella me tiró hasta perder el equilibrio. Me caí a su lado, evitando lastimarla.

—¡Cora!

Se rio con ganas.

—¡Hagamos angelitos de nieve, Perseo!

Hacía un frío de muerte esa tarde, pero no nos importaba.

—¡Soy un ángel, Perseo!

Movimos los brazos y las piernas, lado a lado, entre risas y chillidos. Hacíamos lo mismo casi todos los días, excepto cuando llovía mucho. Primero encendíamos una vela en la tumba de Peter y corríamos con el trineo, que mi abuelo consiguió en un mercadillo de segunda mano, hacia la parte más empinada del bosque, donde nadie iba por aquellas horas.

—¡Mira, Perseo!

Me puse de pie de un salto y seguí el enfoque de Cora.

—Son angelitos de nieve, Perseo.

Sacudí la ropa con la vista en las huellas que dejaron nuestros cuerpos en la nieve. La miré de soslayo con una clara expresión de duda, la que estrujaba mi cerebro.

—No parecen angelitos, Cora.

Puso los ojos en blanco.

—Míralos bien, Perseo.

Se sacudió la ropa para liberarla de la nieve mientras yo analizaba las imágenes con más detenimiento. Pero, seguía pensando lo mismo acerca de ellos.

—No parecen angelitos, Cora.

Me dio un codazo.

—Tienes que ver más allá de lo visible, Perseo.

Evoqué el dibujo del sombrero que me enseñó el otro día y según ella, era un elefante dentro de una serpiente o algo parecido a una. Aunque, al contemplarlo mejor, vi una tarta deformada y Cora me dejó con su resoplido de indignación.

—Parecen dos campanas, Cora.

Volvió a poner los ojos en blanco, pero esta vez, también resopló y agitó los brazos con un gemido de resignación. Me reí con ganas hasta que escuché el sonido del tren a lo lejos.

—¡El tren, Cora!

Apretamos los pasos y descendimos rumbo a los raíles del tren. Tomamos asiento en una piedra tras apartar la nieve y contemplamos embobados los vagones.

—¡Hola! —saludó ella al conductor—. ¡Buen viaje!

Él siempre sonreía.

—¡Hola! —exclamé y balanceé la mano enguantada—. ¡Buen viaje!

Aquella tarde estrenaba los guantes que mi abuelo me regaló junto con la bufanda y las botas, todos de color azul marino.

—Tenemos que irnos, Perseo.

Moví la cabeza en un asentimiento.

—Sí.

Subimos el largo camino blanquecino con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, pese a ser de lana, el mío, tenía mucho frío.

—Perseo, no olvides tu promesa.

La miré de reojo.

—Nunca, Cora.

Sus mejillas estaban muy coloradas.

—Mi madre se enfadaría mucho conmigo, Perseo.

La nieve crujía debajo de nuestros pies a cada paso que dábamos hacia el trineo. Una ráfaga helada rozó mi cara y me estremecí de frío.

—No entiendo por qué nunca hablan de tu hermana Ester —reflexioné—. O por qué no tenéis una foto de ella en toda la casa.

Se encogió de hombros y compuso una mueca de duda.

—Solo hay una muñeca que fue de ella en el salón —expuso al bajar los hombros—. La única vez que la toqué, mi madre me abofeteó y gritó enfurecida.

Jamás volvió a tocarla, ni siquiera a mirar a la muñeca que perteneció a su hermana, tres años mayor que ella, según lo que le contó su padre.

—Ester murió cuando tenía tres años —siseó en un tono muy triste—. Yo estaba en camino cuando murió.

La cigüeña tardaba mucho tiempo, por eso no conoció a Ester. Al igual que yo, Cora tampoco sabía cómo era ella, pero me aseguró que la vio en sueños en más de una ocasión.

—Tenía cabellos rubios como yo y los ojos azules de mi madre, Perseo.

Suspiré muy hondo.
—Tienes suerte, Cora.
Cogí la cuerda del trineo y la tiré con su ayuda.
—Al menos la viste en sueños a tu hermana.
Se sorbió por la nariz.
—Algún día soñarás con ellos, Perseo.
Moví la cabeza en algo que no sabía si era negación o afirmación.
—Pídele a Dios, Perseo.
Le prometí que lo haría esa misma noche.
—También pediré lo mismo, Perseo.
Mis mejillas se acalararon lentamente.
—¿Rezarás para que sueñe con mis padres, Cora?
Esbozó una sonrisa.
—Claro, Perseo.
Era muy buena, la mejor amiga del mundo entero.
—Gracias; Cora.
Me guiñó el ojo.
—Pronto soñarás con ellos, Perseo.
Sería genial...
—Cora.
Me miró a los ojos.
—No fue tu culpa lo que le pasó a Ester
Bajó la cabeza con un largo y sonoro suspiro.
—Mi madre no piensa igual que tú, Perseo.
Puse la mano en su hombro y volvió a mirarme.
—No lo decía de verdad, Cora.
Una lágrima se congeló en su mejilla.
—Mi mamá sería más feliz y cariñosa conmigo si Ester estuviera viva, Perseo.
Pensé en mis padres y en lo feliz que sería si estuvieran conmigo. Aparté la mano y cogí las cuerdas para empujar solo el trineo.
—Vámonos, Cora.
Acelaré los pasos para que no pudiera ver la pena en mi cara, la que siempre me perseguiría al acordarme de mis padres.
Siempre...
Al llegar a la calle, Cora se despidió de mí y giró rumbo a su casa. Unos pasos detrás de mí, llamaron mi atención. A unos metros, vi a la bruja del bosque. Tragué con fuerza cuando sus ojos se encontraron con los míos de golpe. No me insultó esta vez, solo me miró durante unos instantes y, después volvió a lo suyo. Hice lo mismo que ella, pero con una sensación distinta en el pecho esta vez. Pensé en la madre de Cora y la razón por la que era tan distante con su hija. Tal vez no siempre fue así. Tal vez nadie era como era sin un motivo detrás. Giré la cabeza y la observé por encima del hombro. Quizá la bruja del bosque también tenía uno.
Quizá...



Cora llegó a las tres de la tarde con su padre, que llevaba un caso que envolvía a mi abuelo

y a otras personas. Era abogado y su trabajo consistía en defender a los más débiles como Superman o Batman. Ella aprovechaba esas reuniones para venir a jugar conmigo y las marionetas que mi abuelo me regaló cuando se las pedí. Bajamos al sótano a hurtadillas para buscar nuevas cosas con que jugar.

—No podemos hacer ruido, Cora.

Asintió justo cuando levanté el interruptor de la luz. Cautelosos, bajamos las escaleras y empezamos la búsqueda del tesoro.

—En el sótano de mi casa no hay nada interesante, Perseo.

Había muchas cajas en el sótano, pero muchas de ellas solo tenían libros polvorientos. Cora tuvo más suerte al encontrar un pequeño armario de madera con canicas de varios tamaños y colores.

—Ya tenemos nuevos juguetes, Perseo.

Fruncí los labios de un lado a otro y una carcajada brotó de sus labios, la que ahogó con las manos a toda prisa al ver mi mueca de susto.

—No hagas ruido, Cora.

Nos dirigimos hacia el lado contrario y revisamos un viejo armario de madera de color negro. Chillé de emoción al toparme con unas figuritas del Hombre araña y algunos de sus enemigos.

—Shhh —chistó Cora al otro lado—. Perseo —me reprendió.

Llevé el dedo a los labios.

—Lo siento —susurré con una figurita cerca de mi cara—. Es el Hombre araña.

Puso los ojos en blanco.

—Vale —musitó al girar la cabeza—. Aquí no hay nada interesante, Perseo.

Metí las figuritas en la caja de cartón y me puse de pie.

—Aquí tampoco, Cora.

Fuimos al otro lado de la estancia y nos pusimos a revisar unos cajones de un cristalero. De entrada, encontramos unos rompecabezas de paisajes y casi gritamos. Nos encantaba montar las piezas hasta llegar a una imagen.

—Llévalo tú, Perseo.

Ella cogió la caja de figuritas.

—Eres más fuerte que yo.

Me sentí como Superman.

—No seas engreído.

Me reí por lo bajo.

—Soy fuerte, no engreído.

Ahora se rio ella.

—Tonto.

Puse los ojos en blanco antes de reiterar que era fuerte, no tonto. Me golpeó el antebrazo sin abandonar su sonrisa y unos segundos más tarde se puso seria, realmente seria.

—¿Perseo?

Puse la caja del rompecabezas contra el estómago.

—¿Sí?

Sus ojos brillaban mucho y no sabía si era por la luz o porque estaba triste.

—No te mueras nunca, Perseo —susurró entristecida—. Prométemelo —exigió.

Ladeé la cabeza con una mueca de duda y abrí la boca para replicar, pero al ver que su expresión se compungía más y más, expresé:

—Te lo prometo, Cora.

Me enseñó el dedo meñique y, automáticamente, uní el mío al suyo.

—Amigos para siempre, Perseo.

Besó donde se unían los dedos y esperó que hiciese lo mismo. Al ver que no reaccionaba, me amenazó con los ojos.

—Amigos para siempre —repetí y besé en el mismo lugar—. ¿Cuántos años es eso?

Apartó el dedo del mío y se puso un poco pensativa. Tamborileó los labios con el dedo mientras vislumbraba la lámpara de color naranja que pendía sobre nosotros.

—Cincuenta años más o menos, Perseo.

Elevé mucho las cejas.

—Eso es mucho tiempo, Cora.

Asintió con firmeza.

—No puedes romper la promesa, Perseo.

Encogí los hombros para restarle importancia al asunto.

—No lo haré, Cora.

Unos pasos cerca de la puerta nos pusieron en alerta. miramos hacia ella al mismo tiempo y, después intercambiamos una mirada llena de asombro.

—Busquemos un escondrijo, Cora.

La cogí de la mano y la llevé detrás del viejo sofá que se encontraba en un rincón del sótano después de colocar las cajas sobre una mesa enfundada con una vieja tela polvorienta, Cora suspiró hondo. Nos sentamos de espaldas a él y pegamos las rodillas al pecho. Abrieron la puerta, era mi abuelo y el padre de Cora.

—Oh, por Dios, dejé encendida la luz —protestó mi abuelo mientras bajaba las escaleras—. Ayer vine a por los documentos que me pediste.

Caminaron por el recinto hasta detenerse quién sabe dónde. Cora y yo nos miramos de reojo con perplejidad. No esperábamos aquella visita.

—Dios santo —gimió el padre de Cora—. ¿Lo internaron en un psiquiátrico?

Hojeaba algo con mucha impaciencia.

—Meses después de lo ocurrido, Martín.

Hablaban como si tuvieran miedo a que alguien pudiera escuchar su conversación.

—No es para menos, Otto.

El pie de Cora rozó el mío a través de las pantuflas que le presté. La miré con una sonrisa, aunque por dentro me moría de miedo. Mi abuelo me ordenó que no volviera allí sin su permiso o, me quedaría una semana de castigo si me pillase ahí.

—Tenía solo catorce años cuando sucedió aquello con sus padres, Martín.

El padre de Cora tosió.

—Ya pasaron más de diez años —dictaminó mi abuelo—. La única vez que habló con su enfermera... —hizo una breve pausa—. Emitió una sola palabra.

Fuera llovía cada vez con más furia.

—¿Cuál?

Un trueno bestial hizo que Cora se acurrucara más a mí, dejando caer la cabeza en mi hombro con un gemido que se perdió en medio del ruido externo.

—Venganza.

Cora apartó la cabeza y me miró de reojo con una expresión que rayaba el miedo y el susto.

—Entierra estos documentos, Otto.

Mi abuelo sugirió quemarlos.

—Nunca hubo cenizas de él —terció en un susurro el padre de Cora—. Podría ser algo simbólico, ¿verdad?

El sonido de un palmeo llenó la estancia.

—Muy buena idea, Martín.

Cora y yo intercambiamos una mirada llena de confusión. Todo lo que decían sonaba extraño para nosotros como el nombre de aquella persona que mencionaron el otro día: La Stasi. Un nombre muy feo según Cora y, la verdad, estaba de acuerdo con ella.

—Marcel Neumann ya no existe —conminó el padre de Cora—. Y tampoco su hijo.

Cora estaba muy concentrada en su anillo, tan aburrida como yo.

—Ya no, Otto —catapultó el padre de Cora en tono sereno—. Marcel Neumann ya no existe.

¿Quién era Marcel Neumann?

Dieciséis

Cora

Vidas cruzadas

Hagen, julio 2023

L levé la taza a los labios y le di un sorbo al café extrafuerte que preparó Gerda. Levanté la vista y como sospechaba, la pillé contemplándome con curiosidad. Acabábamos de hablar sobre los recuerdos que tenía del último día que vi a Perseo.

O, al menos el que creía ser el último.

Después de analizar los mensajes de mi excuñada, a quien recurrí para comprobar lo que ella ya me había adelantado días atrás sobre el estado del cuerpo de mi amigo tras su hallazgo en el río, comprobamos que aquellos recuerdos no eran míos.

Y, lo peor de todo, no tenía cómo comprobar.

Aunque no era necesario excavar muy hondo para ello, por lógica dedujimos que mi padre instauró aquellas memorias en mi mente para evitar que sufriera todavía más con la verdad, la que después de tantos años salió a brillar con intensidad.

Pese a todo lo que él hizo para ocultarla.

—No recuerdas nada, Cora.

Hice autohipnosis y terapias de regresión, pero solo vi un par de cosas que no tenía sentido. Imágenes que no supe cómo interpretar.

—No, nada.

Sufría de trastorno postraumático y muchos recuerdos quedaron bloqueados en alguna parte de mi cerebro.

—Tu tío murió en un accidente —anotó—. A tus dieciocho años.

Asentí.

—Tu padre de un ataque al corazón mientras dormía cuando acababa de cumplir veinte años.

Volví a mover la cabeza.

—Eran los únicos que podían darte respuestas, además del abuelo.

—Sí.

Mi amiga, sumida en la intriga que aquel asunto despertaba en ella, quiso saber de mi madre y su comportamiento en aquel entonces. Un jadeo lleno de frustración brotó de mis labios, la anticipación de la respuesta que vendría acto seguido.

—Mi madre no fue al velorio, Gerda.

Estaba embarazada de casi nueve meses.

—Estuvo en cama los últimos dos meses y medio —corroboré pensativa—. Tenía tanto miedo de perder a Dana, que ni siquiera me permitió tocar su vientre.

Gerda compuso una mueca de dolor.

—Tampoco fue más cercana antes del embarazo —bromeé con amargura en el alma—. Me costó años de terapia y miles de euros superar su rechazo.

Aprendí a convivir con él.

Dejó caer la mano sobre la mía.

—No puedo entender a tu madre, Cora.

Puse la taza de café sobre el platillo casi al mismo tiempo que en el ordenador sonaba una canción de Adele. En ese pequeño lapso, rememoré unos cortos pasajes de aquella época.

—Mi madre nunca superó la muerte de mi hermana Ester.

El dolor de su muerte ofuscó la alegría de mi nacimiento. No era una justificación, sin embargo, al ponerme en sus zapatos, la empatía me hizo comprender mejor su actitud.

—El duelo es tan difícil, Cora.

Bebí el resto del café de un sorbo.

—Uno aprende a lidiar con él —reconocí con un nudo en el pecho— con el tiempo.

Me lanzó una mirada revestida de pesar.

—Con el tiempo duele menos la ausencia de los que se fueron —admití sin encararla—. Pero estoy segura de que nunca dejará de doler mientras viva.

Mi primera gran pérdida lo viví cuando tenía solo nueve años. Un suceso traumático que desencadenó dentro de mí un terrible miedo a querer, a sentir.

—La muerte dejó huellas profundas en mí, Gerda.

Su móvil sonaba sin parar.

—Manuel siempre me lo reprochó —acoté con una sonrisa carente de humor—. Nunca pude superar el trauma que dejó en mí la muerte de Perseo.

—Me costaba demostrar mis sentimientos —convine en un hilo de voz—. Ni siquiera sabía cómo abrazar.

Puso la mano sobre la mía.

—Me hubiera gustado darte un abrazo en aquel momento, Cora.

Mis padres estuvieron muy ocupados con Dana y mi tío acababa de mudarse a Canadá en aquella época. El único que me consoló de verdad fue el abuelo de Perseo, al menos los pocos meses que estuvimos allí tras lo sucedido.

—Para ellos solo era una niña pequeña que perdió a su mejor amigo —siseé con amargura—. Bastaría con un par de meses para volver a ser la misma —mis ojos se llenaron de lágrimas—. Pero... —me sequé los ojos con el dorso—. No fue así, Gerda.

Apretujó mi mano con cariño.

—Oh, Cora —musitó entristecida—. Lo siento tanto.

Se puso de pie de un salto y me rodeó con los brazos. Acomodé la cabeza en su vientre y cerré los ojos en busca de sosiego.

—Siempre fui invisible para ellos, Gerda —mascullé entre dientes—. Siempre —gemí.

No tenía muchos recuerdos de aquella etapa, solo fogonazos borrosos, como fotografías manchadas por el paso del tiempo. En muchas me podía ver, sola, triste y perdida.

—Lo siento, Cora —repitió con la mano en mi cabeza—. Lo siento mucho.

Las mismas palabras que mi padre repetía, una y otra vez, tras el sepelio de Perseo. Aunque, ya no estaba segura si fueron momentos reales o solo alucinaciones creadas por mi mente.

—Gracias, Gerda.

Evoqué a mi padre, sentado en el suelo del balcón de mi habitación con la muñeca de mi hermana en las manos y el rostro anegado de lágrimas. La abrazó con fuerza y rompió a llorar con desconsuelo al verme cerca de la puerta. Su dolor traspasó mi pecho como un puñal de acero y descuartizó mi corazón. Cerré los ojos cuando su voz retumbó en mi cabeza como un lejano eco del olvido.

Lo siento mucho, Cora...



Mi móvil sonó y volví a la realidad. Gerda cogió el suyo y, después anunció que debía ir al trabajo. Me puse de pie y tomé mis cosas para ir al mío.

—Nos vemos a la noche, Gerda.

Apretó los pasos hacia la estación de tren.

—Hasta más tarde, Cora.

Acomodé mis cosas en el Sidecar y después me puse el casco Off-Road que alguna vez perteneció a mi tío. Me subí a la moto y me dirigí a la revista. Durante el trayecto, fogonazos irrumpieron mi mente y arañaron mi corazón.

La añoranza será eterna mientras viva...

Mi madre siempre repetía esas palabras la noche de navidad antes de levantarse de la mesa. Tardé décadas en entender el verdadero trasfondo de aquella frase. Ella no hablaba de la muerte de mi hermana, sino de la muerte de lo que tenían ella y mi padre.

La añoranza de lo que fueron antes de la muerte de Ester...

Aparqué la moto y me enfilé al edificio con un nudo en la garganta que apenas me permitía respirar con normalidad. Conté mentalmente mientras subía la escalera en lugar de usar el ascensor. Aquello me relajaba, lo aprendí con Perseo. Al inicio tuve mis dudas, pero mientras contaba, la mente se concentraba en ello y se calmaba casi de manera automática.

Era milagroso...

Abrí la puerta y de cara me encontré con Sandra en el pasillo. Me hizo un aspaviento con la mano, indicándome que la siguiera. No emití ni una sola palabra, ya que ella hablaba con alguien por teléfono.

—¿Estás seguro? —demandó entusiasmada—. Eso es... —abrió la puerta de su oficina—. ¡Increíble!

Me senté en la silla y coloqué mis cosas en la contigua. Sandra estaba al borde de la euforia. Llevó la mano a la cintura con la mirada hacia el balcón de espaldas a mí.

—Podríamos escribir un artículo sobre ese caso, Valeria —propuso y me echó un vistazo por encima del hombro—. Y creo que tengo a la persona idónea para ello.

Nerviosa, llevé el mechón suelto detrás de la oreja cuando colgó y se dio la vuelta con una expresión que erizó todo el vello de mi nuca.

—Cora, tengo un trabajo para ti.

Se sentó en la silla y entrelazó las manos sin abandonar su deje ladino. Tragué con fuerza la saliva al mismo tiempo que ella chasqueaba la lengua.

—Tú y Thomas —apostilló con la vista anclada en la mía todo el tiempo—, porque no será tan sencillo llegar a la verdad que todo un país anhela conocer.

Apartó las manos y tecleó algo en el ordenador.

—¿Y ese pitido?

Sandra me miró de reojo antes de volver a concentrarse en lo suyo.

—¿Qué pitido?

No sabía si era similar a la caída de una gota tras otra. Negué con la cabeza.

—Nada, Sandra.

Después giró la pantalla hacia mí para que pudiera leer lo que acababa de encontrar en el buscador de internet.

—El caso de la familia von Osthaus vuelve a ser noticia en el país —expresó en tono fúrico—. Decenas de canales de YouTube y otras plataformas cibernéticas persiguen la verdad detrás de Evelyn von Osthaus tras la publicación del libro de su compañera de celda.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal al leer el encabezamiento de la página que abrió. Había leído un par de artículos sobre el caso, pero todos ellos tenían las mismas lagunas.

—Esa mujer asegura en su libro que Evelyn von Osthaus tenía en mente huir de la cárcel el día que su hijo naciera en el hospital con la ayuda del padre que escogió a dedo —leyó alucinada—, sin embargo, éste, al conocer sus verdaderas intenciones, decidió salvar al bebé, a su hijo.

Sus ojos estaban muy dilatados cuando se encontraron con los míos. Relamió los labios entre nerviosa y alborozada. Yo, a su vez, estaba totalmente aturdida con lo que acababa de revelar.

—Es un monstruo —espeté.

Resopló para restar importancia a mi comentario, lo que me instó a fruncir el ceño.

—Todos quieren saber quién es el hijo de esta psicópata —remarcó con un chasquido de dedos—. Dónde está, qué hace, cómo es o qué fue de su vida —enumeró— si sabe quién fue su madre o las circunstancias por las que vino al mundo.

El hijo nació en el mismo año que yo, por lo que tendría casi cuarenta años en la actualidad. La lástima se enganchó en mi corazón al pensar en él y las circunstancias por las que vino al mundo.

—¿El libro ya está disponible? —demandé.

Sonrió.

—Ya la tienes en tu correo, Cora.

Parpadeé.

—Ah.

—Lo estoy escuchando por audiolibro y, debo reconocer que es muy interesante —azuzó—. Apuesto que pronto harán una película o serie de él.

Enarqué una ceja.

—Esa mujer no se arrepintió de lo que hizo —recalqué inundada de indignación—. No le bastó con segar la vida de sus padres y de su hermano —negué con la cabeza—. También pretendía hacer lo mismo con su hijo.

En los ojos de Sandra vi compasión y también aturdimiento.

—Olvidaste al padre de su hijo, Cora.

Elevé las cejas al escuchar su afirmación.

—Todo indica que ella se encargó de poner fin a la vida del padre de su hijo —conminó—. Su compañera de celda aseguró que uno de los guardias era su amante y asesino del padre de su hijo.

Sandra encendió un cigarrillo y lo caló ansiosa.

—Este caso me enerva, Cora.

La línea ceniza que exhalaba por la boca me distrajo unos segundos, los que tardó la alarma de humo. La desactivó con un palo de un solo golpe.

—También nombró al padre de su hijo —comentó antes de salir al balcón—. El agente de La Stasi.

La Stasi...

Un puño apretujó con fuerza mi estómago.

—¿Cómo se llamaba? —quise saber.

Cogió un papel que tenía debajo de su pisapapeles de cristal y enunció al hombre que esa mujer eligió para ser el padre de su salvación.

Marcel Neumann...

Diecisiete

Perseo

Muñeco de nieve

Hattingen, diciembre de 1991

Puse la zanahoria en la cabeza del muñeco de nieve como Cora me indicó. Después le colocamos los tallos que vendrían a ser los brazos. Nos quedamos mirándole con atención durante unos segundos. Tras analizarlo. Nos miramos de reojo con la insatisfacción estampada en nuestra cara. Enarqué una ceja cuando resopló hastiada, evidencia clara de que algo le faltaba a nuestra creación. Y no podían ser los ojos, porque las nueces eran perfectas y tampoco la nariz que acabábamos de introducir. Además, tenía un viejo gorro rojo y unos zapatos deslucidos por el paso del tiempo que nos dio mi abuelo. La observé curioso cuando giró alrededor del muñeco con el dedo en los labios. Al levantar la mirada hacia mí, en tono cantarín, expresó:

—Le falta una bufanda, Perseo.

Ladeé la cabeza.

—Y unos guantes.

Enarqué una ceja.

—Y un nombre, Perseo.

Esboqué una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Qué te parece el nombre Corseo?

Alzó ambas cejas y parpadeó varias veces.

—Una combinación de tu nombre con el mío, Cora.

Compuso una mueca de duda, llevando la vista a un costado con el dedo en los labios y un sonido que me recordó al ronroneo de un gato.

—¡Me encanta, Perseo!

Nos cogimos de las manos y empezamos a girar delante del muñeco *Corseo* hasta que perdí el equilibrio y me caí al suelo. Cora también se derribó, muerta de la risa. Le lancé nieve a la cara y su risa se convirtió en un gruñido de enfado.

— ¡Perseo!

Me puse de pie a toda pastilla y salí corriendo cuesta abajo. Su chillido llegó a mis oídos, pocos metros después, entrelazado con una amenaza revestida de promesas malévolas.

—¡No me cogerás, Cora!

Al gritar su nombre me tropecé y rodé hacia abajo como una bola de nieve.

—¡Perseooo!

Me detuve varios metros después, cerca de un árbol. El impacto contra el tallo hizo que la

nieve aparcada en sus ramas se desplomara sobre mí.

—¡Estoy bien!

Me puse a cuatro patas y sacudí la cabeza una vez más. Cora se aproximó y me ayudó a incorporarme entre risas que en vano intentó contener.

—Fue muy cómica tu caída, Perseo.

Sacudí las piernas al ponerme de pie.

—Hola —saludó alguien.

Giramos la cabeza monocorde.

—Hola —expresamos al unísono.

Era una mujer de cabellos castaños claros, ojos azules y piel muy clara. Era alta, delgada y parecía muy joven.

—¿Me podríais indicar dónde está el cementerio?

Sin titubear y de manera monocorde le señalamos el camino con el dedo. Sonrió satisfecha antes de agradecernos por la información.

—Gracias, niños.

Aquella tarde gélida de diciembre conocimos a la que sería nuestra nueva profesora en la escuela, la sustituta de la señora Lenz.

La señorita Agnes Wagner...



Los pasos apresurados de Cora por el largo pasillo de la escuela me dejaron claro cuán furiosa estaba conmigo después de aceptar una galleta de Petra. No entendía su actitud y, mucho menos cuando me explicó la razón por la que se molestó. Eso solo aumentó su enfado y me pidió que la dejara sola. Me encogí de hombros y volví sobre mis pasos. Me detuve cuando oí mi nombre alto y claro. La miré por encima del hombro con atención.

—Nos vemos en mi casa a las tres.

Fruncí el entrecejo.

—No lo olvides.

Su madre saldría y volvería a las seis de la tarde como lo hacía cada miércoles sin falta.

—Buscaremos la bufanda para Corseo.

Asentí con un enérgico movimiento de cabeza.

—Está bien, Cora.

Se dio la vuelta con un gruñido de fastidio.

—¿Estás enfadada?

No me miró.

—Sí.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué?

No me contestó.

—¿Qué hice? —musité entre dientes.

A pesar de mi insistencia, Cora solo mencionó el motivo de su molestia por la tarde en su sótano. Buscábamos una bufanda roja o algo que pudiera servir.

—Le gustas a Petra —refunfuñó furiosa—. Por eso te regaló la galleta de chocolate.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no es cierto, Cora.

Me lanzó una mirada de reojo que pude divisar a través de sus cabellos sueltos que parecían una cortina lisa y brillante.

—Se lo dijo a Emma —acotó en tono severo—. Según ellas eres el más guapo de la clase. Enarqué una ceja.

—Más que Emil o Ingolf —reanudó—. Les gustas a todas, Perseo.

Se alejó de mí y cogió una caja de madera que estaba sobre una mesa de color verde oscuro. Desparramó su contenido.

—Petra es la más guapa de la clase, Perseo.

Me acerqué a ella y vislumbré las cosas que tenía sobre la mesa. Miles de botones de distintos colores, tamaños y formas.

—No para mí, Cora.

Dejó de mover los botones de color dorado para llevar toda su atención a mi cara. Las mejillas, poco a poco, se abrasaron y el corazón me latió con mucha fuerza en el pecho.

—¿No?

Sus mejillas también se ruborizaron.

—No, Cora.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos.

—La más guapa para mí —susurré con la mirada gacha— eres tú, Cora.

Cuando me animé a mirarla, vi en sus labios una enorme sonrisa.

—¿Lo prometes, Perseo?

Mis ojos se encontraron con un botón rojo del tamaño de una cereza en forma de corazón. Lo tomé y se lo puse cerca de su mano.

—Sí, Cora.

Cogió el botón sin abandonar su sonrisa y se lo llevó al bolsillo del jersey rosa con una muñeca muy rara en la parte frontal.

—Gracias. Perseo.

En silencio, nos pusimos manos a la obra y buscamos lo que necesitábamos para Corseo. Pero desistimos media hora después.

—Tiene que ser rojo, Perseo.

Me daba igual el color de la bufanda, pero Cora se metió en la cabeza que tenía que ser de ese color.

—Vuestro sótano es enorme, Cora.

Había muchas cosas que parecían nuevas. Contemplé el lugar embelesado, en especial el cristalero repleto de vasos, cuadros y fotos enmarcadas.

—¿Quién es ese que está con tu padre, Cora?

Se puso a mi lado y buscó el curso de mi mirada.

—Era el mejor amigo de mi papá, Perseo.

Llevaban una camiseta de la selección nacional de fútbol y unos gorros del revés de color negro. Ambos sujetaban un vaso de cerveza.

—¿Ya no lo son, Cora?

Movió la cabeza en un gesto negativo.

—Ya no, Perseo.

Se subió en una silla y cogió el portarretrato de color dorado oscuro muy similar al tono de su pelo.

—¿Por qué ya no son amigos, Cora?

Limpió el cristal polvoriento con un paño.

—Porque su amigo murió hace mucho tiempo, Perseo.

Nos quedamos mirando la foto durante un buen tiempo.

—¿Estaba enfermo?

Compuso una mueca de duda.

—No lo sé, Perseo.

En la foto había algo escrito en la parte de arriba, por encima de la cabeza del amigo de su padre.

—Mundial... —deletreamos juntos— de 1982.

Limpié el cristal para leer lo que había debajo de esas palabras.

—M. N. —leyó Cora—. ¿Qué significa?

Me encogí de hombros.

—No tengo idea, Cora.

Y con esa duda volví a casa. Durante la cena, después de comer la última patata del plato, le pregunté a mi abuelo por qué los adultos escribían en las fotos.

—Podría ser una fecha memorable —enunció pensativo—. Y las letras en mayúsculas podrían ser las iniciales del nombre de la persona que regaló la foto.

Cuando le expliqué lo que Cora y yo encontramos en el sótano de su padre, su expresión se endureció.

—No debéis tocar las cosas ajenas, Perseo.

Su tono era duro y severo.

—Sí, abuelo.

Su expresión se suavizó al notar mi arrepentimiento. Se acercó y levantó mi barbilla con el dedo. Clavé la mirada en la suya.

—Eso se llama respeto, Perseo.

Se sentó en la silla contigua tras apartar el dedo de mi barbilla.

—¿A ti te gustaría que tocaran tus cosas sin tu permiso?

Negué con la cabeza.

—No, abuelo.

Deslizó el dedo por el puente de mi nariz con cariño.

—Hora de ir a la cama, pequeñín.

Me puse de pie y llevé el plato al fregadero.

—Hoy te contaré el cuento del Príncipe Feliz —anunció.

Esbocé una sonrisa.

—Cepíllate bien los dientes y ponte el pijama —terció con un guiño de ojo—. Lavaré los platos y me voy.

Me dirigí hacia la puerta.

—¿Perseo?

Lo oteé por encima del hombro debajo del umbral de la puerta que llevaba al salón.

—¿Sí, abuelo?

Secaba un plato con el paño.

—¿Qué iniciales estaban escritas en la foto?

Sonrió.

—M. N. —contesté al evocar las letras.

Movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Ya te alcanzo, Perseo.

Hice un leve asentimiento.

—Sí, abuelo.

Durante el corto trayecto hasta mi habitación, traje a la mente la foto del padre de Cora y de su mejor amigo en todo el mundo.

¿Estará en el cielo junto con mis padres?

Dieciocho

Cora

Enigmas del alma

Hagen, julio de 2023

Podía sentir cómo los ojos se movían a cada nueva página que leía del polémico libro que la compañera de celda de Evelyn von Osthaus publicó, a pocos meses antes de su muerte, por culpa de un cáncer terminal. Dato que descubrí durante mis investigaciones estos últimos días. No tenía familiares, al menos no encontré datos sobre ello, pero al parecer era hija única y sus padres murieron hacía tiempo.

—Murió el año pasado.

Publicación póstuma...

—Tenía una amiga —musité—. Su pareja de vida antes mismo de salir de la prisión.

Llevé la taza a los labios y le di un sorbo al café. Al colocarla sobre el platito, la voz de Thomas llegó a mis oídos junto con el portazo detrás de él.

—¡Creo que es todo un teatro, Cora!

Se quitó las gafas de sol y las lanzó sobre su mesa con un gesto claro de nerviosismo. Llevó las manos en la cintura y bajó la cabeza.

—¿De qué hablas, Thomas?

Estábamos solos en la oficina aquel miércoles. Sandra y Elsie estaban muy ocupadas con el nuevo proyecto de la revista, uno que todavía desconocíamos nosotros dos.

—Nadie sabe quién es la amiga de Erna —bufó—. ¡No hay nada sobre ella! —rechinó los dientes—. ¿No te parece sospechoso?

Me sentía perdida y confundida.

—Creo que sí —acepté con el ceño fruncido—. Todo esto —reconocí.

Se aproximó con el móvil en la mano y un deje que me hizo gemir de miedo. Tiró una silla y se sentó en ella con aire cansino.

—Según mis fuentes... —estipuló con el aparato en la mano—. La que publicó el libro fue Evelyn.

Entorné los ojos.

—¿Qué?

Movió la cabeza en un gesto negativo.

—Evelyn era su amiga y pareja —apuntó—. ¡Está lucrando con su historia!

En la pantalla apareció la imagen de una mujer delgada de cabello rubio, ojos verdes y piel muy clara. Tenía cincuenta años, era viuda y sin hijos.

—Chantaje emocional —siseó enfurruñado.

—¿Quién es ella?

Sonrió.

—Una foto creada por Inteligencia Artificial, Cora.

Volví a contemplar la imagen.

—Una combinación de fotos, por eso parece verdadera —reiteró—. Tal vez una de las imágenes es suya.

Un gemido brotó de mis labios.

—Astuta y manipuladora —siseó—. Y ambiciosa.

Me enseñó la fuente con la expresión desengañada.

—No entiendo nada, Thomas.

Alejé el aparato con un suspiro lleno de frustración. Cogí la taza y le di un sorbo largo al café tibio sin apartar la vista de él un solo instante.

—La imagen tiene rasgos parecidos a María von Osthaus —comenté—. Pudo haber usado la foto de su madre y la suya en la actualidad.

—Sí, es posible.

—Es perversa.

—Mucho.

Un jadeo brusco brotó de mi pecho ante tal posibilidad. Me abandoné en la silla con el pulso acelerado y los latidos a mil por hora.

—No sé qué decir, Thomas.

Se puso de pie de un salto de la silla y la alejó de él varios metros. Llevó las manos a la nuca con un resoplido profundo.

—El simple rumor ha generado una verdadera revolución en las redes sociales, Cora.

El caso ganó gran visibilidad a través de internet y sus miles de medios. Uno de los más influyentes, los canales de True Crime, reabrieron varios casos criminales del pasado, entre ellos, este parricidio alemán en plena Guerra Fría.

—Nadie sabe cómo es ella —apuntó fúrico—, ni cómo fue.

Debido a su edad en la época, pocos medios le tomaron fotos y en todas aparecía con el rostro cubierto por sus largos cabellos dorados, por sus manos o la capucha de su abrigo.

—El castillo de los von Osthaus fue saqueado por la tía de Evelyn —comenté lo que descubrí en el dichoso libro—. No quedó una sola imagen de la familia.

Se creía que Charlotte von Osthaus, esposa de un importante empresario británico, destruyó todas las fotos de su sobrina. Atacada por la ira y el dolor. Aunque, muchos afirmaron en su momento, que la vergüenza la instó a hacerlo.

—Nunca habló de lo ocurrido —puntalicé con los brazos cruzados—. Los periodistas la persiguieron durante años, pero jamás consiguieron hablar con ella.

Murió sin hablar del tema con nadie, ni siquiera con su marido o allegados. Sencillamente anuló la existencia de la tragedia que marcó su vida y la de su hermano.

—Había perdido a casi toda su familia durante la Segunda Guerra Mundial, Cora —subrayó—. Demasiadas muertes en una sola vida.

Nadie sabía de su existencia hasta que el libro fue publicado, detalles demasiado íntimos que despertaron las sospechas de las personas.

—También mencionó al hermano —señalé— Andreas von Osthaus.

Cogió la silla que rodó hacia atrás y la tiró de nuevo cerca de mi mesa. Se sentó en ella con el entrecejo fruncido.

—En el libro habla de su presencia durante el asesinato de sus padres —afirmó en un tono muy ronco—. En realidad, el de su madre.

Me costó tragar la saliva al imaginarme lo que Andreas von Osthaus presencié sin poder evitarlo.

—Hubo rumores de que él estuvo involucrado, pero ni su hermana, ni sus cómplices lo mencionaron en sus declaraciones, Cora.

Andreas von Osthaus huyó del castillo sin que ellos se dieran cuenta de nada, ni siquiera de su llegada. Los gritos de desesperación de la madre camuflaron su presencia y, para muchos, lo salvaron del mismo destino.

—Evelyn lo quería mucho —repetí las palabras de la autora del libro—. Le escribí varias cartas a lo largo de los años, Thomas.

Nunca las recibí, todas fueron devueltas a ella, lo que, en más de una oportunidad, la hizo llorar.

—Los psicópatas son incapaces de sentir cualquier tipo de emoción o sentimiento, Cora.

Su hermano, a su vez, perdió la brújula y se hundió en un abismo profundo, del cual nunca pudo huir.

—Tres años después de la muerte de sus padres terminó en una clínica psiquiátrica —espetó en tono seco—. Totalmente conmocionado.

Cogí el móvil y busqué las anotaciones que hice la noche anterior. Deslicé el dedo en la pantalla hasta encontrar lo que buscaba.

—En el capítulo quince aparece la mejor amiga de Andreas —siseé concentrada en la anotación—. Aunque no la nombra.

Él me miraba atento.

—Según la autora del libro fue el primer amor de Andreas.

El primer y único amor, ya que después de ella no hubo nadie más en su vida. Un amor prohibido que tuvo un final muy trágico.

—Qué triste, Thomas.

La pena envolvió mi corazón.

—Evelyn mató a muchos más de lo que suponemos, Cora.

Su móvil sonó y nos sacó de aquel sombrío trance entre el presente y el pasado.

—Permiso, Cora.

Le guiñé el ojo.

—Claro, Thomas.

Clavé la vista en la pantalla del ordenador un poco ensimismada en las últimas palabras de Thomas. Desvié la mirada hacia el móvil con un nudo enorme en la garganta al pensar en una posibilidad.

¿Y si la autora fuera en realidad la amiga de Andreas?



Me rocié perfume en los lugares idóneos según las expertas en el ramo. A pesar de no percibir el aroma, sabía que los demás a mi alrededor sí lo harían. En el espejo de cuerpo entero del armario, apareció a mis espaldas, mi amiga con una manzana roja en la mano y una expresión muy ladina en la cara. Negué con la cabeza antes de coger el bolso, mucho más pequeño de lo habitual y metí dentro el móvil. Gerda silbó cuando me di la vuelta, lista para marcharme.

—Estás muy guapa, Cora.

Elegí un vestido negro sin tirantes, ceñido y largo hasta las rodillas para la ocasión. Ni muy elegante y tampoco demasiado sencillo.

—Estás preciosa, Cora.

Le guiñé un ojo.

—Esos zapatos de tacón son preciosos, Cora.

Eran de un tono azul eléctrico con una hebilla de piedras en forma de flor en la parte frontal.

—Gracias, Gerda.

No recordaba la última vez que los usé, en realidad no era capaz de acordarme cuándo fue la última vez que salí de noche.

—Van de maravilla con los pendientes —acentuó—. Y el delicado collar.

Esbocé una sonrisa.

—El taxi ya llegó —anuncié.

Me eché un último vistazo en el espejo.

—El bombero arderá al verte, Cora.

Una pequeña carcajada se me escapó.

—Gerda —expuse con sorna—. Tal vez ni lo vea —añadí en tono pesaroso.

Achicó los ojos, gesto que encendió una alarma en mi cerebro. Desvié la vista hacia la bolsa de regalo que tenía en la cama.

—Tus ojos, Cora.

La cogí sin mirarla.

—Te gusta ese chico.

No repliqué, solo tomé la Rebeca negra y me la puse. Su carraspeo tuvo el efecto que quería. La miré fijo durante un par de segundos.

—Cora... —balbuceó.

Hice un movimiento de cabeza que la interrumpió en seco.

—Nos vemos, Gerda.

Al pasar a su lado, soltó un gemido de placer, indicándome con ello que el perfume le agradaba.

—Cora —expresó a mis espaldas.

La miré por encima del hombro con atención.

—Rómpete una pierna.

Me guiñó el ojo.

—Nos vemos, Gerda.

Saludé al conductor al subir al coche y le indiqué la dirección tras colocar en el asiento la bolsa de regalo que contenía lo que pedí días atrás a través de internet. No sabía qué presente dar a Michael, hasta que evoqué una de sus respuestas durante la entrevista. Quizá era muy ñoño, pero una corazonada me llevó a elegirlo.

—No tardaremos mucho, señorita.

Era un trayecto corto y por aquellas horas solía ser más ameno el tráfico.

—Perfecto —tercié.

Y como prometió, llegamos media hora después a Hagen. Me dirigí al teatro de la ciudad a pasos firmes y decididos. Me crucé con varias personas, aunque debía reconocer que no eran tantas por aquellas horas de la noche.

—Buenas noches —saludé al encargado de las entradas en el teatro—. Aquí tiene —le

alargué la que Michael me regaló—. Permiso.

Entré en silencio y me acomodé en la fila que me correspondía. El lugar estaba lleno y eso me alegró mucho. Una señora de cabellos canos se sentó a mi lado junto con su esposo.

—Buenas noches —saludé.

A los pocos minutos, las luces fueron apagadas y una profunda voz femenina anunció el inicio de la pieza, cuyo nombre se clavó en lo más hondo de mi corazón.

«Aquí estoy, aunque no puedas verme».

En el palco, apareció una hermosa joven de largos y dorados cabellos enfundada en un vestido blanco de seda que parecía más bien una segunda piel.

—No me ves —expresó en tono melancólico—. Nunca lo hiciste.

A su espalda, con el torso desnudo y envuelto en unos pantalones negros, apareció Michael, llevándose con él varios suspiros femeninos.

—Lo siento —susurró en tono lúgubre—. Lo intenté, lo juro.

Sujetó los hombros de la mujer con sus fuertes manos y acomodó la cabeza cerca de la de ella.

—No entiendo —musitó ensombrecida—, ¿por qué nunca me dejaste entrar en tu corazón?

Aquella escena llena de dolor y agonía me llevó a dos tiempos de mi vida, a dos momentos que marcaron mi alma.

—*¡Nunca me amaste, Martín!*

Mi madre rompió a llorar.

—*Lo siento mucho.*

Él también lloraba.

—*¿Nunca?*

Estaba detrás del sofá con las rodillas en los pechos y los ojos acuosos.

—*Cariño.*

El portazo me indicó que se había ido.

—*Nunca —replicó mi padre—. Nunca.*

La grave y ronca voz de Michael me sacó de mis recuerdos oscuros, los que desbloqueé con la ayuda de la regresión que me hizo la terapeuta años atrás.

—Si pudiera domar mi corazón —recitó Michael con mucha emoción en la voz—. Lo haría.

La mujer se apartó de él y giró sobre los pies.

—No quieres hacerlo —espetó ella de espaldas a nosotros—. Nunca lo has querido.

Paseé con timidez los ojos en el cuerpo fuerte de Michael. Su pecho salpicado por un fino vello castaño claro acentuaba cada músculo firme de su torso.

—No puedo —resolló él al caer de rodillas al suelo—. No puedo.

Una nube grisácea envolvió mi mente y me lanzó directamente al pasado, un año antes de tomar la decisión de terminar mi matrimonio.

—*¡A veces siento que estoy con una muñeca de trapo!*

Manuel estaba cansado, tanto o más que yo.

—*¡No sé qué más hacer para salvarte de tu abismo, Cora!*

Las heridas emocionales me transformaron en lo que era, en una persona incapaz de amar a otra.

—*No puedes hacer nada, Manuel.*

Sus ojos estaban inundados de dolor.

—*Nadie puede.*

Acortó la distancia entre los dos.

—*¿Qué te hicieron, Cora?*

Alguien tosió y me arrancó de mis pensamientos. Al contemplar el palco me encontré con Michael besando a la actriz con mucha pasión.

—No —declaró ella al apartarse de él—. Se acabó.

Él la sujetó por el codo.

—No se acabó.

Ella giró la cabeza y lo miró con lágrimas en los ojos por encima del hombro.

—No te engañes más.

Había un trasfondo en aquella pieza teatral que me llevaba a pensar en la historia de Michael y su exmujer. Los diálogos y los gestos eran muy profundos, llenos de sentimientos reales, los que cualquier ser humano podría vivir. Lo sabía por experiencia propia.

—*No te amo, Manuel.*

Las lágrimas rodaban una tras otra por su precioso rostro esculpido.

—*Nunca, Cora.*

Una lágrima rodó por mi mejilla.

—*Lo intenté, Manuel.*

Detrás de mi manera de ser había mucho más de lo que él suponía. Traumas que mutaron mi mente y mi corazón.

—*Cora, ¿no entiendo?*

Miré a Perseo con profundo dolor.

—*Ni yo, Perseo.*

Recuerdos oscuros desbloqueados durante las sesiones de terapia revelaron pasajes de mi infancia que no lograba desvelar.

—*¿Por qué te pidió eso, Cora?*

Fue la única vez que mencioné aquello.

—*Porque me quiere mucho, Perseo.*

Suspiré hondo.

—*Más que a su vida —repetí las palabras de mi tío—. Nadie me quiere como él.*

Los aplausos me devolvieron al presente de golpe. El primer acto llegó a su fin casi al mismo instante que la hipótesis de Gerda sobre el aroma de Michael y la razón por la que era capaz de sentirlo como una sola vez me sucedió en el pasado.

—*Michael te gusta como alguna vez Perseo.*

La miré.

—*Y por eso puedes sentir su aroma, Cora...*

El grito de la actriz me hizo brincar en mi asiento. La contemplé con el pulso todavía agitado. En el palco, Michael, en medio de un escenario familiar, con un vaso en la mano en una mesa vacía, habló:

—*¿Por qué no puedo sentir nada por ella? —declaró cabizbajo—. Lo siento, Eva.*

El monólogo de Michael, acto seguido, parecía más bien un desahogo que muchos de los presentes necesitaban. En cada palabra se podía notar el dolor, la agonía, la desesperanza, la desilusión y resignación.

—*Si pudiera retroceder en el tiempo —acotó entristecido—. ¿Qué estoy diciendo?*

Desvié la mirada de él hacia mis manos y traje a la mente pedacitos del pasado que me hubiera gustado cambiar si tuviera ese poder.

Ester...

En muchas oportunidades me imaginé un mundo paralelo junto a ella, la hermana que no conocí, a la que nunca vi ni siquiera por fotos.

Perseo...

Su muerte lo viví en carne propia, a diferencia de mi hermana, a él lo conocí y lo perdí de la manera más cruel.

Mi padre...

Su muerte llegó en una época complicada, en la que no sabía quién era o quién quería ser. La rebeldía, la soledad y la eterna tristeza que me acompañaba me llevaron al más oscuro y frío abismo existencial.

No, no se puede volver en el tiempo...

Cuando la obra llegó a su fin, el corazón me latía deprisa en el pecho y la visión se me había empañado por la emoción. Me puse de pie y aplaudí.

—¡Bravo! —gritaron entre aplausos— ¡Bravo!

Las cortinas se abrieron de par en par y todo el elenco apareció cogidos de la mano.

—¡Bravooo!

Hicieron una reverencia a modo de gratitud.

—¡Bravooo!

Las cortinas se volvieron a cerrar y las luces fueron encendidas de repente, obligándome a fruncir los ojos.

—Me encantó la pieza, cariño —siseó la señora que estaba a mi lado—. La próxima semana volveremos.

Me miró por encima del hombro y se despidió antes de dirigirse a la salida. En pocos minutos el lugar quedó vacío y en silencio. Cogí la bolsa de regalo y también me retiré. Al atravesar la puerta, vi a Michael rodeado de personas y abrazado a la actriz que actuó con él en la pieza. Parecían muy íntimos, como una pareja. Desvié la mirada hacia el lado contrario.

—Permiso —susurré al ver al encargado de las entradas—. ¿Podría entregar esto al señor Michael Bauer?

Cogió la bolsa de regalo de color negro.

—Por supuesto.

Esbocé una sonrisa.

—Muchas gracias.

Le eché una última mirada al grupo de personas concentrado en un rincón del teatro. Las voces y las risas se unieron en una sola sinfonía.

—Buenas noches —esgrimí.

Me enfilé hacia el centro peatonal a pasos firmes.

—¡Cora!

La voz de Michael a mis espaldas me instó a ralentizar los pasos. Me di la vuelta y lo vi acercarse a grandes zancadas hacia mí.

—Hola —saludó con la voz agitada—. Viniste —sonrió.

Se puso delante de mí.

—Hola, Michael.

Su aroma se coló en mis fosas nasales y despertó cada terminación nerviosa de mi ser.

—Hola —repitió.

Me miró como si no fuera real o parte de aquel planeta. El calor, poco a poco, trepó mis mejillas hasta adueñarse de ellas por completo.

—Solo necesito unos minutos para cambiarme de ropa —anunció sin abandonar su sonrisa—. Para irnos al bar.

Una sonrisa enorme curvó mis labios.

—¿Sigue en pie la invitación?

El tiempo se congeló alrededor de los dos unos instantes eternos.

—Sí, claro —repliqué en un hilo de voz.

Atrapó el labio inferior entre los dientes en un gesto claro de nerviosismo.

—No tardaré mucho —prometió.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza.

—Está bien. Michael.

Alargó la mano y apartó un mechón de cabello de mi rostro. Me estremecí sin poder evitarlo.

—Estás preciosa esta noche, Cora.

Me costó tragar la saliva.

—Gracias —balbuceé—. Oh, por Dios —refunfuñé—. Felicidades, Michael.

Se rio entre dientes.

—Gracias, Cora.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos.

—También por el regalo.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.

—Todavía no lo abrí.

Moví la cabeza en un asentimiento.

—Lo haremos juntos.

Repetí el gesto anterior.

—Está bien.

Volvimos al teatro lado a lado y a pasos muy lentos. Durante el trayecto comentó que no hizo ningún compromiso, porque ya tenía uno.

Conmigo...

Diecinueve

Perseo

Sonrisas y lágrimas

Hattingen, diciembre de 1991

La tristeza de Cora se esfumó cuando la invitamos a ir con nosotros a escoger el árbol de navidad. En su casa no festejaban esa fecha, aunque no sabía muy bien por qué. Sospechaba que tenía alguna relación con la muerte de su hermanita, ya que su madre, cada año la nombraba entre lágrimas durante la cena. Su padre, a su vez, no hablaba, solo comía en un silencio sepulcral. Tampoco había regalos o preparaban ganso al día siguiente como mandaba la tradición. Aunque su tío solía venir a visitarlos y le traía un detalle a Cora, pero este año viajó a Estados Unidos y no volvería hasta febrero, motivo por el que ella estaba muy triste.

—Conté hasta veinte ayer, Perseo —susurró abatida—. Tres veces.

Mi abuelo hablaba con el dueño de los árboles a unos metros de nosotros dos.

—¿Funcionó, Cora?

Mi abuelo me enseñó a contar hasta veinte cuando estaba asustado o no podía dormir. Le recomendé lo mismo a ella el otro día cuando rompió a llorar y le ayudó.

—Sí, Perseo.

Mantenía la cabeza gacha.

—¿Estás triste por la navidad, Cora?

Me lanzó una tímida mirada de reojo a través de sus cabellos dorados que caían sobre su rostro entristecido. Sentí un pellizco en el corazón. No sabía si tenía algo que ver con lo que me contó el otro día o había algo más detrás de su pena.

—No, Perseo.

Desvió de nuevo la mirada hacia sus pies enfundados en unas botas de color caramelo. Los movió de un lado a otro, gesto que me indicaba cuán nerviosa estaba.

—Es por mi papá.

Días atrás lo encontró en su despacho abrazado a la muñeca que su madre nunca la dejaba tocar. Lloraba en un rincón como un niño pequeño.

—Está muy triste, Perseo.

Tú también, Cora...

Cada año, en la misma fecha, su padre se ponía muy triste. Tal vez, al igual que Cora, quería un árbol de navidad y regalos debajo de él.

—Podrías hacer un regalo para tu papá, Cora.

Giró la cabeza hacia mí con mucha energía.

—¿Un regalo?

Asentí.

—Cada navidad le hago un regalo a mi abuelo, Cora.

Solo tenía dos marcos para comprar un regalo, además le haría una tarjeta con los materiales que tenía a mano.

—Puedo ayudarte —expresé con una sonrisa—. Eso alegraría mucho a tu padre.

A mi abuelo siempre le alegraba mis regalos y los guardaba en una caja de madera cerca de su cama al lado de la mesita de noche.

—Me encanta la idea, Perseo.

Esbozó una media sonrisa.

—Tengo muchas pegatinas en forma de corazón y de los ositos amorosos —anunció ilusionada—. También cartulinas, pegamento y purpurina roja.

Levanté ambas cejas.

—¡Genial, Cora!

Chocamos los cinco.

—Gracias, Perseo.

Sus mejillas eran del color de su gorro y de su bufanda.

—Tu padre se alegrará mucho, Cora.

La voz de mi abuelo nos hizo girar la cabeza hacia él.

—¡A elegir el árbol, niños!

Nos pusimos de pie de un salto con un grito lleno de júbilo e ilusión.

—¡Sí! —coreamos.

Nos dirigimos hacia las muestras de árboles. Recorrimos todo el lugar repleto de abetos y analizamos cada uno con mucha atención. Mi abuelo nos enseñó los que podíamos escoger, ya que no teníamos mucho dinero.

—Este es muy bonito, Perseo.

Cora y yo intercambiamos una mirada cómplice. Asentimos con una amplia sonrisa de satisfacción.

—¡Este! —chillamos con euforia—. ¡Este!

¡Era el mejor árbol de navidad!

Después de colocar el árbol en el salón y llenarlo de adornos, decidimos llevar a cabo nuestro plan. Mi abuelo se encargó de vaciar la mesita del café donde haríamos los regalos de navidad. Cora quería una tarjeta también para su tío. Evoqué lo que me contó, lo que hacía su tío cuando la visitaba. Pero solo asentí, ella lo adoraba.

Mucho...

Puso las cosas que trajo de su casa, sobre la mesa junto a las mías. Acto seguido, nos sentamos sobre los cojines y empezamos nuestra labor.

—Cora, podríamos hacer una tarjeta para la profesora Agnes.

Dibujaba en la cartulina un árbol.

—¡Buena idea, Perseo!

Esboqué una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Y para tu madre?

Dejó de cortar la cartulina para lanzarme una mirada.

—No creo que le guste, Perseo.

Abrí la boca para replicar, pero ella se adelantó y la volví a cerrar de manera automática.

—El regalo que le hice en el día de la madre lo tiró al cubo de basura, Perseo.

Ella lo encontró sin querer.

—No entiendo, Cora.

Mi abuelo apareció con dos tazas humeantes de chocolate y un plato repleto de galletas que él mismo horneó el día anterior.

—Hora de la merienda, niños.

Los colocó en el lado que no usábamos con mucho cuidado. Las tazas eran navideñas, tenían pequeños arbolitos con bolas rojas.

—Gracias —recitamos al unísono.

Él sonrió.

—Iré al supermercado a por las compras de fin de semana —anunció sin abandonar su sonrisa—. No tardaré.

Se dirigió al recibidor y se puso su abrigo. Después el sombrero, los guantes y la bufanda. Se despidió de nosotros antes de marcharse.

—Perseo.

Cuando la puerta se cerró, miré a Cora.

—¿Sí?

Le quité de la mejilla un poco de purpurina con la yema del dedo.

—¿Me enseñarías las tarjetas que le regalaste a tu abuelo?

Asentí con un gesto enérgico.

—¡Claro!

Me puse de pie de un salto y le pedí que me siguiera hasta el dormitorio de mi abuelo. Entramos con cuidado y encendí la luz.

—Ven, Cora.

Me arrodillé cerca de la mesita de noche y tiré la caja de madera. La abrí cuando ella se arrodilló al otro lado y le enseñé las tarjetas que le había hecho las últimas navidades.

—No eran muy buenas —reconocí cohibido—. Pero este año será más chula.

Las analizó con mucho cuidado.

—Son bonitas, Perseo.

Achiqué los ojos.

—¿Lo dices en serio, Cora?

Clavó la vista en las tarjetas y después volvió a mirarme.

—Sí, lo digo muy en serio, Perseo.

Las mejillas me empezaron a arder mucho.

—Mira —expuse al desviar la mirada en las otras tarjetas—. Éstas las hice por su cumpleaños y éstas por el día del padre.

Ladeó la cabeza con una expresión de desconfianza.

—No entiendo, Perseo.

No tenía papá, solo abuelo, por lo que decidí regalarle a él la tarjeta que le hice en el jardín de infancia dos años atrás.

—Ah —expresó cuando le expliqué—. Me encanta estos detalles.

Era arroz pintado.

—Es un barco —manifesté cuando me preguntó qué era—. Esto es el mar —indicé con el dedo—. A mi abuelo le encanta el mar, Cora.

Levantó la cabeza y siguió el curso de mi mano.
—Son cuadros de barcos —repuso y sonreí—. También en el salón hay muchos barcos.
Tenía muchos barquitos dentro de botellas, no sabía cómo los metió dentro, pero supuse que era magia o algo así.
—Como mi bella genio —declaró con el dedo en los labios—. ¿Verdad?
No lo había pensado hasta ese momento.
— ¿Crees que dentro de los barcos pueda haber personitas, Perseo?
Me puse de pie de un salto.
—¡Puede ser, Cora!



Puse la tarjeta que le hice a Cora en la mesita de noche para que el pegamento se secara mejor. Me quedé mirándola durante unos breves instantes. Era perfecta para ella. En la parte frontal dibujé un gato y le pegué lentejuelas rojas alrededor. Para sus ojos usé lentejuelas azules y para su boca uno dorado. También puse algodón debajo de él, para simular que era nieve. El chirrido de la puerta me sacó de mi concentración y me hizo girar la cabeza hacia ella.

—¡Abuelo!
Su amplia sonrisa me indicaba que estaba contento, pero no sabía por qué.
—Mira la tarjeta que le hice a Cora, abuelo.
Se desplazó hasta la mesita y contempló mi regalo sin abandonar su sonrisa.
—Quedó preciosa, Perseo.
Levanté una ceja.
—¿De verdad, abuelo?
Asintió con las manos detrás de la espalda.
—Y creo que esto... —siseó sonriente— sobra.
Me enseñó una muñeca de trapo de cabellos amarillos y ropa navideña que me recordaba mucho a Cora. Abrí mucho los ojos y la boca cuando anunció que era para ella.
—¿Hablas en serio, abuelo?
La emoción me embargó y la voz me delató.
—Muy en serio, pequeñín.
La cogí de sus manos y la contemplé con embeleso.
—A Cora le encantará, abuelo —musité en un hilo de voz—. Aunque todavía sueña con las marionetas.
Se arrodilló delante de mí y deslizó el dedo por el puente de mi nariz.
—Esas marionetas son los únicos recuerdos que tengo de mi hermana menor, Perseo.
Ella también murió como la hermana de Cora. Se puso triste.
—Le encantará esta muñeca, abuelo.
Solo movió la cabeza en un asentimiento.
—Gracias.
Me tiró hacia él para estrecharme entre sus brazos.
—Eres un buen niño, Perseo.
Su voz sonaba apagada.

—Te quiero mucho, pequeñín.

Suspiré hondo, solía pasar cuando algo me emocionaba en lo más hondo de mi ser.

—Y yo a ti, abuelo.

Después de la cena, como todas las noches, me cepillé los dientes y me acosté en la cama ansioso por saber lo que pasaría en el cuento que elegí esta semana: El principito.

—¡Abuelo, quiero saber más! —protesté cuando cerró el libro—. ¡Por favor!

Se rio entre dientes.

—Mañana continuaremos, Perseo.

Compuse una mueca a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Es la magia de la paciencia.

Siempre decía lo mismo con una amplia sonrisa en los labios, pero esta vez su cara era más seria.

—Es la hora de rezar, Perseo.

Uní las manos para rezar a mi ángel de la guarda.

—Amén —coreamos al finalizar—. Abuelo, ¿para qué rezamos al ángel de la guarda?

Cora no sabía rezar hasta que le enseñé cómo se hacía.

—Para que tu ángel de la guarda te proteja de todo mal, Perseo.

Me cubrió con la manta.

—¿Y los adultos también tenéis un ángel de la guarda, abuelo?

Rozó mi mejilla con su callosa mano de dedos largos y maltratados.

—Sí, también tenemos uno.

Ladeé la cabeza.

—¿Por qué los de mis padres no los protegieron, abuelo?

Se sentó en el borde de la cama y me explicó que algunas almas cumplían sus misiones en la tierra, motivo por el que solían ir al cielo.

—¿También los niños, abuelo?

Su expresión se desencajó.

—Sí, Perseo.

Me aclaró que no siempre las almas tenían misiones muy largas en la tierra, algunos, como la hermana de Cora tenían pasaje más corto que otros.

—Cora está triste, abuelo.

No sabía muy bien por qué, pero tenía algo que ver con su hermana y estas fechas, ya que sus padres cambiaban de actitud al llegar fin de año. Mi abuelo se puso pensativo unos instantes.

—Podríais rezar por su hermana y sus padres —sugirió—. Eso siempre ayuda a mejorar las cosas.

Evoqué lo que vi en una película días atrás y sonreí complacido. Mi abuelo besó mi frente y se retiró del dormitorio tras despedirse. Me dormí con una amplia sonrisa de satisfacción que no desapareció hasta el día siguiente, cuando vi a Cora en la escuela.

—¿Una tarjeta para el ángel de la guarda de Ester?

La idea me la dio mi ángel de la guarda, estaba seguro.

—¿Y dónde la depositaríamos, Perseo?

Me senté a su lado con esa duda incrustada en el pecho. Después de pensar mucho, llegué a una conclusión.

—¡En la iglesia, Cora!

Abrió mucho la boca y los ojos.

—¡Buena idea, Perseo!
Chocamos los cinco.
—Solo tenemos que hacer la tarjeta y después ir a la iglesia —propuse—. Tal vez un adulto nos ayude a encender una vela también.
Compuso una mueca de confusión.
—¿Una vela?
Moví los ojos de un lado a otro.
—En las películas siempre encienden una vela en la iglesia, Cora.
La campana sonó y tuvimos que entrar en la clase.
—A la tarde haremos la tarjeta, Perseo.
La profesora nos pidió las tareas.
—Sí, Cora.
Puso un bombón sobre mi cuaderno.
—Gracias, Perseo.
Las mejillas me ardían mucho.
—¿Por qué?
Parpadeó.
—Por ser el mejor amigo del mundo.
Cogí el bombón y lo guardé en la mochila.
—Tú eres la mejor amiga del mundo, Cora.
Sonrió.
—¡Qué feo es tu abrigo, Perseo!
Todos se rieron.
—¿No te da vergüenza venir a la escuela con ese trapo tan feo y viejo?
Emil se burló de mí como de costumbre y la profesora le reprendió con dureza. No era la primera vez que él lo hacía, ni sería la última.
—La próxima llamaré a tus padres, Emil.
Cora se dio la vuelta y le enseñó la lengua.
—¡Cora me está molestando, profesora! —protestó Emil.
La profesora lo ignoró.
—Abran los cuadernos, niños.
Emil resopló hastiado.
—Ya me vengaré de vosotros dos —juró él.
Cora puso los ojos en blanco.
—Bobo —susurró y me reí.
Y como quedamos, por la tarde hicimos una tarjeta para el ángel de la guarda de Ester. Al día siguiente, a la misma hora, fuimos a la iglesia del pueblo, donde nos encontramos con la profesora Agnes.
—Aquí —propuso Cora—. Nadie la encontrará aquí, Perseo.
Metimos la tarjeta en una caja con una brecha.
—Solo su ángel —acotó ilusionada.
La profesora estaba sentada en el primer banco con un chal blanco en la cabeza. Cora me dio un codazo y la miré de refilón.
—Podría ayudarnos a encender una vela, Perseo.
Asentí con un cabeceo.

—Muy buena idea, Cora.

Nos desplazamos hasta el banco que se encontraba detrás del suyo y tomamos asiento en él sin hacer ruido. Unos segundos después, la profesora rompió a llorar.

—¿Qué le hicieron, Perseo?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, Cora —musité.

La profesora se sorbió por la nariz y nombró a alguien que, al parecer, estaba muy enfermo.

Andreas...

Veinte

Cora

Una canción especial

Hagen, julio de 2023

Los compañeros de teatro de Michael empezaron a cantar *Feliz cumpleaños* cuando lo vieron llegar. La actriz que actuó con él aquella noche sujetaba una tarta de chocolate con una velita amarilla. Lo rodearon hasta formar un círculo, dejándome fuera de él. Los contemplé desde mi sitio con una sonrisa que pugnaba por adueñarse de mis labios. Michael llevó la mano a la nuca, visiblemente cohibido por la situación. Giró la cabeza hacia mí y me lanzó una mirada suplicante. Me reí entre dientes sin poder evitarlo, porque al igual que él, siempre que Dana y Gerda me cantaban a mí, me sucedía lo mismo. Le hice una leve reverencia y, a cambio, me regaló una sonrisa. Apagó la velita de un soplido y los aplausos se hicieron presentes.

—¡Felicidades!

Los abrazos y los buenos deseos no se hicieron esperar. Michael era un hombre muy querido por sus amigos, se notaba en los gestos de cada uno de ellos.

—¡Te adoro, Michael! —expresó la mujer que actuó con él—. Eres el único hombre que besé en toda mi vida —le besó en la mejilla—. El único.

El calor trepó mis mejillas al comprender lo que se ocultaba detrás de aquellas palabras.

—Elizabeth no me matará —se mofó y otra mujer se acercó a ellos—. ¡Te lo prometo!

La mujer alta, de cabellos cortos y atlética le plantó un beso a Michael en la mejilla.

—Solo a ti te permito besar a mi chica —bromeó y besó a la actriz en los labios—. Muchas felicidades, Michael.

Se abrazaron con mucho afecto.

—Gracias —expuso Michael—. Perdón, os presento a Cora —anunció al acercarse a mí—. Mi amiga.

En nuestro país podía tener dos significados: «mi amiga». Y cuando me rodeó la cintura con el brazo, las dudas se transformaron en miradas curiosas.

—Mucho gusto, Cora —corearon todos.

El corazón dio una pirueta en mi pecho.

—El gusto es mío —retruqué en un hilo de voz.

Después de los abrazos, se despidieron de él y de mí. Se marcharon del lugar dejándole la tarta y una bolsa con una botella de vino.

—¡Cúidalo muy bien! —expresó la actriz—. ¡Disfruta tu día, Michael!

Me echó una mirada por encima del hombro.

—¿Te molestaría si me ducho antes de marcharnos, Cora?

Negué con la cabeza.

—Claro que no.

Me guiñó un ojo.

—No tardaré ni cinco minutos, te lo prometo.

El corazón me latía muy deprisa y no sabía muy bien por qué, aunque, cada vez que estaba cerca de mí, mi cuerpo sufría algunos cambios.

—Puedes esperarme en el camerino —propuso—. Bueno, algo parecido a uno —se mofó.

Lo seguí a pasos lentos por el pasillo del teatro hasta llegar a la parte trasera. Abrió la puerta con la mano libre y encendió la luz.

—Adelante, Cora.

Me cedió el paso como todo un caballero.

—Gracias, Michael.

Metió la tarta en la pequeña nevera que tenía en la estancia y después me acercó una silla de plástico blanco.

—No tardo.

Cogió la toalla blanca que colgaba del respaldo de la silla del tocador y se dirigió a la puerta situada en un rincón. Me quedé contemplando aquel espacio que le servía para cambiarse. El sonido de la ducha me sacó de mi trance de sopetón.

—¿Qué hago aquí?

Me puse de pie dispuesta a largarme de allí, pero algo en el espejo del tocador llamó mi atención. Me asomé y escruté atenta las fotos coladas al cristal.

—Peter —susurré emocionada—. Qué hermoso bebé.

Eran varias fotos de Michael y su hijo cuando solo era un bebé. Ladeé la cabeza con la confusión clavada en el pecho.

—¿O tenía otro hijo?

La puerta del cuarto de baño se abrió un poco y me permitió ver su interior de azulejos blancos. Di unos pasos hacia adelante por inercia y me encontré con la imagen de Michael proyectada desde el espejo del lavabo.

—Ya salgo, Cora.

Se peinó, se puso desodorante en las axilas y un poco de crema en las manos con una increíble habilidad.

—No te preocupes —siseé nerviosa.

Ver a Michael sin camisa alteró mucho mis emociones. Su torso musculoso envuelto por un fino vello castaño claro despertaba sensaciones ignotas en mí.

—Conozco un sitio ideal para tomar algo, Cora.

Se puso una camisa azul cielo, pero antes de abrocharse, colocó el reloj de pulsera de cuero marrón a la vez que metía un pie en el zapato de tono similar al cinto, un caramelo oscuro.

—Genial, porque no conozco ninguno, Michael.

Abrió la puerta y asomó la cabeza con un deje divertido en la mirada.

—¿Hablas en serio?

Las mejillas me ardían cada vez más sin que pudiera evitarlo. No recordaba la última vez que me pasó, pero estaba segura de que había pasado mucho tiempo.

—Sí, hablo en serio.

Salió con la camisa dentro de los ceñidos vaqueros oscuros que parecían una segunda piel y realzaban mucho sus impresionantes piernas torneadas.

—Me cuesta creer.

Pasó a mi lado y dejó en el aire aquel inquietante aroma.

—Es la verdad.

Me miró por encima del hombro con una sonrisa picarona.

—Solo bromeaba, Cora.

Se roció el perfume que mencionó durante su entrevista. Sentí la extraña curiosidad de conocer la marca y la fragancia que usaba. Cuando lo probé en la tienda, días atrás, comprobé que no podía apreciarla, lo que descartó que tuviera influencia en mi olfato.

—Nunca fui a un bar, Michael.

Se dio la vuelta y me lanzó una mirada llena de asombro e incredulidad. Ahora el centro del estómago y las palmas también me ardían en complicidad con las mejillas.

—¿Nunca?

Mi exmarido pertenecía a una secta religiosa muy estricta que no permitía muchas cosas, una de ellas ir a sitios mundanos y pecaminosos como consideraban a los bares.

—¿Te refieres a después del divorcio?

Negué con la cabeza.

—Nunca antes y tampoco después de divorciarme.

Exhaló hondo.

—Vaya, Cora.

Entrelacé un poco cohibida las manos por la situación.

—Siempre hay una primera vez para todo —anunció con una sonrisa que acentuó un par de marcas de expresión de su cara—. ¿Verdad?

Fijé la vista en la bolsa de regalo que le entregué al encargado de las entradas. Michael siguió el curso de mi mirada.

—¡Dios! —expuso en alto—. ¡Me olvidé darte las gracias, Cora!

Acortó la distancia entre los dos y sin darme tiempo a nada, me estrechó entre sus fuertes brazos.

—Muchas gracias, Cora.

Me quedé petrificada, sin mover un solo músculo y tampoco emití una sola palabra durante varios segundos, los que necesitó mi cerebro para reaccionar.

—De... de nada, Michael.

Lo envolví con los brazos lentamente y acomodé la cabeza en su pecho fornido. En silencio, nos quedamos allí, perdidos en el tiempo.

Más allá de la realidad...



Salimos del teatro casi a las diez de la noche rumbo al bar que se encontraba al otro lado de la ciudad. La bolsa de regalo colgaba de la mano de Michael, todavía intacta. Decidió abrir el regalo tras pedir unas copas para brindar por su día. Me daba un poco de vergüenza, ya que no estaba segura de haber acertado a la hora de elegir, llevada por un punto que mencionó entre risas el día que lo entrevisté.

Hubiera optado por algo menos cursi...

Lo oteé de reajo justo cuando él lo hacía y me ruboricé todavía más. Las mejillas me ardían como si estuviera delante de la chimenea.

—Creí que no vendrías, Cora.

Su afirmación me instó a mirarlo de refilón.

—¿Por qué no?

La camisa remangada le daba un aire más relajado, aunque llevarla dentro de los vaqueros con el cinto le otorgaba más seriedad. Me recordaba un poco a mi padre, amante de la ropa bien planchada y a juego con los accesorios. Y al igual que Michael tenía un aura misteriosa con un toque sereno que realzaba su belleza.

—Solo fue un presentimiento —acotó con una media sonrisa—. Me da gusto haberme equivocado.

Le di un fuerte apretón al bolso en busca de sosiego. No recordaba la última vez que un hombre coqueteó conmigo.

—Siempre cumplo mi palabra, Michael.

Mordió el labio inferior en un gesto claro de nerviosismo.

¿O solo era impresión mía?

—Me gustó mucho la pieza —declaré y me miró expectante—. Me dio la impresión de que estaba inspirada en hechos reales.

Metió la mano en el bolsillo al desviar la mirada de la mía. Un gemido bajo brotó de sus labios, pero no sabía cómo interpretarlo.

—Lo está, Cora —reconoció con la vista a lo lejos—. Fue el motivo que me llevó a terminar mi relación con mi novia a pocos meses de la boda.

Una exclamación afloró de mis labios cuando la sorpresa me abofeteó.

—¿Te ibas a casar?

Me cedió el paso cuando llegamos a la esquina.

—Peter tenía dos años de vida —apostilló ensombrecido—. Queríamos darle un hogar seguro y amoroso.

Nos enfilamos hacia el aparcamiento donde estaba su coche. Por aquellas horas ya no había tantas personas por las calles, excepto los jóvenes que buscaban sitios para compartir algún que otro trago con sus parejas o amigos como nosotros dos.

—Pero me sentía vacío y perdido en la relación —confesó en un susurro—. Y no me parecía justo mentirle a ella sobre algo que no existía.

Se acercó a un Citroën Picasso gris metálico muy parecido al que tenía Gerda. Me abrió la puerta del copiloto con amabilidad.

—Adelante.

Le hice una reverencia antes de subir y acomodarme en el asiento. Cerró la puerta con cuidado y aproveché para colocar el cinturón de seguridad. Él hizo lo mismo al entrar.

—Te entiendo muy bien, Michael.

Exhaló un suspiro, pero no habló, parecía esperar algo más de mí. Arrancó y se retiró del aparcamiento con mucho cuidado. Cada uno de sus gestos al conducir llamaron mi atención y el mutismo me delató. No fui consciente de ello hasta que carraspeó.

—Me pasó lo mismo —admití un poco cohibida—. Muchas veces prefería estar sola.

Cambió de dirección hacia una zona que nunca fui.

—Yo me sentía solo cuando estaba con ella, Cora.

Su declaración me instó a girar la cabeza hacia él.

—Solo teníamos algo en común —señaló— a Peter.

Y entonces, de pronto, comprendí por qué Manuel buscaba un hijo con tanta desesperación. Tal vez, al igual que Michael, también se sentía solo, a pesar de estar conmigo. La

mano de Michael sobre la mía me sacó de mis pensamientos de golpe. Lo miré de reojo como si acabara de emerger del agua tras estar debajo de ella por más tiempo del que era capaz de soportar.

—Lo siento... —musitó sin apartar la mano de la mía.

Negué con un movimiento leve de la cabeza.

—No pasa nada, Michael.

Era extraño, pero no me costaba hablar de cosas muy íntimas con él, algo muy inusual: Ni con Gerda o Dana era tan espontánea.

¡Ni siquiera con mi terapeuta!

—Llegamos —anunció al alejar la mano de la mía—. Es aquí.

Era un club, lo que en nuestro país vendría a ser un bar con música, donde las personas se reunían para beber unos tragos o picar algo entre charla amena.

—El local pertenece a un amigo —comentó mientras se quitaba el cinturón—. Un bombero voluntario —sonrió.

También desabroché el cinturón.

—Genial.

Se bajó del coche con la misma elegancia con la que entró y cerró la puerta con cuidado. Después me abrió la puerta y tendió la mano.

—Gracias, Michael.

Cogió la bolsa de regalo del asiento trasero y nos dirigimos al club a unos pocos pasos de nosotros. Al entrar, un hombre altísimo de cabellos dorados y grandes ojos verdes lo saludó con alegría desde la barra.

—¡Bauer!

Se aproximó y lo estrechó con mucho afecto. Gesto que delataba cuán cercanos eran. Se palmearon la espalda con cariño.

—¡Felicidades, Bauer!

Y, dos segundos después, una camarera apareció con una pequeña tarta con una vela encendida sobre ella. Todos en el lugar le cantaron el feliz cumpleaños, tal cual en el teatro horas atrás. Contemplé todo con un nudo en la garganta y una sonrisa desenchajada.

—¡Felicidades! —exclamaron todos—. ¡Michael! ¡Michael! ¡Michael!

Apagó la vela de un soplido y todos aplaudimos.

—¡Hoy la casa invita! —gritó el dueño—. ¡El primer trago!

Todos resoplaron entre risas y abucheos. Michael cogió la tarta y me condujo hasta la mesa que su amigo le indicó.

—¿Una copa especial? —demandó su amigo.

Michael retiró la silla con caballerosidad.

—Gracias.

Me senté en ella y coloqué el bolso en la mesa.

—Cerveza para mí, Johann —convino Michael—. ¿Un zumo de manzana para ti?

Su amigo enarcó una ceja.

—Me gustaría probar la piña colada —declaré y su amigo sonrió complacido—. Siempre quise hacerlo.

La cabeza de su amigo se ladeó con una expresión de confusión en la mirada. Michael se sentó a la mesa con una amplia sonrisa en los labios.

—Dos piñas coladas —anunció sin desdibujar su sonrisa—. Por favor, Johann.

Me sonrojé.

—No tardo —graznó su amigo y se alejó—. ¡Dos piñas coladas!

Michael cogió la bolsa de regalo y, por fin revisó lo que le había comprado días atrás. Rasgó el papel y al ver de qué se trataba, embelesado, me miró.

—Mein Gott! —exclamó—. ¡Cora!

Abrió la caja y descubrió su interior con alegría pueril. Dentro halló el DVD original de su película favorita de la infancia: Casper, junto con un CD de las canciones de la cinta y una camiseta negra con el personaje en la parte frontal.

—Espero haber acertado el tamaño, Michael.

Contemplaba el interior de la caja con amor infinito.

—Es el mejor regalo del mundo, Cora.

El corazón giró sobre sí mismo.

—No exageres,

Esbozó una enorme sonrisa que apenas cabía en su cara.

—No estoy exagerando, lo prometo.

La camarera sirvió las enormes copas de piña colada con una sombrilla roja de adorno. Le dimos las gracias y se alejó tras guiñar el ojo.

—Me alegro mucho, Michael.

Levanté la copa y le insté a que hiciera lo mismo con la suya.

—Por ti, Michael.

Entrechocamos las copas sin apartar la mirada el uno del otro un solo segundo. Un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal y envió una ráfaga de calor directamente a mi corazón.

—Gracias, Cora.

Su mano reptó por la mesa hasta encontrarse con la mía. Rozó con las puntas de los dedos los míos y alteró todavía más mi paz mental y emocional.

¿Qué era esto que sentía por Michael?

—Muchas gracias, Cora —repuso una vez más—. Me encantó.

La piel de la nuca se me puso de punta cuando le dedicó una caricia a mis dedos.

—Me alegro haber acertado, Michael.

Cuando alejó la mano, a cámara lenta de la mía, mencionó a su madre y a su hijo. Había pasado el día con ellos en el zoo, pero no se adentró en detalles. Al igual que yo, tenía ciertos límites cuando se trataba de la privacidad, aunque mencionó el tiempo que podía estar con su hijo.

—Lo siento mucho, Michael.

Le dio un buen trago a su copa con la mirada en la mía todo el tiempo.

—Yo también, Cora —confesó entristecido—. No puedo creer que nunca hayas visto Casper.

Una exclamación brotó de mis labios.

—¿Nunca pisaste un bar? ¿Era en serio?

Una pequeña carcajada se le escapó cuando cubrí mi rostro con las manos.

—Sí, era en serio —murmuré y su risa aumentó de frecuencia—. Y nunca bebí piña colada —acoté.

La charla era tan amena y divertida. Parecía que nos conocíamos de toda la vida, cuando apenas llevábamos un par de semanas de conocernos. Una rara conexión que solo viví en mi infancia cuando era más sencillo la vida.

—Creo que ya van a cerrar el lugar, Michael.

Era casi las dos de la mañana y ninguno fue consciente de ello hasta ese momento.

—Sí, creo que sí —reconoció con una sonrisa—. Hablar de ese caso criminal nos hizo perder la noción del tiempo.

Solo tomamos dos copas y un poco de tarta durante el análisis del caso de los von Osthaus. Michael leyó un par de artículos sobre ello, intrigado como muchos en el país, a pesar de los años que pasaron.

—Llamaré a un taxi, Michael.

Negó con un enérgico cabeceo.

—No, te llevaré yo, Cora.

Me reí entre dientes.

—Has bebido dos piñas coladas —le recordé con la mirada puesta en las dos copas vacías—. No te preocupes.

No trabajaría ese día, por lo que alardeó que dormiría más horas en su nuevo piso. Elevó el dedo y añadió que hacía solo tres días vivía encima del bar de su amigo.

—Johann me ofreció el piso por un precio irresistible —se mofó—. Te acompañaré, Cora.

Intenté oponerme, pero insistió ir conmigo en el taxi hasta mi casa. Se acercó a su amigo y le pidió algo.

—¿Hablas en serio? —accedió Johann—. ¡Obvio que hablas en serio! —se mofó entre risas—. Allá voy.

Una canción muy melodiosa empezó a sonar en el lugar apenas iluminado por una luz tenue que le daba un aire más romántico.

—Es la canción final de Casper —anunció Michael con la mano tendida hacia mí—. ¿Me darías el honor, Cora?

No la conocía, pero me gustó.

—Claro —contesté en un hilo de voz.

Me llevó a un rincón del bar y rodeó su cuello con mis brazos con una sonrisa afable en los labios. La luz medio rojiza acentuó el tono castaño claro de su barba y de su cabello.

—¿Cómo se llama la canción?

Envolví mi cintura con los brazos y me estremecí.

—Remember Me This Way —replica—, de Jordan Hill.

Nos mecimos al son de su canción favorita.

—Es preciosa, Michael.

Sentí que flotábamos.

—Sí, es preciosa, Cora —susurró.

Nos miramos con intensidad durante un minuto eterno.

—Es preciosa —repitió.

Reclinó la cabeza a cámara lenta y temí perder por completo la razón al sospechar por qué lo hacía. Frenó a muy pocos centímetros de mis labios y me contempló con un brillo indescriptible en la mirada.

—¿De dónde nos conocemos, Cora?

La visión se me nubló ante la fuerte emoción que su pregunta retórica despertó en mí.

—De otra vida, Michael —jadeé para mí misma.

Y sin darme tiempo a recuperar el control de mis emociones, capturó mis labios en un profundo beso que por fin me lanzó al precipicio.

A uno que desconocía hasta ese momento...

Veintiuno

Perseo

El mejor regalo

Hattingen, diciembre de 1991

El grito de alegría de Cora retumbó en mis oídos por varios segundos. Cuando le comenté que Papá Noel le había dejado un regalo en casa. No me creyó, pero al ver la caja de regalo con su nombre, debajo del árbol que juntos elegimos días atrás, ya no tenía dudas. Mi abuelo me comentó que había negociado con Mamá Noel sobre la dirección de Cora y como ya era demasiado tarde para enviar una carta, decidió enviarle un conjunto de tetera de porcelana de color rojo con algunos detalles en dorado. Al abrir la caja de madera tras rasgar el papel rojo con miles de pequeños arbolitos navideños, mi amiga me contempló con la boca y los ojos bien abiertos. Parecía sorprendida y también un poco asustada, ya que mamá Noel acertó al escoger aquel presente. Miré de reojo a mi abuelo que solo me guiñó el ojo como si de alguna manera supiese lo que pasaba por mi mente. Esbocé una sonrisa de oreja a oreja cuando volvió a guiñar el ojo en señal de complicidad.

—Me encanta, Perseo.

Puso todas las tazas con sus respectivos platillos, cucharitas, servilletas y tetera en la mesa del salón.

—¿Y si estrenamos tu regalo, Cora? —propuso mi abuelo—. Tengo chocolate caliente y unas galletas con pepitas de chocolate en la cocina.

Cora y yo intercambiamos una mirada llena de júbilo.

—¡Sí! —coreamos eufóricos—. ¡Sí!

Mi abuelo cogió la tetera y la llevó consigo a la cocina. Cora puso a Persina a su lado después de darle un beso en la cabeza.

—No me gusta su nombre, Cora.

Era el mío en una versión femenina.

—¿Prefieres Persea?

Sonaba todavía peor.

—No, mejor Persina.

Se rio entre dientes al ver mi mueca de resignación. Pero después se puso muy seria y triste. En su casa nadie felicitó a nadie por la navidad, ni siquiera su padre.

—No entiendo por qué no les agrada la navidad, Perseo.

Sencillamente no la mencionaban, nunca, al menos Cora no se acordaba de ello.

—Mis padres son raros, Perseo.

En más de una ocasión mencionó a E: T. y la posible conexión que tenía con sus padres. Aunque, no tenía sentido, ya que no había un parecido entre ellos.

—Mi madre ni siquiera bajó a desayunar —agregó entristecida—. Y mi padre solo me deseó los buenos días, nada más.

Tenía la esperanza de que al amanecer se encontraría con un árbol de navidad cerca de la chimenea repleto de regalos a sus pies, pero no encontró nada especial.

—Mi abuelo me explicó que no todos festejaban la navidad, Cora.

Lo que me dejó conmocionado.

—¿En serio?

Asentí con un ligero cabeceo que dejó caer un par de mechones sobre mi frente.

—Eso es muy triste, Perseo.

Pero más triste fue lo que le sucedió cuando su madre la pilló en el salón cerca del alféizar de la ventana donde se encontraba la muñeca de su hermana.

—¿Por qué te golpeó, Cora?

Se encogió de hombros.

—Tiene miedo que estropee la muñeca.

No era la primera vez que su madre la lastimaba, pero esta vez fue tan fuerte que le dejó una marca en la mejilla derecha.

—Me mentiste, Cora.

Bajó la cabeza.

—Tenía vergüenza, Perseo.

Cuando vi la marca en su cara, alegó que se dio un golpe sin querer contra la puerta de su dormitorio.

—Creo que mi madre no me quiere, Perseo.

Días atrás, a unos tres antes de la navidad, quería huir de su casa, pero solo se escondió dos horas en el sótano y lo peor de todo era que nadie ni se dio cuenta de ello.

—No digas eso, Cora.

Mi abuelo volvió con la tetera llena y un plato repleto de galletas recién horneadas por él en forma de abeto.

—Perseo tiene razón —acotó él—, tu madre te quiere mucho, princesa.

Acomodó todo en la mesita de salón y repartió las galletas en los platillos cerca de cada taza. Acto seguido sirvió el chocolate.

—Falta las nubes, abuelo.

Me puse de pie de un salto y fui a por las nubes de coco. Al volver al salón, vi la mano de mi abuelo en la cabeza de Cora.

—Ella nunca me abraza —declaró mi amiga con la voz llorosa—. Ni me dice te quiero.

Los ojos de mi abuelo se encontraron con los míos de golpe.

—Pero eso no significa que no te quiere, princesa.

Cora bajó la cabeza.

—Ni siquiera revisó la tarjeta que le hice —declaró en un susurro—. Le hice con todo mi amor.

Mi abuelo se sentó a la mesa y cogió una taza. Le dio un sorbito al chocolate y gimió de placer. Cora giró la cabeza para mirarlo.

—Oh, perdón —musitó él— ¿puedo jugar con vosotros?

Su voz sonó muy infantil y ambos no pudimos contener las risas.

—Claro que sí —soltó Cora entre risas—. Es hora de la merienda.

Cogí una taza y le di un sorbo.
—Ya terminó —expresé al dar el segundo sorbo—. Son muy pequeñas las tazas —me quejé.
Cora puso los ojos en blanco y mi abuelo se echó a reír.
—¡Te daré más, Perseo!
Pero antes le sirvió a su muñeca.
—Ella no... —mascullé y mi abuelo carraspeó—. Te olvidaste de darle una galleta.
Mi abuelo me guiñó un ojo.
—¡Cierto!
A veces es bueno solo usar la imaginación...



Volvimos a clases después de las fiestas de fin de año y, como de costumbre, Ingolf nos gastó una broma pesada con sus amigos. No nos quejamos, porque no fue necesario. La profesora Agnes presencié todo y sin rechistar lo encaminó a la dirección. Emma, que estaba mucho más amable con nosotros, comentó que Ingolf era casi dos años mayor que nosotros. Perdió un año por culpa de la enfermedad de su madre y otro cuando ella falleció.

—Qué triste —expresó Cora.
Yo no tenía padres y no por ello perseguía a otros niños como Ingolf lo hacía.
—Su papá es muy borracho —alegó Petra a mi lado—. No tiene trabajo y tampoco una casa.

Me puse serio.
—¿Por qué se burla de la casa de Perseo? —quiso saber Cora.
Petra se encogió de hombros.
—Pensé que tenía dinero —expuse pensativo—. Y que su casa era mejor que la mía.
Vivía en una casa rodante de muy mal aspecto en una zona del pueblo donde pocas personas solían ir.

—Algunos dicen que es muy malaleche —acotó Emma—. Eso dicen mi mamá y su amiga.
Cora achicó los ojos cuando Petra se pegó a mí.
—Eso explica por qué es tan malvado —comentó Petra—. Pero no tengas miedo, Perseo —la miré de reojo— yo te defenderé de él.

Sentí mucho calor en las mejillas.
—Perseo no necesita que lo defiendas —escupió Cora, enfadada—. Puedo hacerlo yo.
Elevé mucho las cejas ante la determinación de Cora.
—¿Perseo es tu enamorado, Cora? —quiso saber Emil—. ¡Cora y Perseo se quieren! —se mofó—. ¡Son novios!

Sin contemplaciones, Cora se aproximó a él y le dio una fuerte patada en la pierna. Emil gimoteó de dolor y los demás se echaron a reír a carcajadas.

—Perseo es mi mejor amigo en todo el mundo —declaró en tono firme—. Y el que lo molesta se las verá conmigo.

Cogió mi mano y me tiró hacia el patio cubierto todavía por la nieve. Se detuvo en la galería y me lanzó una mirada muy seria.

—¿A quién prefieres, Perseo?

Pensé en una respuesta lo más rápido posible.

—A los Tortugas Ninjas —contesté.

Volvió a fruncir los ojos y supe al instante que no era la respuesta correcta o la que buscaba ella.

—Hablo de mí y Petra.

Su pregunta me tomó de sorpresa.

—A ti —repliqué sin miramientos—. Pero ya te lo había dicho eso.

Su expresión se suavizó.

—Solo quería confirmarlo, Perseo.

La campana sonó y nos dirigimos a la clase lado a lado.

—¿Crees que castigarán a Ingolf?

La miré de reojo.

—Supongo que sí, Cora.

Al cruzar la puerta, mis ojos se encontraron de golpe con los de Ingolf. Desvié la mirada al notar la ira en la suya y tomé asiento en el pupitre.

—Bienvenidos —exclamó la profesora con alegría.

Nuevo año, nuevas tareas y aventuras.

—Empezaremos con los números —anunció y escribió en la pizarra con la tiza—. 1... 2... 3... —enumeró.

Por la tarde, después de terminar la primera tarea que nos asignó la profesora, decidí ir al bosque para ver cómo estaba Corseo, nuestro muñeco de nieve, como se lo prometí a Cora al salir de la escuela.

—¿Era por allí? —mascullé curioso—. Nunca fui por ese camino.

Cambié de sendero y me enfilé hacia donde, supuestamente, vivía Ingolf. Al otro lado del cementerio.

—¡Papá, no se repetirá!

El grito de Ingolf me instó a frenar de golpe y me hizo desviar la dirección. Apreté los pasos hacia el camino que llevaba a la casa rodante de él. Al llegar, a unos pocos metros, vi cómo su padre lo golpeaba con un cinto sin piedad.

—¡Maldito hijo de puta!

Ingolf suplicaba por compasión, pero su padre no cedió y continuó golpeándole. La desesperación de Ingolf me obligó a actuar y corrí hasta ellos.

—¡Lo matará, señor!

A mitad de camino su brazo se detuvo. No me replicó, solo me observó con el ceño desenchajado. Después giró sobre los pies y se dirigió a la casa a unos metros de allí. Ingolf lloraba con desconsuelo sobre la fría y cruenta nieve.

—Ingolf, ¿te encuentras bien?

Me acerqué para ayudarlo a levantarse, pero no me lo permitió.

—Vete, Perseo.

Su voz sonó como un rugido doloroso.

—Y no le cuentes a nadie lo que presenciaste.

Estaba de bruces sobre la nieve y respiraba con mucha dificultad. No levantó la cabeza, la mantuvo gacha todo el tiempo.

—Solo quería ayudarte, Ingolf.

Me miró a los ojos de sopetón y temblé de miedo al ver en los suyos el terror más oscuro que jamás había visto antes.

—Vete y no vuelvas por estos lados —susurró en tono severo—. No tienes idea de lo que

es capaz de hacer mi padre.

Di un paso hacia atrás ante el susto que me causó sus palabras, aunque no estaba seguro si fueron solo ellas o la voz de la bruja del bosque a lo lejos. Giré la cabeza para comprobar mis sospechas y, efectivamente, era ella con un perro marrón oscuro.

—Puedes acabar como el gato del bosque, Perseo.

Lo escruté con el alma a los pies.

—¿Qué...? —jadeé.

Se puso de pie con mucha dificultad y secó las lágrimas congeladas con el dorso azulado. Apenas llevaba ropa y el frío calaba hasta los huesos.

—Lo siento.

Las cuencas se me llenaron de lágrimas al descubrir quién había asesinado a Peter.

—Fue tu padre.

Me miró.

—Sí, Perseo.

Se dio la vuelta y se encaminó a su casa o, mejor dicho, a su prisión. El viento gélido rozó mi rostro y congeló las lágrimas. Me di la vuelta y, a pocos metros de mí, estaba la bruja del bosque. En silencio nos quedamos mirándonos durante varios segundos bajo la tímida nevada de media tarde en pleno enero.

No fue ella quien mató a Peter...

Dio media vuelta y le ordenó a su perro que la siguiera. Su figura delgada enfundada en un abrigo gris largo desapareció lentamente de mi enfoque hasta convertirse solo en un punto negro en medio de la nevada. Una lágrima atravesó mi mejilla y dejó una cálida sensación en mi mejilla, pero pocos segundos después se convirtió en un minúsculo pedacito de hielo. Bastaron unos pocos instantes para ese gran cambio. Algunos acontecimientos, aunque efímeros, podían ser de gran relevancia en una historia. Giré la cabeza y, aunque la bruja del bosque no podía escucharme, lo musité de todos modos:

Lo siento...

Veintidós

Cora

Un instante en tus brazos

Hagen, julio de 2023

Las ramas del cerezo arañaban los cristales del ventanal de la pequeña habitación de Michael, en el tercer piso del edificio donde vivía. El sonido de película de terror se unía al de la lluvia y a los que nuestros cuerpos desnudos emitían con cada caricia que se dedicaban bajo las sábanas arremolinadas a nuestro alrededor. No era capaz de distinguir mis gemidos de placer de los de Michael, cuya devoción lujuriosa me hacía perder más y más la cordura. Nuestras manos, unidas, sobre la almohada, se hundían con cada embestida enfebrecida suya. Desesperada, entablé una estoica batalla con su lengua a la vez que entrelazaba las piernas con las de él en un intento absurdo por controlar aquello que me estaba consumiendo por dentro. No sabía cómo definirlo, porque jamás había sentido nada remotamente parecido antes.

—Mírame, Cora —imploró al apartar los labios hinchados de los míos—. Necesito que me mires —jadeó sin dejar de moverse dentro de mí—. A mí.

El fino vello de su fornido pecho rozaba los míos, pequeños e indefensos. Sus estrechas caderas chocaban con las mías, delgadas y pocos fibrosas.

—Michael... —susurré.

La luz que procedía de fuera a través de la ventana iluminó nuestros rostros con intensidad. Uno que otro rayo cruzó el cielo desapacible casi al mismo tiempo que nuestros corazones las costillas.

—Eres preciosa —musitó en un hilo de voz.

Toda mi carne se puso de gallina cuando su aroma, aquel olor tan especial, se coló en mis fosas nasales. Convirtiendo la sensación en una cortina de lágrimas que ofuscó mi visión por completo. Michael liberó mis manos y me permitió acariciar sus fuertes brazos antes de deslizarlos bajo los míos y enganchar las manos en mis hombros huesudos.

—Cora... —farfulló a modo de confidencia.

Sus embestidas lánguidas se convirtieron en unas más salvajes. Mis uñas se clavaron en la carne de sus hombros cuando la pasión se adueñó de todo mi cuerpo hasta convertirse en una oleada interminable de placer unida a la suya pocos segundos después.

—Gott —bufó.

Un par de sacudidas finales nos instó a envolvernos en un abrazo que apenas permitió la entrada de aire en los pulmones. Ninguno se movió, jadeantes, permanecimos allí, enredados el uno en el otro sin saber qué hora era o qué día. Llevé la mano a su cabeza y le dediqué dulces

caricias en un silencio atronador.

—¿Michael?

Sus ronquidos suaves me indicaron que el sueño se había adueñado de él. Me moví un poco, lo suficiente para que cambiara de posición.

—Lo siento —musitó azotado.

Fue un día ajetreado para él.

—No te preocupes.

Besó mis labios con ternura.

—Fue maravilloso, Cora.

Nunca hice nada parecido antes con otra persona, ni siquiera con mi marido, con quien estuve tras tres años de noviazgo.

—Lo fue, Michael —reconocí un poco intimidada—. Mucho.

Por primera vez sentí que tenía el control de mi vida al ceder a la pasión que él despertó en mí. Sus besos, caricias y gemidos se grabaron en mi piel para siempre.

—Gracias por todo.

Acarició mi mejilla arbolada todavía por el frenesí.

—Una increíble locura, Cora.

Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño tras pedir permiso. Tiré la sábana para cubrir mi cuerpo desnudo un poco atribulada, pero sin arrepentimientos. Michael volvió después de quitarse el condón y se metió en la cama.

—Aquí estoy.

Me tiró hacia él con delicadeza y me envolvió con los brazos de manera dulce, aunque también posesiva.

—Dulces sueños, Cora.

Elevé la mirada hacia la suya.

—Para ti también, Michael.

Reclinó la cabeza y cubrió mi boca con la suya en un beso con matices inenarrables. Cubrió nuestros cuerpos y nos sumergimos juntos en un profundo sueño.

Hasta mañana...



Mi móvil sonó horas o días después y me instó a volver del mundo de Morfeo de golpe. Lo cogí y cuando oí la voz severa de Thomas al otro lado, la realidad me abofeteó con dureza. Eran casi las ocho y media de la mañana del día que Sandra escogió para la reunión con los nuevos patrocinadores de la revista.

—Dios santo.

Me levanté de la cama un poco aturdida y sin saber muy bien dónde estaba. Busqué mis cosas desperdigadas por el suelo alfombrado y me vestí en un santiamén.

Michael...

Me dirigí al cuarto de baño tras buscarle por todo el apartamento. El silencio reinaba en la solitaria morada donde pasé la noche con alguien que apenas conocía.

—Necesito café.

Me cepillé los dientes con la pasta dental en el dedo a toda velocidad. Me lavé la cara y ordené mi cabello en un moño improvisado tras peinarlo.

—¿Dónde están mis zapatos?

Cogí mi bolso y el abrigo del recibidor al mismo tiempo que me ponía los zapatos de tacón. Abrí la puerta, pero antes de cruzarla, le eché un último vistazo al lugar, donde probablemente no volvería a pisar. Consciente de que aquello solo fue una aventura de una noche.

Adiós, Michael...

Bajé las escaleras como un rayo y me dirigí a la tienda de ropa C&A. No podía ir al trabajo con aquella ropa, por lo que necesitaba algo más adecuado. La sirena del coche de bomberos llamó mi atención y sin que pudiera evitarlo, aceleró mi corazón.

Basta, Cora...

Moví la cabeza y espanté aquellos extraños pensamientos, pero no pude anular los fogonazos que me llevaron de nuevo a la noche anterior, directamente a los brazos de Michael. Retazos de cada instante, desde el primer beso hasta el último.

Gott...

El móvil sonó y me arrancó de aquella lucha mental. Abrí la puerta de la tienda antes de coger la llamada. Era Gerda.

—Hola, Cora.

Ella tampoco durmió en casa, por lo que me evitó tener que mencionar mi ausencia.

—Hola, Gerda.

Subí las escaleras eléctricas rumbo a la sección femenina de la tienda.

—¿Recuerdas el correo que envié al encargado del cementerio de Hattingen?

Revisé unas chaquetas vaqueras y escogí una de mi tamaño de color negro.

—Sí.

Estaba segura de que no obtendría ninguna respuesta favorable, ya que no éramos parientes de Perseo. Sin embargo, muy en el fondo, tenía la esperanza de que nos diría dónde fueron lanzadas sus cenizas tras ser retirados sus restos de su tumba.

—Cora, las cenizas de Perseo fueron retiradas por un familiar.

El alma abandonó mi cuerpo cuando mencionó a la persona en cuestión.

—¿Su abuelo?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

El señor Fuchs sigue vivo...



No era tan sencillo encontrar al abuelo de Perseo, ya que su nombre era de masas y en los geriátricos no daban informaciones sobre sus pacientes si no fueras pariente. Gerda era optimista y, además, tenía un primo que podía ayudarnos a localizarlo. Todavía no podía creer que siguiera vivo.

—Espero encontrarlo a tiempo, señor Fuchs.

Llevé la vista a la pantalla del móvil en un acto reflejo. No había mensajes, al menos no de quien esperaba de manera inconsciente.

—Aquí tienes, Cora.

La voz de Gerda me rescató de mi trance.

—Café de Brasil —destacó con una amplia sonrisa—. Estás rara.

Las mejillas se acalararon al instante ante su escrutinio analítico.

—No me contaste nada de tu cita con el bombero sexi.

Se sentó a la mesa y le dio un sorbo a su café.

—Fue increíble —añadí.

Levantó de golpe la mirada.

—Me sorprendió.

Ahora enarcó una ceja.

—Mucho.

Había pasado tres días desde aquel día y no volví a saber nada de Michael, consciente de que solo fue una aventura pasajera sin mayor importancia.

—Cora, ¿estás bien?

Bajé la cabeza por inercia como lo hice toda la vida para huir de los demás, una manera inconsciente de ocultar mis emociones.

—Fui a ver a mi madre ayer, Gerda.

Exhaló un profundo suspiro.

—¿Cómo está?

Dejó caer la mano sobre mi antebrazo para llamar mi atención, pero en vano. Me costaba enfrentar la compasión que despertaba en los demás cuando hablaba de mi madre y su estado de salud actual.

—Más perdida que nunca, Gerda.

Me dio un suave apretón y logró por fin que la mirara a los ojos. La lástima y empatía que vi en ellos estrujaron mi alma.

—Lo siento mucho, Cora.

El calor que dejó su contacto en mi piel desapareció junto con la sensación de vacío que siempre dejaba mi madre en mí.

—No me reconoce hace años —declaré con un nudo en el pecho—, sin embargo, me menciona siempre.

Una y otra vez, abrazada a la muñeca de Ester, repetía mi nombre. Su psiquiatra alegó que su mente se quedó presa en alguna parte de su vida, donde solo me recordaba a mí.

—Cora se fue —rememoré sus palabras—. Cora se fue y no volvió jamás.

Gerda ladeó la cabeza con un deje de confusión en los ojos.

—Cuando mi padre murió... —musité hipnotizada por la bebida oscura de la taza— dijo lo mismo, Gerda.

El dolor la mató por dentro.

—No sé qué decirte, Cora.

A diario leíamos sobre tragedias similares en todo el mundo, pero formar parte de una era muy distinto. No existían palabras para describir los sentimientos que nos embargaban a diario.

—Dana encontró consuelo en su fe —reconocí cabizbaja—. No tuve la misma suerte.

Gerda volvió a tocar mi antebrazo con cariño.

—Perdí a mi hermano en un accidente —evocó con tristeza—. Mi familia también nunca volvió a ser la misma.

Le lancé una mirada pesarosa.

—Te entiendo muy bien, Cora.

Cada familia es un mundo aparte....

—Nunca supe lo que le pasó a mi hermana, Gerda.

No era un secreto, pero mis padres, sencillamente, nunca mencionaron nada al respecto. Solo sabía que yo ya estaba en camino cuando sucedió.

—¿Nunca?

Sujeté la taza con ambas manos y le di un sorbo al café sin mirarla. El trinar de los pájaros en el balcón me recordó mucho las mañanas en mi fría casa en Hattingen donde vivimos unos tres años.

—Nunca —repliqué en un susurro—. Y jamás respondieron las preguntas que les hice.

Siempre evadieron el tema como pudieron. O, simplemente, ignoraron las preguntas hasta que ya nadie, nunca, volvió a tocar el asunto.

—En mi casa no murió solo Ester —concluí con un enorme dolor en el corazón—. Necesito despejar un poco la mente.

Asintió con la taza cerca de los labios y la mirada anclada en la mía todo el tiempo. Me puse de pie tras darle un último sorbo al café y fui a por mis cosas en el dormitorio.

—Nos vemos más tarde, Gerda.

Me dirigí al lugar donde siempre encontraba un poco de paz desde que era niña. Aunque en aquel entonces siempre iba con Perseo.

Nuestro lugar favorito...

Atravesé el bosque tan pronto como aparqué la moto y me enfilé al cementerio a pasos firmes. Contemplé el efecto de la luz en el suelo con una añoranza indescriptible. Esbocé una tímida sonrisa al evocar las palabras de mi tío a pocos días de su muerte.

Los recuerdos son los únicos bienes que de verdad nos pertenecen y los que llevaremos con nosotros al partir...

—Tenías razón, tío.

Al cruzar hacia el portón de metal, bajé las escaleras y me enfilé a la tumba de Perseo o, al menos donde estuvo sepultado. Durante el trayecto, pasé cerca del panteón que pertenecía a la familia de la profesora Agnes, a quien en más de una oportunidad acompañamos en el pasado.

—Oh —musité al ver entre las lápidas la suya—. Ha muerto.

Me acuclillé y levanté las gafas de sol sobre la cabeza. En el frío mármol gris estaba su nombre en letras doradas como de las demás personas que formaban parte de su familia.

—Profesora —bisbiseé con un nudo abismal en el pecho—. Descansa en paz.

Alargué la mano y rocé las letras. No había velas y tampoco flores como en el pasado. Arranqué la maleza y limpié su lápida con un pañuelo de papel. La suciedad era señal clara del abandono del lugar.

—La próxima visita traeré una vela, profesora.

Me puse de pie y por fin me dirigí a mi destino, aunque consciente de que allí no quedaba nada de él.

—¿Recuerdas a la profesora Agnes?

Hablaba con Perseo como si todavía estuviera allí. Le narré algunas cosas de mi vida tras mencionar a nuestra profesora.

—¿La recibiste tú?

Las ramas se mecieron y emitieron una dulce melodía que acarició mi corazón. Muchas cosas cambiaron, pero aquel rincón del mundo seguía igual, tal cual como lo recordaba.

—Conocí a alguien —mencioné en un susurro— que huele como tú, Perseo.

Era tan ambiguo e inexplicable lo que acababa de confesar. Lo analicé muchas veces desde que Michael llegó a mi vida, sin embargo, seguía sin comprender cómo eso era posible.

—Tal vez la teoría de Gerda es cierta —reconocí para mí misma—. El hecho de que sienta algo especial por él avivó lo mismo que tú en mí en el pasado.

Me reí entre dientes.

¡Vete a trabajar, Cora!

Los sábados trabajábamos solo hasta el mediodía, aunque desde que Sandra se metió en el mundo de YouTube, donde teníamos un canal de la revista, el trabajo se tornó más exigente.

—Espero poder encontrar a tu abuelo pronto —expresé ilusionada—. Me gustaría saber dónde están tus cenizas.

Y con esa casi promesa me marché a mi trabajo, donde me esperaban con miles de novedades sobre el primer caso criminal que subiríamos al canal de la revista. Pero no antes de obtener más informaciones, conocidas o no.

—Buenos días —saludé al entrar—. Ya tengo un resumen del libro de Erna.

O Evelyn...

Elsie y Thomas discutían sobre algo en la mesa de Anne. Me reí antes de tomar asiento y teclear la contraseña de la computadora. Mientras esperaba que los programas se abrieran, observé de reojo el portarretrato donde aparecíamos Perseo y yo.

—Cora —llamó Sonia, la secretaria nueva de Sandra—. Para ti.

Escruté el sobre blanco como si fuera una tarántula venenosa antes de cogerlo de su mano de largas uñas rojas.

—Gracias.

Thomas gruñó cuando Elsie rebatió su teoría sobre el hijo de Evelyn von Osthaus, quien, según él, era nada más y nada menos que: Paul Bormann, el escritor que la perseguía hacia años.

—¡No tiene sentido!

Nadie sabía quién era o qué edad tenía de verdad. Había especulaciones acerca, pero nada fiable al final.

—¿Sin remitente? —murmuré al revisar el sobre que solo tenía escrito mi nombre—. Qué raro.

Rasgué el papel y retiré el papel bien doblado de dentro y leí su mensaje escrito con una caligrafía que no era ni bonita ni fea.

Cora

Mencionaste el día de mi cumpleaños sobre lo bonito que sería volver a escribir cartas como en el pasado, que te parecía más cálido y cercano que un mensaje virtual. Lo que me llevó a hacerlo, aunque no soy muy bueno con las palabras como tú lo eres. Pero seré sincero y solo expondré lo que siento como me aconsejaste aquella noche cuando hablé de mi falta de creatividad literaria.

No pude arrancarte de la cabeza un solo segundo desde que te conocí. Te juro que nunca, jamás, me pasó antes de ti.

¿Nunca sentiste eso?

No sé por qué te marchaste sin dejar rastro, pensé que tendría tiempo de ir a la panadería a por unos panecillos recién horneados y un poco de café, pero al volver solo me encontré con tu ausencia.

¡Pero! A través del artículo que escribiste sobre mí, pude localizar la dirección de la revista con la excusa de que tenía que entregar una foto mía que tú me habías pedido.

Lo siento, no pensé en otra excusa mejor.

Por cierto, no tengo tu número en el móvil nuevo y cuando me entrevistaste, no intercambiamos números, ya que quedamos de vernos en el teatro. Un error que casi me da un infarto estos tres días infernales. Y como no tienes redes sociales, sí, te busqué en ellas, pensaba

ir a la cafetería todos los días hasta volver a verte.
No exagero.

P. D.: Esperaré un mensaje tuyo.
Michael...

Leí una vez más antes de enviar un mensaje al número que estaba al final de la hoja en un rincón. La respuesta no tardó en llegar junto a una propuesta que no rechacé.

Dios...

Un cosquilleo se adueñó de mi interior cuando salí del edificio y lo vi al otro lado de la acera con una preciosa sonrisa en los labios. Al ver que llevaba la camiseta negra que le regalé, el nerviosismo aumentó dentro de mí, pero no se podía comparar con la sensación explosiva que experimenté al sentir sus labios contra los míos.

—Hola.

Las mejillas me ardían.

—Hola.

Me estrechó fuerte con un suspiro hondo.

—Hola.

Parecía todavía incrédulo.

—Dios —musitó—. Eres tú.

Se apartó de mí con una sonrisa.

—Soy yo —farfullé.

Se rio.

—Sí, eres tú.

Le dedicó una tierna caricia a mi mejilla tras colocar sus gafas de sol estilo aviador sobre la cabeza.

—¿Me creerías si te dijera que te eché de menos, Cora?

Sí, porque yo también te eché de menos, Michael...

Veintitrés

Perseo

Y si fuera cierto

Hattingen, mayo de 1992

La mariposa se posó en la rosa y aleteó con mucha delicadeza. Levanté la vista y me encontré con la de Cora. Intercambiamos una sonrisa cómplice iluminada por el sol con todo su esplendor. Las flores parecían más vivas y los insectos más caprichosos en aquella estación tan pintoresca del año. Aunque la que más nos gustaba era el verano. Y no solo por las vacaciones, sino también por los helados. Además, el día era más largo y cálido, permitiéndonos usar menos ropa. Lo único malo era que Cora viajaría dos semanas a la casa de su abuela, donde aprendería a nadar. Me prometió que me enseñaría a hacerlo cuando regresase al pueblo

—¡No me alcanzarás, Perseo!

Su alarido me sacó de mi concentración de golpe y el grito que afloró de mis labios la instó a reírse a carcajadas.

—¡Tramposa!

Salió corriendo hacia el bosque.

—¡No me alcanzarás, Perseo!

Los rayos dorados del sol se filtraban entre las ramas y se expandían por todo el suelo, formando figuras de diversas clases y tamaños.

—¡Sí lo haré! —la desafié entre risas—. ¡Corres como una niña!

Salté sobre unas raíces como una liebre y la oí chillar a lo lejos con todas sus fuerzas. Su cabello, recogido en un moño, se balanceaba de un lado a otro bajo el brillo impetuoso del sol.

—¡Soy una niña, Perseo!

Cambió de dirección y descendió cuesta abajo hacia los rieles del tren. Era su lugar favorito en todo el pueblo, especialmente la parte donde podíamos meter los pies en el río sin temor a nada. En un descuido, se tropezó y cayó con brusquedad al suelo.

—¡Cora!

Rodó cuesta abajo entre gritos de dolor y susto.

—¡Cora!

Me acerqué a ella lo más rápido posible y la ayudé a levantarse del suelo. Pero el raspón en la rodilla derecha le impidió y prefirió mantenerse sentada.

—Me duele mucho, Perseo —gimoteó—, también mi mano —me enseñó la palma—. Me duele mucho.

Abrí la boca para replicarle, pero la voz de Ingolf a unos metros de nosotros me instó a

cerrarla de nuevo. Lo busqué con los ojos. Aunque ya no me molestaba en la escuela como antes, todavía le tenía mucho miedo.

—No te muevas, Cora.

La expresión de Cora se desencajó cuando oyó su petición.

—Tengo algo que te ayudará con las molestias.

Volvió poco tiempo después con una caja blanca con una cruz roja en la tapa. La abrió y cogió un poco de algodón y una pequeña botella de plástico con un líquido transparente.

—Esto calma los raspones de inmediato.

Era agua oxigenada y, al parecer tenía efectos curativos casi mágicos, porque Cora dejó de quejarse al instante de las molestias.

—Gracias, Ingolf.

Él no emitió nada, solo movió la cabeza en un asentimiento. Cora y yo intercambiamos una mirada de soslayo.

—Cuando te duches arderá de nuevo, Cora.

Gimió cuando él volvió a pasar el algodón sobre su rodilla afectada. En el dorso de Ingolf vi un moratón del tamaño de una media nuez y un arañazo debajo en forma de media luna.

—Esto ayudará a que no te duela tanto al bañarte.

Le puso un apósito con mucho cuidado.

—¿Cómo sabes curar las heridas, Ingolf?

Él me miró de reojo con recelo.

—Lo vi en la televisión, Cora.

Metió las cosas en la caja y la cerró antes de ponerse de pie. Me lanzó una mirada de advertencia, la que comprendí muy bien.

—Me tengo que ir.

Le ayudé a Cora a incorporarse cuando Ingolf se marchó. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, sin saber si aquello que pasó fue real o no.

—¿Por qué cambió tanto contigo, Perseo?

Negué con la cabeza y encogí los hombros al mismo tiempo. No podía hablar sobre lo que vi meses atrás, porque si lo hacía, Ingolf me reventaría a golpes.

—Incluso te defendió el otro día.

Compuso una mueca de dolor al mover la mano.

—Ahora se las tomas con Hermann y Daniel —repuse—. Supongo que es por eso.

Todos notaron el cambio de Ingolf conmigo.

—Puede ser, Perseo.

Nos dirigimos hacia el pueblo a pasos muy lentos, ya que la rodilla le dolía mucho. En ese lapso, evoqué el día que presencié la paliza brutal que Ingolf recibió de su padre.

—Ingolf es raro, Perseo.

La miré de reojo en el preciso instante que el sol iluminó nuestros rostros con fulgor. Me quedé en silencio durante unos instantes, sin saber qué decir o cómo tomar su afirmación.

—Un poco, Cora.

Cojeaba un poco.

—Como su papá, Perseo.

Todos le temían a su padre en el pueblo.

—Parece que nunca se baña, Perseo.

Su ropa era sucia como su barba y su cabello.

—Y huele muy mal, Cora.

Olía a alcohol y a cigarrillo.
—Mi papá huele muy bien, Perseo.
Frené de golpe los pasos.
—¿Ya puedes sentir aromas, Cora?
Se puso muy triste.
—No, Perseo.
Crucé los brazos en actitud de confusión y duda.
—¿Y por qué dices que tu papá huele bien?
Se encogió de hombros.
—Mi madre siempre lo dice.
Exhalé un suspiro.
—Ah.
Retomamos la caminata.
—Un día te curaré, Cora.
Una tibia ráfaga rozó mi cara y jugueteó con mi cabello hasta dejarlo desordenado.
—¿Y cómo lo harás, Perseo?
La escrudiñé de soslayo.
—Seré médico, Cora.
Sonrió.
—¿Por mí?
Asentí.
—Sí, por ti.
Algún día la curaría...



Mi abuelo me pidió que invitara a toda la clase para mi cumpleaños. Infinitamente feliz, invité a todos a la fiesta de cumpleaños, a la que, además de Cora, nadie fue, como siempre. La pena se adueñó de mí al ver solo a Cora en la mesa repleta de chucherías y una enorme tarta de chocolate con adornos de los Tortugas Ninjas. La velita en forma de número ocho de color celesta era el blanco de mi visión borrosa. No podía controlar la tristeza que recorría todo mi corazón en aquel momento.

—Nadie más vendrá, abuelo.

Cora se puso el bonete rosa y me miró con una sonrisa.

—Comeremos más pastel y chocolate —expresó ella con una sonrisa—. ¡Y más chucherías!

Mi abuelo también se puso el gorrito, pero de color azul.

—¡Es verdad!

Los dos tocaron las trompetitas de plástico casi al mismo tiempo que el timbre sonó. Giré la cabeza hacia el salón con el alma a los pies.

—¡Alguien vino! —exclamó mi abuelo, muy emocionado—. ¡Ya voy!

Al abrir la puerta, al otro lado, estaban la profesora Agnes, Petra e Ingolf, cada uno con un regalo entre las manos.

—¡Felicidades, Perseo! —expresó la profesora con alegría—. Perdona el retraso.

Me dio dos besos tras entregarme el regalo envuelto en un papel repleto de ositos de color

marrón con un lazo rojo en el cuello.

—Hola, Perseo —saludó Petra—. Para ti.

Me dio dos besos después de desearme feliz cumpleaños y estaba seguro de que Cora se molestó, pero no lo averigüé.

—Felicidades, Perseo —convino Ingolf—. Espero que te guste.

Esbocé una sonrisa.

—Muchas gracias.

La voz de mi abuelo rompió el silencio que se instaló entre los dos durante unos segundos. Giré la cabeza hacia él cuando nos pidió que pasáramos al comedor.

—Por aquí.

Llevé los regalos al salón junto al de Cora y me reuní con ellos. No tardaron ni medio minuto en poner los bonetes y empezar a canturrear el *Feliz cumpleaños* a coro. El calor trepó mis mejillas sin poder evitarlo.

—¡Feliz cumpleaños!

Aplaudieron cuando apagué las velas de un soplo que mi abuelo inmortalizó con su vieja cámara de fotos instantáneas.

—¡Muy bien! —corearon.

Alguien tocó el timbre, era el padre de Cora.

—Feliz cumpleaños, Perseo.

Me entregó una caja de color azul con un lazo blanco en la tapa. Mi abuelo la cogió y la llevó al salón antes de invitarlo a merendar con nosotros.

—Encantado, Otto —terció.

Nos dirigimos al comedor junto a los otros y nos sentamos a la mesa para comer la tarta. Petra y Cora hablaban como si fueran amigas de toda la vida. Las miré curioso hasta que Ingolf me habló.

—¿Te gusta Schalke 04, Perseo?

Clavó los ojos en la estantería a mis espaldas.

—Sí —repliqué orgulloso—. Mi abuelo también.

Enarcó una ceja.

—El mejor equipo de fútbol es el Borussia Dortmund, Perseo.

Puse los ojos en blanco.

—¡Ni de coña, Ingolf!

Todos se echaron a reír a carcajadas.

—¡A comer la tarta! —anunció mi abuelo al cruzar la puerta.

Todos aplaudimos eufóricos.

—¿Puedo pasar al cuarto de baño? —demandó la profesora a mi abuelo—. Gracias.

Cuando regresó, tomó asiento al lado de las niñas tras colgar su bolso en el respaldo de la silla.

—Oh, gracias, señor Fuchs.

Mi abuelo sonrió.

—A usted por estar aquí con nosotros.

Fue un día muy especial, un día que nunca olvidaría.

—Nos vemos en la escuela —expresé cerca del portón al lado de mi abuelo—. ¡Adiós!

Cada quien siguió su camino rumbo a sus casas.

—¡Hasta mañana, Perseo!

Cora balanceó la mano con energía.

—Hasta mañana, Cora.

Volvimos a la casa cogidos de la mano y nos pusimos a ordenar todo. Ansioso, me sequé las manos con el paño de la cocina y corrí al salón.

—¡Ven, abuelo!

Se rio.

—Ya voy, ya voy.

Ladeé la cabeza al visualizar entre los regalos una caja verde con lazo blanco que no me era nada familiar. Giré la cabeza hacia donde estaba todavía mi abuelo y esboqué una sonrisa de pura emoción.

—Felicidades, Perseo —leí el mensaje en la tapa de la caja—. Con cariño —deletreé—. Tu abuelo.

¡Una sorpresa de mi abuelo!

Cogí la caja que no era muy grande, aunque tampoco era pequeña y la abrí con el pulso acelerado.

—¡Un barco!

Lo contemplé embobado de arriba abajo. Me impresionaba cada detalle de él. La presencia de mi abuelo me sacó de mi burbuja de sopetón. Clavé los ojos en los suyos y, tras recuperar la compostura, solté en un hilo de voz:

—¡Gracias, abuelo!

Su expresión se endureció y sus ojos cambiaron de matiz.

—¿De dónde sacaste ese regalo, Perseo?

El tono de su voz también cambió, parecía más duro y seco. Contemplé de nuevo el barco que sostenía con las manos antes de volver a mirarlo a la cara.

—Aquí —repliqué—. Estaba con los otros regalos.

Se arrodilló a mi lado y revisó el barco con minuciosidad de arriba abajo. Me lanzó una mirada de reojo muy seria antes de preguntar quién lo había traído. Oteé los regalos sin saber quién lo trajo, porque al cogerlo no me fijé en qué bolsa estaba.

—No lo sé, abuelo.

Exhaló un suspiro profundo sin apenas apartar la vista del barco que sostenía con las manos como si fuera un tesoro de alto valor.

—Mira, abuelo —le enseñé el mensaje de la tapa de la caja del regalo—. Pensé que fuiste tú.

Sonrió, pero sus ojos no brillaron como siempre cuando lo hacía.

—Es mío —defendió—, pero se equivocaron de modelo —oteó el barco—. Había elegido otro —rio—. ¿Te gusta?

Su voz se enronqueció, parecía nervioso y también molesto, pese a que sonreía.

—Mucho, abuelo.

Me dedicó un coscorrón cariñoso en la cabeza que desordenó mi pelo.

—Eso es lo importante, pequeñín.

Volví a leer el mensaje de la tapa y me pregunté quién lo escribió, ya que la letra no era de mi abuelo.

—Prepararé la cena, Perseo.

Solo asentí.

—Toca macarrones —anunció con un guiño—. ¡La fiesta continúa!

¿Quién envió aquel regalo y por qué firmó como mi abuelo?

Veinticuatro

Cora

El aroma de Michael

Hagen, julio de 2023

Emociones ignotas se instalaron dentro de mi corazón cuando la mano de Michael cubrió la mía. Levanté la cabeza y me encontré con sus insondables ojos iluminados por la luna llena que reinaba el cielo aquella noche. Una sonrisa misteriosa curvó sus labios y contagió a los míos. Deslicé un poco la palma por su duro pecho bajo el yugo de la suya y sentí un tierno cosquilleo provocado por el fino vello que lo cubría. Me sentía tan indefensa y vulnerable entre sus brazos tras entregarme a la pasión indomable que sus besos encendieron en mí. Una llama salvaje que desconocía hasta ese momento y de la que no pude huir.

No quise huir...

Las sábanas cedieron un poco y parte de nuestros cuerpos desnudos quedaron al descubierto. Pero ninguno se movió, ninguno tuvo la fuerza suficiente para ello. Aunque tal vez solo era pereza. Le dio un suave apretón a mi mano, gesto que me devolvió al presente.

—¿Qué me hiciste, Cora?

Apartó la mano de la mía y le dedicó una caricia a mi mejilla arrebolada. La mía se resbaló un poco hasta su duro estómago de músculos firmes.

—No entiendo, Michael.

Se rio entre dientes y su abdomen vibró bajo mi palma.

—Pienso en ti todo el tiempo, Cora.

La luz plateada imponente de la luna bañaba toda la habitación, dándole un aire místico inenarrable.

—Todo el tiempo —resaltó sin abandonar su deje.

Su afirmación lo instó a borrar la sonrisa, era como si de pronto, solo entonces, fue consciente de lo que acababa de admitir fuera de su cabeza. Un secreto que, hasta ese instante, le pertenecía solamente a él y a nadie más.

—Nunca me pasó antes.

Ahora la sorprendida era yo y, estaba casi segura de que mi expresión facial me delataba ante él. No esperó una respuesta o una reacción mía, solo me pegó a su cuerpo con posesión y dejó caer en mi cabeza un tierno beso.

—¿Eso te asusta?

No lo miré, permanecí allí en su pecho, concentrada en los latidos de su apresurado corazón.

—¿Quieres la verdad, Cora?

Su aroma se intensificó como los latidos y la frecuencia de su respiración agitada.

—Siempre, Michael.

Cerré los ojos.

—No, nunca.

Olisqueó la coronilla de mi cabeza y me apretujó contra sí con más fuerza, rodeándome con los brazos como si la vida se le fuera en ello.

—Perdona que sea tan sincero, Cora.

Me sentía tan protegida, tan deseada y especial en sus brazos. Había palabras para explicar lo que sentía, sin embargo, no encontraba ninguna que pudiera definir con exactitud precisa.

—Me encanta eso de ti, Michael.

Apartó un brazo y tiró las sábanas para cubrírnos con ellas. Su aroma penetró mis fosas nasales y envió una ráfaga de calor directo a mi espina dorsal, haciendo que un puñado de nervios reaccionase.

—No cambies nunca —le pedí.

Se movió un poco.

—¿Pensarás igual cuando me conozcas mejor?

Sus ojos brillaron con intensidad.

—Puede —susurré con sorna.

Esbozó una preciosa sonrisa, una que pellizcó mi corazón. Se precipitó sobre mí y con mucho cuidado se acomodó entre mis piernas. Deslizó los brazos por debajo de los míos y lamió mis labios con extrema sensualidad.

—¿Y tú? —retruqué en un hilo.

Apoyó la frente en la mía con un profundo suspiro.

—Me arriesgaré.

Sopló sobre mis labios y su aliento cálido erizó toda mi piel. Llevé la mano a su mejilla ruborizada y la acaricié con la yema.

—Es peligroso.

Rozó la punta de la nariz contra la mía con cariño.

—Me gustan los desafíos —musitó.

Repté las manos por su fuerte cuello y enterré los dedos en su cabello sedoso. Su respiración se agitó cuando mis piernas se entrelazaron con las suyas.

—Me encantas tú, Cora

Hacía calor, nuestras pieles ardían, pero no nos importaba, en absoluto.

—Tú... —susurró.

Le bajé la cara y aprisioné sus labios en un beso apasionado que nos dejó a los dos al borde del precipicio.

Y tú a mí, Michael...



Mis días grises se llenaron de color al lado de Michael, que tenía una increíble habilidad de cambiar las tonalidades a su alrededor. Incluso un simple paseo se convertía en una fábula. A veces me bastaba con recibir un mensaje suyo para esbozar una sonrisa que delataba mucho más de lo que quería desvelar ante los demás. Deseaba atesorar cada instante solo para mí, sin

embargo, el mecanismo de mi propio cuerpo me traicionaba y una de las primeras personas que notó el cambio fue mi amiga.

—¡Lo sabía!

Confirmar sus sospechas despertó en ella una alegría que me desconcertaba un poco.

—¡Ese hombre te sacará de tu zona de confort!

Realizó un baile muy extraño.

—Eres rara, Gerda.

Se echó a reír con ganas.

—¡Solo estoy feliz por ti!

Puso un libro en la mesa y cuando leí el título: visualiza la vida que soñaste. Siguió mi enfoque visual.

—Podemos vivir la historia de nuestros sueños a través de las visualizaciones, las meditaciones e incluso mensajes subliminales.

Mencionó la serie Friends y el uso de las cintas para vencer el vicio de la nicotina. Me reí al evocar el episodio.

—¿Te imaginaste alguna vez cómo sería tu vida si Perseo estuviera vivo?

Bajé la mirada hacia la taza y me concentré en el café.

—Sí, lo hice.

Puso la mano sobre la mía, pero no logró que desviase la mirada hacia ella.

—El cerebro vive los recuerdos que creas, aunque ficticios, como reales, Cora.

Compuse una mueca de dolor al sentir una punzada de dolor en la cabeza. Aparté la mano y le di un sorbo al café.

—Hay estudios increíbles al respecto —agregó ilusionada—. ¿Te imaginas poder vivir la historia de tus sueños a través de...?

—Los sueños —completé ensombrecida.

—Algunos escritores viven la vida de sus sueños a través de sus creaciones, mezclando la ficción con hechos reales —argumentó con un guiño de ojo—. Soy una de ellos.

Su gran pasión siempre fue la escritura, aunque no vivía de ello, no desistía.

—No se puede vivir la historia perfecta, pero se puede imaginar una, Cora.

Sabía a qué se refería.

—Sí, Gerda.

Se sentó a la mesa y me pidió más detalles, los que evidentemente no se los di. Protestó y aplaudió al mismo tiempo.

—Sabía que te tocaría algún día, Cora.

Una vez, hacía mucho tiempo, ella conoció el amor más grande que jamás imaginó conocer en los brazos de un hombre que al final la dejó. Sufrió tanto que pensé que jamás se recuperaría. Pero, a pesar de todo ello, no se arrepintió de haber vivido aquella historia frenética de amor y desamor.

—No digas nada, Cora.

Tenía la taza cerca de los labios, no pensaba decir nada, porque no había nada que decir al respecto, todo era demasiado nuevo todavía.

—Solo vive.

Antes de que mi cerebro pudiera asimilar sus palabras, mencionó a Manuel y la relación que tuvimos por tantos años.

—Nunca vi ese brillo en tus ojos —apostilló con la mirada en la mía—. No sé cómo explicártelo —tamborileó el dedo sobre los labios con aire pensativo—. ¡Hasta tu piel brilla!

Enarqué las cejas.

—¡Es maravilloso!

Su entusiasmo me asustaba un poco, debía reconocer, no obstante, me alegraba también. Moví la cabeza en un gesto de contradicción conmigo misma.

—Me tengo que ir, Gerda.

Me puse de pie y cogí mi bolso que pendía del respaldo de la silla. Combinaba con mis vaqueros color caqui.

—Tus llaves, Cora.

Fruncí el entrecejo al ver algo que no me era nada familiar.

—Un regalito, Cora.

Un llavero de un pequeño candado en forma de corazón, usado por los enamorados como amuleto de la suerte.

—Gracias.

Gerda creía en amuletos, en baños energéticos, piedras curativas y amor verdadero. Tenía fe en cosas que solo su alma podía ver.

—Nos vemos, Gerda.

Apenas crucé la puerta, el móvil sonó, era un mensaje de Michael. Cerré la puerta y lo cogí del bolso con el pulso más acelerado que segundos atrás. Cerré los ojos y exhalé hondo antes de leer el mensaje.

«Ya te echo de menos».

Algo aleteó dentro de mí, en alguna parte de mi estómago.

«Y yo a ti».

A diferencia de mi ex, Michael lograba sacar el zumo de mi esencia, la que estaba oculta en algún lugar secreto de mi alma.

«Prepararé calamares al horno con patatas y brócolis».

Esbocé una sonrisa, la más tonta del siglo, estaba segura de ello.

«Eso es trampa».

Sus emojis me hacían reír siempre, una combinación divertida entre romanticismo, sarcasmo y sagacidad.

«No, es estrategia de conquista».

Pensé en un emoji, pero al buscarlo entre los demás, no lo encontré.

«¿Y qué quieres conquistar?».

Bajé las escaleras a pasos lentos, instante que noté lo rara que me veía con aquellas botas color caramelo fuera de estación.

«Lo que tú conquistaste de mí».

Frené a mitad de escalera y leí dos veces su respuesta. La saliva se puso más espesa o la garganta más pequeña, porque me costó mucho tragarla.

«Compré vino rosa y ya la puse en la nevera».

No me dio tiempo a replicar la anterior respuesta, tal vez no quería que anulara el halo que había creado con su sinceridad.

«Llevaré el postre».

Mi respuesta se adaptó a sus mensajes, aunque el emoji que envié después le otorgó ese cálido contexto de alegría secreta que nadaba dentro de mí, en un punto estratégico de mi corazón.

«Tus besos serán el postre».

No, definitivamente él era mucho mejor jugador que yo en este juego desconocido para mí

hasta el momento.

«Nos vemos».

Emojis de besos.

«Sueño con ello».

—Jaque mate —declaré sonriente—. Dios.

Metí el móvil en el bolso con una sensación indescriptible en el pecho. Aunque el estómago también estaba envuelto, algo que me llamaba mucho la atención. Gerda habló de mariposas y una sensación de júbilo etéreo similar al que daba algunos estupefacientes. Negué con la cabeza y seguí bajando los peldaños. Al salir del edificio, recogí del buzón mis correspondencias, revistas de los distintos supermercados y el periódico local, cuya portada llamó mi atención.

—¿Y esto?

Evelyn von Osthaus estuvo en el cementerio donde su hermano Andreas estaba sepultado, la mujer encargada de cuidar el lugar encontró un ramo de flores con una tarjeta escrita a mano por ella misma.

—Lo siento, hermano —leí la tarjeta—. Tú sabes por qué pasó aquello —el alma abandonó mi cuerpo—. Te quiero, Evelyn. —temblé al reconocer la tumba—. No puede ser —jadeé.

Cogí el móvil y llamé a Thomas para informarle que iría al cementerio de Hattingen. Entusiasmado por la noticia, no solo me animó, sino también quedó de ir junto a mí.

—Nos vemos, Thomas.

Subí a la moto y arranqué rumbo al camposanto donde reposaba Andreas von Osthaus hacía treinta años. Durante el trayecto, fogonazos del pasado brillaron en mi mente y llenaron algunos huecos que desconocía hasta ese momento.

¿Era él...?

Aparqué la moto al llegar al lugar y sin titubeos me dirigí a la tumba que vi en el periódico. Al llegar, me encontré con un par de personas que rodeaban la tumba curiosos y asustados.

—Es él —declaró un joven con gafas de sol—. ¿Cómo su hermano vino a parar aquí?

En la lápida solo había su nombre y la fecha de su muerte.

—Ella tuvo que averiguar —apuntó una mujer de mediana edad—. O alguien se lo comunicó.

Me quité las gafas de sol y contemplé el ramo de rosas amarillas con la tarjeta pegada en la base del elegante jarrón de cristal a los pies de la lápida al lado de alguien que conocía muy bien.

Profesora Agnes...

Veinticinco

Perseo

Mi primer amor

Hattingen, junio de 1992

Elevé ambas cejas cuando Vada besó a Thomas en la película: *Mi primer amor*, la que elegimos ver. Un regalo retrasado por parte de su tío, que no pudo venir a mi fiesta por motivos laborales, lo que no sabía qué era hasta que nos explicó. Allí nos encontramos con la profesora Agnes, quien llamó mucho la atención del tío de Cora, detalle que no noté hasta que mi amiga lo mencionó. Según Cora, cuando un hombre invitaba a una mujer a algo, en este caso a ver la película con nosotros, significaba que estaba enamorado y quería casarse con ella. Pero cuando le recordé las veces que le invité algo, tuvo sus dudas al respecto.

—Además, tu tío solo se ofreció a pagar la entrada de cine.

Enarcó una ceja.

—Y ella aceptó.

Achiqué los ojos.

—Tu tío insistió.

La profesora siempre iba al cine, la vimos en más de una ocasión delante del edificio en la fila.

—Pero aceptó —recalcó Cora, obstinada.

Suspiré.

—Vale —acepté.

Los comerciales llegaron a su fin y volvimos a prestar atención en la enorme pantalla. Miré a Cora de refilón cuando suspiró muy hondo.

—Hicieron un pacto —susurró emocionada—. Me encanta, Perseo.

No tardó mucho en cambiar de opinión, ya que después del pacto, Thomas regresó al lugar donde Vada perdió su anillo y allí las avispas lo atacaron.

—Thomas murió —murmuré asustado—. Los niños no pueden morir.

Evoqué al niño que enterraron meses atrás.

—Perseo, me duele el corazón —lloriqueó Cora—. Me duele mucho.

No podía controlar el llanto y yo tampoco. No entendía por qué le hicieron eso a Thomas, porque lo mataron de esa manera tan cruel.

—Me duele mucho, Perseo.

Le cogí la mano para consolarla.

—A mí también, Cora.

Su tío nos habló por detrás y nos explicó que no era real, que solo se trataba de una película. La profesora Agnes se retiró de la sala justo cuando Vada se acercó al ataúd de Thomas.

—Es muy triste, tío.

Él le alargó un pañuelo de papel y le preguntó si quería salir de la sala. Ella negó con la cabeza y siguió atenta a la película.

—Thomas se parece mucho a Kevin —comenté pensativo—. El niño de la película: Mi pobre angelito.

Cora parpadeó y una lágrima larguísima rodó su mejilla.

—Es verdad, Perseo.

No volvimos a hablar tras la despedida de Vada, solo lloramos en silencio como todos los demás en la sala. Ni siquiera la muerte de Peter me causó tanto dolor como la de Thomas James.

—Qué triste —masculló una mujer—. No me lo esperaba.

La miré de reojo y la vi dejar caer unas lágrimas. Al girar la cabeza hacia Cora, al igual que la señora, estaba anegada en lágrimas.

—Niños, ¿tomamos un helado? —nos preguntó su tío al salir del cine—. ¿O una hamburguesa?

Ninguno de los dos pudimos hablar, la muerte de Thomas nos enmudeció. Él nos volvió a explicar que solo se trataba de una película, que no era real.

—No quiero volver a ver esa película, tío.

Cora no volvió a hablar hasta que llegamos a la heladería del pueblo, ya que en el otro solo fuimos al cine. Tomamos helado de chocolate y fresa, la que en común acuerdo escogimos como los sabores favoritos de los dos.

—Voy al servicio, ya vuelvo, niños.

Cora me miró por encima de su cucurucho con los ojos muy hinchados. No sabía si era solo por la película o había algo más detrás de su pena. Miré hacia el servicio de reojo y tragué con fuerza.

—¿Perseo?

Lamí el helado con la mirada en ella.

—Dime, Cora.

Lamió varias veces su helado, temía que se derribara sobre la mesa.

—Si muero antes de ti —masculló en un susurro— ¿visitarás mi tumba?

Casi derribé el cucurucho sobre la mesa. Cora hacía unas preguntas muy raras y casi siempre me dejaba sin saber qué decir o cómo reaccionar.

—Mis padres no irán —acotó con los ojos muy llorosos—. Mi hermana ni siquiera tiene una lápida.

Me costó mucho tragar la saliva cuando hipó sobre su helado.

—No te morirás, Cora.

Soltó otro hipo.

—Pero... —vacilé— si sucede, iré siempre a verte en el cementerio.

Parpadeó y un par de lagrimones escapó de sus ojos ya hinchados.

—Me gustan las rosas blancas, Perseo.

Fruncí los ojos en un acto reflejo.

—Está bien, Cora.

Empezó a citar cómo las quería y la cantidad exacta. Me quedé atento a sus peticiones, no sabía si me acordaría a largo plazo, pero al menos un par de cosas sí.

—Haré lo mismo si te mueres antes de mí, Perseo.

Ladeé la cabeza.

—Puedes llevar cualquier flor, Cora.

Asintió, se secó las lágrimas con el dorso y lamió el helado con la mirada en la mía todo el tiempo.

—Podrías llevar helado, Cora.

Esta vez fue ella quien frunció los ojos.

—¿Quieres que te lleve helado, Perseo?

Parpadeé.

—Sí.

Me dio una larga lista de lo que pasaría si lo hiciera. Y debía reconocer que era cierto casi todo lo que enunció.

—Vale, solo flores, Cora.

Su tío volvió y se sentó a la mesa con una sonrisa en los labios. Lo miré fijo, quise hacerle una pregunta, pero Cora me hizo jurar por la bandera de Schalke04 que nunca revelaría lo que me confió sobre su tío.

—¿De qué hablaban?

Cora y yo intercambiamos una mirada.

—Sobre las flores que queremos en nuestra tumba, tío.

La expresión del rostro de su tío delató su gran sorpresa y la exclamación que afloró de sus labios lo afianzó.

—Vale —aceptó anonadado—. Un tema inusual entre los niños.

Y eso que no conocía las inquietudes de su sobrina, algunas muy extrañas y otras totalmente sin sentido. Pero quería vivir muchos años y para ello debía mantener la boca cerrada.

—¿Más helado? —ofreció su tío.

Nos miramos con ilusión.

—¡Sí! —coreamos.

Cora tenía razón, su tío no era malo, solo era cariñoso.



La profesora Agnes nos llevó al Zoo de Wuppertal a modo de despedida del año escolar. Oficialmente éramos futuros alumnos del segundo grado y, para sorpresa de muchos, fui el mejor alumno. Cora me felicitó y también me regaló un bombón, el que compartimos durante el paseo.

—¡Perseo y Cora son novios! —chilló Emil—. ¡Pronto tendrán un bebé!

Ingolf no emitió nada, se limitó a caminar junto a ellos.

—¿Son novios? —quiso saber Petra.

Cora me dio un ligero codazo y la miré por inercia.

—¿Somos novio? —rebatí confundido.

Aquel verano su madre la llevó a la peluquería y le cortaron el cabello a la altura de los hombros. Además, tenía flequillos y Brackets dentales.

—No lo sé, Perseo —cuchicheó.

La profesora Agnes le pidió a la mujer que vino con ella que nos acompañara hasta la zona de los leones y después se dirigió hacia el lado contrario.

—¿Perseo?

Giré el rostro hacia Cora, cuya voz sonaba extraña, como si estuviera resfriada, pero sin

estarlo.

—¿Te gusto, Perseo?

El sol irradiaba tanto que su rostro parecía dorado bajo sus rayos.

—Sí, eres mi mejor amiga.

Escrutó el lugar de un lado a otro como si estuviera buscando a alguien. Después cogió mi mano y me llevó hasta el puente de cuerdas.

—¿Por qué me traes aquí, Cora?

Cuando puse un pie en el puente, me tiró de la mano y me arrastró hacia la casita del guardabosque que estaba vacía por aquellas horas de la tarde.

—Ven, Perseo.

Era muy mandona.

—Está bien.

Y yo muy obediente.

—Ten cuidado al subir las escaleras.

Al llegar a la casita, se sentó en el centro donde el sol no llegaba. Me senté delante de ella y adopté su posición: crucé las piernas y la miré a la cara.

—¿Recuerdas lo que Vada y Thomas hicieron en el muelle?

Hacía dos semanas que la vimos en el cine.

—Sí —contesté.

Sus mejillas estaban muy sonrojadas.

—Quiero darte mi primer beso, Perseo.

Solté un gemido de susto.

—¿Estás segura, Cora?

Sujetó el codo del brazo y tamborileó el dedo sobre los labios con la mirada en el techo. Seguí el curso de su mirada y sin querer me quedé hipnotizado por los pequeños orificios del tejado.

—Sí —declaró con firmeza y robó mi atención—. Pero después no podrás besar nunca más a nadie, Perseo.

Ladeé un poco confundido la cabeza.

—Y yo tampoco besaré a nadie más, Perseo.

Esbocé una sonrisa.

—Nunca besaré a nadie más después de ti, Cora.

Hicimos un pacto, uno más, antes de llevar a cabo su plan.

—¿Listo?

Temblé.

—Sí.

Ella también tembló.

—Contaré hasta tres, Perseo.

Asentí con un nudo enorme en el estómago.

—Uno... dos...

El corazón me latía muy fuerte.

—Tres.

Acercamos los labios a cámara lenta después de contar hasta tres. Me pidió que cerrara los ojos y lo hice sin rechistar. Sus labios rozaron los míos y el corazón casi salió de mi pecho por la emoción.

Dios mío...

—Oh... —jadeé.
Ella suspiró.
—Ahora eres mi novio, Perseo.
Abrí un ojo.
—Y yo tu novia.
Abrí el otro ojo.
—¿Hecho?
Tendió la mano.
—Hecho.
Estreché su mano con firmeza.
—Ya no puedes hablar con Petra.
Nos pusimos de pie.
—¿Ni aceptar las chucherías?
Me miró por encima del hombro.
—Solo si compartes conmigo, Perseo.
Asentí.
—Somos novios y eso significa que debes compartir todos tus dulces conmigo.
Bajamos las escaleras con cuidado.
—Vale —acepté.
Al bajar al suelo agregó:
—Menos los regalices, Perseo.
A ella le encantaban los regalices, a mí no.
—Sin problemas, Cora.
Nos encaminamos junto a los compañeros, muchos nunca fueron al zoo, nosotros ya conocíamos, el tío de Cora nos llevó en Semana Santa.
—No puedes contarle a nadie lo que pasó hoy, Perseo.
Su tono siempre sonaba a amenaza.
—Tienes que prometerlo por Peter.
Y era muy tramposa.
—Lo prometo.
Frenamos de golpe al ver al otro lado del camino de piedras a la profesora Agnes con un hombre. Estaban abrazados cerca de un árbol.
—¿Es su novio? —masculló Cora.
Intercambiamos una mirada de soslayo cuando se dieron un beso en la boca.
—Creo que sí, Cora.
Para no ser pillados, nos ocultamos detrás de un árbol de ancho tronco y los divisamos en secreto. Había algo muy raro en el hombre, no sabía qué era, pero su ropa blanca y su manera de hablar eran muy diferentes a la mayoría de los adultos que conocíamos.
—¡Andreas! —gritó entre risas—. ¡Tu barba me hace cosquillas!
Era el nombre que mencionó en la iglesia...

Veintiséis

Cora

Las constelaciones familiares

Hattingen, julio de 2023

Los últimos años de mi vida tras el divorcio, busqué respuestas a preguntas secretas que mi alma escondía. Mi amiga me indicó varias terapias alternativas, una de ellas estudiaba las constelaciones familiares, una creada por un psicoterapeuta y sacerdote alemán llamado Bert Hellinger. Lo practicamos varias veces, pero las emociones nos sobrepasaron y no pudimos terminar las sesiones. Volver al pasado dolía demasiado, pero siempre, de alguna manera, él volvía.

Siempre...

La escuela donde estudié ya no existía, ahora era un geriátrico frío y sombrío, repleto de personas, muchas apenas eran capaces de recordar quiénes eran. Llevé la mano a la pared y la deslicé por la piedra con un nudo enorme en la garganta. Todos los sitios que formaron parte de aquella etapa de mi infancia ya no existían. Ni un solo ladrillo. La voz de Thomas a mis espaldas me instó a girar la cabeza hacia él, pero no a apartar la palma del muro caliente.

—Sandra recibió una propuesta indecente por parte de una editorial —anunció con una amplia sonrisa que dejaba a la vista todos sus dientes—. Esto está ganando una proporción mediática increíble, Cora.

Aleje la mano y giré sobre los talones.

—Thomas, tengo algo que decirte.

Tenía el cigarrillo en la boca y el mechero a punto de encender entre las manos cuando levantó la vista hacia mí.

—La tumba donde enterraron a Andreas pertenece a la familia de una profesora.

Bajó la mano a cámara lenta sin emitir una sola palabra. Se limitó a mirarme a los ojos como si fuera de otro planeta.

—Mi profesora de primer grado, Thomas.

Un gemido de sorpresa mezclado con un suspiro ahogado brotó de sus labios envueltos por una barba bastante prominente.

—¿Cómo dices...?

Nombré a la profesora Agnes Wagner y el vago recuerdo que tenía del hombre que Perseo y yo vimos en el zoo. En el libro de Erna no mencionó a nadie con ese nombre.

—¡Joder, Cora!

Thomas llevó una mano a la nuca cuando relaté lo que vi en aquella oportunidad y el

nombre que la profesora mencionó al hablar con el hombre al que todos tildaron de demente.

—Andreas estuvo internado en un psiquiátrico —declaró con los ojos bien entornados—. Nadie supo dónde, siempre fue un enigma.

Me costó tragar la saliva al evocar los posibles lugares donde pudo haber estado Andreas von Osthaus hasta el día de su muerte.

—En Colonia hay uno muy renombrado, Thomas.

Ladeó la cabeza con una expresión de intriga latente en los ojos.

—Mi madre está internada allí —acoté en un susurro—. Hace muchos años.

Compuso una mueca de dolor.

—Oh, Cora, lo siento mucho.

Dejó caer la mano en mi hombro rígido y envió una ráfaga de calor a los músculos más tensos, quizá desde que tomé la decisión de ingresarla en aquel lugar.

—Mi madre llevaba años enferma del alma —reconocí bajo las sombras del pasado—. No la recuerdo de otra manera, Thomas.

Mi madre siempre fue un enigma para mí y mi hermana, a quien prácticamente críe con la ayuda de Manuel.

—Un día solo dejó de luchar contra sus fantasmas y se unió a ellos para jamás regresar.

Cuando era niña no entendía por qué era como era, por qué no me dejaba tocar su corazón. Pero cuando Dana nació, comprendí que se había ido con Ester para jamás volver.

—Oh, Cora, qué triste.

Solo asentí.

—Mi madre me abandonó cuando tenía ocho años —comentó Thomas sin mirarme—. Me llevó a la estación de tren, se despidió de mí con un abrazo y se marchó para jamás volver.

Décadas después, aquella herida de su infancia, seguía abierta.

Como las mías...

—Por eso no tuve hijos, Cora.

La empatía y la compasión se instalaron en mi corazón cuando lo visualicé con ocho años. Una técnica que aprendí, pero seguía sin usarla para mí misma.

—No quiero cometer el mismo error que mi madre.

Era injusto, pero al mismo tiempo tan altruista. Lo mismo me ocurrió a mí, aunque deseaba ser madre, mi mente no me lo permitió.

Mi dolor interno no lo permitió.

—Le esperé quince navidades, Cora.

Quería palmearle el brazo a modo de consuelo, pero no pude, el mecanismo que se activó tras la muerte de Perseo, seguía dominándome.

—Volviendo a lo anterior —conminó con la vista en algún punto detrás de él—. ¿Sabes cómo encontrar a esa profesora?

Se sorbió la nariz antes de volver la cabeza hacia mí otra vez. Moví la mía en un asentimiento y vi cómo una sonrisa se apoderaba de sus labios, la que desapareció de un plumazo cuando hablé:

—Al lado de Andreas.

Le eché un vistazo al geriátrico.

—Oh, no, Cora.

Su entusiasmo desapareció por completo cuando le presenté la escuela donde estudié con Perseo. Ahora entendía mejor por qué había aparcado allí tras salir del cementerio.

—No tengo idea si todavía quedan familiares de ella —señalé ofuscada—. No tenía a

nadie en aquel entonces.

Solo a Andreas von Osthaus. Sin emitir nada, crucé la calle y le pedí que me siguiera con una señal silenciosa. No dudó ni por un segundo en obedecer. Lado a lado caminamos hacia la calle donde la profesora vivió en aquella época.

—Nunca la vimos con nadie aquí, Thomas.

Era un pueblo pequeño y todos se conocían.

—Este lugar es idílico, Cora.

No repliqué, cuando era niña aquel lugar era el más bonito que jamás imaginé conocer, pero después de lo ocurrido con Perseo, mi percepción cambió. Siempre lo asociaría a él y a su triste final.

—Ésta era su casa, Thomas.

Era la misma casa, aunque con cambios evidentes en la fachada y en especial en el jardín, ahora estilo moderno sin aquel aire de cuento de hadas.

—Parece abandonada, Cora.

El portón estaba cerrado con un candado oxidado por el paso del tiempo. Escruté el lugar con cuidado y al no ver a nadie por las cercanías, decidí subir el pequeño muro de un metro y medio como mucho.

—Cora, eso es ilegal.

Salté al otro lado y me sacudí los pantalones con las manos. Esbocé una sonrisa ladeada antes de guiñar el ojo.

—No tardaré.

Un minuto después lo vi saltar también sobre el muro de piedras enmohecidas.

—Iré contigo a la cárcel, Cora.

Me reí.

—Vale.

Era una casa pequeña, de cinco habitaciones y un balcón tan abandonado como todo lo demás.

—Aquí no vive nadie hace mucho tiempo, Thomas.

Le enseñé la moqueta de la puerta principal. Frunció el ceño al no comprender mi afirmación.

—Este estilo se usaba en la década pasada —afirmé con el dedo hacia el blanco—. Mi exmarido cambiaba cada año —elevó las cejas— era muy quisquilloso con esos detalles.

Manuel vivía mucho de las apariencias, era esclavo, en realidad. No era capaz de usar ropa fuera de estación o zapatos de colección pasada.

—Vaya, pensé que esas cosas solo sucedían en las películas, Cora.

Me acuclillé y rocé la letra «W» de la palabra: Willkommen.

—No pisaron tanto esta moqueta, Thomas.

Evoqué la que Perseo tenía en la puerta de atrás, la que llevaba a la cocina, por donde siempre solíamos entrar.

—Tal vez la profesora vivió aquí toda su vida, Thomas.

Me puse de pie y busqué el buzón de correos, el que ya no se encontraba. En su lugar había una marca más clara del tamaño de la caja de metal.

—¿Crees que vivió aquí hasta que murió?

Nunca volví a ver a la profesora Agnes tras nuestra mudanza, pocas semanas después de la muerte de Perseo. Giré sobre los talones y grabé a fuego cada pedacito de aquel jardín, donde en más de una ocasión.

—Creo que sí, Thomas.

Ladeé la cabeza al ver algo en el jardín de la parte trasera, donde solíamos merendar con ella. Me aproximé a pasos lentos y con el corazón en un puño. Thomas me siguió, podía oír sus pasos detrás de mí.

—No puede ser —musité con lágrimas en los ojos—. Es la tortuga que Perseo dejó aquí —la cogí con un temblor en la mano—. Sí, es la misma —tercié al girar el animal de yeso de color grisáceo—. Dios.

Thomas se puso a mi lado.

—¿Lleva aquí más de treinta años, Cora?

Conocía a Perseo y su historia.

—Sí, Thomas.

Perseo la encontró en el sótano de su casa y la limpió para dársela a ella aquel verano. Era el cumpleaños de la profesora y le pareció un regalo perfecto, pero al ver el de los demás niños, tuvo vergüenza y la dejó en el jardín junto a las demás piedras.

—Vaya, Cora, increíble.

La emoción se apoderó de mí cuando llevé a la tortuga al centro de mi pecho.

—Lo es, Thomas.

Las ramas de los árboles se mecieron de un lado a otro de repente. Levanté la vista y contemplé el espectáculo con una sonrisa nostálgica.

¿Querías que la encontrara, Perseo?

No dudé en llevar aquel regalo que tardó más de tres décadas en encontrar su camino.

—Ese amigo marcó tu infancia, Cora.

Desvié la mirada de la tortuga hacia él.

—No, marcó mi vida, Thomas.

Mi alma...



Ese mismo día me puse a buscar a algunos compañeros de la escuela en las redes sociales. Encontré unos cuantos que podrían ser, pero sin garantías, en especial las mujeres que solían cambiar sus apellidos después de casarse. No costaba nada intentar, tal vez uno de ellos podía darme alguna pista sobre la profesora Agnes. Dejé caer la vista en la tortuga que se encontraba al pie del portarretrato de la única foto que tenía de Perseo. Deslicé el dedo en el cristal. Había olvidado tantas cosas de aquella época, pero algunas, las más importantes se quedaron en mi mente para siempre. Alejé la mano como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Algo cayó al suelo, era mi agenda. Al cogerla, me encontré con algunas anotaciones que hice de la última charla que tuve con Gerda.

¿Hasta qué punto podemos inducir al cerebro a almacenar recuerdos ficticios como reales? ¿Las teorías conspirativas tienen base ficticia o la verdad bajo su manto? Una mentira puede ser la única verdad que alguien conoce mientras no se descubra. Hay pantomimas perfectas, guiones perfectos basados en hechos reales. ¿Podríamos manipular la realidad a través de métodos alternativos? ¿Lavado cerebral? ¿Mensajes subliminales? ¿Meditación? Y un sinfín de mecanismo, incluso unos menos limpios convencionales: alucinógenos, cocaína y tantas otras alternativas.

El sonido del mensaje de Facebook me sacó de mis pensamientos de golpe.

—Emil Fritz —leí aturdida—. Vaya mi suerte.

Era el niño más plasta de la clase, el mejor amigo de Ingolf. El dolor de cabeza de la profesora Agnes. Abrí el mensaje y me encontré con una pregunta. Mi padre solía decir que solo los idiotas respondían una pregunta con otra.

—¿Por qué no me sorprende?

No tenía Facebook hasta ese día, nunca fui adepta a las redes sociales, me bastaba el correo electrónico y el móvil para comunicarme con el mundo.

—Hola, sí, soy Cora Hartmann —respondí con un dedo pulgar hacia arriba—. Fuimos compañeros de escuela.

A punto estuvo de agregar algo más, pero me contuve, a duras penas.

—¿La amiga de Perseo?

Los ojos me escocieron tanto como el centro del pecho.

—Sí, fui amiga de Perseo Fuchs.

El móvil sonó, era un mensaje de Michael.

«Estaré en casa a las ocho y media, Mein Engel».

La piel se me erizaba cada vez que me llamaba: mi ángel.

«Te esperaré ansiosa».

Emil no respondió, lo que me llenó de frustración. Me metí en su página y revisé lo poco que me permitía ver sin ser su amiga. Por la foto de su perfil descubrí que era policía, uno bastante atractivo, debía reconocer.

«Los calamares ya están en el horno y el vino en la nevera junto con los bombones de pistacho».

Esbocé una sonrisa al leer las instrucciones para obtener mejores resultados culinarios. El Sticker de cocinero que explota me robó una carcajada baja.

«Lo haré al pie de la letra».

El Messenger sonó y me advirtió que había llegado un mensaje. Desvié la vista y confirmé mis sospechas.

«Te echo mucho de menos, Mein Engel».

Un cosquilleo recorrió todo mi interior».

«Y yo a ti».

No mentía al respecto, era tan irreal como sorprendente. No me costaba escribir lo que sentía, lo que jamás logré con nadie más.

—Me acuerdo de él —escribió Emil—. El niño sin padres que murió en el río Ruhr cuando terminamos el segundo grado.

Era él, ya no tenía dudas.

—Sí —contesté—. Mi mejor amigo.

Los tres puntitos se movían e indicaba que escribía un mensaje. Le di un trago a la botella de agua mineral mientras esperaba su réplica.

—Fue terrible lo que le pasó —reconoció—. Nunca pude olvidarlo.

Nadie pudo hacerlo.

—Fue una tragedia para todos, Cora.

Fogonazos de aquel día cruzaron mi mente, los que, durante años, en vano, intenté borrar de ella. Creía que sería más fácil sobrellevar si no los removiera.

—Ingolf nunca superó su muerte, hasta el último día de su vida, lo tuvo presente.

El alma cayó a mis pies al leer su mensaje. Tal fue el impacto que tuve que leer dos veces más para asimilar su revelación.

—¿Ingolf murió?

El rostro del niño que persiguió a Perseo, junto a Emil y otros niños atravesó mi mente como un furioso rayo.

—Sí, hace unos veinte años más o menos, Cora.

Tragué con dificultad la saliva.

—¿Sabes de qué murió?

Perseo y él se llevaron mejor, no fueron amigos, pero ya no se pelearon como al inicio. Nunca supe por qué Ingolf cambió, jamás lo mencionó.

—Sobredosis —escribió—. Al menos eso alegaron los suyos.

Emil fue su amigo todo ese tiempo, incluso compartieron la misma adicción, la que terminó segándole la vida a pocos días de su cumpleaños número veinte. Era dos años mayor que nosotros.

—Algo le atormentó toda su vida —apuntó en dos líneas—. Nunca supe qué era, pero en más de una ocasión nombró a tu amigo.

El corazón me latió con violencia en mi pecho al leer su mensaje. No entendía qué me quería decir con aquello. Cerré los ojos y respiré tres veces, lo más hondo posible.

—No entiendo —repuse al volver en mí—. ¿Ingolf mencionó algo sobre la muerte de Perseo?

No contestó, incluso se desconectó durante varios minutos. Pensé que no volvería a escribir, nunca más, no solo ese día.

—En más de una ocasión, cuando estaba en la cima del éxtasis, la que te da las drogas, gritó el nombre de Perseo —relató por pedazos—. Lo siento, Perseo, lo siento.

Me costaba respirar.

—¿Por qué decía eso, Emil? ¿Él vio algo...?

Pensé lo peor.

—¿Crees que Ingolf tuvo algo que ver con la muerte de Perseo?

Una semana antes habían discutido en el bosque, pero nunca supe por qué.

—Emil, ¿tú estuviste en el velorio de Perseo?

Me vi gritando entre los brazos de mi padre, anegada en lágrimas y desesperación. No me acordaba de mucho más, a pesar de todos mis intentos, después de ese día cerca del río Ruhr, no quedó nada en mi memoria. Y ni siquiera sabía si aquellos recuerdos eran reales o producto de mi imaginación desesperada por llenar lagunas.

—Emil, por favor, si te acuerdas de algo más, dímelo, por favor.

La razón por la que le buscaba era otra, la que ni siquiera abordé.

—Es muy importante para mí, Emil.

Nadie jamás me habló de lo que pasó, de cómo murió Perseo. Solo sabía que el río se lo llevó lejos, muy lejos.

Por favor, por favor...

Emil se desconectó sin agregar nada más, dejándome al borde del precipicio, a un solo paso de caer al vacío.

—Hasta mañana —expresó Sandra al pasar a mi lado—. ¡Mañana habrá reunión!

Antes de cerrar sesión envié un último mensaje a Emil.

—Este es mi número de móvil —tecleé a toda velocidad—. Y este es mi correo electrónico.

Envié casi al mismo instante que el móvil volvió a sonar, esta vez era una llamada. Lo cogí sin mirar quién era y cuando reconocí la voz de Dana, de manera automática, supe que algo

muy grave había pasado.

—¿Cuándo?

Dios, no...



Salí del edificio como alma que lleva el diablo rumbo al psiquiátrico donde mi madre estaba internada hacía años.

—Hola, Dana.

Nos estrechamos con mucha fuerza.

—La llevarán al hospital, Cora.

Nuestra madre sufrió un accidente cerebrovascular mientras dormía, abrazada a la muñeca de Ester y a un viejo cuaderno de nuestro padre.

—Lo siento, pequeña.

Los brazos de Dana me rodearon y su cabeza buscó hueco en mi pecho. Era tan menuda como nuestra madre y abuela.

—Yo también, Cora, yo también.

No fui a casa cuando salí del hospital donde internaron a mi madre en estado de coma. El médico todavía no podía darnos ningún diagnóstico preciso. Dana decidió volver al convento, donde siempre encontraba la paz que su alma buscaba, tal vez, desde niña. Por mi parte, busqué mi propio refugio, aunque en esta oportunidad no fue en el sitio de siempre.

—Mein Engel —musitó Michael al abrir la puerta de su piso—. Por Dios, estaba muy preocupado.

Era casi las once de la noche cuando por fin decidí ir junto a él.

—Me duele el corazón, Michael.

Alargó la mano y me tiró hacia él con determinación. Acomodé la cabeza hecha un hervidero en su fuerte pecho desnudo e intenté calmar mi dolor con la ayuda de sus latidos.

—¿Qué pasó, Cora?

Rodeé su estrecha cintura con los brazos.

—Mi madre sufrió un accidente cerebrovascular.

Se apartó de mí con cuidado, cogió mi bolso y cerró la puerta a mis espaldas. Rozó mi mejilla con el dorso de la mano y envió un poco de calor a ella.

—Oh, por Dios, lo siento mucho, Mein Engel.

Temblé.

—Necesitas un baño caliente.

Dejó mi bolso en el recibidor y me ayudó a quitar el abrigo junto con las botas. En silencio.

—Estás helada.

No recordaba cómo o en qué momento acabamos debajo de la ducha, desnudos y abrazados en un mutismo ensordecedor.

—Lo siento mucho —susurró.

Tenía la cabeza en su pecho, los brazos doblados entre los dos y una pena insoportable en el corazón. Pero no era solamente por lo que le pasó a mi madre hoy, sino por todo ese duelo que la atormentó desde que tenía uso de razón. Nunca comprendí por qué no sonreía, por qué no jugaba conmigo o me daba cariño como las demás madres lo hacían.

—Los milagros existen, Mein Engel.

Alejí la cabeza de su pecho y busqué sus ojos a través de la intensa cortina de agua caliente que caía sobre los dos.

—No pierdas la fe —rogó en un tono tan dulce que atravesó mi ser como una lanza—. Aunque cueste, no la pierdas.

Acunó mi cara entre las manos y acortó la distancia de la suya. Besó mis labios con ternura y volvió a rodearme con los brazos. Cerré los ojos y traje a la mente la foto de mi madre, en la única donde aparecía sonriendo al lado de mi padre. No sabía cuándo la hicieron, pero estaba segura de que fue antes de la muerte de Ester. Mi imagen junto a Perseo también se hizo presente, fue la última vez que esboqué una sonrisa desde lo más hondo de mi ser. Y solo entonces, después de décadas, entendí a mi madre.

Lo siento, mamá...

Veintisiete

Perseo

Dulce inocencia

Hattingen, agosto de 1992

No estaba seguro si quería ser papá, pero Cora me convenció. Fuimos al parque y observamos a las madres con sus bebés. Eran muy pequeños y lloraban mucho. Sus llantos me hacían dudar si quería uno, sin embargo, cuando Cora mencionó el chupete y su magia para calmar el llanto de los recién nacidos cambié de parecer, una vez más. Nos pusimos de pie a la cuenta de tres y nos dirigimos al bosque a pasos lentos. Nos detuvimos delante de un carrito de helados y compramos dos antes de proseguir con el plan que nos haría padres en nueve meses. Lamí el helado con un extraño pensamiento en mente. Antes de venir aquí, estuvimos media hora tumbados en mi cama, lado a lado y con las manos sobre el estómago como ella me pidió. No sabía que era tan sencillo hacer un bebé hasta ese momento.

—Cora, no tengo trabajo.

La miré de reojo y me encontré con su mirada sagaz.

—Mi padre trabaja y tu abuelo también, Perseo.

El sombrero rosa que llevaba puesto le quedaba muy bien.

—Ellos nos ayudarán, no te preocupes.

Descendimos el empinado camino rumbo al sitio que escogimos para plantar a nuestro bebé. Al inicio no sabíamos si queríamos un niño o una niña. Entonces jugamos al Jan-ken-pon.

—Piedra, papel o tijera —exclamamos.

Gané yo y nuestro primer bebé sería un niño.

—Tendrá tus ojos, Perseo.

Me sonrojé,

—O los tuyos, Cora.

Por lo que buscamos una fruta masculina: un melocotón.

—La semilla del melocotón es perfecta, Perseo.

Tendría el color de su cabello.

—Sí, Cora.

El otro día, Emma, comentó cómo se hacían los bebés, su hermana mayor le narró cómo sus padres la hicieron. Por lo que, Cora decidió que quería uno.

—Tendrá tu nariz, Perseo.

Me ruboricé.

—Y tus pecas, Cora.

Resopló molesta.

—No me gustan mis pecas.

Tenía unas pecas en la nariz y en algunas partes de los pómulos.

—Son bonitas.

Nadie más las tenía en la clase y la profesora Agnes la convenció de que solo personas especiales la tenían.

—No es cierto.

Puse los ojos en blanco, encogí los hombros y resoplé molesto.

—Para mí..., sí.

A ella le gustaba mis rodillas, algo que no comprendía, por lo que a mí me gustaban sus pecas. Además, solo aparecían en verano.

—Llegamos —anuncié.

Nos gustaba mucho aquella parte del bosque.

—Aquí, Perseo.

Dibujó un círculo del tamaño de un bebé, según los cálculos que hicimos tras observar a los del parque. Cora comentó que eran más pequeños al nacer.

—Haré un agujero con este trozo de madera, Cora.

Me indicó cómo debía hacerlo y en qué parte mismo. Negué con la cabeza cuando cambió de parecer. La miré por encima del hombro con severidad.

—Eres muy mandona.

Se cruzó de brazos y alargó los labios en un gesto claro de fastidio.

—Seré la madre de tu hijo.

Achiqué los ojos.

—Y yo el padre.

Movió los labios de un lado a otro como la protagonista de la serie: *Hechizada* movía la nariz.

—Está bien, puedes plantar ahí la semilla, Perseo.

Abrí la boca para protestar, pero cuando suavizó su expresión, volví a cerrarla.

—Vale, Cora.

Mi abuelo tenía razón, las mujeres eran seres muy mandones y mejor no discutir con ellas por el bienestar del corazón. No entendí la última parte, pero, de seguro, era cierto.

—Ya está.

Dimos unos saltos sobre el agujero tras cubrirlo con tierra para garantizar que la semilla no saliese.

—Ahora solo tenemos que esperar, Perseo.

Y, desde entonces, cada día íbamos a visitar a nuestro hijo. A veces le contábamos un cuento y otras veces llevábamos la radio de Cora.

—No escucho nada, Cora.

Nunca lloraba o se movía.

—Todavía no maduró, Perseo.

Aquello me tranquilizó.

—Necesita más tiempo.

Esa tarde fuimos a merendar con la profesora Agnes en su casa. La tarta de manzana que hacía era muy deliciosa y también el zumo de manzana.

—Profesora, ¿cuánto tiempo tarda un bebé en madurar?

La manera cómo la profesora escrutó a Cora, llamó mucho mi atención. Mi abuelo solía

mirarme de aquel modo cuando hacía preguntas que él calificaba de «profundas».

—Un bebé nace después de nueve meses, Cora.

Eso era mucho tiempo.

—Nueve meses —repitió Cora, desanimada—. Falta mucho para que mi bebé madure, profesora.

La mueca que compuso esta vez la profesora me dejó claro cuán asustada estaba. Aunque también parecía preocupada.

—No entiendo, cariño.

Intercambiamos una mirada antes de hablar sobre nuestro hijo.

—Oh, mis pequeñines —musitó en tono suave—. Solo los adultos pueden tener bebés.

Nos explicó todo lo que acarrearía ser padres y la gigantesca responsabilidad que suponía tener un bebé. Por lo que Cora decidió que no estaba preparada para ser madre.

—Pero yo quería un hijo.

El gemido de la profesora me hizo girar la cabeza hacia ella con timidez.

—Sois tan tiernos.

Cora achicó los ojos y cruzó los brazos en un gesto que yo conocía muy bien. Y cuando habló, comprobé mis sospechas.

—Usted no tiene hijos, profesora.

Le di una patada por debajo de la mesa y ella me la devolvió con más fuerza, haciendo que las cosas se estremecieran.

—¿Por qué no tiene hijos? —repitió Cora.

Negué con la cabeza.

—Mmm —ronroneé.

Pensé que mencionaría a su novio, pero no lo hizo, al menos todavía no. La profesora no parecía molesta, aunque tampoco se veía contenta.

—No puedo tener hijos, Cora.

La expresión de Cora se ensombreció, solía pasar cuando se arrepentía de lo que decía o hacía.

—¿No puede tener hijos?

Los ojos de la profesora se llenaron de lágrimas.

—Es complicado, Cora.

Cora cogió del bolsillo de su peto azul una semilla de melocotón. Me quedé mirándola durante un breve segundo antes de que la depositara cerca de la taza de la profesora.

—Aquí tiene, profesora.

Una sonrisa apareció en los labios de ella y otra en los de Cora.

—Solo debe plantar en un lugar espacioso —la aconsejó—. Y esperar unos meses.

La profesora le dedicó una caricia tierna con el dorso del dedo y Cora se estremeció.

—Lo haré.

Se puso de pie y nos pidió que la siguiéramos. Entró en su casa que olía muy bien, a rosas o lavandas, no estaba muy seguro.

—La pondré aquí —anunció antes de colocarla sobre un cesto repleto de piedras de distintos colores—. Y cuando encuentre un lugar perfecto para plantarla, lo haré.

Puso la palma cerca de la cara de Cora.

—¿Está bien?

Cora chocó los cinco con ella al comprender el gesto de la profesora.

—¡Vale!

Después chocaron las palmas con la mía.

—¡A por más tarta!

Saltamos de alegría.

—¡Sí!



Mi abuelo no podía pagar un viaje a otro país, ni siquiera a otra ciudad, pero sí una tarde en el parque de diversiones que se instaló en el pueblo hacía unos días. Antes de que Cora viajara con sus padres al norte del país, fuimos al parque con mi abuelo. Primero escogimos el carrusel y después los coches chocadores. Cora era muy buena, no parecía una niña dulce y tierna cuando me atacaba.

—¡Soy la mejor!

Ataqué justo cuando tenía los brazos levantados.

—¡Tramposo!

Contraatacó con tanta furia que todo mi cuerpo se tambaleó dentro del coche.

—¡Malvada!

Se rio con ganas antes de volver a repetir la acción anterior.

—¡Ataca, Perseo!

Decidí huir de ella y su furia me divirtió tanto que apenas era capaz de contener la risa.

—¡Te alcanzaré, Perseo!

Nunca me aburría a su lado, siempre me hacía reír con sus ocurrencias y, ante todo con sus amenazas sin sentido.

—¡Conduces como una abuela!

Poder aumentar su furia me henchía de alegría.

—¡Y tú cómo una oruga!

Aquello me hizo girar la cabeza hacia ella.

—¿Las orugas conducen?

El impacto de su coche contra el mío hizo que todo mi cuerpo se removiera de un lado a otro.

—¡Cuando se transforman en mariposas conducen las alas, Perseo!

Era muy lista.

—¡Ah!

Giré el coche y la perseguí por todo el lugar entre risas y grititos.

—¡Si me chocas te compro un helado, Perseo!

Aquello me motivó todavía más y no cesé hasta chocar contra su coche. Su aullido de indignación hizo que levantara los brazos a modo de victoria, muy al estilo de Rocky Balboa.

—¡Soy el mejor!

Tararé la canción de Rocky.

—¡Quiero una revancha, Perseo!

Mi abuelo la escuchó y pocos segundos después anunció que podíamos jugar un poco más.

—¡Te venceré, Perseo!

No me dio respiro y su triunfo fue inevitable.

—Toma —expresé enfurruñado—. Para tu helado.

Me dio el mismo monto.

—Para ti, Perseo.

La miré confundido.

—Fuiste valiente, Perseo.

Me sonrojé.

—¡A por el premio! —chilló.

Corrimos hacia el carrito de los helados.

—¡Quiero uno de chocolate y fresa! —coreamos sin aliento—. ¡Con jarabe de chocolate!

Recorrimos todo el lugar con mi abuelo hasta que el padre de Cora vino para llevársela.

—Nos vemos, Perseo.

Me dio su pulsera.

—No la pierdas.

La metí en el bolsillo del peto marrón y después le di mi canica favorita.

—Para ti, Cora.

Chocamos los puños.

—Hasta pronto, Perseo.

Cogió la mano de su padre tras despedirse de mi abuelo.

—Hasta luego, Cora.

Mi abuelo también cogió mi mano antes de marcharnos a nuestra casa. Serían muy aburridos los días sin Cora, pero no podía hacer nada al respecto. Por lo que solía ir al bosque a visitar la tumba de Peter y otras a merendar con la profesora.

—Toma, Perseo.

Me dio dos marcos por ayudarla a limpiar el jardín.

—¡Gracias, profesora!

Salía contento de su casa rumbo a la mía, excepto uno, el día que vi al padre de Ingolf golpeándole con bestialidad cerca del cementerio.

—¡Papá, por favor, me duele mucho!

Impulsado por la rabia, corrí hacia ellos y sin pensar, cogí un pedazo de madera y golpeé al padre de Ingolf en la espalda. Soltó a su hijo y también el cinturón que usaba para lastimarlo. Giró la cabeza hacia mí y temí lo peor.

—Pero..., ¿quién cojones eres tú?

Ingolf apenas pudo levantar la cabeza del suelo.

—¡Corre, Perseo!

No pude, mis piernas no reaccionaron.

—¿Perseo? —repitió su padre entre risas sarcásticas—. ¿Qué nombre es ese?

Temblaba mucho.

—Ah, eres el niño sin padres —resaltó con sorna—. El nieto del imbécil ese.

Conocía a mi abuelo, en el pueblo todos se conocían, aunque solo fuera de vista.

—¡Vete, Perseo!

Ingolf gritó enfurecido.

—¡Veteee!

Su padre levantó el brazo con el cinturón en la mano, dispuesto a darme un buen latigazo, pero alguien se interpuso en su camino.

La bruja del bosque...

—¡No se atreva a golpear a Perseo!

Sabía mi nombre.

—O juro que mi perro comerá sus testículos.

La miró estupefacto, no llevaba mucho tiempo en esa parte del pueblo, según se

rumoreaba.

—¿¡Quién es usted!?

Ella me miró por encima del hombro con sus ojos clarísimos, casi transparentes bajo el efecto del sol.

—Vete a tu casa, Perseo.

Miré a Ingolf con la visión borrosa antes de girar sobre los pies y salir corriendo hacia mi casa. Pero antes de poder desaparecer del todo del lugar, el padre de Ingolf gritó a todo pulmón:

¡Si vuelves a meterte, te mataré, Perseo!

Veintiocho

Cora

Alma perdida

Colonia, agosto de 2023

Pasaron más de dos semanas desde el ingreso de mi madre en el hospital, donde permanecía en cuidados intensivos. El médico nos explicó su cuadro clínico y el tiempo que se calculaba para su recuperación. Dana no perdía la fe, la que Michael intentó sembrar en mí, en vano. No podía creer en algo que desconocía, en algo que siempre brilló por su ausencia en mi vida. La voz de la doctora Braun, psiquiatra de mi madre hacía años, me devolvió al presente de sopetón. Me puse de pie y caminé hasta su consultorio. Me saludó con un apretón suave de mano antes de indicar la silla delante de su escritorio impecable de color blanco. Puse el pesado bolso vaquero en la silla contigua antes de tomar asiento con un peso fulminante en el pecho. Llevaba días sintiendo aquella opresión, consciente de que no solo era por el actual estado de mi madre.

—Te cité para hablar de tu madre, Cora.

Puso toda la atención en mí tras entrelazar las manos sobre el escritorio. Mis ojos se concentraron durante un breve segundo en sus uñas cortas sin esmalte.

—Sigue igual, doctora.

No desvió la mirada de la mía ni por un solo instante. Me sentía vulnerable ante su serio y acosador escrutinio profesional.

—Tu madre casi no hablaba —empezó a decir en un tono muy suave—. Las pocas cosas que mencionó fueron las mismas que escuchaste durante toda su internación aquí.

Mi madre repetía mucho mi nombre, me dio más atención de la que me dio cuando era niña, cuando apenas me dirigía la palabra o uno que otro roce sin intención alguna de ser cariñoso. Eso sin mencionar los ataques de ira con un par de insultos o golpes sin sentido para mí.

—Algo que llamó mucho mi atención fue su gran cambio por la misma fecha cada año, Cora:

Sospechaba que algo tenía que ver con la muerte de Ester, pasaba lo mismo cuando era niña.

—22 de julio —esgrimí entre dientes—. No sé qué fecha representa para ella, pero desconfío que tiene alguna conexión con la muerte de mi hermana Ester.

A quien nunca nombró durante su ingreso en el psiquiátrico. Muchas veces en secreto de todos me pregunté si existió, si llegó a nacer o murió antes de hacerlo. Nadie en mi familia jamás comentó nada, un misterio que ahora descansaría en paz con mi madre.

—Cora, sospecho de algo, pero tengo mis dudas al respecto.

Junté las manos sobre el regazo un poco ansiosa.

—Durante años te nombró a ti —siguió con recelo—. Al menos eso pensé todo este tiempo —el pulso se me aceleró—. Pero días antes del accidente cerebrovascular, en medio de una terrible crisis de llanto y gritos, concluí que no era a ti a quien mencionaba, sino a tu hermana.

Una feroz bofetada imaginaria sacudió mi entereza cuando insinuó que mi hermana se llamaba como yo o viceversa.

—¿Perdona?

La voz sonó rasposa y atribulada. Era como si estuviera a punto de caer al vacío sin remedio y consciente de que no tenía cómo impedirselo.

—Muchas veces cuando los padres pierden a un hijo, Cora —continuó en tono muy paciente— bautizan a otro con el mismo nombre.

Hubo casos, muchos en todo el mundo, pero nunca pensé que formaría parte de esa estadística. Me abandoné en la silla sin saber qué hacer o qué decir.

—Toma... —ofreció un vaso con agua—. Te hará bien.

Cogí el vaso sin apenas prestar atención en ella, cuya voz se perdió en medio del martilleo que resonaba en mis oídos.

—¿Cora?

Piezas de un rompecabezas se unieron y por fin dieron paso a imaginar lo que podría ser la imagen secreta en cada pedacito.

—Mi madre nunca la nombró —reconocí temblorosa—. Y cuando lo hacía yo, era como si no supiera quién era Ester.

Tal vez mi padre solo escogió ese nombre al azar para ocultar lo que hicieron. No conocía a nadie con ese nombre: ni tías, abuelas o bisabuelas.

—Tu madre sufría de una grave depresión —convino con aire fúnebre—. En sus exámenes clínicos detectaron el uso de medicamentos contra esa enfermedad.

Por eso siempre estaba letárgica, sin ánimo y triste. La vi en más de una ocasión meter más de una pastilla en la boca y después terminaba durmiéndose en el sofá o en su cama hasta el día siguiente. Solo Perseo lo sabía y nadie más.

—Tu padre, tal vez, intentó llenar ese vacío, Cora.

Una manera de sustituir a mi hermana, haciéndole creer que yo era ella. Hasta que su mente se recuperó y comprendió que solo era una pantomima.

—Tampoco Dana tuvo mejor trato, doctora.

Le di un buen trago al agua, ansiosa por engullir el nudo que se me formó en la garganta. Pero era inútil, aquel nudo llevaba años allí.

—No sé cómo murió mi hermana —reconocí con un temblor en la voz—. Pero ella repetía mucho que no volvió —el corazón se encogió en mi pecho—. La llevaron lejos, lejos de ella.

Aquellas palabras podían tener varias interpretaciones o solo era una manera más de decir que se murió.

—Pobrecilla —musité al borde de las lágrimas—. Si me hubiera... —cerré los ojos—. Tal vez su dolor sería menos pesado.

El móvil sonó, era un mensaje de Facebook. Lo había activado con la esperanza de recibir alguna señal de Emil.

—Mi padre, en más de una ocasión, lloró —agregué sin mirarla a la cara—. Lo encontré en su despacho, doctora.

No enumeré las veces que lo encontré o cómo estaba en un rincón bajo la penumbra con una botella de wiski al lado y un vaso entre las manos casi siempre vacía.

—El duelo es un camino muy espinoso, Cora.

Levanté la vista para mirarla, al parecer aquel diagnóstico era algo personal. Y no había necesidad de indagar para comprobarlo.

—Aquí tienes sus pertenencias, Cora.

Me alargó una caja blanca con el nombre de mi madre en un rótulo en la tapa. Le lancé una mirada llena de interrogantes.

—Tal vez dentro encuentres las respuestas que buscas.

Una lágrima rodó por mi mejilla sin que pudiera evitarlo. Dentro de aquella caja se encontraba mucho más de lo que ella suponía o yo me lo imaginaba.

—Nunca me permitió llegar cerca a sus cosas —admití entristecida—. Ni a ella misma.

Me sequé la lágrima con el dorso tan rápido que la doctora ni la vio al clavar la vista en mí otra vez.

—¿Seguiste alguna terapia, Cora?

—Sí.

—Bien.

Durante toda mi vida, pero a pesar de ello seguía atada al dolor. Sentía que sin él ya no tendría nada en esta vida, ya tan vacía.

—Gracias, doctora.

Me puse de pie con la caja entre las manos y cogí el bolso con su ayuda. Me dirigí a la puerta.

—Adiós.

El pasillo no me pareció tan largo y angosto como ahora. Tampoco el escozor en mi pecho no parecía tan doloroso como lo era en este preciso instante. Me detuve y metí la caja del tamaño de una de zapatos en el bolso. Una manera inconsciente de ocultar lo poco que me quedaba de mi madre.

—El ataúd de su alma —musité con un nudo en alguna parte del corazón—. O tal vez la salvación de la mía.

Al salir del edificio, al bajar las escaleras, en la acera, estaba Michael con sus gafas de aviador, su camiseta azul marino y sus vaqueros oscuros. Me detuve a dos o tres peldaños del suelo y lo miré fijo durante más tiempo del que era capaz de calcular.

—Hola, Mein Engel.

Se quitó las gafas y las metió en el bolsillo de los pantalones antes de subir los escalones. Los ojos me escocían mucho, tanto o más que el corazón.

—Huye, Michael —musité en un susurro—. Todavía estás a tiempo —temblé.

El sol de media tarde lamió nuestros cuerpos y abrasó cada fibra de ellos. La brisa tibia rozó mi rostro a pocos segundos de la mano de Michael. El contacto de su piel tambaleó la base que sostenía mis emociones.

—No quiero huir —alegó firme—. No lo haré.

Su dedo pulgar se movió al ritmo lento de cada latido de mi pecho.

—No entiendo.

Puso la frente en la mía y buscó mis ojos. La sombra ocultó lo que los míos desvelaban sin mi consentimiento.

—Yo tampoco, la verdad.

Su aroma se coló en mis fosas nasales y resucitó a la niña inocente que creía en hadas azules, en duendes y en ángeles salvadores.

—Estás loco.

Le había comentado horas atrás dónde estaría, pero no me imaginé que vendría, ni siquiera me permití pensar en tal posibilidad.

—Lo descubriremos juntos, Mein Engel.

Besó mis labios con ternura y un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal. Cogió mi bolso y después mi mano. Bajamos las escaleras y nos dirigimos a la estación de tren en un silencio mortecino. Durante el trayecto puse atención en su aroma, en ese aroma que me transportaba al pasado. Michael liberó mi mano para rodear con el brazo mi hombro y pegarme a su cálido cuerpo, sacándome con ese gesto de mi burbuja mental. No rechacé su afecto, no entendía, pero algunas cosas no necesitaban explicaciones, al menos eso me dijo una vez mi padre.

A pocos días de su muerte...



Me senté a la mesa con la caja que me entregó la psiquiatra de mi madre ayer mientras Michael preparaba el desayuno con su entusiasmo pueril. Al levantar la vista, choqué contra su ancha espalda de firmes músculos que se tensaban a cada movimiento que realizaba sobre la encimera de mármol. Sus pantalones de chándal grises se ceñían a sus enormes piernas cada vez que se movía, en algunas partes más que en otras.

—Hoy toca tostadas con huevos revueltos y un poco de tomate, Mein Engel.

Exprimía naranjas al mismo tiempo.

—Gracias, Michael.

Me guiñó el ojo por encima del hombro.

—Estás preciosa con esa camiseta.

Le eché un vistazo de soslayo.

—Es tuya.

Sonrió de oreja a oreja y unas arruguitas aparecieron a cada lado de los ojos.

—Pues te queda muy bien.

Su ropa no olía igual que él, al menos no podía apreciar ningún olor en la tela. Lo mismo me pasaba con la ropa de Perseo en el pasado.

—Gracias.

Bajó el fuego de la cocina y se limpió las manos con el paño de cocina antes de acercarse a la mesa. Me miró a los ojos con mucha intensidad.

—¿Te encuentras mejor?

La noche anterior, después de cenar, vimos la película favorita de su infancia. Al terminar, apagó la televisión, las luces y encendió la pequeña luz de la mesita de noche. En posición fetal, nos contemplamos en un silencio que reveló mucho más que mil palabras.

—No lo sé, Michael.

Apartó un mechón de cabello de mi rostro y la llevó detrás de la oreja con mucho cuidado.

—Son demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Su aroma era nítido como solo fue el de Perseo.

—Sí, es verdad —acepté en un hilo de voz—. Mi vida es muy complicada, Michael.

Movió la cabeza en un asentimiento poco firme.

—Llenas de lagunas incomprensibles.

Se desplazó hacia la cocina y apagó el fuego. Después volvió sobre sus pasos y se sentó a mi lado con un deje que pellizcó mi corazón.

—Cuando te dije que te entendía, no solo lo decía por empatía, sino por similitudes, Cora.

Era tan extraño sentir que lo conocía de toda la vida, cuando apenas había pasado unos meses desde la primera vez que nos vimos en aquella boda.

—Sabes mucho más de mí de lo que cualquiera —apuntó en tono suave—. Y no me costó abrir mi caja de Pandora contigo.

Fuera caía una lluvia mansa, aunque en el cielo estallaban truenos furiosos. De alguna u otra manera me sentía igual por dentro.

—Algo que en su momento mi expareja me reclamó —continuó sin apartar la vista de mis ojos—, y las otras dos anteriores.

Mi exmarido también lo hizo durante toda nuestra relación. Y aunque muchas veces me lo reprochase, nunca logró sonsacarme nada. El silencio siempre fue mi guarida.

—No sé quién soy, Michael.

Mi ilógica afirmación no era solo una analogía o metáfora, sino literal.

—No tengo identidad.

Su expresión facial se desencajó como solo pasaba ante algo inesperado y asustador. Pero cuando le hablé de lo que, posiblemente, se escondía tras mi nombre, en sus ojos volvieron aquel deje compasivo que encogía mi alma.

—No sé si es o no cierto —espeté—. Pero las pistas llevan a un solo callejón —oteé de reojo la caja—. Mis padres sustituyeron a una hija por otra en busca de consuelo, el que nunca hallaron a pesar de ello.

Llevó las manos a la cara y se dio un masaje en los ojos. Al apartarlas, hizo un gesto que desveló sus emociones sin que pudiera evitarlo. Aproveché ese instante de perplejidad, para coger la caja y ponerla en mi regazo. La abrí en un mutismo roto por algún que otro trueno en el cielo.

—Aquí podría estar la clave de ese misterio, Michael.

Se puso de pie, cogió su móvil y marcó un número en él.

—Tomaré un día de mis vacaciones —anunció con la mano en la nuca—. Por motivos personales.

Al colgar, emocionada hasta los huesos, solté en un murmullo lleno de incredulidad:

—¿Usaste un día de tus vacaciones por mí?

Rozó mi mejilla con el dorso del dedo.

—Puedo ayudarte a cruzar este laberinto, Cora.

Puse la mano sobre su dedo.

—Gracias —susurré.

Besó mi frente.

—Necesitaremos café —anunció—. Lo prepararé.

El móvil sonó al preciso instante que él cogía los granos de café para colocarlos en el aparato para molerlos. Cogí el móvil de la mesa y leí el mensaje de Gerda.

«Hola, estuve investigando sobre los olores de cada ser humano y en muchas partes alegan que cada uno tiene el suyo propio: O sea, nadie tiene el mismo aroma, aunque, tal vez, si tuvieran algún ADN parecido podría ser plausible».

Michael molía los granos al son de una melodía muy bonita. Solía escuchar frecuencias que afectaban el ánimo de las personas.

«¿Michael y Perseo podrían tener algún parentesco?».

Esa posibilidad latente existía, en realidad era la única que podría explicar lo inexplicable.

«Pasaron muchos años, tal vez no recuerdas muy bien el aroma de Perseo, en tu caso es más complicado tener memoria olfativa, Cora».

Era cierto, había pasado más de tres décadas y podría ser solo una casualidad del destino.

«Michael despierta en ti lo que Perseo en su tiempo, motivo por el cual sientes su aroma».

Era solo una niña, no sentía atracción, sino cariño por Perseo.

«Dios, este es el mejor misterio que jamás pensé conocer, Cora».

Al salir del wasap, vi el mensaje que tenía pendiente en el Messenger de Facebook. La cafetera eléctrica pitó y me distrajo un poco.

—Aquí tienes las tostadas —expresó Michael al poner el plato delante de mí—. Pon esto aquí —apartó la caja—. Me pondré una camiseta —besó mis labios.

—Está bien.

Volví a centrar la atención en la pantalla del móvil. Sin vacilar abrí el mensaje pendiente de Facebook y para mi sorpresa era uno de Emil.

«Hola, Cora, estuve pensando en lo que hablamos días atrás. Por alguna razón, me encontraste, no sé cuál, pero tal vez con el tiempo lo sabremos».

El primer mensaje fue sin cortes como la primera vez. Emil envió varios mensajes cortos e imprecisos. Todo lo contrario de estos últimos.

«Pasaron muchos años desde lo que pasó, pero en mi mente siguen aquellos momentos vividos en tan temprana edad. Uno de los recuerdos fue el dolor de Ingolf y la culpa que mencionó siempre».

Fueron amigos hasta que la muerte los separó.

«No tuvo una vida muy fácil, su padre fue un monstruo, un ser que merecía la muerte por todo lo que le hizo a su propio hijo».

Todos en el pueblo murmuraban lo violento que era con su único hijo y su esposa, quien al final los abandonó. Ingolf nunca superó la partida de su madre, a quien al principio creíamos que había muerto.

«No sé qué pasó o qué vio el día que Perseo murió, pero fue algo que le pesó mucho, algo que lo arrastró a la vida que tuvo hasta el día de su muerte».

Un relámpago feroz me hizo brincar en la silla y me distrajo un poco. Giré la cabeza cuando Michael habló y me encontré con su torso desnudo a punto de ser arrojado por una camiseta negra desteñida de manga corta con el eslogan del grupo Metallica en la parte frontal.

—Lloverá todo el día —agregó mientras recogía las otras camisetas—. Prepararé macarrones para el almuerzo.

No vivíamos juntos, pero pasaba más tiempo allí con él que en mi piso compartido con Gerda.

—Me encanta —declaré.

Levantó la vista y me sonrió.

—¡Macarrones con salsa boloñesa será!

volví a teclear la contraseña del móvil para desbloquearlo y continué leyendo los mensajes de Emil.

«Ingolf iba a visitar a Perseo cada vez que se dopaba, en una de esas oportunidades lo acompañé, pero para mi sorpresa, no se dirigió al cementerio. No, se enfiló sin miramientos a los viejos rieles del tren del pueblo, a pocos metros del río».

Un tembleque se adueñó de mis manos de un momento a otro y varios fogonazos sin

sentido brillaron en mi mente. Estaba en ellos, sin embargo, no los recordaba y me sentía incluso ajena a cada uno de ellos.

«En la noche que murió, a solo dos o tres horas de su sobredosis, mencionó a su padre y el trabajo que tenía el año que Perseo murió».

Era el sepulturero del pueblo hacía solo cinco meses y fue el que se encargó de la sepultura de Perseo junto a otros dos más que no sabía quiénes fueron.

«Esa noche, entre lágrimas, desveló algo que no sé si tú conoces, si alguien además de él conoce, Cora».

Los ojos me escocían mucho, el pulso latía a toda prisa y los latidos eran tan feroces en mi pecho que resonaban en mis oídos hasta ensordecirme por completo.

«Nunca encontraron el cuerpo de Perseo, a pesar de todas las búsquedas hechas, durante días. Solo una zapatilla fue hallada a varios kilómetros del pueblo».

Una lágrima recorrió mi mejilla en el mismo instante que Michael colocó una taza de café cerca del plato de las tostadas. Levanté la vista de golpe y me quedé mirándole como si fuera la primera vez. Su expresión se torció como todo dentro de mí.

Nunca encontraron el cuerpo de Perseo...

Veintinueve

Perseo

La penumbra de la verdad

Hattingen, septiembre de 1992

Apreté los pasos al pasar cerca del bosque, donde ya no iba por miedo a encontrarme con el padre de Ingolf. Cora tampoco volvió cuando le confesé lo que pasó. Estaba tan asustada como yo. Ahora íbamos mucho al castillo Burg Blankenstein o hasta el mirador en el jardín del pueblo. Pero no era lo único malo en nuestras vidas, ahora teníamos otra profesora. Al inicio parecía amable, pero a medida que pasaron los días, cambió un poco o, eso me pareció. Nadie sería como la profesora Agnes, que solía invitarnos a ir a su casa los fines de semana a merendar con ella. Siempre y cuando estaba por el pueblo. Petra comentó días atrás que su novio estaba muy enfermo de la cabeza, su madre se lo comentó a su tía mientras tomaban el té en el jardín. Cora y yo intercambiamos una mirada de soslayo, ya conocíamos de vista al novio de la profesora. Emma resaltó con pena en la voz lo solitaria que era su vida. Y que no quería terminar como ella cuando fuera adulta.

—¡Perseo!

La voz de Cora me sacó de mis pensamientos.

—Te estaba esperando.

Tendió la mano y me exigió que la besara en el dorso. Lo hice sin rechistar, el otro día me dio un sermón larguísimo sobre los modales de un buen novio. Lo vio en un dibujo animado.

—Hola, Cora.

Me alargó un chicle de fresa. Le encantaba cuando le explicaba lo que sentía al mascararlo. Y a mí me gustaba los gestos que hacía.

—Algún día lo comprobaré, Perseo.

Seguía en pie mi promesa de curar su enfermedad cuando fuera grande.

—Eres el más listo de la clase, Perseo.

Se arregló el cabello con la mano mientras nos desplazábamos a la escuela entre las miles de hojas marchitas de distintos colores.

—Tú también lo eres, Cora.

Se encogió de hombros antes de acucillarse y coger una hoja amarillenta. Al incorporarse, atenta a la hoja todo el tiempo, musitó en un hilo de voz apenas audible:

—Mi abuela no piensa igual que tú; Perseo.

Acomodé mejor la correa de la mochila.

—¿Tu abuela te dice esas cosas?

Era la madre de su madre y nunca la quiso según ella misma. Aunque tampoco la trataba mejor a su propia hija o a su padre, su yerno.

—Es mala, Perseo.

Dejó caer la hoja y la pisoteó con mucha rabia. Gimoteó llena de ira y rabia. Di un paso hacia atrás en un acto reflejo.

—¡Muy mala! —explotó furiosa—. ¡Mala como la madrastra de Blancanieves!

No era la primera vez que se enfadaba de aquel modo, semanas atrás, al inicio del mes, arrancó la cabeza de su muñeca y la lanzó al río iracunda.

—Tranquila, Cora.

Me miró de reojo con lágrimas en las cuencas.

—No sé por qué me odia tanto, Perseo.

A sus primos, hijos de sus tíos, les trataba distinto, con amor y cariño.

—No lo sé, Cora.

Se secó las lágrimas con el dorso y después se sorbió la nariz con fuerza. Negó con la cabeza y su cabello se movió.

—Edda me dijo algo, Perseo.

Era su prima, tres años mayor que nosotros y la nieta favorita de su abuela.

—¿Qué te dijo?

Cora siempre cambiaba su manera de ser cuando volvía de sus vacaciones, pasó lo mismo en las de fin de año o las de la semana santa. Tardaba un lapso en volver a ser la de siempre.

—Mi hermana Ester murió por mi culpa, Perseo.

Su afirmación me hizo unir las cejas.

—¿Por qué dijo eso, Cora?

Se encogió de hombros y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—No lo sé, Perseo.

Se agarró a la correa de su mochila rosa y le dio una patadita a una piedrecita. Me lanzó una mirada de soslayo antes de caminar rumbo a la escuela. La seguí en silencio, absorto en lo que acababa de confesar. Abrí la boca para decir algo, pero ella se adelantó y la volví a cerrar.

—Hoy podemos ver la película: Volver al futuro, Perseo.

Un gemido de frustración brotó de lo más hondo de mi pecho al evocar lo que le pasó a la televisión de mi abuelo durante la tormenta.

—Qué mala suerte, Perseo.

Nos quedamos en silencio durante un breve instante, que ella llenó con una idea bastante buena, aunque también muy peligrosa.

—Mi madre no se dará cuenta de nada, Perseo.

Todos los días, a la misma hora se acostaba y dormía hasta la llegada de su marido. Cora siempre aprovechaba para ir a mi casa y volvía sin que ella se diera cuenta siquiera de su ausencia.

—¿Por qué duerme tanto, Cora?

A pocos metros de nosotros estaba la escuela, repleta de alumnos y profesores.

—Porque tiene sueño, Perseo.

Me reí.

—Ah.

Puso los ojos en blanco.

—Es tan obvio.

Deslicé la mano por la cara y esta vez se rio ella.

—Tengo una caja de galletas de chocolate —anunció con una amplia sonrisa—. Mi tío me la trajo ayer.

Me puse muy serio.

—Qué bien, Cora.

Asintió.

—Sí, Perseo.

Se puso triste y yo sabía por qué...



Nos sentamos en el sofá con mucho cuidado y encendimos la televisión con el control remoto. En la pantalla aparecieron los personajes de *la* mejor película de todos los tiempos: *Volver al futuro*. Cora abrió la caja de galletas que le traje y la puso en la mesita entre los vasos de leche. Cogí el mío y le di un trago. Entonces, Cora me miró y se rio por lo bajo, no supe por qué, hasta que me indicó la zona entre el labio superior y la nariz. Me limpié con el dorso el bigote de leche que tenía, gesto que la hizo reír un poco más alto.

—Shhh —chisté con el dedo sobre los labios—. No te rías tan alto.

Se tapó la boca con las manos y asintió al mismo tiempo.

—No creo que se despierte —reconoció al apartar las manos—. Nunca lo hace.

Asentí antes de coger una galleta de la caja. La llevé a la boca y la saboreé con ansia, gesto, que una vez más, le robó una risa.

—Es deliciosa —murmuré con la boca llena—. Lo siento, sé que no debo hablar con la boca llena —se rio—. Oops, lo hice de nuevo.

Le dio un mordisco a su galleta y volvió a centrar su atención en la película. Movía los pies enfundados en unos calcetines rojos con unos lacitos blancos en los costados.

—Quiero un coche igual —anuncié después de tomar un poco de leche—. Me encantaría poder volar por el cielo.

Abrió la galleta y lamió la crema blanca concentrada en la televisión todo el tiempo. Cora apenas hablaba en su casa, todo lo contrario, en la mía. También parecía más distraída y triste, muy triste.

—Cora.

Me miró de reojo.

—No le hiciste nada a tu hermana.

Alejó la galleta de su boca, la que acababa de lamer y me lanzó una mirada llena de pena.

—¿Eso crees, Perseo?

Moví la cabeza en un asentimiento.

—Eres demasiado buena, Cora.

Sus mejillas se ruborizaron.

—Gracias, Perseo.

También era mandona y muy celosa, pero opté por no mencionarlo o nos pelearíamos. Cogí otra galleta y disfruté de la película. Cora, a su vez, se quedó dormida.

—Cora —susurré cerca de su cara—. Cora —repetí.

Dormía profundamente. No sabía qué hacer, por lo que decidí llevar los vasos a la cocina y los lavé tras subir sobre una silla. No quería que su madre se diera cuenta de nada o, caso contrario la regañaría y no podría volver nunca más. Ni siquiera a hurtadillas.

—Bien.

Puse la silla en su sitio tras secar los vasos y colocarlos en sus respectivos sitios en el armario.

—¿Perseo?

Cora apareció bajo el umbral de la puerta un poco soñolienta todavía. Bostezó al mismo tiempo que se fregaba el ojo.

—Me tengo que ir, Cora.

Abrió la boca para replicar, pero cuando la voz de su madre llegó a nuestros oídos desde la escalera, la volvió a cerrar a toda prisa.

—¡Mi mamá!

El susto fue tan grande, que ninguno supo qué hacer o cómo reaccionar. Cora fue la primera a tomar riendas de los siguientes pasos a dar.

—¡Ven, Perseo!

Me arrastró hasta la parte de atrás de la casa y abrió la puerta a toda prisa. No se despidió de mí, solo me empujó fuera de la casa y desapareció de mi vista al cerrar la puerta.

—¿Por dónde debo ir?

Me temblaban mucho las piernas, porque al otro lado del portón se encontraba el camino que llevaba al bosque. Medité unos segundos antes de tomar una decisión.

—El padre de Ingolf trabaja por estas horas —musité—. Solo tengo que correr lo más rápido posible hasta mi casa.

A pasos lentos, caminé hasta el pequeño portón y lo abrí sin hacer ruido. Lo cerré con el mismo cuidado y caminé hacia el bosque.

—Corre lo más rápido que puedas, Perseo.

Y cuando ya no había posibilidad de que la madre de Cora se diera cuenta de mi presencia, apreté los pasos hacia mi casa, que se encontraba al otro lado del bosque.

—No mires hacia atrás —siseé con el corazón en la garganta—. No lo hagas.

El sol apenas iluminaba el cielo aquel día fresco de otoño, aunque todavía era muy temprano. Las hojas y ramas secas crujían bajo mis zapatillas a cada paso que daba. El sonido de un búho me hizo frenar de golpe a mitad de camino. Giré la cabeza por inercia y al no ver nada o, mejor dicho, a nadie, volví a correr hasta que me encontré con dos personas a unos pocos metros de un enorme árbol protegido por otros en un rincón del bosque donde nadie solía ir y, muchos menos, por aquellas horas.

—Has mejorado —vaticinó una voz familiar—. Seré muy generoso.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.

—Es el tío de Cora —murmuré.

Me oculté detrás de un árbol, temeroso porque se dieran cuenta de mi presencia. Pegué las rodillas al pecho y taponé las orejas para no escuchar nada.

—¿Por qué el tío de Cora hacía esos ruidos? ¿Por qué la otra persona estaba de rodillas?

Evoqué lo que Cora me contó y, aunque me hizo jurar que nunca se lo contaría a nadie, a veces, me daban ganas de hablar con mi abuelo o la profesora Agnes.

—Joder, te mereces cada centavo —apostilló el tío de Cora—. Ten, un regalo para ti.

Curioso, asomé la cabeza y vi a alguien que se alejaba a pasos firmes. Apretó los pasos de un momento a otro como si estuviera huyendo. Pese a no verlo, sabía que no era una mujer.

Era un chico...

Los ojos del tío de Cora se encontraron con los míos y al instante supe que mi vida nunca sería igual.

Y no estaba equivocado...

Treinta

Cora

Recuerdos, pistas y un abismo

Hagen, agosto de 2023

En la caja solo había un par de fotos, un cepillo de pelo con algunas hebras en él, un pañuelo blanco con la letra «M» bordada en una punta, supuse que era la inicial del nombre de mi padre. Unas cajas de medicamentos con un par de pastillas, un oso de peluche de color marrón con cinta verde que me parecía familiar, aunque ajeno también. Un viejo reloj de pulsera de cuero rojo, regalo de mi abuela en su cumpleaños número cuarenta, un zapato rojo de niña con un lacito del mismo color en el costado y una pequeña piedrecita brillante en el centro. No encontré ni la muñeca y tampoco la agenda de mi padre que sostenía como si la vida se le fuera en ello. En cada objeto busqué respuestas, pero no había nada. Eran solo pedacitos de una vida entera. Retazos de la historia que solamente ellos conocieron. Momentos anteriores a nosotras, a la pena y al dolor.

—Fueron felices —musité con la vista borrosa—. Tuvieron su momento feliz.

Nunca presencié un instante parecido. Mi madre jamás sonrió, su expresión sombría era el único recuerdo que llevaba de su rostro.

—La muerte de un hijo cambió vuestro porvenir —bisbiseé entre dientes—. La muerte siempre lo cambia todo.

Cogí una de las fotos y la analicé con una añoranza indescriptible en el alma. No tenía sentido, porque echaba de menos un instante que ni siquiera fue mío, uno donde todavía no existía.

—Amor eterno —leí las palabras de mi madre sobre una foto de mi padre—. 1980.

El año que se casaron y concibieron a mi hermana mayor. Un nudo se me formó en la garganta al notar en una de las fotos el vientre más abultado de mi madre junto a mi padre y mi tío.

—Una foto tuya —susurré con el dedo en el vientre de mi madre—. Ester.

El vestido verde sin tirantes realzaba mucho el color de los ojos de mi madre y la corona de flores de mil colores matizaba muy bien su rostro angelical.

—Nunca te vi usar ropa que no fuera oscura y triste, mamá.

Y el cabello largo, sedoso y brillante siempre lo llevó recogido en un rodete que solo acentuaba más su pálida pesadumbre.

—Papá, siempre fuiste tan guapo.

La nostalgia se enganchó a mi corazón con sus garras feroces. A la velocidad de un látigo,

vi a mis padres juntos, tristes y distantes.

—Os echo tanto de menos.

En una de las imágenes vi una casa de dos plantas con una preciosa galería repleta de flores y una escalera de seis peldaños. Le bordeaban muchos árboles y un sinfín de flores de distintas tonalidades. Ellos aparecían enfrente de la escalera, él detrás de ella, con las manos entrelazadas sobre el vientre abultado de unos cuatro meses más o menos.

—Hogar, dulce hogar —rezaba en la parte de atrás de la imagen—. Hamburgo, verano de 1981.

Nunca conocí esa casa, nací en la otra, la anterior a la de Hattingen. No estaba segura si se encontraba en Colonia o en Essen. Mencionaron un par de veces cuando era niña, pero como todo niño, apenas prestaba atención en esos detalles. Y debía resaltar que, además de ello, sufría déficit de atención, lo que complicaba todavía más mi memoria.

—¿Y esto?

Una de las fotos quedó bajo la tinta negra de un marcador. Lo poco que se podía ver en ella eran las ramas de los árboles, aunque no podía garantizar que fueran los mismos que rodeaban la primera casa.

—¿Por qué hizo esto?

Puse la imagen contra la luz en busca de alguna pista, pero sabía muy bien como fotógrafa que era imposible recuperar una imagen en aquel estado.

—¿Sería la foto de mi hermana?

El corazón chocó contra las costillas cuando reconocí en una de las fotos la horquilla que encontré en la caja. Mi madre la llevaba el día de su boda.

—Qué bonito.

La punta de la nariz ardió cuando intenté contener las lágrimas, en vano, porque una logró rebosar el ojo y se deslizó por mi mejilla lentamente. El móvil sonó y me sacó de aquel halo entrañable que unía el presente con el pasado, donde ni siquiera existía.

—Hartmann —repuse al coger la llamada—. Hola, Dana.

Acababa de salir del hospital.

—Mamá no reacciona, Cora.

Fijé la mirada en la foto de la boda estilo hippie de nuestros padres.

—No pierdas la fe, Dana.

Exhaló un suspiro tan profundo que traspasó la línea y se instaló en mis pulmones. No habló, se quedó en silencio durante varios minutos, rota y sin fuerza.

—Cora... —siseó entre lágrimas—. No... sé... —los sonidos externos llenaron la pausa que hizo—. No sé quién es ella, es mi madre, pero no... —rompió a llorar.

Me sentía igual al respecto, aunque tuve más años a su lado, no fueron suficientes para conocerla. Ni todo este tiempo que estuvo aislada, sirvió para llegar a su alma.

—Mamá murió con nuestra hermana, Cora.

Contemplé la foto manchada con una extraña sensación en el pecho. La cogí y me quedé contemplándola durante un breve minuto hasta que Dana habló:

—La psiquiatra me habló de una caja, Cora.

Asentí como si pudiera verme.

—Te la daré cuando nos veamos, Dana.

Se sorbió con fuerza la nariz.

—Está bien.

Su poco entusiasmo me dejó claro cuán triste estaba.

—No encontré la muñeca y tampoco la agenda —comenté a modo de advertencia—. Llamé a la clínica y nadie supo lo que pasó con ellos.

Alguien gritó a su lado casi en el mismo instante que otro tocó el claxon. La imaginé cerca del jardín de la ciudad, a unos metros del edificio del hospital donde se encontraba nuestra madre.

—Tal vez lo lanzaron al cubo de basura, Cora.

Su afirmación carecía de emoción, conocía el apego de nuestra madre a esos dos objetos los últimos años. Nunca los soltaba, fuera donde fuera en la clínica, los llevaba consigo.

—Tenía esperanza de encontrar algo en ellos, Dana.

El sonido del agua dibujó una fuente imaginaria en mi mente.

—Los caminos de Dios son inescrutables, Cora.

No comprendí su frase.

—Lo siento, no estoy bien, necesito ir al convento, Cora.

Se despidió a toda prisa, sin darme la oportunidad de poder hacer lo mismo con ella. Tal cual como Michael de mañana cuando recibió una llamada de emergencia de su trabajo.

—Necesitas estar a solas contigo misma, Dana.

Como yo...

Cogí el bolso y me fui a la revista, donde Thomas soltó una nueva noticia acerca del caso de la familia von Osthaus. Apenas puse el bolso en su sitio, junto con Sandra y Elsie, ladró eufórico:

—Evelyn no mató a sus padres por amor, sino por la herencia.

Lo miré de soslayo.

—Y su hermano se salvó al huir del castillo a tiempo —acotó Elsie con la taza de café a medio camino—. Si todo hubiese salido bien como ella tenía en mente, el siguiente a morir sería su cómplice —hizo unas camillas en el aire—. Su eterno amor.

Se supo con los años que ambos terminaron la relación cuando Evelyn intentó convencer a las autoridades de que Daniel la manipuló a su antojo. Sin embargo, más de un psicólogo aseguró que Daniel fue el títere, no ella.

—Andreas se quitó la vida —convino Thomas, entristecido—. Huyó del psiquiátrico —agregó con la vista en la de Sandra—. Donde fue internado cuando cumplió los veinte o veintidós años, no se sabe a ciencia cierta la edad.

Desvió la mirada hacia mí.

—Y nadie supo nada más de él desde su ingreso.

Su hermana supo dónde fue sepultado, por quién o cómo era todo un misterio.

—Cora, ¿averiguaste algo más sobre tu profesora de primaria?

Había hecho mis propias averiguaciones, pero no tenía muchos medios más que los profesionales.

—No, pero seguiré en ello —prometí.

La profesora Agnes había muerto, en aquel entonces, no conocí a ningún familiar suyo, siempre la vi sola en su casa y fuera de ella. La única vez que estuvo con alguien fue con Andreas y en circunstancias muy extrañas.

—Hay muchos misterios por resolver —promulgó Sandra—. ¡Y eso aumenta nuestra popularidad!

Thomas le lanzó una mirada llena de asombro.

—¡A por más, chicos!

Me senté e inicié sesión en la computadora. El móvil sonó, era un mensaje de Michael.

«Espero que te gusten».

Fruncí el entrecejo al no entender su mensaje.

—Cora, te trajeron esto —anunció Diane—. Hace una hora más o menos.

Cogí la caja delicadamente envuelta con papel rojo y un lazo blanco alrededor. Sobre el moño había una pequeña tarjeta con una flor en un rincón que rezaba: Pienso en ti, todo el tiempo.

—Vaya, ¿todavía existen hombres románticos? —demandó Elsie—. M. B. —leyó las iniciales de Michael—. ¿Es el bombero guapetón?

Solo esbocé una sonrisa.

—Paul Bormann publicará nuevo libro —comentó Elsie desde su mesa—. Y hablará en él sobre la vida de Evelyn tras salir de la cárcel.

Thomas silbó.

—El escritor fantasma contraataca —subrayó Sandra de camino a su oficina—. ¿Cuándo sale el libro?

Abrí la caja y en lugar de encontrar los bombones que venían dentro, los originales, estaban los chocolates de mi infancia: Schogetten.

«Te acordaste, Michael».

Metí uno en la boca y lo saboreé con ansia.

«Nada mejor que un chocolate para alegrar el alma, Mein Engel».

Las mismas palabras que decía mi padre.

«Aunque un beso no estaría mal».

Me reí sin querer y todos posaron sus ojos en mí como si acabara de gritar un taco en holandés. Envié un último mensaje a Michael, en el preciso instante que entraba uno en mi buzón.

«Lo tomaré en cuenta, nos vemos más tarde, besos».

Al salir de la mensajería de Michael, vi de refilón el mensaje que entró de un número desconocido. Thomas llamó mi atención, pero lo ignoré, llevada por una fuerza superior a abrir aquel mensaje.

«Hola, Cora, soy Emil. Estuve pensando en lo que hablamos y creo que es momento de enterrar a los muertos que persisten en vivir».

Toda la piel se me puso de gallina.

«Te espero la semana que viene en el pueblo, cerca de los rieles de tren».

La sangre se instaló en mis oídos y apenas me permitía escuchar otros sonidos.

¿Era el llamado del destino?



Aparqué la moto y cogí mis cosas de él antes de ir al lugar que Emil eligió para nuestro encuentro. También llevé conmigo el ramo de flores que compré para Perseo, al fin y al cabo, su tumba fue el río todo este tiempo. Frené los pasos antes de atravesar el bosque, nuestro amado bosque. Las voces de las personas a mi alrededor me sacaron de mis pensamientos. Me puse las gafas de sol y proseguí mi camino. El sol lamía todo a su alrededor y salpicaba entre las ramas el suelo. Levanté la vista y aprecié el efecto de las luces en las hojas. Sentí una enorme necesidad de inmortalizar aquella tela pletórica, pero me contuve, ya que me retrasaría. Visualicé el reloj, era temprano todavía, calculaba dos o tres horas de charla con mi excompañero de escuela, antes

de ir junto a Michael en el jardín de Hagen. Me quería dar una sorpresa, según él, mucho mejor que el del día anterior, cuando lo vi por primera vez con su uniforme de bombero tras un día ajetreado. No era una mujer pasional, pero debía reconocer que su aspecto bajo aquella ropa, me elevó a un nivel de excitación que tardó en calmarse en los brazos de él, vestido, todo el tiempo con su ropa de trabajo.

—Dios, parezco una ninfa insaciable —murmuré con pesar—. Ni Gerda sería tan cursi.

Ralentice los pasos al reconocer aquel rincón del bosque. La añoranza me abrazó con sus fríos brazos.

Peter...

No me acordaba de lo que comí el día anterior, pero incluso vendada sabría el sitio dónde estaba el cuerpo de Peter.

—Hola, amiguito —musité entristecida—. Nunca te olvidé.

Nunca lo haré...

Seguí descendiendo el empinado camino que conocía de memoria. A cada paso que daba, un recuerdo se asomaba a mi mente. Esbocé una sonrisa, una amplia, llena de nostalgia, pero no duró mucho, ya que evoqué las nuevas teorías conspirativas contra Andreas von Osthaus y la profesora Agnes, quienes ya no podían defenderse.

—Increíble —rezongué entre dientes.

Paul Bormann solo anhelaba impactar a las personas para así lograr mayores ventas de sus libros sobre el caso que persiguió toda su vida.

—La gente no para de sorprenderme.

Mi madre invadió mi mente y espantó a los demás de ella. No hubo cambio en su cuadro clínico, esta mañana, cuando fui a verla, me dio la sensación de que se movió, pero el médico me aseguró que solo fue un espasmo.

—Edda —nombré a la única prima que encontré en Facebook—. ¿Sabrá algo sobre Ester?

No volví a tener contacto con ella tras la muerte de nuestra abuela, eso hacía ya más de veinticinco años.

—Oh, Dios —musité al llegar hasta cierto punto del bosque—. Debes hacerlo, llegó el momento.

Jamás volví al lugar donde Perseo perdió la vida. Ni siquiera me acordaba bien de la última vez que pisé allí, solo fogonazos apagados por el dolor.

—Vamos, Cora —me animé—. Tal vez es el último deseo de Perseo como lo dijo Dana ayer.

Al otro lado estaba un hombre altísimo, de cabellos cobrizos y cuerpo fuerte enfundado en una camiseta azul cielo y vaqueros negros.

—Vamos, Cora.

No necesitaba adivinar quién era.

—Hola, Emil.

Se dio la vuelta casi a cámara lenta y me escrutó a través de sus gafas oscuras.

—Hola, Cora.

La sombra fresca se quedó atrás cuando di unos pasos hacia los rieles del tren, que ahora solo eran usados para paseos turísticos algunos días del mes.

—Es la primera vez que vengo aquí —admití con un dolor sordo en el pecho—. Tras la muerte de Perseo.

Les echó un vistazo a los rieles y después volvió a anclar la mirada en mí.

—Yo tampoco volví tras mudarme a Ennepetal hace unos doce años más o menos.

Cuando estuvimos cerca el uno del otro, me tendió la mano a modo de saludo y tras unos segundos la estreché, pero sin mucho entusiasmo.

—Sigues enfadada.

Era una afirmación muy acertada.

—Sí.

Se rio y los hoyuelos tan característicos de su cara aparecieron en sus mejillas. Nunca volví a ver unos parecidos a ellos después de los suyos.

—Era un crío idiota, Cora.

Tenía las manos en los bolsillos de los pantalones y la mirada en la mía. No podía ver a través de los cristales oscuros de sus gafas, pero la posición de su enfoque me daba una idea.

—Te pido disculpas.

Bajé la cabeza.

—Porque a Perseo ya no puedo pedir.

Me quedé mirando el ramo de flores que elegí para Perseo y después volví a mirarlo a él.

—Nunca es tarde —repetí las palabras de Michael—. Para muchas cosas, Emil.

Retiré una flor del ramo y la alargué hacia él.

—No, nunca, Cora.

Nos acercamos al río y en un silencio cómplice lanzamos las flores en memoria de Perseo. Permanecemos en un mutismo sepulcral durante unos minutos que él rompió:

—Ingolf lo vio, Cora.

Toda la piel se me puso de gallina.

—¿Cómo dices...?

Emil bajó la cabeza.

—Vio a Perseo —repuso sin levantar la cabeza—. El día que murió, Cora.

Una lágrima atravesó mi mejilla lentamente.

—¿Dónde, Emil?

Alzó la vista para buscar mis ojos.

—¿Dónde lo encontró?

Se volvió hacia los rieles y con la mano indicó el lugar que Ingolf, años atrás, aseguró ser el sitio donde vio a Perseo, bañado en sangre.

—¿Bañado en sangre? —repetí sin voz—. ¿Cómo así...?

Flashes brillaron como relámpagos en plena tormenta en mi cabeza hecha un verdadero hervidero de imágenes sin sentido. Algunos en colores, otros en blanco y negro.

—Ingolf nunca hablaba cuando estaba limpio —apostilló con timidez—. Pero cuando estaba en el auge del éxtasis —se desplazó hacia los rieles—. Venía aquí a encender una vela en memoria de Perseo.

Seguí sus pasos y me quedé contemplando el lugar que Emil señaló al acucillarse.

—Aquí —rozó el hierro caliente—. Su cabeza estaba en esta parte... —le costó tragar la saliva—. Había un charco de sangre debajo de la cabeza.

Reviví aquel día como si fuera ayer. Nunca mencioné a nadie lo que pasó el día anterior a su muerte, el día que discutimos por algo que él me contó.

—Cora, no puedo asegurarte nada, pero tal vez, Perseo vio algo que no debía y por eso... —se puso de pie sin terminar la frase—. Todos estos años pensé en esa posibilidad.

Di un paso hacia atrás al comprender el trasfondo de sus palabras.

—¿Crees que...?

Buscó mis ojos.

—Solo te cuento lo que sé, lo que Ingolf desveló cuando no tenía ningún control sobre sí mismo —espetó en tono ofuscado—. Un secreto que lo atormentó hasta el último día de su vida. Negué con la cabeza.

—No, Perseo se tropezó y cayó al río, Emil —afirmé con un temblor en la voz—. Llovía mucho y por eso se resbaló y... —puso la mano en mi hombro—. ¡No lo mataron! —lo aparté de mí.

Perseo siempre corría y la lluvia lo hizo perder el equilibrio aquel día. Era la única explicación lógica.

—Se tropezó... —ladré en tono fúrico—. Aquí —señalé el lugar—. Y al recuperarse de la caída, se mareó y... —llevé el puño a la boca—. Y... —hipé— se fue... —sollocé.

Emil puso la mano en mi hombro.

—Lamento no poder darte más respuestas, Cora.

Pese a todo lo que investigó, ya nada quedaba del caso, nada. Y los que conocían la verdad ya no podían hablar.

Porque todos estaban muertos...

Treinta y uno

Perseo

Ojos en el bosque

Hattingen, octubre de 1992

El dedo de mi abuelo levantó mi barbilla con mucho cuidado. Sus ojos buscaron los míos con aquella expresión de perro abandonado. Me encontró anegado en lágrimas cuando llegó del trabajo, una hora después de mi huida. Nunca pensé que el tío de Cora pudiera ser tan malvado como lo eran en los dibujos animados o en las películas. El recuerdo de lo que vi me instó a apartar la cara de él, gesto que lo obligó a sentarse en el borde de la cama. Estaba preocupado, podía notar, aunque no sabía si era solo por mi actitud o por algo más. Llevaba unos días sin apenas probar bocado y casi no hablaba durante las comidas. El año pasado estuvo igual cuando varios de sus compañeros de trabajo fueron despedidos por la fábrica.

—¿Por qué llorabas, pequeñín?

Ni siquiera me animaba a recordar lo que presencié en el bosque.

—Solo estoy triste, abuelo.

Quería preguntarle si lo que vi era normal, pero no podía, tenía miedo y también vergüenza.

—¿Te peleaste con Cora?

Negué con la cabeza.

—¿Con algún compañerito?

Ingolf no volvió a molestarme y Emil tampoco.

—No, abuelo.

Levantó la ceja en un gesto de desconfianza.

—¿No me estás mintiendo, Perseo?

El corazón me latía muy deprisa en el pecho.

—No, abuelo.

Odiaba tener que mentirle, pero no podía hablar.

—Has perdido peso —agregó al deslizar el dedo por mi nariz—. ¿Ya no quieres crecer?

Quería crecer muchos centímetros para poder defenderme mejor y también para proteger a Cora en el futuro.

—Comeré más, abuelo.

Cubrió mi mano con la suya y su piel áspera me hizo cosquillas en el dorso. Lo miré a los ojos con un ardor en el pecho, el mismo que sentí cuando el padre de Ingolf y el tío de Cora me amenazaron.

—Tu mirada me recuerda mucho a la de tu madre, Perseo.
Pocas veces la mencionaba, pero cuando lo hacía, toda su cara cambiaba, incluso parecía más joven y feliz.
—¿La echas de menos?
Apretujó mi mano con cariño.
—Todos los días, Perseo.
Y de pronto se puso otra vez triste, siempre le sucedía cuando hablaba de ella.
—¿Abuelo?
Levantó la mirada.
—¿Sí?
Carraspeé.
—¿Cómo se llamaba mi mamá?
No sabía si quería sonreír o llorar.
—Anne.
Sonreí.
—Es bonito, abuelo.
Asintió con una expresión pesarosa.
—Sí, lo eligió tu abuela.
Se puso de pie y me cubrió con la manta de lana que olía a naftalina. Me encantaba ese aroma, lo asociaba al frío. Me acomodé mejor sobre la almohada.
—Hora de dormir, pequeñín.
Balanceé la cabeza en un asentimiento.
—¿Abuelo?
Encendió la luz de la mesita de noche antes de apagar la central.
—Dime.
Uní las manos sobre la manta y entrelacé los dedos con la vista en su cara todo el tiempo.
—¿Conoces al tío de Cora?
Mi demanda lo instó a pensar.
—No, solo de vista.
Entre murmullos agregó que tampoco conocía muy bien al padre de Cora. Volvió a mencionar La Stasi, pero su tono severo al evocarla, me indicaba que no era algo bueno.
—¿La Stasi es una señora o un señor, abuelo?
Se rio por lo bajo antes de corregir la pronunciación correcta de: La Stasi.
—Eres muy pequeño para entender ciertas cosas, pequeñín.
Volvió a sentarse a mi lado y apartó el flequillo de mi frente con mucho cariño.
—¿Recuerdas a mi mejor amigo de infancia, Perseo?
No me acordaba del apellido, pero estaba casi seguro que se llamaba Erich.
—Sí, abuelo.
Se cruzó de brazos en busca de un poco de calor. Por aquellas horas hacía mucho frío, ya que la chimenea solo caldeaba el salón y parte del pasillo, pero no las habitaciones.
—La Stasi le quitó a su único hijo —declaró muy pesaroso—. Y él no soportó el dolor —solté un gemido de pena—. Muchas personas sufrieron por culpa de La Stasi —afirmó en un susurro—. Algún día te contaré más sobre ellos.
Se levantó y besó mi frente.
—Dulces sueños, Perseo.
Giró sobre los pies y se aproximó a la puerta.

—¿Abuelo?

Me miró por encima del hombro con las cejas un poco arqueadas.

—¿Cómo se llamaba el hijo de tu amigo?

Le encendería una vela en la iglesia con Cora como todos los miércoles por la tarde con la ayuda de la profesora Agnes.

—Sois increíbles —masculló emocionado—. Se llamaba Marcel.

Apagó la luz y salió del dormitorio tras enunciar el apellido de su amigo, el que me parecía muy familiar, pero no lograba acordarme dónde lo escuché.

Marcel Neumann...



Pronto sería el cumpleaños de Cora y no sabía qué regalarle. Mi abuelo apenas tenía dinero para pagar nuestros gastos, algo le comento a la vecina el otro día, quien también mencionó lo difícil que estaba la situación en el país después de la Guerra Fría. Cuando le pregunté qué era, mi abuelo me lo explicó, pero me quedé todavía más confundido. Me costó comprender las palabras, últimamente, me costaba mucho concentrarme. Incluso, la profesora Agnes se dio cuenta, ya que el otro día me llamó desde el castillo, pero no la oí hasta que gritó mi nombre a mis espaldas. Me preguntó por qué estaba tan distraído, no podía contarle la verdad, porque tenía miedo de lo que podía pasar si lo hiciese.

—Hola, Perseo.

La voz de la profesora Agnes llegó a mis oídos y me hizo desviar la mirada del horizonte hacia ella. El viento de octubre desordenó su cabello y un aroma muy agradable asaltó mis fosas nasales.

—Hola, profesora.

Tenía un abrigo rojo con botones de madera y largo hasta las rodillas.

—¿Quieres una galleta?

Era de chocolate con relleno de chocolate.

—Sí, gracias.

Cogí una y la llevé a la boca con ansia.

—Es un día precioso, Perseo.

El cielo era del color de sus ojos y las pocas nubes que se veían a lo lejos parecían pedazos de algodón.

—Perseo, la profesora Fischer me habló de tu rendimiento.

Apartó un mechón de cabello de su rostro y lo colocó detrás de la oreja que tenía un pendiente de perla con una piedra brillante en el centro que brillaba bajo la luz del sol.

—Ya no son tan fáciles las tareas.

Elevó una ceja.

—Eres muy listo, Perseo —convino con firmeza—. ¿Qué tienes? Puedo ayudarte.

Abrí la boca para confesarle la verdad, pero en lugar de ello, dije otra cosa, que nada tenía que ver con lo que afligía mi corazón.

—El sábado será el cumpleaños de Cora y no tengo dinero para comprar un regalo, profesora.

No le mentía, también me tenía preocupado no saber qué regalarle y, ante todo, el hecho de tener que ver a su tío en la fiesta.

—Creo que puedo ayudarte con eso, Perseo.

La miré con ilusión.

—¿Cómo así? —demandé y sonrió.

Alargó la mano de dedos muy largos y uñas del color de sus labios y rozó mi mejilla con el dorso del dedo.

—Puede que te sirva, Perseo.

Bajamos las escaleras del castillo y nos encaminamos a su casa que prácticamente estaba detrás. Al cruzar el portón de madera de color blanco, ramas y flores marchitas crujieron debajo de mis zapatos. En el jardín había muchas hojas marchitas de distintos colores y jarrones sin ninguna flor.

—Adelante, Perseo.

Me quité los zapatos y calcé las pantuflas que me dio en el recibidor. La seguí hasta el salón apenas iluminado por la luz que venía de fuera. Un aroma muy suave se coló en mis fosas nasales cuando abrió el cajón de la mesita de café.

—El otro día estuve ordenando algunas cosas—anunció de rodillas sobre la alfombra grisácea que cubría todo el suelo—. Y encontré esto.

Cogí el cuaderno de tapa dura de color rosa oscuro con flores amarillas y una hebilla de metal en la portada que servía para cerrarla.

—Es un diario, Perseo.

Me guiñó el ojo con una sonrisa en los labios.

—¿Un diario?

Apretó la hebilla y lo abrió. Parecía un cuaderno normal, aunque las hojas tenían flores en la parte de arriba y abajo.

—Toda chica debe tener un diario, Perseo.

Me explicó lo que era y para qué servía. En él Cora podría escribir sus pensamientos y sentimientos, además de ideas o sueños. También fechas importantes o recuerdos inolvidables.

—Pero... —soltó al ponerse de pie—. Tengo algo más.

Me pidió que la esperase allí y eso fue lo que hice. Aproveché para revisar el diario con mucho cuidado para no estropear su cubierta.

—Es genial, profesora —me emocioné hasta el alma—. Puedo cortar el césped y recoger las hojas secas —propuse.

Abrió un armario que se encontraba en el pasillo y retiró algo de su interior con mucho cuidado. No podía distinguir qué era, ya que estaba oscuro.

—No es necesario, Perseo.

Volvió y entre sus manos traía un gato de peluche con una bufanda roja. Me puse de pie y contemplé el juguete con una amplia sonrisa.

—Lo hice yo, Perseo.

Abrí mucho la boca y los ojos.

—Vaya —exclamé anonadado—. Es igualito al que venden en la tienda de peluches.

Se rio entre dientes.

—Gracias.

Se acercó y me lo dio.

—Cora tiene mucha suerte de tener un amigo como tú, Perseo.

Volvió a acariciar mi cara con el dorso del dedo.

—Cora es muy buena, profesora.

Se sentó en el borde de la mesita al apartar el dedo de mí.

—Me recordáis un poco a mí y a mi mejor amigo en todo el mundo, Perseo.

Me senté en el sofá al lado del libro y abrazado al peluche que olía muy bien, olía como ella.

A fresa y rosas...

—¿Tuvo un mejor amigo, profesora?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y la punta de la nariz se le enrojeció. Se puso muy triste al acordarse de su amigo, tal vez ya no lo eran o, peor, pudo haber muerto.

—Éramos inseparables —alegó con una voz mucho más ronca que minutos atrás—. Como tú y Cora.

Se sorbió la nariz al bajar la cabeza.

—¿Y qué pasó de él?

Cuando levantó la cabeza, una lágrima atravesó su mejilla lentamente. Se la secó con el dorso de la mano antes de volver a mirar sus manos entrelazadas.

—Alguien le hizo mucho daño y nunca volvió a ser el mismo, Perseo.

Evoqué a Ingolf y a su padre.

—¿No puede curarlo, profesora?

Clavó los ojos acuosos en los míos acompañados de una sonrisa triste. Movié la cabeza en un gesto negativo y después se puso de pie.

—No, Perseo.

También me puse de pie.

—¿Por qué no?

Dejó caer la mano en mi hombro en el preciso instante que una lágrima rodaba por su mejilla.

—Lo que tiene es incurable.

Se secó la lágrima con el dorso de la mano.

—¿Te gustaría tomar un chocolate caliente conmigo, Perseo?

No podía explicar lo que sentía dentro, pero me dolía mucho el pecho. Siempre me pasaba cuando las personas se ponían triste.

—Sí, me encantaría.

Tendió la mano hacia mí.

—Ven, vamos a la cocina, Perseo.

Pasamos cerca de un mueble blanco repleto de bolas de cristal y portarretratos. En uno de ellos vi la foto de dos niños en un jardín repleto de flores amarillas.

—¿Ese es tu amigo?

Se detuvo y siguió el curso de mi mirada.

—Sí, es él.

Entre ellos estaba un perro de color caramelo con un collar azul y la lengua fuera.

—Ese es Bob —indicó al perro con el dedo—. Y ese es mi mejor amigo.

Me miró por encima del hombro con una expresión mucho más tranquila.

—¿Cómo se llama?

Volvió a fijar la vista en la foto.

—Andreas.

El hombre del zoo...

Al lado vi una foto de ella y otro niño junto al perro. La miré de reojo curioso y ella sonrió.

—Era mi hermano mayor.

Se puso triste y cuando habló supe por qué.

Su hermano murió...

Treinta y dos

Cora

Huellas del destino

Hagen, agosto de 2023

El pitido de las máquinas fue la única respuesta que obtuve de mi madre cuando le saludé. No habría mucha diferencia si no dependiera de ellas para hablar. Aunque debía reconocer que me costaba menos dirigirle la palabra, no tenía ese miedo constante que me persiguió durante toda mi vida. Me quedé allí, en silencio, contemplándola. Los últimos años hice lo mismo cuando la visitaba en el psiquiátrico. A veces, incluso, salía de la habitación sin articular una sola palabra. Incapaz de formar una mera frase o pregunta. Tal cual como pasaba el día de su cumpleaños desde la muerte de mi padre. Había un abismo enorme entre las dos, tal vez desde que nací o, quizá antes mismo de mi concepción.

—No sé qué decirte, mamá.

Apoyé mi cuerpo en la pared y me quedé allí en un silencio atronador, ensimismada en mil cosas y a la vez en nada concreto.

—Dana vendrá más tarde.

No trataba mejor a mi hermana, pero fue más cariñosa o más atenta con ella, al menos hasta que la razón la abandonó.

—Vi las fotos —comenté en un susurro—. Y le escribí a Edda, la hija de tu hermana Maura —asentí—. ¿La recuerdas?

No era capaz de acordarme de una sola visita de ella, aunque Dana mencionó un par, quizá ya cuando estaba casada con Manuel.

—Gerda, mi amiga, suele decir que algunos asuntos inacabados nos atan a un plano y que debemos terminarlos para lograr encontrar el portal al otro.

Enarqué una ceja al analizar mejor las palabras que acababa de emitir. Justamente, yo, la reina del escepticismo.

Vaya ironía...

Sin saber por qué lo hacía, me acerqué a ella y la contemplé fijo.

—¿Recuerdas a Perseo?

Las palabras, como si tuviesen vida propia, salieron de mi boca a borbotones. Le relaté todo lo que tenía en la mente, las teorías, las posibilidades y la única prueba fehaciente que tenía.

—No sé cómo, pero puedo sentir su aroma, mamá —declaré recelosa—. El único aroma que he podido apreciar en toda mi vida.

Sus constantes eran acompasadas, no variaron, aunque un pequeño espasmo en la mano

me puso en alerta. No llamé a la enfermera, la última vez alegó que no era nada fuera de lo normal para un paciente en estado de coma.

—El aroma de Perseo me llevó a él —confesé con un nudo enorme en la garganta—. Y... tengo... mucho... —mordí el labio inferior—. Mucho miedo, mamá.

Ni ella, ni mi padre me creyeron en el pasado cuando les aseguré que podía sentir el aroma de Perseo. Y Olga, mi excuñada, necesitaría de pruebas y tales solo serían posibles con la presencia de Perseo.

—No puedo explicar la sensación o compararla con nada —reconocí en un susurro—. Pero es muy agradable, intenso y único.

Rocé sus dedos pálidos con cautela, la misma del pasado, las pocas veces que me atreví a hacerlo. La única vez que no rechazó mi contacto fue en el sepelio de mi padre, la primera y la única vez que me cogió de la mano.

—Perseo fue mi única fuente de cariño —confesé entre lágrimas—. El único que me quería de verdad... —el pecho me ardía mucho—. Y me hacía sentir especial.

Nadie más lo hizo, mi padre lo intentó, sin embargo, al final del arcoíris siempre me soltaba de la mano y me dejaba sola.

—Estuve un año sin hablar tras su muerte —tercié sin apartar los dedos de los de ella—. Tú nunca me abrazaste.

Fogonazos.

Retazos.

Fragmentos.

—¿Qué me pasó el día que murió Perseo? ¿Por qué nadie me habló de lo que pasó ese día? Dolor.

Pena.

Dudas.

—Y ahora ya nadie puede responder a mis preguntas, mamá.

Nadie lo hizo, era como si fuera invisible y toda atención fue dirigida a Dana. No me dieron una miserable migaja, ni un beso o un te quiero.

—Aprendí a sobrellevar mi pena sola —mascullé—. Por eso siempre escribía en el diario que Perseo me regalo —la amargura se extendió dentro de mí—. Te lo enseñé, pero como siempre, me ignoraste.

Me visualicé en un rincón del salón, en el alféizar de mi habitación, en el banco del jardín o en el pupitre de la escuela. Le contaba a Perseo lo que vivía sin él. Al inicio solo eran palabras sueltas con alguna pegatina que le hubiera gustado a él.

—Nunca usé los otros —señalé entre sollozos—. No eran especiales.

Me regalaron uno cada navidad, pero jamás pude escribir en ellos una sola palabra. No sería lo mismo, nunca sería lo mismo.

—Soñé durante años con volver a ver a Perseo —expuse mi secreto—. Las dos veces que intenté... —me costaba respirar—. No quería sentir ese vacío tan doloroso.

Tenía unos catorce años cuando robé de su habitación un frasco de aspirinas. Lo había visto en una película, pero lo único que conseguí fue un doloroso lavado estomacal. El segundo intento solo me dejó inconsciente durante tres días.

—A nadie le importó —tercié sin voz—. A nadie le conmovió.

Alejé los dedos de los suyos.

—A nadie —murmuré anegada en lágrimas—. A nadie.

Cogí mis cosas y salí del hospital como alma que lleva el diablo. No me detuve hasta

llegar al pueblo en Hattingen. Era casi las ocho de la noche, pero todavía era claro el día. Caminé por el bosque en busca de algo que no tenía idea de qué fuera hasta que de pronto, las palabras de mi terapeuta holística atravesaron mi mente.

¿Qué harías si te vieras con ocho o nueve años?

En aquel momento no conseguí visualizarme con esa edad. Fui incapaz de volver a ese tiempo. No podía hacerlo sin sentir dolor.

¿Qué le dirías a ella?

Todo el cuerpo me temblaba cuando abrí los ojos de par en par al oír con nitidez mi propia voz con ocho años de edad.

¿Qué le darías?

Giré el rostro lentamente hacia un lado y me vi a unos pocos metros. Pequeña, indefensa e inocente. Me acuclillé y le abrí los brazos. Dubitativa, tardó unos segundos en aceptar lo que nadie nunca le dio. Rompimos a llorar con toda el alma.

—Lo siento, Cora —gimoteé—. Lo siento mucho.

La envolví con los brazos con afecto maternal.

—Todo saldrá bien.

Lloraba con mucho desasosiego.

—Porque eres muy valiente.

Cerramos los ojos.

—Y muy fuerte.

Se apartó de mí y plantó un beso en mi mejilla bañada de lágrimas.

—Tú también, Cora —declaró con una sonrisa—. No lo olvides nunca.

Salió corriendo sin mirar atrás y desapareció bajo las últimas notas de luz del sol de aquel día. Una ráfaga de calor rozó mi rostro y envió una sensación indescriptible a mi corazón.

Gracias....

El móvil sonó, era Michael. Solté un gemido al acordarme de nuestro encuentro en Hagen. Como alma que lleva el diablo, nunca mejor dicho, me dirigí al parque. No tardé mucho, estaba a menos de veinte kilómetros de allí. Los gritos resonaron en mis oídos cuando cruzaba el pequeño puente de madera y se unió al sonido del chorro de agua que caía en el estanque a un costado repleto además de patitos. Busqué a Michael con los ojos, era imposible no verlo, medía más que cualquiera en aquel lugar.

—El monumento —leí el mensaje que envió—. Allí —divisé.

Bajé por un camino de árboles frondosos y salpicado por luz amarillenta del sol. Me detuve en seco cuando un perro color caramelo de tamaño respetable obstaculizó mi camino.

—Hola, guapo —saludé.

Ladró y corrió cuesta abajo.

—¡Simón! —chilló un niño—. ¡Corre!

La visión se me empañó lentamente al oír aquella voz tan familiar. Di unos pasos hacia adelante y frené de golpe al ver a un niño de espaldas de pelo castaño claro con la visera de la gorra del revés.

—¡Coge la bola, Simón!

Una lágrima rodó por mi mejilla lentamente.

—¿Perseo?

Él se dio la vuelta al escucharme y temí perder la consciencia.

—¡Peter! —gritó Michael y el niño lo buscó con la mirada—. ¡Cora! —sonrió de oreja a oreja—. Ey, ¿pasa algo, Mein Engel?

Temblaba mucho cuando me envolvió con sus fuertes brazos.

—¿Tu madre?

Peter me miraba curioso al otro lado, podía verlo por encima del hombro de su padre, de Michael. Le hablé de mi madre, sin detalles, pero él dedujo que mi estado anímico se debía a ello y no a lo que, tal vez, acababa de descubrir.

—Oh; Cora, te presento a mi hijo, Peter.

Me aparté y Peter se acercó un poco intimidado.

—Hola, Cora.

Me acuclillé con el corazón en un puño.

—Peter, hola.

Me contempló con extrañeza.

—Salúdala, hijo.

Intenté controlar el temblor de mis labios, pero no pude, me fue imposible.

—Hola, pequeñín.

Lo vi tragar con fuerza antes de aceptar mi abrazo.

—Mucho gusto, Cora.

Rodeó mi cuello con los brazos y todo mi ser se estremeció.

—El gusto es mío, Peter —gimoteé y me preguntó si estaba triste—. No, pequeñín —asintió—. Solo un poco sorprendida.

Las ramas de los árboles se mecieron y emitieron una melodía similar a la que resonó el primer día que vi a Perseo en el pueblo, a unos metros de mí y mi padre con su abuelo.

—Te eché de menos —farfullé para mí misma—. Mucho.

Y a diferencia de su padre, él no olía a nada para mí. Busqué a Michael con la mirada casi con desesperación al comprender por qué, porque no era Perseo.

No era su padre...



Siete días.

Una semana.

Una eternidad.

Tenía el cuerpo agarrotado y el alma hecha trizas. No era capaz de distinguir si estaba feliz, aturdida o triste. No conseguía levantarme de la cama desde que conocí a Peter y la verdad detrás de Michael. Una lágrima, una más, rodó de mi ojo y se deslizó por mi nariz. Estaba en posición fetal y mirada empañada clavada en la puerta acristalada del balcón. Los pájaros, los colibríes y mariposas aleteaban al ritmo de mi corazón.

—Es Perseo.

La voz de Gerda me sacó de mi trance.

—Michael es Perseo.

Temblé como si tuviera mucha fiebre y estuviera desnuda en la nieve.

—No lo sé —musité entre lágrimas— No puedo probarlo.

Se sentó en la cama y cogió mi mano entre las suyas. No la miré, no podía.

—La intuición es la voz de Dios, Cora.

Su aroma era la prueba.

—Perseo está muerto —soltó firme y la miré ceñuda—. Para todos —acotó sin cambiar la

modulación de su tono—. Ahora es Michael.

Era cierto, Perseo estaba muerto legalmente.

—¿Cómo eso es posible, Gerda?

Su expresión se desencajó.

—No lo sé, pero tal vez él pueda ser la fuente de todo.

Llevaba días sin hablar con él, no sabía cómo enfrentarme a la realidad paralela que él desconocía por completo.

—Tiene una madre —evocó Gerda— y un padre que todo indica ser agente de La Stasi.

Aparté la mano antes de sentarme en la cama. Aparté el cabello de la cara y compuse una mueca de estupefacción al desentrañar su insinuación.

—¿Crees que su madre...?

Enarcó una ceja.

— La pregunta correcta, Cora, es, ¿quién es su madre?

Una punzada en el pecho me hizo gemir de dolor.

—La clave podía estar en ella, Cora.

Puse la palma en el centro del esternón para calmar mi músculo vital. Un pinchazo en la muñeca me instó a fruncir el entrecejo.

—Su madre se llama Anne —enuncié—. Anne Bauer.

Me preguntó por la madre de Perseo, pero no me acordaba de su nombre, ni siquiera si la nombró alguna vez.

—Es normal, los niños nunca mencionamos los nombres de nuestros pares, Cora.

Masajeé la muñeca.

—Tenemos que averiguar más... —la interrumpí con un ademán.

—¿Para qué?

Entrecerró los ojos.

—Michael no sabe quién soy.

Asintió con un guiño de ojo.

—No sabe ni quién es él de verdad, Cora.

Me costó tragar la saliva.

—No murió en 1993, pero algo pasó y afectó su memoria —convino al ponerse de pie—. Amnesia, lavados cerebral o algún shock postraumático. ¡Existen mil posibilidades!

Fracturas de recuerdos sinsentido asomaron a mi mente.

—Algo me pasó ese día, Gerda.

Me miró a los ojos.

—Por eso no recuerdo nada.

Era como si alguien hubiera borrado aquel día de mi mente.

—Solo me acuerdo de la pelea que tuve con Perseo y nada más tras ello.

Nada.

—Me dijiste una vez que soñaste estar en un hospital muy lastimada, Cora.

Me vi a mí misma en la camilla con moratones horribles en la cara.

—No sé si fue real, Gerda.

Volvió a sentarse y a coger mi mano.

—Lo viste cuando hiciste aquella sesión de desbloqueo.

Nunca antes de ese día.

—Podría ser un recuerdo bloqueado, Cora.

Tragué en seco.

—Tal vez sufriste un accidente o un ataque —enmarcó en tono sombrío—. Dios, nadie puede aclararnos estas dudas, ¿verdad?

Negué con un cabeceo.

—Nadie, Gerda.

Había averiguado sin éxito.

—Michael.

La miré.

—Él es la clave.

Cogió mis manos.

—¿No es una locura, Gerda?

Compuso una mueca que no sabía cómo interpretar.

—Podría ser, pero todo indica que no, Cora.

La pena estrujó mi corazón y la ilusión acarició mi alma al mismo tiempo. Clavé la mirada en la suya.

—Estás enamorada de él, Cora —declaró con firme convicción—. Por si no lo sabes —temblé—. Tu primer amor —suspiró hondo—. Es indescriptible, Cora, ¡un milagro! —me estremecí una vez más—. *Un regalo.*

Un enigma...



Se puso de pie y cogió su bolso del sillón. Me miró de reojo y me hizo una señal con la cabeza. Me puse de pie tras darle un sorbo al café.

—Me prometiste un paseo en moto, Cora.

Tomé mis cosas y nos enfilamos a la puerta.

—Y hoy es el día, Gerda.

Era su primer día en la tienda de ropa de Hagen, la misma cadena, pero con mayor salario. Se postuló para el puesto y lo ganó sin mucho esfuerzo, ya que fue la única que se presentó.

—Tal vez me cruce con Michael.

Bajamos las escaleras lado a lado.

—Es muy agradable a la vista, Cora.

Nunca me crucé con él en todo este tiempo, ni antes de la entrevista y eso que vivía a pocas cuadras del edificio donde trabajaba.

—Ya —modulé sin emoción—. Puede.

Gerda rodeó mi hombro con su brazo musculoso. El gimnasio le cambió bastante el físico este último tiempo.

—Es broma, Cora.

Plantó un beso en mi mejilla.

—Si lo veo te avisaré.

Me guiñó el ojo.

—Te lo prometo.

Era su manera de presionar o manipular. Deseaba que actuara y tomara las riendas de la situación, pero ese tipo de juego psicológico no funcionaba conmigo. Nunca lo hizo.

—Iré a ver los vaqueros —anuncié al abrir la puerta del edificio—. Necesito unos nuevos.

Se rio por lo bajo.

—Hay ofertas en la sesión Outlet, Cora.

No gastaba mucho por ropa y no me importaba de qué temporada era. Siempre y cuando me gustase lo compraba. Algo que mi exmarido odiaba en mí, ya que tomaba mucho en consideración las marcas. Cosa que escapaba de mi entendimiento.

—Me compré unas camisetas muy chulas por la mitad de la mitad de su precio, Cora.

Indicó la camiseta con los dedos.

—Es bonita, Gerda —expuse ensimismada.

Mientras se colocaba el casco que le ofrecí, cogí la llamada de Thomas. La tercera solo esa mañana y ninguna de Michael o de Dana.

—Hola, Thomas.

Gerda se acomodó en el sidecar entre gemidos pueriles de alegría. Sonreí.

—La mejor amiga de Evelyn von Osthaus murió en el año 2010, Cora.

Después de saludar, arrancó atropelladamente con aquella noticia, la que puso mi corazón en punto muerto, ya que Emil, días atrás, averiguó sobre la profesora Agnes, quien murió en el mismo año.

—¿Coincidencia, Cora?

Hablaba de la profesora Agnes.

—No lo sé, Thomas.

Andreas von Osthaus y la profesora Agnes estaban muertos. Solo ellos conocían la verdad y Evelyn, claro estaba.

—Mal momento.

—Sí, Thomas.

—Nos vemos más tarde, Cora.

—Nos vemos.

Colgó, dejándome al borde de las emociones. Un mensaje entró y cuando vi quién lo enviaba, todo mi cuerpo se estremeció.

«Solo quería desearte un buen día».

Era Michael.

—Es él ¿verdad?

No estaba todavía preparada para contestar.

—Tenemos que irnos.

Negó con la cabeza.

—¡Señales del universo!

Ignoré su comentario, pero no lo que sentí al leer el mensaje de Michael, quien, pese a mi decisión de alejarme un tiempo, seguía allí.

Paciente...

Llegamos a Hagen media hora después y en lugar de ir a la revista, fui a la tienda a ver los vaqueros en la tercera planta de la tienda. Gerda me habló de señales, de pistas y otras cosas relacionadas con el destino. Pero no conseguía prestar mucha atención en ella, mi mente seguía muy atribulada.

—Nos vemos, Gerda.

Subí la escalera eléctrica.

—¡No ignores las señales!

Moví la mano en el aire.

—¡Te quiero igual!

Subí la siguiente escalera y me dirigí a la sección de pantalones femeninos. Por aquellas

horas no había mucha gente. El móvil sonó, era el médico de mi madre. Temí lo peor, por lo que cogí la llamada al instante.

—Buenos días, doctor.

Hablamos largo y tendido sin apenas percibir el paso del tiempo. No hubo mejoría en el cuadro clínico de mi madre, sin embargo, tampoco empeoró. Caminé por el piso solitario como si fuera mi casa. Cogí un par de vaqueros de mi talla y los colgué en el brazo tras colocar los auriculares inalámbricos. Metí el móvil en el bolsillo de los pantalones y seguí mi búsqueda, atenta todo el tiempo en el médico.

—¿Eso podría funcionar?

Habló de un tratamiento, pero no era experta en medicina para saber si funcionaría o no y, pese a su explicación minuciosa, necesitaba adentrarse más en el procedimiento.

—¿Qué está pasando?

Las luces empezaron a parpadear de un momento a otro. Algo estalló en la planta inferior con tanta furia que atravesó mis auriculares.

—Dios mío.

Colgué a toda prisa, sin saber lo que pasaba, ignota del tiempo que transcurrió desde que cogí la llamada. Corrí hacia las escaleras inmóviles y me sorprendí al ver una bola de humo del color de la ceniza.

—¿Qué está pasando?

Las alarmas de incendio pitaban tan alto que apenas era capaz de oír mis propios pensamientos. En medio de los sonidos atronadores, mi nombre flotó, era Gerda. Me tapé la cabeza con la capucha para protegerme del humo y bajé las escaleras a toda prisa, pero no la suficiente para lograr huir de las llamas del segundo piso. El corazón chocó contra las costillas con violencia y la sangre latía enfurecida en mis oídos. El pánico se apoderó de mí y no sabía qué hacer. Ni siquiera me moví, absorta en los sonidos, en las imágenes y en el terror que me calaba hasta los huesos.

—¡Cora!

Una voz lejana llegó a mis oídos, pero no sabía de qué parte mismo o de quién podía ser.

—¡Cora!

Me cogió en brazos con tanta firmeza que apenas fui capaz de darme cuenta del gesto. La visión se nubló, no debido al humo, sino al miedo que sentía.

—Ya estás a salvo, Cora.

Enfoqué la vista empañada en la persona que me salvaba de la muerte. Llevaba un casco y un uniforme que no conseguía reconocer.

—Gracias —sollocé en un hilo de voz roto—. Gracias.

Bajábamos una escalera, no era capaz de averiguar si era o no así, pero por la forma que descendía, creía que así lo era.

—No tengas miedo, Cora.

Una lágrima rodó de mi ojo al reconocer por fin a la persona que me salvaba.

—Michael.

Me miró a los ojos con ternura.

—Soy yo, Cora.

Y fue en ese preciso instante que logré escuchar a mi corazón, a escuchar la verdad que me negaba a creer por culpa de la lógica.

—Si, eres tú... —resollé.

Su mirada se empañó, pero no ocultó la verdad detrás de ella.

Eres tú, Perseo...

Treinta y tres

Perseo

El regalo perfecto

Hattingen, octubre de 1992

L lamé a la puerta de la casa de Cora con un nudo en la garganta. Tenía mucho miedo de su tío, pero al mismo tiempo un enorme deseo de estar con ella en su cumpleaños como le prometí ayer cerca del castillo. Debía resaltar que, además de amenazar con romper conmigo, juró que aceptaría la propuesta de matrimonio de Daniel de la película: Karate Kid. Casi perdí el habla cuando mencionó la llamada que le hizo él desde la casa del señor Miyagi. Al principio tuve mis dudas al respecto, pero cuando su prima Edda lo confirmó, le creí al cien por cien.

¡Era un rival invencible!

La puerta se abrió y las voces llenaron mis oídos. Sus primos, los niños del vecindario y algunos compañeros de la escuela corrían por el salón en medio de los adultos.

—Hola, Perseo —me saludó su padre—. Bienvenido.

Vacilé al ver a los demás niños junto a Cora con ropa cara y zapatos bien lustrados.

—¡Perseo! —gritó Cora al verme—. ¡Perseo!

Empujó a los que la rodeaban con poca delicadeza y se acercó a mí a grandes zancadas. Llevaba puesto un vestido rojo y medias blancas de encaje.

—Hola, Cora.

El cabello lo llevaba en una trenza.

—Hola, Perseo.

Nos quedamos frente a frente en un silencio camuflado por los gritos de los demás invitados.

—Para ti.

Le tendí la caja de cartón que me dio mi abuelo, envuelta por un papel rojo y un lazo dorado que había quedado de la última navidad.

—Gracias, Perseo.

Me acerqué un poco más y le di un beso en la mejilla.

—Felicidades, Cora.

Sus mejillas se ruborizaron.

—Muchas gracias, Perseo.

Su padre cogió la caja de regalo y Cora tomó mi mano para llevarme al salón junto a los demás niños.

—¡Hay muchas chucherías, Perseo!

Al ver la mesa repleta de dulces, por instinto, relamí los labios. Cora me invitó un par, justo cuando la voz de su tío llegó a mis oídos. No pude esconder el susto y Cora se dio cuenta de que algo me pasaba.

—No pasa nada —susurró—. Ya no.

Se refería a su secreto.

—No te preocupes, Perseo.

No podía confesarle lo que me pasó en el bosque.

—Sí —musité.

No podía, su tío me mataría, caso contrario.

—¡Hola, pequeña de tío!

Cora desvió la mirada hacia él.

—Hola, tío.

No giré la cabeza, me quedé allí, quieto y tembloroso.

—Hola, Perseo.

Era Petra.

—Hola —repliqué.

Me cogió de la mano y me llevó junto a otros niños para jugar con ellos. Cora había ganado legos increíbles y todos estaban montando cosas impresionantes.

—Mira, podemos hacer un reino, Perseo.

Cora me cogió de la mano antes de que pudiera hablar. Me tiró hacia ella con fuerza y me arrastró hacia la mesa de dulces otra vez.

—Es mi cumpleaños y debes estar conmigo, Perseo.

Siempre estaba con ella, quise decir, pero vi a su tío al lado de su padre y el mutismo se apoderó de mí.

—Mira, Perseo.

Me enseñó unos chocolates: Schogetten.

—¡Hala, Cora!

Cogió unos y los metió en los bolsillos de su vestido de pana de manga larga con detalles en blanco en la cintura y en las muñecas.

—Son para más tarde, Perseo.

Nos fuimos junto a los demás y empezamos a jugar. No había un solo juego, sino varios y participábamos en todos al mismo tiempo. Cora derribó el castillo de Petra, fingió que fue por accidente, pero mentía, la vi muy bien.

—Ya no quiero jugar —protesto Petra—. Eres muy tramposa, Cora.

Cora le enseñó la lengua.

—Mmm —gruñó Petra.

Cuando se alejó, nos pusimos a montar una casa con muros altos de color rojo. Dentro colocamos a los muñecos que bautizamos con nuestros nombres.

—Un día tendremos una casa, Perseo.

La miré fijo.

—Con muros rojos.

Me la imaginé.

—No me gusta el rojo, Cora.

Puso los ojos en blanco y refunfuñó molesta.

—Vale, serán azules.

Fruncí el entrecejo.

—No me gusta ese tono tampoco, Cora.

Se puso de pie y corrió hacia el pasillo que llevaba a su habitación. Volvió sobre sus pasos y me enseñó un libro de cuentos de hadas.

—Mejor esta casa, Perseo.

Era una casa en forma de bota.

—Hala, Cora.

Era la casa más bonita que había visto nunca.

—Pero, ¿dónde conseguiremos una bota tan grande, Cora?

Nos pusimos a pensar en algún método, pero cuando la voz de su tío rompió mi concentración, fui incapaz de pensar con claridad.

—¿Cápsula del tiempo? —siseó el padre de Cora—. Algo escuché o leí —parecía aburrido.

El tío de Cora se rio.

—Me pareció interesante, Martín —apuntó el tío—. Lo leí en un libro el otro día.

El padre de Cora no habló.

—Sería interesante meter los secretos más oscuros en la cápsula —vaticinó el tío—. ¿No, Martín?

El padre de Cora carraspeó.

—Todos tenemos secretos, Martín.

Cora me codeó.

—Treinta años —apostilló el tío—. Tres décadas después se descubre su interior.

El tono de su voz era raro, parecía divertido, pero también irónico. El padre de Cora apenas hablaba.

—Es interesante —expresó el padre de Cora—. Nostálgico.

Los niños gritaban cada vez más.

—Al abrir vuelves al pasado junto a las cosas que más te gustaron o fueron especiales para ti treinta años atrás —aseveró el tío—. No sería tan interesante en nuestro caso —se rio—. Al otro lado del muro no había muchas cosas especiales.

—Ya.

Curiosa, Cora le preguntó a su padre qué era una cápsula del tiempo. Cuando le explicó, una idea brilló en mi mente, como solía pasar en los dibujos animados.

—Ah —expresó Cora—. ¿Y para qué sirve eso, papá?

Su tío bebía algo de color rojo.

—Solo son recuerdos del pasado, cielo.

—No es tan emocionante cuando la entierras —afirmó su tío—. Pero cuando la abres años después todo cambia —sonrió—. Eso dicen.

Enumeró un par de objetos que se podían meter en la cápsula: juguetes, libros, fotos e incluso dulces, aunque estos ya caducarían, podrían valer mucho al igual que las monedas o sellos postales.

—Ah —susurró Cora, interesada.

Solo en ese momento noté algo que me parecía que nadie más lo hacía: la madre de Cora no estaba presente.

—Coges cosas importantes y las introduces en un recipiente —declaró su tío—. Lo envuelves o metes en una bolsa de plástico antes de enterrarlo.

La curiosidad de Cora no tenía fin, por lo que decidí ir al cuarto de baño con urgencia. El del piso de abajo estaba ocupado, por lo que decidí subir al del segundo piso.

—También está ocupado —gruñí.

Alguien cerró la puerta y me hizo dar un brinco de muerte en el pasillo. Como no pedí permiso para subir allí, impulsado por el miedo, abrí la puerta del despacho del padre de Cora y entré.

—Aquí no me encontrarán.

—Por fin te despiertas —soltó una mujer en un tono muy agresivo en el pasillo—. Un día al año no es mucho y podrías hacer un pequeño sacrificio.

Me escondí detrás del sofá por puro instinto.

—Fingir —catapultó la madre de Cora— Es lo que mejor hacemos los Hartmann.

Alguien abrió la puerta y la cerró con mucha violencia acto seguido. Después escuché golpes en ella acompañados de unos sollozos desgarradores.

—No entiendes —musitó sin dejar de llorar—. Nadie lo entiende... —más golpes—. ¡Nadie!

La música en el piso de abajo camufló sus gritos y su llanto. Pegué las rodillas en el pecho y respiraba lo más bajito posible.

—Yo... —jadeó en un gemido— fue mi culpa... —arañó la puerta—. ¡Por mi culpa ella murió!

¿De quién hablaba? ¿A quién mató?



Cora me regaló dos bolsas repletas de dulces y bocadillos para mi abuelo. Después de estar casi media hora detrás del sofá, por fin pude volver al salón. Pensé en lo que escuché, los adultos eran muy extraños. Decían cosas sin sentido, mi abuelo mismo lo hacía cuando bebía más de la cuenta algún fin de semana. Negué con la cabeza y me encogí de hombros al mismo tiempo. Me dirigí a mi casa a pasos lentos, todavía estaba claro el día, aunque bastante fresco. Me volví hacia el bosque y, pese al temor que tenía, decidí tomar el camino de meses atrás. No había nadie, el tío de Cora estaba en su casa y el padre de Ingolf vivía al otro lado, por lo que no habría problema. Un ladrido me instó a frenar los pasos de golpe. A unos metros de mí, estaba la bruja del bosque con su perro, sentada sobre un tronco caído y un poco cabizbaja.

—¿Esta triste?

Desde el día que me defendió del padre de Ingolf, ya no la veía con los mismos ojos. Mi abuelo solía decir que no siempre las personas eran lo que aparentaban. Tal vez ella no era tan mala como supusimos meses atrás con Cora.

—Hola.

Se volvió hacia mí y me lanzó una mirada muy triste.

—Perseo.

Nunca me saludaba, solo decía mi nombre.

—Hola —saludé a su perro—. ¿Por qué lloras?

Sus gimoteos se debían al hambre que tenía hacía días.

—¿No tenéis comida?

En casa tampoco sobraba mucho, pero por lo menos comíamos todos los días las horas necesarias.

—La mujer que me daba trabajo murió.

Limpiaba casas por día, pero últimamente apenas tenía oferta laboral, no sabía qué era eso,

pero lo asocié con su falta de dinero.

—¿Te gustaría un poco de bocadillos y chucherías, señora bru...?

Me miró fijo durante unos segundos que me parecieron eternos.

—Schultz.

Era su apellido.

—Señora Schultz.

Le tendí las bolsas con recelo, pero cuando las cogió sentí un enorme alivio. Mi abuelo siempre me decía que hacer el bien daba paz al alma y al corazón.

—Gracias, Perseo.

Le dio un bocadillo a su perro y este lo devoró ansioso.

—Eres muy bueno, Perseo.

Me senté a su lado tras engullir el nudo que se me formaba cada vez que la veía.

—Tal vez la madre de Cora necesite a alguien para limpiar su casa.

Su vestido estaba muy desgastado y remendado. Sus botas desteñidas y su abrigo de puntos lleno de pelusilla.

—O la profesora Agnes.

Comió un bocadillo en silencio, atenta a su mascota y al suelo, donde tenía clavada la vista.

—Puedo averiguar.

Me miró de reojo con una media sonrisa que dejaba a la vista el hueco que tenía entre los dientes.

—Gracias, Perseo.

Ya no le tenía miedo, al contrario, me daba pena, mucha pena. Nunca la veía con nadie, solo con su animal y un par de leñas que solía juntar. Antes de Cora, yo estaba como ella en la escuela.

—Me tengo que ir.

Me puse de pie y ella también.

—Te acompañaré hasta tu casa.

Solo asentí.

—Gracias, señora Schultz.

Días después, la profesora la contrató para que limpiase su casa y a través de ella, otras profesoras.

—¿Para mí?

Me tendió una caja de chocolates.

—Por lo que hiciste por mí, Perseo.

Esbocé una sonrisa.

—Gracias, señora Schultz.

Me acarició por primera vez la cabeza.

—Elvira, llámame Elvira.

La bruja del bosque se llamaba Elvira...

Treinta y cuatro

Cora

La decisión del corazón

Hagen, agosto de 2023

Abrí los ojos con parsimonia, sin saber qué hora o día era, me encontré con una cabeza de cabellos castaños claros a unos pocos centímetros de mi mano en la camilla de hospital. No conseguía atrapar un solo pensamiento, todos eran confusos y nebulosos. Moví la mano con cuidado para no asustar a la persona que dormía sosegado a mi lado. No fui capaz de reconocerlo. Separé los labios resecaos y gimoteé un sonido sin emoción alguna, pero lo suficientemente alto como para que él lo escuchara. A cámara lenta, muy lenta, levantó la cabeza y desveló su identidad ante mí. Sus ojos empañados por el sueño o tal vez el cansancio, se tropezaron con los míos todavía sumergidos en una laguna de confusión.

—Mein Engel —musitó en un hilo—. ¿Cómo te sientes?

Parpadeé dos veces para lubricar las pupilas y apartar la legaña de las comisuras.

—Hola, Michael.

Las imágenes de lo ocurrido se agolparon en mi cabeza, una tras otra. Nubes cenicientas las cubrieron a medida que retrocedía en el tiempo.

—¿Y Gerda?

Puso su fuerte mano sobre la mía.

—Está bien —expresó divertido—. ¿Siempre habla mucho?

Me la imaginé haciéndole mil preguntas.

—Sí.

Asintió.

—Está bien, no le pasó nada.

Se puso de pie y cogió algo de la mesita. Después se acercó a mí con un pañuelo húmedo que se solía usar para desinfectar a los pacientes.

—¿Puedo?

Solo moví la cabeza en un asentimiento. Cauteloso, pasó el pañuelo en mi mejilla derecha, ignoto del tsunami que provocaba dentro de mí con ese simple gesto amable.

—Ya está.

Me enseñó el pañuelo manchado de un color grisáceo oscuro.

—Gracias.

Lo arrojó al cubo de basura.

—¿Nadie salió lastimado?

Llevaba los vaqueros azules y la camiseta negra con el logo del trabajo en el pecho. Era tan ceñida que parecía una segunda piel.

—Por suerte, nadie.

Se sentó en la silla y volvió a mirarme a la cara con su dulce expresión, la misma que siempre me dedicaba por las mañanas al despertarse.

—Por cierto, recuperaron tu móvil —declaró con la vista en la mesita—. No le pasó nada.

Seguí el curso de su mirada.

—Gracias.

Cogió mi mano y todo mi cuerpo se puso en alerta. No sabía si era solo por la emoción o el hecho de que sabía quién era.

Perseo...

Era la primera vez que lo veía tras ser consciente de quién era en realidad. Temblé al mismo tiempo que las mejillas se acaloraban.

—Lo más importante es que tú estés bien, Cora.

No tenía idea de cómo aquello era posible, ni qué pasó de verdad o quién estaba detrás de todo.

—Estoy bien, Michael.

No era cierto, como tampoco su nombre lo era, pero no podía enfrentar esto sin pruebas fehacientes.

—¿Y tú? —farfullé a modo de confidencia—. ¿Estás bien?

Exhaló un suspiro profundo.

—No lo sé, Cora.

Su respuesta franca me llenó de dudas.

—¿No entiendo?

Apartó la mano y esbozó una sonrisa carente de emoción.

—Yo tampoco, Cora.

Y entonces comprendí el trasfondo de sus palabras, el verdadero meollo de ellas. Me sentí incómoda, no tenía un argumento sostenible y mentir no era lo mío.

—Estábamos bien y de pronto... —expresó irónico—. Todo cambia sin qué ni para qué.

Crucé los brazos, gesto claro de autodefensa y protección de lo que sentía al oír sus inquietas palabras.

—Te dije que huyeras, Michael.

Se puso de pie de un salto y llevó las manos a la nuca con un resoplido cargado de tensión. Negó con la cabeza, parecía estar molesto consigo mismo.

—Dios —jadeó entre dientes—. Es tarde.

Las ventanas estaban oscuras, por lo que deduje que era tarde y pronto terminaría el horario de visitas.

—Para huir, Cora —afirmó reflexivo.

Me volví hacia él.

—No lo es.

Atrapó con furia el labio inferior y ahogó un tipo de gemido que no sabía si era de frustración o indignación.

—Para mí sí, Cora.

Abrí la boca para replicar, pero la voz de Gerda resonó en la habitación y la volví a cerrar. Michael se volvió y al verla debajo del umbral de la puerta, de manera inmediata, se despidió de mí con una sequedad innombrable.

—Oh, hola —lo saludó Gerda.

Se puso la chaqueta negra con el logo de su trabajo en la espalda. Me miró por encima del hombro, pero no habló, solo me miró.

—Hola —devolvió el saludo—. Hasta luego, mejor dicho.

Se retiró sin agregar nada más. Era tan él, tan cabezota como siempre lo fue en el pasado.

—Oops, ¿qué pasó?

Le lancé una mirada interrogante.

—Te conozco, Cora.

Negué con la cabeza.

—Nada.

Puso los ojos en blanco antes de acercarse a la camilla y tomar asiento con un suspiro lleno de fastidio.

—Eres tan odiosa cuando te propones, Cora —soltó iracunda—. Ese hombre te salvó la vida sin rechistar —escupió—. A pesar de que sus compañeros le alertaron de los peligros, ¡salió corriendo para salvarte!

Además, me acompañó en la ambulancia y estuvo más de siete horas a mi lado.

—Dios mío —murmuré bajito.

Gerda movió la cabeza y sus enormes pendientes se movieron a la par. No se quedó ni media hora, ya que el horario de visita llegó a su fin. Y como me sentía bien, a pesar de no tener el alta, decidí largarme a escondidas. Nadie se daría cuenta. Cogí un tren y me dirigí al centro. Lloviznaba, pero no me importó, solo quería llegar a un lugar lo antes posible.

—Hola.

El dedo pulsaba el botón del timbre con firmeza, tanta que la uña sin esmalte era casi blanca.

—Soy Cora.

Sin replicar, me dejó entrar en el edificio tras pulsar el botón. Empujé la puerta y subí las escaleras a pasos grandes. Al llegar al piso, con la mano en la perilla, el torso desnudo, los pies descalzos y la expresión facial severa, estaba él.

—¿Llego tarde, Michael?

Era una verdadera locura, jamás me imaginé ser protagonista de una y, mucho menos a esta edad.

—No, no llegas tarde.

Y sin darme tiempo a asimilar su afirmación, acortó la distancia y sujetó mi nuca con la mano. Capturó mis labios en un beso carente de delicadeza y ternura. La puerta se cerró con fuerza a mis espaldas cuando le dio una patada. Me enganché a su cuello como si la misma vida se me fuera en ello.

Llegué justo a tiempo, Perseo...



Sus manos en mi piel despertaron tantas sensaciones que me era imposible describir una sola de ellas. Sus labios, dulces y tiernos, cubrieron los míos en un beso eterno. Enredé las piernas en las suyas. Tal vez porque era así. Nada dentro de mí tenía coherencia. Ni siquiera era capaz de distinguir los latidos de la respiración. Estaba perdida en un plano paralelo entre el presente y el pasado. En un universo donde él, Perseo, nunca murió. Nunca sufrió. Nunca me

abandonó.

Nunca se fue...

Una lágrima rodó por mi mejilla cuando de un salto volví al presente sin saber con seguridad si aquello estaba pasando o si solo era obra de mi imaginación pueril. Porque durante años deseé que él volviera, deseé poder traerlo de nuevo a la vida.

A mi vida...

Enterré los dedos en su cabello húmedo y busqué con ansia sus ojos revestidos de deseo, lujuria y algo más que no me atrevía a nombrar fuera de mi cabeza.

De mi corazón...

Unidos en un solo cuerpo, nos entregamos más allá de lo tangible, más allá del propio tiempo.

Más allá incluso de la muerte...

La luz blanquecina de la luna irradiaba toda la estancia, salpicándonos con ella. Su mirada se oscureció cuando el éxtasis se apoderó de él, de mí.

De los dos...

No murió aquel año, no se ahogó, no sufrió como creí todo ese tiempo. Pero, ¿qué pasó con él? ¿Quién estaba detrás de todo? ¿Por qué no se acordaba de mí? ¿Por qué tenía menos años que yo?

Su madre. era la clave...

Aceleró el ritmo de su deseo y aumentó el mío a niveles insospechados hasta que mis dedos se encontraron con una protuberancia en la zona entre la nuca y la cabeza.

Una cicatriz...

Emil mencionó lo que Ingolf presencié, una posible caída en los rieles que provocó su desmayo y, tal vez, la anulación de los recuerdos.

Entre ellos a mí...

Puso la frente perlada en la mía y apretó su cuerpo sudoroso al mío en unos vaivenes cómplices que nos lanzaron al abismo más oscuro de la pasión.

—Mein Gott... —gimió sobre mis labios abiertos—. Oh, Cora —tembló—. Mein Engel.

Su liberación intensa provocó la mía casi al mismo instante. Sus labios aprisionaron los míos de nuevo en un beso mucho más salvaje: Mi lengua buscó refugio en su boca y la suya en la mía con tanta necesidad que el aire pasó a segundo plano.

Era él...

Deslizó los brazos por debajo de los míos en un gesto protector y posesivo al mismo tiempo sin abandonar mis labios un solo instante.

Era Perseo...

Me aferré a su abrazo en busca de consuelo, el que mi alma buscaba ante aquella revelación inesperada e insólita.

¿Era real?

Su pecho frenético chocaba con el mío como los pensamientos en mi cerebro aturdido. Ni la ansiedad o el miedo causaron tanto revuelo dentro de él como esto.

—Mírame —susurró al apartar los labios de los míos—. Mírame.

Abrí con mucha cautela los párpados y desvelé mucho más de lo que quería. Fue inevitable, casi vital para mí alma. Besó la punta de mi nariz con cariño y sopló sobre mis ojos.

—Eres tú —siseé con la voz rota—. Tú.

Frunció el entrecejo como horas atrás lo hizo en el parque cuando me abracé a él mientras Peter se lanzaba por el tobogán. No entendía mi cambio, no podría hacerlo, aunque lo intentase.

—Sí, soy yo.

Esbozó una sonrisa llena de dulzura y también confusión. Mis palabras sonaban incomprensibles, como si no pertenecieran al idioma que conocíamos desde niños.

—Lo siento —mascullé en un hilo de voz—. Lo siento mucho.

Se movió un poco, agarrado a mí con la misma urgencia que yo a él, pero ignoto en la verdad que solo me pertenecía a mí.

—No entiendo —reconoció con su dulce sonrisa.

Una brisa fresca atravesó la ventana abierta a nuestras espaldas y nos envolvió. Las cortinas bailotearon al ritmo de mi corazón en el pecho.

—Yo tampoco.

Su expresión cansina me instó a liberarlo de mis garras afiladas. Jamás tuve esa necesidad tan grande de aferrarme a alguien.

—Tengo miedo, Michael.

Enunciar su nombre delataba mucho más de lo que él sería capaz de asimilar, incluso si supiera lo que escondía tras cada letra.

—Es normal, Mein Engel.

Asoció mi confesión con otro temor, uno ajeno al que gobernaba mi mente en ese preciso instante. Y, para su sorpresa, por primera vez, dejé a la intemperie el verdadero motivo de mi angustia.

—Tengo miedo de lo que siento, Michael.

Sus pestañas rozaron sus orgullosos pómulos.

—¿Y si solo es un sueño?

Apoyó la frente en la mía y clavó sus ojos en los míos.

—No estás sola en este sueño, Cora.

Rozó mis labios con dulzura.

—Nunca lo estarás.

La vista se me nubló.

—Sigues igual.

Compuso una mueca de duda.

—Y siempre seré así, Cora.

Tenía pavor de lo que pudiera descubrir, de llegar a un callejón sin salida, de encontrar una verdad cruel y chocar contra la mentira creada por el recuerdo de un único aroma que aprecié toda mi existencia.

¿Debía confesarle a Michael sobre ello?

—Siempre —repetí en un farfallo audible solo para mí.

Besó mis labios con mucha vehemencia, parecía que se moría de sed y aquel era la única fuente de agua que tenía. Le devolví la caricia húmeda con la misma urgencia. El baile de nuestros cuerpos volvió a encender la pasión en ellos y fuimos incapaces de parar hasta que la apagamos. Aquella noche me entregué en cuerpo y alma a él, como no lo hice con nadie más.

Solo con él, con Perseo...

Treinta y cinco

Perseo

Hattingen, noviembre de 1992

La cápsula del tiempo

Alquilamos la película *Karate Kid 1* en la videoteca del pueblo con el dinero que recaudamos con la venta de los dulces del cumpleaños de Cora. Queríamos poner en práctica las enseñanzas del señor Miyagi. Un movimiento aquí, otro allá y así hasta quedarnos exhaustos. Lo hacíamos todas las tardes, incluso lo volvíamos a alquilar cuando vencía el plazo de devolución. Teníamos muy buen capital, la que aumentó con las ventas de la limonada y el chocolate caliente. La profesora Agnes donó un par de galletas para ayudarnos. Era tan buena que los dos la queríamos como si fuera nuestra madre. Si pudiéramos volver en el tiempo, sin rechistar, la elegiríamos a ella para ser nuestra madre.

Sin lugar a dudas...

En fin, esa semana recaudamos el triple de la anterior, pero Emil y su grupo intentaron robarnos. Cora puso en práctica las lecciones de karate. Elevé las cejas al ver la patada que le propinó a Emil en el estómago.

Vaya...

Emil lloró, los otros huyeron y Cora le exigió un marco por los daños y sufridos y por los prejuicios.

—Eres mala.

Él le dio y se marchó a su casa entre lloriqueos.

—Hora de entrenar, Perseo.

Y eso fue lo que hicimos después de un día pesado de trabajo en el parque del pueblo. Ordenamos todo en el cochecito rojo de Cora que me tocaba a mí llevar tirando la cuerda atada a la parte delantera.

—Estoy muy cansada.

Llevábamos muy en serio los entrenamientos de karate y los consejos del señor Miyagi.

—Yo también —jadeé.

Me tumbé a su lado sobre la alfombra del salón que olía muy bien tras la limpieza de otoño.

—Quiero un bonsái, Perseo San.

También quería un sauce llorón cerca del muelle, un coche volador y un reino solo para ella. Tendría que trabajar mucho para realizar sus sueños.

—¡Casi me olvido! —grité y me puse de pie de un salto—. ¡Ya vuelvo!

Corrí hacia mi habitación y cogí la vieja cámara de fotos de mi abuelo. Le había comentado sobre la idea de Cora de hacer fotos para la cápsula del tiempo, no entendió mucho de qué iba, pero decidió colaborar con nosotros.

—¡Mi abuelo nos prestó la cámara fotográfica! —exclamé al volver sobre los pasos—. ¡Y podemos hacer muchas fotos!

Y Cora se llevó muy en serio la última parte. El karate pasó a segundo plano desde ese día.

—No entiendo por qué haces fotos de ese sendero, Cora.

Cada vez que hacía una foto, sus ojos brillaban distinto, parecía estar en otro planeta, lo mismo le pasaba cuando veía alguna película que le gustaba mucho.

—No lo sé, Perseo —replicó absorta—. Solo sé que me gustan mucho.

A veces me hacía una foto, pero nunca me lo decía, solo pulsaba el flash y ya. Yo también le hice un par, la que más me gustó fue la que le hice cerca del río con su chubasquero rojo y sus botas del mismo color. Estaba de espaldas, ni se dio cuenta.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso?

Asintió con energía.

—Vamos a enterrar los carretes de fotos dentro de la cápsula, Perseo.

Mi abuelo se rascó la cabeza cuando le hablamos de nuestro plan.

—¿La abrirán en el 2023?

Teníamos en mente hacerlo el verano siguiente, tiempo suficiente para recolectar cosas para la cápsula.

—Sí —coreamos.

Treinta años era mucho tiempo para él, pero no para nosotros, aunque Cora tenía sus dudas al respecto.

—¡Tendré casi cuarenta años! ¡Seré muy vieja!

Abrí la boca para replicar, pero mi abuelo movió la cabeza en un gesto negativo.

—No, Perseo.

Cora refunfuñaba molesta.

—Mejor no, Perseo.

Mi abuelo mencionó que la edad era un tema complicado para las mujeres.

—Abuelo, quería pedirte algo.

Necesitábamos una caja o algún recipiente que sirviese de cápsula y que no se estropee con el paso del tiempo.

—¿Eso es lo que quieres por Navidad?

Miré a Cora de reojo y, al ver la ilusión en sus ojos, volví a mirar a mi abuelo con la única respuesta posible a su demanda.

—Sí, abuelo.

Me guiñó el ojo con una pequeña sonrisa cómplice.

—Pues así será.

Cora siguió haciendo fotos, su padre le regaló otro carrete y su tío otro más. Teníamos cinco en total.

—¡Perseooo! —gritó eufórica—. ¡Tenemos otro carrete de fotos!

Saltamos de alegría en mitad de pasillo de la escuela.

—¡Genial, Cora!

Las usaríamos en diciembre para hacer fotos de la nieve y de Corseo, el muñeco de nieve, nuestro amigo navideño.

—Oh —susurré cuando mencionó la tumba de Peter en el receso—. Nos olvidamos de él.

Esa misma tarde, fuimos al bosque y capturamos la imagen de su tumba, pese a que llovía. Además, Cora hizo unas tres fotos más del camino que llevaba a los rieles del tren. No protesté, a mitad de camino se encontraba una ardilla. Parecía concentrada en nosotros. Llovía, por lo que me pregunté si se podría notar en la foto. Y para ello tendría que esperar treinta años.

—Le traeremos nueces, Perseo.

La miré de soslayo.

—Me parece bien, Cora.

Me tendió la cámara fotográfica y se echó a correr hasta el punto exacto donde estuvo la ardilla. Se acuclilló y emitió algo que no comprendí, ya que estaba concentrado en su imagen a través de la lente del aparato. Le hice una foto justo cuando la lluvia se intensificó.

—¡Vámonos, Perseo!

Algún día la veré...



El día de navidad, debajo del árbol, estaba una caja roja con lazo dorado. No necesité abrirla para saber lo que estaba dentro, sin embargo, lo que encontré era mil veces mejor de lo que tenía en mente. Grité tanto, pero tanto, que mi abuelo casi se cayó de la cama del susto y lo decía muy en serio, podía notarlo en su voz. Volví a gritar, pero esta vez, también salté y aplaudí. Me miró con los ojos medio entrecerrados y la boca torcida hacia un lado. Me eché a reír con toda el alma.

—Feliz navidad, pequeño travieso.

Se acuclilló y abrió los brazos de par en par.

—Feliz navidad, abuelo.

Enterré la cara en su cuello.

—Mi mejor regalo eres tú, Perseo.

Me aparté y esboqué una sonrisa.

—Revisa tu regalo a consciencia, pequeñín.

No entendí lo que quiso decir hasta que me lo explicó. Y eso fue lo que hice acto seguido. Me senté y cogí la caja de metal de la de regalo.

—Vaya, abuelo —jadeé muy emocionado—. Es idéntica a la que le pedí a Papá Noel.

Me miró con seriedad.

—¿Sí?

Moví la cabeza en un gesto afirmativo.

—Me alegro.

Me explicó de qué estaba hecha la caja y lo resistente que sería a todas las estaciones del año. Eran muchas, por lo que también tenía una protección interna de terciopelo. En la tapa interna se encontraba nuestros nombres unidos por un anillo.

—Es el anillo de la amistad eterna.

Pero, cuando Cora vio, tras recuperarse de la alegría, declaró que era el anillo de bodas, porque estaba segura de que íbamos a estar casados o divorciados como sus tíos.

—Podéis meter vuestras cosas en una bolsa de plástico, niños.

El plástico tardaba muchísimos años en descomponerse, por lo que protegería muy bien las cosas durante esos treinta años.

—Ya tenemos unas monedas —enumeró Cora, ilusionada—. Un par de pendientes de oro

—ladeó la cabeza—. Unas figuras de colección.

Mi abuelo prestaba tanta atención en ella como yo.

—Podíais guardar algo relacionado con vuestros sueños más anhelados —comentó mi abuelo y ambos lo miramos—. ¿Tenéis algún deseo especial?

Se puso de pie.

—Iré a preparar chocolate caliente, niños.

Nos dejó a solas para pensar en nuestros sueños. Nos tumbamos lado a lado cerca del árbol de navidad. Nombramos un par de cosas, pero ninguna tenía mucha relevancia.

—Quiero ser fotógrafa, Perseo.

Me volví hacia ella.

—Me gusta hacer fotos.

Mordí el labio inferior con impaciencia.

—Seré tu ayudante, Cora.

Se rio por lo bajo.

—¿Lo prometes?

Asentí.

—Lo prometo.

Y, una vez más, realizamos nuestro ritual de promesa eterna delante de Corseo, cuya bufanda ese año era azul.

—Haremos muchas fotos, Perseo.

Se sentó y cruzó las piernas sobre la mantita que tendimos encima de la nieve.

—Papá Noel me regaló un viaje a Berlín, Perseo.

Levanté ambas cejas.

—¿Quieres ir conmigo?

Un gemido brotó de lo más profundo de mi ser.

—¿Quieres que vaya contigo, Cora?

Se rascó la cabeza, el gorro morado de lana le causaba comezones, pero cuando le aconsejé que se lo quitara, se negó a hacerlo, porque la moda era la moda.

—Me encantaría que fueras conmigo, Perseo.

Pero, ese mismo mes, algo pasó y el sueño de ir a Berlín, de hacer fotos en la Puerta de Brandeburgo, se canceló. No entendía qué tenía que ver una cosa con la otra.

—Tendré un hermanito o hermanita, Perseo.

Su padre plantó la semilla en el jardín y ya tenía dos meses.

—Eso es bueno, Cora.

Se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

En ese momento me di cuenta de que su sueño era ir a Berlín. Su padre le explicó que debido al estado de su madre no podrían viajar.

—Mi mamá no está bien, Perseo.

No hablé, solo moví la cabeza.

—Está muy triste.

Los adultos eran muy raros.

—Llora todos los días con la muñeca de Ester en las manos.

A lo lejos vi a la señora Schultz con la profesora Agnes. Ella le daba clases, ya que nunca aprendió a escribir y a leer.

—Me voy a casa, Perseo.

Estábamos en el castillo.

—Nos vemos mañana, Cora.

Por la noche hablé con mi abuelo sobre el viaje cancelado. Me cubrió con la manta y el aroma de naftalina se coló en mis fosas nasales.

—Cora está muy triste, abuelo.

Suspiró hondo.

—Era su sueño hacer fotos de la Puerta de Brandeburgo con el sol en el cielo.

Apartó mi flequillo con cariño.

—¿Y el tuyo cuál es, Perseo?

Pensé unos minutos antes de responder con lágrimas en los ojos y un nudo enorme en la garganta. Me dolía mucho ver a Cora tan triste.

—Ver feliz a Cora, abuelo —gimoteé.

Me tiró hacia él y me envolvió con sus brazos para consolarme. Rompí a llorar como si todavía fuera un bebé.

—Tu corazón es hermoso, Perseo.

Me aferré a él con todas mis fuerzas.

—Cora es muy afortunada por tener un amigo tan bueno como tú, pequeñín.

Me pidió que tuviera fe, porque a veces ella movía las montañas. No comprendí sus palabras como de costumbre, hasta que llegó la primavera y todo tuvo sentido.

—¡Es la Puerta de Brandeburgo, Perseo!

No sabía cómo lo hizo, pero mi abuelo consiguió llevarnos a Berlín, donde vivimos.

—Tenías razón, Cora.

Hizo una foto.

—Es muy bonito, Perseo.

Mi abuelo me sonrió.

—Sí, es precioso, Cora.

En aquel viaje conocimos nuestro sueño...

Treinta y seis

Cora

El anillo

Hagen, septiembre de 2023

La mente era un misterio imposible de descryptar. Conservaba miles de informaciones, casi todas ocultas en una zona de acceso prohibido. Allí se salvaguardarán hasta el último día de vida. Algunos creían que incluso se conservaban datos de otras vidas y que se podía acceder a ellos a través de distintos métodos psicológicos como la hipnosis. Un puente bastante eficaz para volver al pasado y desbloquear los secretos escondidos en el cerebro. Había usado tales prácticas los últimos años en busca de respuestas a mis lagunas. Pero solo obtuve más dudas, las que a diario crecían al lado de él, el hombre que olía como Perseo. Semanas atrás estaba segura de que sí era él, sin embargo, no tenía pruebas más que su aroma, hecho que abrió dentro de mi cabeza el enorme vacío de siempre. Dudas, mentiras y verdades sin base alguna más que un aroma.

—Buenos días, Mein Engel —musitó soñoliento—. ¿Qué hora es?

Estábamos de costado en posición fetal con las sábanas grises a mitad de cuerpo. Era temprano, demasiado temprano.

—No puedo dormir.

Tenía las manos unidas cerca de la cara.

—Pensé que hice bien mi trabajo.

Me reí.

—Lo hiciste.

Enarcó una ceja y volví a reírme.

—No, creo que no.

Me tiró hacia sí y me rodeó con brazos y piernas.

—Es por tu madre.

Tenía tantas cosas en la mente tras mi último encuentro con Emil, que apenas conseguía dormir los últimos días.

—Descansa —susurré—. Y déjame aquí.

Acomodé la cabeza en su fuerte pecho. No replicó, en lugar de eso, se dejó llevar por el cansancio. Llevaba días entrenando a su nuevo plantel, por lo que llegaba agotado a casa, la que adopté como mía hacía ya una semana y media.

—Te quiero... —farfulló cerca de mi cabeza.

La saliva atravesó con mucha dificultad mi garganta al escuchar su declaración

inconsciente. Levanté un poco la cabeza para confirmar mis sospechas y no estaba equivocada.

Te quiero...

Me acurruqué contra su tibio cuerpo como una gatita mimosa y asustada. La emoción que se arrebuja en mi pecho con timidez no la sentí nunca de adulta. Cerré los ojos y por fin logré sumergirme en el mundo de Morfeo.

—¿Michael?

No sabía qué hora era, ni qué día o año. Me froté un ojo con el puño y ahugué un bostezo con el otro al sentarme en la cama tal cual había venido al mundo. No era nada sensual la imagen que rebotó en mi cabeza y me instó a tirar las sábanas para cubrir mi desnudez.

—Necesito una ducha.

Me puse de pie y me dirigí al cuarto de baño. Me quedé mirando la bañera durante unos instantes y, decidí llenarla de agua caliente. Vertí sales, gel y un poco de aceite de rosas. No podía sentir el aroma, pero sí apreciar sus efectos en mi piel.

—Pondré la cafetera eléctrica mientras se llena.

Al entrar en la cocina, me encontré con una preciosa sorpresa en la mesa. Un desayuno digno de una reina, no eran mis palabras, sino de él, escritas en un papel con un pequeño corazón al final de su nombre.

—Oh, Michael.

Cada día a su lado era un verdadero sueño, cuya ternura ultrapasaba los límites impuestos por la imaginación.

—Dios —musité al sentir una fuerte punzada en la cabeza—. Necesito una aspirina.

El móvil sonó, era un mensaje suyo.

«Buen día, Mein Engel».

Mordí el labio inferior con nerviosismo.

«Gracias por la sorpresa, me encanta».

Arrastré los pies hasta la encimera donde estaba la cafetera eléctrica, lista para su labor. Solo tenía que pulsar el botón.

«Nunca será suficiente, Mein Engel».

Me sobraban las palabras que quería dedicarle, pero siempre terminaba por usar las mismas de siempre, las más aburridas y sosas.

—¡Dios, Cora! —clamé molesta—, ¡No duele decirlo!

Tenía un bloqueo, eso estaba claro y necesitaba destrabarlo para seguir adelante. Una llamada entró y me sacó de mis pensamientos. Era Gerda.

—Hola —saludé tras cerrar el grifo de la bañera—. Pensaba llamarte.

Hacía mucho ruido como siempre cada mañana a esas horas. Me preguntó cómo estaba en un tono bastante meloso.

—Perdida, Gerda.

Puso en acción la cafetera eléctrica.

—Estoy como tú y ni siquiera formo parte de la historia, Cora.

Habló de la trama rocambolesca y llena de giros sorprendentes. Ka comparó a la de Perseo, incluso mucho más misteriosa, ya que solo yo podía demostrar quién era y de una manera nada convencional.

—Cora.

Pincé un poco de espuma blanca entre los dedos, absorta en sus palabras.

—Podías hurgar un poco el piso de Perseo.

Ni siquiera se daba el trabajo de llamarlo Michael tras conocer la verdad.

—No, eso sería invadir su intimidad, Gerda.

Su carraspeo era solo un toque de realidad.

—No tienes que destripar el colchón o meter la mano en lugares íntimos de su piso, Cora. Dudé, mucho, pero tras colgar y darme un baño apresurado nada relajante, me puse a buscar algo que ni siquiera sabía qué era.

—¿Y esto?

En el cajón de la mesita de noche, entre algunos caramelos contra la tos, pañuelos de papel, un par de aspirinas, y condones, encontré una agenda de color negro. La hojeé con la culpa anudada al alma.

—Dios mío —musité aturdida—. ¿Y esta foto? —Mascullé sin aliento—. ¿El abuelo de Perseo?

El señor Fuchs...

Giré la foto con la vista ya empañada y leí lo que habían escrito al dorso:

«Te quiero, tu abuelo, Michael».

—¿Michael? ¿Por qué firmó con ese nombre?

Una fuerte punzada en la cabeza me instó a llevar la mano a la sien. La confusión, la pena y total perturbación.

—¿Quién era el señor Fuchs?

El móvil sonó y me arrancó de mi estado. Ni siquiera sabía cómo definir aquellas emociones que atravesaban mi alma como dardos.

—Hola.

Era Emil, envuelto en ruidosos sonidos a su alrededor y por algo más que no sabía qué era hasta que habló.

—Cora, el abuelo de Perseo se casó tres años después de la muerte de su nieto.

La imagen de Perseo y su abuelo se empañó ante mis ojos lacrimosos. Me sorbí por la nariz y la voz se me quebró, pero Emil no podía notarlo, no en aquel ambiente tan sonoro.

—No sé a dónde se fueron después —emitió ensombrecido—. Se mudaron del pueblo en el 2000.

Me temblaba todo.

—Lo siento, Cora.

Aquella foto era del año 1992, una que yo le hice con la cámara de fotos. La reconocí al instante, el corazón, mejor dicho.

—Gracias, Emil.

Los sonidos se fueron apagando.

—No tengo nada más —declaró derrotado—. Pasó mucho tiempo y las pistas se fueron borrando.

Como huellas en la arena lamidas por el mar. Me sequé un ojo e ignoré el otro justo cuando Emil agregaba:

—Lo siento, Cora.

Nunca imaginé que él, el niño que perseguía a Perseo, ahora por petición mía, seguía los pasos de su abuelo.

—Gracias por todo, Emil.

Un silencio atronador se interpuso entre el presente y el pasado. Treinta años en un segundo y mil dudas tachonadas en mi mente nebulosa.

—Emil.

Antes de colgar, una curiosidad atravesó la neblina lúgubre de mi mente.

—¿Cómo se llama la esposa del abuelo de Perseo?
La foto tenía toda mi atención hasta que nombró a la esposa del señor Fuchs
—Se llama Elvira.
Aquel nombre, aunque conocido, me sonó extraño.
—Era del pueblo —apostilló—. La mujer que siempre rondaba el bosque con un perro.
Y solo entonces supe quién era ella.
La bruja del bosque...



Salí del hospital tras narrar a mi madre todo sobre Perseo o, Michael, mejor dicho. No tenía idea de por qué lo hice, tal vez por su estado de inconsciencia, donde toda aquella información quedaría anclada hasta su muerte.

—Es una locura.

Pensé en Michael.

—No, no puedo decirle nada.

No tenía pruebas, ni manera de demostrar la verdad, aunque todavía podía hurgar más y llegar a la verdad, pero tenía miedo.

—No, mejor no.

Un tiempo después, bajo el efecto de las dudas y las certezas a medias, tomé una decisión, la mejor para mí. A veces era bueno escoger un camino, aunque al hacerlo, debías dejar atrás a algunas personas.

No solo a los que ya no estaban...

La culpa arañaba mi cordura a diario. El hecho de no poder hablar de mis sospechas con Michael, me atormentaban. A veces abría la boca para escupir todo aquello que llevaba dentro, pero cuando la razón volvía a mí, la volvía a cerrar. Él se daba cuenta, pero usaba el estado de mi madre como escudo. No era real, lo sabía, sin embargo, sin pruebas no podía afrontar semejante odisea. Necesitaba encontrar la verdad lo más rápido posible o, sin remedio perdería la sensatez.

—Oh, Michael.

Cuando entré en el apartamento, iluminado por decenas de velas repartidas por el lugar, casi perdí el habla. Pero no era suficiente, de fondo sonaba unos acordes de guitarra. Coloqué mis cosas en el recibidor y me dirigí hacia la melodía. La reconocí al instante, formaba parte de mi pasado, de mi infancia, de mi alma.

Mi primer amor...

Michael tocaba la guitarra en el balcón a la luz de las velas con el torso desnudo y los pies descalzos sobre el sillón estilo bolsa. Y para completar, empezó a canturrearla con su grave y ronca voz.

Oh, Dios...

Alejó la guitarra sin dejar de cantar y se acercó a mí. Rodeó su cuello con mis brazos y envolvió mi torso con los suyos al son de aquella dulce e inocente declaración de amor.

—My Girl... —susurró.

Apoyó la frente en la mía y me dedicó la mirada que desvelaba mucho más de lo que él suponía. Vi más allá de toda realidad o posibilidad.

—Te quiero —declaré sin pensar.

La sorpresa lo enmudeció y paralizó a partes iguales. Me costó tragar con normalidad y,

me pareció que a él también.

—¿Estoy soñando?

La lumbre de las velas iluminaba sus pupilas con asombrosa delicadeza.

—No... —siseé en un hilo de voz—. No lo estás.

Una sonrisa curvó sus labios, era la sonrisa más hermosa que jamás vi en toda mi vida. No habló, se quedó en silencio, contemplándome como yo a él, podía verlo a través de sus ojos brillantes.

—Te quiero, Cora.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

—No tienes idea de cuánto.

Recuerdos rotos divagaron como cometas en mi mente. Evoqué la foto y sin meditarlo solté:

—¿Cómo está tu madre?

La pregunta le hizo fruncir el entrecejo.

—Muy bien.

Me reí al ver su mohín divertido.

—Perdona, sé que nunca te pregunté por ella.

Solo pregunté por Peter, con quien quedamos de vernos la semana próxima en el mercadillo con parque de atracciones en Hagen.

—Viaja mucho con sus amigas —acotó sonriente—. Ahora está en Thailandia.

Besó mis labios antes de alejarse de mí y llevarme a la cocina donde tenía preparado una mesa increíble.

—¿Sí?

No quería acribillarle con preguntas sospechosas.

—Es una mujer increíble —apuntó con ternura—. Decidió vivir y yo la apoyé.

Me senté a la mesa cuando retiró la silla.

—Gracias.

Sirvió la cena con entusiasmo.

—Su primer viaje lo hizo cuando cumplí veintiún años —siguió—. Recorrió toda Alemania —sirvió el vino en las copas—. Ahora viaja por el mundo entero.

Se movía con soltura y gracia por la pequeña cocina. Estaba embebecida por cada gesto suyo, ensimismada en la verdad que se escondía tras él.

—Dios —soltó molesto—. ¡Casi me olvido!

No sabía a qué se refería, solo lo vi entrar en el cuarto de baño y volver sobre sus pasos con una amplia sonrisa.

—Me pidió un favor antes de viajar.

Le di un sorbo al vino, concentrada en él todo el tiempo. Abrí la boca para preguntar por su abuelo, pero entonces, reveló algo que contestaba a la pregunta tácita que rondaba mi cabeza.

—Fue lo único que le quedó de su padre, Cora.

Su abuelo Michael murió en el año 1982 de un infarto fulminante. Me quedé boqueando ante la mentira que su madre le contó.

—No lo recuerdo bien, Mein Engel.

Sujetaba la base de la copa como si la vida se me fuera en ello.

—En el 1993, unos meses después de su muerte, sufrí un grave accidente de coche y parte de mis últimos recuerdos se borraron de mi mente.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.

—El día de mi cumpleaños —subrayó a la vez que colocaba cerca de la botella un anillo que se robó mi atención por completo.

—12 de julio —mascullé con un nudo en la garganta—. Dios mío —temblé al divisar la joya—. No puede ser.

Era el anillo de los delfines.

La visión se nubló, pero él no se dio cuenta de nada, ya que estaba de espaldas a mí. Cogí el anillo con la bilis en la garganta y comprobé mis sospechas. Ya sabía quién era la madre de Michael.

La mujer que secuestró a Perseo...

Treinta y siete

Perseo

El último día

Hattingen, julio de 1993

Puse en su sitio el coche de bombero que Cora me regaló y volví a sentarme a su lado. Estaba muy concentrada en sus anotaciones. Esbocé una sonrisa cuando mencionó, por milésima vez que aquel diario fue el mejor presente que le dieron nunca. Le había dicho lo mismo con respecto al que ella me dio. La miré de soslayo, siempre estaba cerca de mí. Incluso le aseguré que algún día sería bombero y que me encargaría de salvar a muchas personas. Le emocionaba la idea y me hizo prometer que la salvaría de algún gran incendio en alguna tienda o supermercado. Cora tenía una imaginación muy buena.

—Perseo.

Era mi abuelo.

—Cora te espera en el jardín.

Me puse de pie de un salto y me dirigí al jardín bañado por el sol de media tarde. Hacía mucho calor, por lo que decidimos ir a tomar helado en la plaza y de paso organizar los últimos detalles de la cápsula.

—Hola, Perseo.

Chocamos los puños.

—Hola, Cora.

Llevaba una visera y un peto rojo. La camiseta blanca acentuaba su piel más dorada y sus pecas en la nariz.

—Traje chicle, Perseo.

Me dio tres, eran esas con relleno.

—¡Gracias!

Retiró su agenda y su bolígrafo con plumas rosas. Era obra suya, también los vendría en la escuela y me pagaba por ayudarla a pegarlas.

—Ya elegimos la fecha, Perseo.

Faltaba una semana, no era mucho tiempo y, además, todavía podíamos colocar más objetos en la caja. Mi abuelo nos ayudó a ordenarlos, algunos quedaron fuera, porque podían estropearse con el tiempo y de paso a los demás.

—No puedo creer que robamos dos cucharitas de la tienda de té, Perseo.

—Es emocionante, Perseo.

—Sí, creo que sí.

Mi abuelo mencionó algo al respecto, no era lo mismo, pero llegaba cerca. Cora le aseguró a mi abuelo de que eran de su madre.

—Son de plata, Cora.

Fuimos a una tienda de joyas, la única del pueblo y le preguntamos a su dueño, al señor Schumann, si la plata era valiosa.

—Son caras, Perseo.

Tachó algo en su agenda.

—Listo —musitó.

Ese día, Cora vio en la vitrina un anillo de plata con dos delfines, sujetando un corazón de piedra roja con sus narices.

—Mira, Perseo.

Indicó con el dedo.

—Sería un buen regalo, Perseo.

Intercambiamos una mirada llena de ilusión.

—El sábado será su cumpleaños, Perseo.

Tenía una tortuga de piedra para su regalo, al lado de ese anillo, era una tontería. Además, no era nueva, lo encontré en el sótano entre los trastos de mi abuelo.

—¿Cuánto cuesta ese anillo, señor Schumann?

Él siguió la dirección de su dedo y anunció el precio, el que nos dejó boquiabiertos a los dos.

—Eso es mucho dinero —recalqué.

Él nos explicó que era un diseño exclusivo creado por su esposa a tan solo dos meses antes de su muerte. Simbolizaba la fidelidad eterna.

—Tengo una idea, Perseo.

Temblé por puro instinto. Cora le ofreció una cadenita de oro que se quitó del cuello. El señor Schumann dudó, pero cuando le explicó por qué quería ese anillo, él cedió.

O eso pensamos...

—Mi padre me llevó a la joyería y recuperó mi cadenita, Perseo —comentó al día siguiente—. Pero, ¡también me compró el anillo!

Saltamos de alegría en mitad de pasillo de la escuela.

—¡Tenemos que ir a la tarde a buscarlo, Perseo!

Y eso fue lo que hicimos, el señor Schumann se disculpó, pero era su obligación comunicar a sus padres. Cora le fulminaba con la mirada.

—Gracias, señor Schumann —expresé al coger el anillo—. Adiós.

Cogí la mano de Cora y salimos de la joyería.

—Chismoso —refunfuñó—. ¡A ver!

Nos sentamos en un banco de la plaza y abrimos la caja roja que nos entregó el señor Schumann dentro de una minibolsita de regalo del mismo color con un lacito.

—Es precioso, Perseo.

Se quedó mirando la joya con mucha atención.

—¿Pasa algo?

Me miró de reojo sin abandonar su deje especulativo.

—Ha escrito algo en él, Perseo.

Me lo tendió y leí el mensaje en la parte interna del anillo.

—Siempre tú.

La miré soslayo.

—Es bueno.

Se encogió de hombros.

—Supongo.

Tenía dos corazones incrustados entre sí al lado del mensaje.

—Le encantará, Cora.

Y no estaba equivocado, el día que le entregamos a la profesora Agnes, de la emoción, lloró. Aunque no de pena, sino de alegría, eso fue lo que dijo cuando no supimos interpretar su reacción.

—Es hermoso, niños.

No le entregué la tortuga, la dejé en su jardín tuve vergüenza. Además, el padre de Cora me aseguró que también era mi regalo el anillo, ya que estuve con su hija cuando lo eligió.

—Mi papá nos ayudó a comprarlo, profesora.

No queríamos que pensase como el joyero.

—Gracias.

Se lo puso y acto seguido se acucilló con los brazos bien abiertos. No lo dudamos, corrimos hacia ella y nos dejamos abrazar.

—Os quiero mucho, mucho.

Supimos que pronto se marcharía a otro lugar para enseñar a nuevos niños. No sabíamos si volveríamos a verla, Cora era muy tajante al respecto y aseguró que no. Pero, me gustaba creer que sí.

—¡A comer tarta de chocolate! —bramó alegre—. ¡A por ella!

Se puso de pie y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Cora le habló del mensaje secreto del anillo y ella la miró con asombro antes de descubrir lo escrito en el reverso del anillo.

—Oh... —gimoteó con lágrimas en las mejillas—. Me encanta.

Cora abrió la boca para mencionar que no fue nuestra idea, pero cuando le codeé, la volvió a cerrar y de paso me lanzó una mirada nada amistosa.

—Gracias, mis niños.

Fue una tarde increíble, la tarta y el chocolate caliente estaban deliciosos. Incluso nos dio un poco para llevar.

—Gracias, mis pequeñines.

Balanceaba la mano en el portón de su jardín.

—Hasta mañana —coreamos.

A mitad de camino alguien llamó mi atención. Temblé al reconocer el abrigo que llevaba puesto, era el mismo del día que lo vi con el tío de Cora en el bosque.

—¿Por qué Ingolf lleva abrigo en pleno verano?

Una pena indescriptible me invadió, nunca sentí nada.

Para esconderse...



Mi abuelo se compró una videocámara de segunda mano en el mercadillo y nos permitió hacer varias grabaciones con ella. Era un poco pesada, pero él nos ayudó a usarla los días que estuvo de vacaciones. Cora, pese a que estaba encantada con su hermanita, Dana, que acababa de llegar a su casa, pasaba más tiempo con nosotros que con sus padres. A veces ni siquiera se daban cuenta de su ausencia hasta que llegaba a su casa, casi de noche. No hablaba de ello, pero

a veces sus ojos se veían un poco tristes y, para alegrarla, solíamos hacer vídeos o solo cantar contra las hélices del ventilador de pedestal. Otras hacíamos teatro con las marionetas.

—Me encanta, Perseo.

Cora rozo las marionetas con el dedo.

—Fue idea de mi abuelo.

Elvira bordó nuestros nombres en sus atuendos. —No es mala persona, Cora.

Últimamente venía casi siempre los fines de semana a limpiar la casa, mi abuelo ganaba mejor en su nuevo trabajo y se podía contratarla.

—No, no lo es, Perseo.

Soltó un largo suspiro.

—Tengo una sorpresa para ti, Cora.

Me miró con ilusión. Aquel día llevaba un vestido verde de tirantes con unas mallas moradas y unas sandalias transparentes con flores de color rojo. Se veía muy guapa y cuando se lo dije, se sonrojó, pero también se alegró.

—¿Una sorpresa, Perseo?

Me puse de pie y tiré las cortinas tras bajar las persianas. Cora jadeó, no le gustaba mucho la oscuridad, pero la necesitaba para enseñarle lo que tenía para ella.

—Tengo miedo, Perseo.

Me tropecé.

—Túmbate en la alfombra y cierra los ojos, Cora.

Cogí la lata con mil agujeros y encendí la vela redonda antes de introducirla dentro. Levanté la cabeza y esboqué una sonrisa al ver el efecto en el techo oscuro.

—Abre tus ojos, Cora.

Su chillido de alegría me indicó cuán feliz se puso al ver los puntos en el techo.

—¡Son estrellas, Perseo!

Lo vi el otro día en un programa de ciencias en la televisión. Le pedí a mi abuelo que me ayudara con llevarlo a cabo.

—¿Te gusta, Cora?

Giró la cabeza hacia mí con una amplia sonrisa en los labios.

—Mucho, Perseo.

Me tumbé a su lado.

—Me alegro, Cora.

Apoyó la cabeza en mi hombro y un cosquilleo se apoderó de mi estómago. Su cabello olía a fresa, lástima que ella no podía apreciar el aroma.

—¿Crees que cada estrella es una persona, Perseo?

Me di la vuelta.

—Creo que sí, Cora.

Su naricilla tenía pequitas marrones, cada verano volvían y se extendían por sus pómulos sonrojados.

—Crees que algún día cuando seamos muy, pero muy mayores, ¿estaremos juntos en el cielo, Perseo?

En la televisión siempre enseñaban sobre el bien y el mal. Y sobre la recompensa o castigo al elegir el camino. Cora era muy buena, un poco mandona y celosa, pero muy buena. Así que no me cabía la duda de que iría al cielo junto a Ester.

—Sí, Cora.

Y si no fuera así, la buscaría hasta encontrarla, sin importar cuánto tiempo me llevaría.

—Si me voy primero, te esperaré, Perseo.
Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.
—Y si tú te vas primero, ¿me esperarás, Perseo?
Aparté la mano de la suya y me di la vuelta, adoptando la posición fetal. Ella hizo lo mismo y acomodó sus manitas debajo de la cabeza.
—Te esperaré todos los días, Cora.
Nuestras rodillas se rozaron.
—¿Lo prometes, Perseo?
Tenía muchas promesas, por lo que decidí anotarlas en el pequeño cuaderno de diez hojitas en forma de nube que ella me regaló.
—Lo prometo, Cora.
Alguien abrió de repente la puerta y el terror se apoderó de nosotros. Los gritos resonaron por todo el vecindario, estaba seguro de ello.
—¡Soy yo, niños!
Estábamos abrazados fuertemente.
—¡Abuelo!
Una carcajada afloró de sus labios.
—¡Traje tarta de manzana para la merienda!
Nos volvimos a cámara lenta y gritamos eufóricos.
—¡Niños!
Pero fue un grito de alegría.
—¡A merendar!
Mi abuelo registró todo con su videocámara que ocupaba casi todo su hombro derecho. Se reía cada vez que Cora lanzaba besos o fingía que era una reina de concurso de belleza.
—¡Hola!
La miraba de reojo con extrañeza.
—Algún día seré una famosa actriz, Perseo.
Ayer quería ser astronauta y anteayer médico.
—O tal vez la esposa de un famoso.
También quería casarse con Klinsmann, el mejor jugador de la selección alemana, aunque de fútbol no entendía mucho.
—O podría ser una famosa estilista.
Mi abuelo movió la videocámara en un asentimiento.
—Podéis ser todo aquello que queráis —declaró él—. Tenéis toda la vida para elegir vuestro destino.
Cora aplaudió y sus anillos emitieron un sonido metálico que resonó por toda la cocina.
—¡Seré patinadora artística!
Puse los ojos en blanco y mi abuelo se echó a reír.
—Mejor modelo como Claudia Schiffer.
Tamborileó el dedo con el anillo de piedra verde en los labios.
—Aunque podría ser cantante como Celine Dion o Cindy Lauper.
¡Necesitaría mil vidas!
Después de merendar, decidimos dar un paseo de bicicleta por el bosque al son de la canción de Karate Kid del grupo Chicago que sonaba en su pequeña radio a batería.
—¡No me alcanzarás, Perseo!
Le di ventaja.

—¡Lo haré!

Llegamos a la orilla del río y nos sentamos sobre un tallo que estaba entre los árboles tras quitarnos los zapatos.

—Mañana será el gran día, Perseo.

La miré.

—No sé si podremos esperar treinta años, Cora.

Achicó los ojos.

—¡Es broma!

Se puso los zapatos y subió a la bicicleta.

—¡Cora!

La seguí.

—¡Tengo que ir a misa, Perseo!

Se detuvo a varios metros de mí.

—¡Nos vemos mañana, Perseo!

Me lanzó un beso.

—¡Nos vemos mañana, Cora!

Me dirigí a mi casa, pero antes de llegar a la calle que me llevaría a ella, vi a Ingolf cerca de una piedra con su abrigo.

—Ingolf. ¿qué tienes?

Levantó la cabeza y me miró con profunda pena.

—Nada.

Se puso de pie y se encaminó cuesta abajo.

—No te metas, Perseo.

Me quedé mirándole un instante.

Lo siento, Ingolf.



Las nubes negras se esparcieron por el cielo a medida que avanzaba hacia la casa de Cora. La mochila pesaba lo suyo, la cápsula del tiempo estaba lista, solo faltaba unas cosas de ella y ya podíamos cerrarla. Pese a que pronto llovería, iríamos al bosque para enterrarla en el agujero que mi abuelo hizo delante del castaño el día anterior. Debido a que le tocaba volver al trabajo, no podría hacerlo en el día que elegimos, o sea: hoy.

—Hola.

Cora abrió la puerta tan pronto como me vio.

—Pasa, Perseo.

Entré con cuidado.

—No hay nadie.

Sus padres fueron al hospital con su hermana para hacerse unos estudios rutinarios. Cora no sabía que significaba, pero juntos llegamos a la conclusión de que podría ser algo parecido a una vacuna.

—Espero que no sufra, Perseo.

Solo asentí, le tenía mucho miedo a las vacunas, a todas.

—Solo quiero meter esta lista de deseos, Perseo.

También puse la mía.

—Son diez, Perseo.
Fue idea de la profesora Agnes, ella también tenía su lista.
—¿Realizaremos todos en treinta años, Perseo?
Era mucho tiempo.
—Sí, creo que sí.
Ninguno mencionó uno solo de sus deseos, era lo mejor, porque podía no cumplirse, según la profesora Agnes.
—Pondremos en este sobre y luego en este plástico, Perseo.
Cada sobre tenía su nombre correspondiente.
—La profesora se mudará, Cora.
Solo movió la cabeza.
—Pensé que se casaría con mi tío, Perseo.
Selló los sobres y los metió en el plástico antes de acomodarlos en la caja junto a los otros objetos.
—Harían una linda pareja, Perseo.
Apreté los dientes con fuerza al evocar a su tío y su secreto.
—La profesora Agnes merece a alguien mejor, Cora.
Acababa de cerrar la caja cuando sin querer solté aquella afirmación. Se volvió hacia mí con los ojos flameantes y la boca torcida.
—Mi tío se siente solo, Perseo —lo justificó—. Puede cambiar.
La miré fijo.
—No, tu tío es malo, muy malo —musité entre dientes—. Hace cosas malas, Cora.
Él la convenció que era como ella y que sus padres tampoco lo quisieron.
—¡No lo es!
Sus ojos se nublaron de dolor y rabia.
—¿Por eso te viste como niño y te obliga a tocarle su...?
Abrió mucho la boca y los párpados lacrimosos.
—¡Me prometiste que nunca lo dirías, Perseo!
Rompió a llorar y fui incapaz de revelar lo que su tío le obligaba a hacer a Ingolf en el bosque por dinero.
—Cora, lo siento.
Lloraba mucho.
—Lo siento mucho.
La abracé.
—Es su manera de quererme, Perseo —sollozó con desconsuelo—. Solo es eso.
Sus lágrimas mojaron mi camiseta.
—No permitas que vuelva a hacerlo, Cora.
No podía decirle a nadie o él mataría a mi abuelo a golpes y me enviaría a un orfanato rodeado por un lago repleto de cocodrilos hambrientos.
—Sí, Perseo.
Nos abrazamos fuerte.
—¿Lo prometes?
Movió la cabeza en un asentimiento.
—Sí, Perseo, lo prometo.
Me aparté y le enseñé el dedo meñique. Ella unió el suyo y realizamos nuestro juramento.
Se secó las lágrimas y también se sorbió por la nariz.

—Tenemos que enterrar la cápsula antes que llueva, Perseo —susurró con voz llorosa—. Ya está lista.

Solo asentí.

—Vámonos, Perseo.

el candado.

Miramos la caja, dentro había cosas que ella no sabía, solo lo descubriría en el futuro. Besó la piedra que encontró en Berlín y la puso sobre la agenda en forma de nubes sin darse cuenta. Anoté algunas cosas en ella como el día que nos dimos el primer beso o las veces que vimos algunas películas, cuyos actores, según ella, ya estarían muertos en el 2023.

—Llegó la hora de cerrarla, Perseo.

Le dediqué el saludo militar y se rio.

—Sí, mi capitán.

Cerró la caja y giró la llave dos veces antes de quitarla del cerrojo. La metió en el bolsillo de su peto.

—¡Vámonos, Perseo!

Introduje la cápsula en el plástico negro y le hice un nudo antes de meterla en otra bolsa para asegurar su protección bajo la tierra.

—Cora.

Ya estábamos en su jardín.

—Lo siento.

Tenía los ojos y la nariz muy hinchados.

—Solo dijiste la verdad, Perseo.

Moví la cabeza en un asentimiento.

—¡Tenemos que correr, Cora!

Un trueno nos indicó que la lluvia estaba cerca.

—¡No me alcanzarás, Perseo!

Me reí.

—No, ¡llevó la cápsula!

Se rio sin dejar de reírse.

—¡Excusas, Perseo!

Apenas llegamos al lugar, introducimos la caja en el agujero y después de soterrarla con la tierra a un costado, rezamos.

—Amén —coreamos.

Dios la cuidaría con sus ángeles.

—Vendremos todos los días, Perseo.

Empezamos a saltar encima como nos aconsejó mi abuelo.

—Sí —jadeé—. Sin falta.

Se rio.

—Bueno, casi todos los días —remató y enumeró los días que no podríamos venir—. Y también los días festivos —agregó.

Chocamos los cinco.

—Hecho, Cora:

Subimos hacia el sendero que nos llevaría a nuestras casas lado a lado y en silencio.

—Perseo.

La miré de reojo.

—¿Sí?

Tenía los ojos muy enrojecidos y la punta de la nariz un poco hinchada. Me dio pena verla tan triste.

—Uno de mis deseos es que siempre, siempre seamos amigos, más allá de las estrellas.

La abracé.

—Malgastaste tu deseo —susurré conmovido—. Porque yo siempre, siempre seré tu amigo —le prometí y se aferró a mí con más fuerza—. Más allá de las estrellas casi al lado del planeta de E. T.

Se estremeció cuando en el cielo rugió un trueno.

—Vámonos, pronto lloverá, Cora.

Asintió y reanudamos la caminata.

—No quiero pelearme nunca más contigo, Perseo.

Sonreí.

—Yo tampoco, Cora.

Frenó los pasos y me miró fijo. Sus mejillas estaban muy sonrosadas. Miró hacia los lados y después de nuevo a mí.

—Te quiero, Perseo.

Abrí mucho los ojos y la boca.

—Nos vemos.

Salió corriendo sin darme tiempo a replicar o a asimilar sus palabras. Esboqué una sonrisa desencajada y rasqué la nuca con nerviosismo.

Cora me quiere...

A lo lejos escuché el grito del padre de Ingolf.

— ¡Tú! —bramó—. ¡Te avisé!

A su lado estaba el tío de Cora.

—¡Te moleré a golpes! —me amenazó.

Descendí a toda prisa cuesta abajo y me enfilé hacia los rieles del tren. —¡Nadie te salvará! —gritó colérico—. ¡Nadie!

El corazón me latía muy deprisa en el pecho y las ganas de hacer pis crecían. Temblaba mucho, sabía cuán violento era y lo cruel que podía ser.

—Dios, ayúdame —recé sin dejar de correr cuesta abajo—. Por favor, protégeme.

Y entonces, a unos pocos metros de mí, vi algo que me dejó totalmente catatónico. Di un paso hacia atrás por pura inercia, sin saber cómo reaccionar a lo que veían mis ojos.

—¿Por qué la profesora Agnes y el papá de Cora se besan en la boca como novios?

Retrocedí con cuidado y salí disparado hacia el otro lado. No entendía nada, pero sabía que no era correcto lo que hacían.

—¿Son novios?

Fogonazos de ellos dos asaltaron mi mente en varias ocasiones por el pueblo. Muchas veces los vi, pero nunca se lo comenté a Cora, no era necesario.

—Cora se morirá de tristeza.

El padre de Ingolf gritó mi nombre en algún lugar del bosque en el preciso instante que el grito de Cora llegó a mis oídos.

—Cora.

Gritaba de dolor, pedía ayuda y piedad. Frené los pasos cuando llegué a los rieles del tren cuando empezaba a llover. Alguien apareció de la nada cuando giré sobre los talones para correr hacia la casa de Cora.

—Tú eres su hijo —expuso un hombre de aspecto raro—. Tengo que matar a su hijo, a ti,

su hijo.

Tenía unos ojos muy asustadores, di un paso hacia atrás cuando se acercó a mí con las manos tendidas.

—¡No le hagas nada! —bramó la profesora a pocos metros de nosotros—. ¡No le toques!

Giré la cabeza hacia ella.

—¡Tienes que morir! ¡Tienes que pagar lo que tu madre hizo! —ladró el hombre y lo miré—. ¡Tienes que pagar la deuda de tu madre!

Al saltar sobre el metal, me cogió por la mochila con violencia y en un descuido pise una piedra. Perdí el equilibrio y me caí de espaldas al suelo.

—¡Perseooo! —bramó la profesora mucho más cerca de mí—. ¡Perseooo!

Mi cabeza chocó contra algo muy duro y el dolor se apoderó de ella en pocos segundos. El grito de la profesora atravesó mis oídos como un lejano ulular perdido entre otros sonidos que apenas era capaz de distinguir.

—¡Nooo! —rugió—. ¡Nooo!

Escuché un disparo y un grito atronador antes de cerrar los ojos.

—¡Andreaaas!

Fue lo último que escuché...

Treinta y ocho

Cora

Rumbo a la verdad

Hagen, octubre de 2023

Giré la llave de la moto en el contacto y arranqué rumbo a la verdad oculta hacía treinta años. Las emociones vibraban en cada fibra de mi cuerpo, algunas ni siquiera era capaz de definir. Nunca las sentí antes, por lo que, eran ignotas. Un claxon llamó mi atención y, durante un instante me devolvió al presente con matices pasadas. En los auriculares sonaban canciones que formaron parte de mi historia, algunas no las escuchaba por el dolor que me causaban. Justamente, la banda sonora de la película *Mi primer amor* irrumpió mis oídos y me transportó al mejor momento de mi infancia. Donde todo era posible y nada era inalcanzable. Esboqué una sonrisa al traer pequeños retazos vividos al lado de Perseo, quien a pesar del tiempo y de lo que le hubiese ocurrido se acordaba de mí. Me lo confesó días atrás cuando encontramos una caseta en el bosque para huir de la lluvia inesperada. Abrazado a mí, con el pecho un poco alterado por la carrera que emprendimos, me narró las increíbles historias que vivió con su amiga imaginaria. Una niña hilarante que se vestía de manera muy pintoresca y que siempre, siempre llevaba un gorro. Temblé tanto, pero no era por el frío como él lo supuso, sino por la emoción. Era yo, metida en algún rincón de su inconsciente, disfrazada de un ser que solo él podía ver.

Ay, Dios...

Cuando me tocó hablar de mi amiga de infancia, no noté nada en él que alarmara mi corazón. No se acordaba de quién era, no tenía idea de que aquel niño tan especial de mi pasado, en realidad era él. Sin embargo, nunca era tarde para ello y la persona que me daría esa respuesta se encontraba en Neviges hacía una semana: su madre.

La profesora Agnes...

Ella supo quién era yo, le bastó con escuchar mi nombre y verme por videollamada junto a su nieto Peter y Simón. Había envejecido, cambiado de corte y el color de su pelo, ahora rojizo. Había envejecido bien, las caminatas y la natación conservaron muy bien su silueta más bien atlética y la piel ya no era nívea, ahora tenía un tono bastante bronceado. No podía asegurar si era para ocultar su identidad o si solo era su nueva faceta. No volvió a enseñar tras 1993, para Michael siempre fue una empleada de una cadena de supermercados del país. A lo largo de los años ascendió a gerente. Nunca se casó o tuvo hijos propios. Vivieron muchos años en Hildesheim hasta que Michael cumplió sus doce años, dos menes de los que realmente tenía. Eligieron Neviges y ahí permaneció hasta ahora.

Tan cerca de mí...

Pero claro, Alemania tenía muchos habitantes, era imposible cruzar el camino del otro, sin embargo, había cosas que el destino hacía posible. Ella no sabía de mi discapacidad, nunca se lo dije y si lo hice no lo recordaba. Jamás hubiera sospechado que el hombre que conocí en aquella boda era Perseo, pero su aroma me llevó a él.

El único que podía sentir...

el navegador me indicó el camino que debía seguir al llegar al pueblo. Era pequeño y bastante pletórico como uno de cuentos de hadas. Pasé al lado de una cafetería y una iglesia antes de llegar a mi destino. Aparqué, dudé y a punto estuve de huir. No era consciente cuán atribulada estaba hasta ese momento. El móvil sonó, era él.

Michael...

Expulsé una bocanada de aire antes de coger la llamada. Contemplé su rostro en la pantalla conmigo y Peter a su lado en su balcón. Su hijo era su copia fiel, solo tenía algo distinto, los hoyuelos en las mejillas, rasgo maternal.

—Hola.

Había mucho ruido de fondo, voces masculinas y algunas femeninas.

—Mein Engel, ¿llegaste a la casa de mi madre?

Nos visualicé a los dos estos últimos días.

—Ya llegué al pueblo.

juntos, cometiendo locuras como dos adolescentes enamorados y desbordados de hormonas.

—Es la casa de los castaños, Mein Engel.

Nuestra imagen en el balcón, desnudos y bailando una canción al azar dibujó una sonrisa en mis labios.

—Dos enormes castaños —acotó.

También bailamos bajo la lluvia o en mitad de carretera en plena madrugada.

—Es la casa más bucólica del vecindario.

Y no era capaz de acordarme cuántas veces hicimos el amor estas últimas semanas. En sitios que jamás imaginé en toda mi existencia.

—Ya la divisé —anuncié con el corazón en la mano—. Ya la vi.

A cada paso que di hacia la casa de su madre, reviví cada una de las sensaciones experimentadas a su lado. Antes y ahora.

—Te echo de menos.

Necesitaba gestionar mis sentimientos, era cierto, pero a su lado, poco a poco, la barrera impuesta empezaba a ceder.

—Y yo a ti.

Toda la vida, Perseo.

—Nos vemos en el mercadillo, Mein Engel.

Los ojos de la profesora Agnes se encontraron con los míos tras treinta años.

—Sí, mi amor.

Jadeó hondo.

—¿Mi amor?

Temblé.

—Sí, mi amor.

Silencio.

—Te amo.

Nunca se lo dije a nadie en mi vida.

—Oh, por Dios, Mein Engel.

Las lágrimas se acomodaron en mis cuencas.

—Te amo tanto —declaró con voz rota—. Soy un sentimental.

Los ojos de la profesora también se nublaron.

—Hablamos, Mein Engel.

Colgó sin esperar respuesta y un instante después envió un mensaje.

«Ya te extraño».

—Hola, Cora.

«Y yo a ti».

—Hola, profesora Agnes.

Las hijas de los castaños caían entre las dos como gotas de lluvia. El viento silbaba y los pájaros trinaban inquietos por la llegada del invierno a pocos meses.

—Pasa, Cora.

No hubo besos, ni abrazos o palabras cálidas de bienvenida.

—Permiso.

Me llevó hasta el salón, tan parecido al que tuvo en Hattingen, aunque con los cambios inevitables del tiempo. Me sirvió café, la charla sería larga e intensa.

—El mundo es un pañuelo, Cora.

Puse la taza en el platillo tras darle un sorbo al café.

—Le traje su anillo —anuncié y cogí la caja, la misma del pasado del bolso—. En aquel entonces no entendía el mensaje secreto que mi padre grabó en él.

Cogió la caja sin mirarme.

—No existen excusas, Cora —aseveró enronquecida—. Pero, me enamoré de tu padre locamente.

Para mi sorpresa, Andreas von Osthaus fue su pareja, hasta que la depresión y la esquizofrenia se adueñaron de él.

—Conocí a tu padre en el psiquiátrico cuando iba a ver a su hermana.

Otro dato que desconocía.

—¿Mi padre tenía una hermana?

Se llamaba Gudrun, era dos años mayor que él y padecía una severa depresión tras lo que vivió a manos de La Stasi en la Alemania del Este.

—Nunca la mencionó —confesé aturdida—. Nunca.

Parecía inquieta.

—Algunos secretos son necesarios, Cora —se aventuró con cautela—. No justifica, pero impide tragedias.

Hizo referencia a lo que ella misma tuvo que hacer el día que llevó a Perseo lejos de su único pariente.

—Mi padre te consiguió el trabajo en Hattingen —declaré resoluta—. Para estar cerca de ti y que no pudieras estar lejos de Andreas.

Fragmentos fracturados del pasado se hicieron presentes en mi mente. Mi padre siempre amable con ella, aunque con recelo ante todos.

—Sí —conminó intimidada—. Cuando amas en medio de un abismo pierdes el control de todo, Cora.

No era argumento suficiente para mí.

—Era casado con mi madre y, pese a que no eran la pareja más feliz, debió respetar, profesora.

Me pidió que la tuteara justo cuando un dolor en la sien derecha me instó a llevar la mano a ella. Maldije la migraña inoportuna que se avecinaba.

—Lo sé, Cora —recalcó—. No puedo pedirte que entiendas.

Fueron amantes por dos años.

—Cuando tu madre quedó embarazada, decidí marcharme de su vida, Cora —susurró con lágrimas en los ojos—. El mismo día que Perseo sufrió aquel accidente en las vías del tren —se estremeció—. Y el día que Andreas se quitó la vida.

El impacto me chocó contra mi pecho como un puño de acero. Llevé la mano a la boca e intenté ahogar el sollozo.

—Andreas se dio un tiro en la cabeza tras atacar a Perseo, a quien creía ser el hijo de su cruel hermana, Evelyn.

Me puse de pie de un salto y respiré muy hondo.

—¿Perseo es su hijo? ¿Es el hijo de ella?

Movió la cabeza y encogió los hombros.

—No lo sé —afirmó dubitativa—, Pero alguien le hizo creer que sí.

Las ramas semidesnudas de un cerezo al costado de la casa arañaron los cristales impecables como sus palabras mi alma.

—¿Quién? —quise saber y el tono que usé fue duro—. ¿Mi padre?

Se puso también de pie.

—No, tu tío Dirk.

Las lágrimas se congelaron en mis cuencas y los ojos empezaron a escocerme.

—El mismo hombre que me convenció de llevar a Perseo lejos —aseguró con la voz quebrada—. El mismo hombre que me ayudó a huir.

Perseo sabía demasiado por mi culpa.

—Otto Michael fue un espía de La Stasi como lo fue tu padre, Cora.

Me costaba respirar con normalidad.

—Tu tío me concedió todo tipo de información —evocó ensombrecida—. Algunas demasiado crueles y desalmadas.

No todos sabían lo que pasaba detrás del muro, algunos solo trabajaban para sobrevivir.

—Un grupo buscaba al abuelo de Perseo, querían eliminarlo y según tu tío, también agente de La Stasi, podía pasar en cualquier momento.

Mi tío estaba cerca del lugar, había llevado a Andreas con un propósito claro en mente, eliminar a Perseo y, de paso su sombrío secreto.

—Todo pasó muy rápido, Cora —prosiguió con voz temblorosa—. No soy capaz de acordarme de cada detalle.

No era para menos, Andreas se quitó la vida tras arrebatar la de Perseo, el mismo día que pensaba huir de mi padre.

—En el pueblo creían que Perseo murió ahogado —se quebró—. Habían encontrado una zapatilla en el río y una mochila a orillas de él —rompí a llorar, no podía más contener tanto dolor—. Fui a la casa del señor Fuchs y lo vi con un hombre que reconocí al instante —me miró— era un policía de la RDA —se sentó—. El mismo que llevó el caso de los padres de Andreas.

Y entonces todo se encajó en su cabeza, pieza por pieza del rompecabezas que mi tío montó para crear una verdad falsa.

—Tuve miedo y no pude decirle la verdad —convino cabizbaja—. Cogí mis cosas y me largué con la ayuda de tu tío.

Documentos falsos.

Dinero.

Y una meta fija.

—La verdad es que no confiaba en él y cuando Perseo se recuperó me fui lejos sin avisarle.

Mi tío le usó los pasaportes verdaderos de la madre de Perseo y de él. La profesora lo descubrió años después.

—Cambié los apellidos por el de mi madre cuando era soltera —continuó—. Inventé una historia con trasfondo trágico.

Nadie puso en duda sus palabras, al contrario, le ofrecieron ayuda para ocultarla de su marido comunista, el sanguinario que casi la mató años atrás.

—¿Nunca volviste al pueblo?

Negó con la cabeza.

—No, nunca.

Pero se enteró de la muerte de mi padre, pero no mencionó su fuente y yo no alargué su calvario. Al evocarlo, la pena se estampó en su cara y le sumó varios años más de los que tenía.

—Michael nunca te olvidó, Cora.

Me senté.

—Su mente te guardó en algún rincón, porque en más de una ocasión, me preguntó quién era la niña de cabellos dorados, pecas en la nariz y gorros de muchos colores.

Me temblaba mucho el labio inferior.

—Te llamaba Persina.

Solté un sollozo profundo.

—Era.... —gimoteé— el nombre de la muñeca que me regaló —confesé—. Odiaba ese nombre.

Se rio entre lágrimas.

—Tal vez por eso la grabó a fuego en su mente.

Cogió un paquete de pañuelos y me ofreció uno. Lo tomé y sequé mis lágrimas estancadas en las mejillas.

—Mi tío me hizo algo, profesora.

No tuve que desvelar nada para que supiera de qué se trataba.

—Perseo lo sabía.

Su rostro palideció.

—Dios mío, Cora.

Soné contra el pañuelo.

—Intentó hacer lo mismo con mi hermana, pero se lo impedí.

El corazón me latía con furia.

—Grabé el intento y le amenacé con enviar a un periódico.

Era un renombrado profesor de la universidad de Colonia y un escándalo como ese podía destruir su vida.

—Murió ese mismo día en un accidente de tráfico en un puente. El coche cayó al río y su cuerpo fue encontrado cinco días después.

Hubo rumores sobre un posible ajuste de cuentas, tal vez de una víctima suya.

—Su abuelo todavía vive, profesora.

Ella asintió.

—Lo sé, Cora.

El corazón se me paralizó cuando mencionó sobre él y Elvira, sus tíos, los que solían ir a ver cada domingo en el geriátrico del pueblo.

—¿Qué? —siseé sin voz.

Ella se puso de pie.

—Están a dos cuadras de aquí.

Me miró compungida.

—Él sufre de Alzheimer y ella tiene demencia.

Esbozó una sonrisa muy triste.

—Pero tú sí los recuerdas, Cora.

Sí, yo sí...



El viaje que hice al pasado dejó huellas en mi alma. Cuando vi al abuelo de Perseo, el supuesto tío de la profesora, los pilares de mi corazón se tambalearon. Y pese a que no me reconoció, algo en su manera de mirarme me indicó que, al igual que Michael, algo quedó en algún recoveco de su memoria. No importaba cuántas veces me repitieron que eso era imposible. Tras la declaración de la profesora ya nada me parecía tan absurdo.

Mi tío.

El verdugo.

El lobo malo.

Crucé la calle tras aparcar la moto y me puse el gorro que me regaló la profesora, uno hecho por ella misma de un color morado idéntico a mi suéter de cuello alto. Era como volver a ser yo misma, la niña del pasado, la mujer que nunca me permitió ser el infierno que cargaba dentro. Porque algo en mi cabeza me lo impedía, algo insertado a través de las vivencias traumáticas en su mayoría.

—¡Cora!

Era Peter.

—¡Papá, allí está Cora!

Michael esbozó la sonrisa, sin lugar a dudas, la más preciosa que jamás vi en toda mi vida.

—Mein Engel!

Se acercaron a pasos rápidos y sin darme tiempo a nada me arrastraron hasta los coches chocadores. Pensé morir de amor al ver a Peter en uno de ellos, tan feliz e ilusionado como treinta años atrás su padre.

—¡Gallinas! —chilló entre risas—. ¡No podréis contra mí!

Chocó contra mi coche y el balanceo me hizo volver en mí. Ataqué, ni loca lo dejaría ganar, era el momento de la revancha.

—¡Eres buena! —reconoció Michael—. ¡Ya me tienta llevarte a la estación de bomberos como conductor!

Reía con toda el alma y cada una de sus risas sanó una herida que sangraba desde el día que se marchó de mi vida.

—¡Menos charla y más acción! —insté y se echaron a reír—. ¡No podréis conmigo!

Evoqué las palabras de la profesora y la promesa tácita que le hice al salir del geriátrico. Una lucha titánica entre la verdad y la mentira se entablaba dentro de mí. Perseo merecía conocer su verdadera historia, por otro lado, podía desencadenar un maremoto en su interior innecesario a esta altura de su existencia.

¿Me gustaría a mí saber una verdad tan cruenta?

Cuando la profesora intentó obtener material genético de Andreas para comprobar las palabras de él sobre Perseo, descubrió que el cuerpo había sido incinerado. Ni siquiera tenía una lápida, la que había en el cementerio, no era suya. Solo una pantomima para despistar a su hermana, que, a todas luces, lo buscaba para llegar a su hijo y cumplir su promesa de venganza.

¿Era Perseo su hijo?

Si así fuera, no heredó los genes de ella, sino de su buen padre. Eso explicaría su bondad genuina, una cualidad que sobresalía en el pasado.

—¡No, Cora! —chilló Peter—. ¡No!

Michael me chocó para liberar a su hijo y no dudé en buscar la revancha.

—¡Me las pagarás, Michael!

Se rio a mandíbula batiente.

—¡No lo harás!

Aquel instante quedaría grabado en algún sitio de mi cerebro y, aunque pasen mil años o mil vidas, estaba segura de que lo recordaría.

—¡Quiero hacer pis, papá! —clamó Peter al bajar de la atracción—. ¡Ahora mismo! —suplicó.

Michael besó mis labios y lo llevó a un local que tenía servicios para todo público. Metí un par de palomitas azucaradas en la boca embelesa con la noria repleta de personas. El móvil sonó y me sobresaltó el tono, era mi hermana.

—Hola, Dana, ¿pasó algo?

Hoy le tocaba ir al hospital.

—¿Dana?

Me alejé del lugar y busqué un sitio menos ruidoso. Taponé la otra oreja y repetí tres veces su nombre.

—Tengo la muñeca de nuestra hermana y la agenda de papá, Cora.

El corazón se saltó varios latidos, abrí la boca para hablar, pero ella se adelantó, estaba al borde, podía sentir en la entonación de su voz.

—En la muñeca encontré un papel en su interior —escupió llorando—, la mataron, Cora.

Todo se ralentizó a mi alrededor, era como si un tubo enorme de cristal acabara de caer sobre mí y me aisló de todo. De todos.

—¿Qué?

No estaba segura si me escuchó o no, ni siquiera si seguía al otro lado de la línea.

—Fue la hermana de papa durante un ataque de histeria —narró en un hilo apenas audible—. A golpes, Cora.

El alma cayó a mis pies.

—Gudrun —la nombré.

Dana jadeaba mucho.

—Nuestra madre la vio desde el segundo piso, pero no pudo hacer nada cuando llegó junto a ella.

Lo imaginé todo y ahora lo comprendía todo.

—Se llamaba Cora —reveló sin aliento— y nació el mismo día que tú, pero años antes —se rio y eso erizó toda mi piel—. No entendí cómo eso era posible, sabía que existía tal coincidencia, pero este no era el caso.

Un par de personas con cámaras corrieron hacia el mercadillo, parecían abejas en plena construcción de colmena.

—Ester nunca existió —recalqué sin voz—. Entonces lo que dijo su psiquiatra podía ser cierto.

Vi a Thomas y Elsie con los fotógrafos de la revista a unos pasos de mí. Parecían nerviosos, impacientes. Miré hacia el parque y me pregunté si pasaba algo. Tal vez algún famoso osó venir al lugar.

—Cora... —anunció temblorosa—, Ester existió.

El grito de Sandra me instó a buscarla con los ojos.

—Existe —retrucó—. La conoces mejor que nadie.

Sentí un fuerte dolor en el corazón.

—¿No entiendo, Dana?

Pensé en nuestra madre y en la posibilidad de que su verdadero nombre fuera Ester. Si mi padre fue un agente secreto, debieron cambiar sus nombres cuando decidieron huir de la RDA.

—Eres tú, Cora.

Vi a Gerda al otro lado con el móvil en la mano. Llamaba a alguien, a mí.

—Tú eres Ester —sentenció—. No me preguntes nada más, porque no sabría qué decirte —estaba aturrida—. Y la única persona que puede responder tus dudas acaba de morir.

Alguien pasó a mi lado a toda velocidad y se llevó con él mi móvil. A cámara lenta vi cómo se despedazaba por el suelo.

—Soy Ester —repetí la afirmación de Dana—. Mamá murió —temblé.

Los gritos de las personas que se montaban a las atracciones se mezclaron con el martilleo de la sangre en mis oídos. Me dolía mucho la muñeca y la cabeza. El pecho me ardía, sentí una descarga eléctrica en el centro justo cuando Gerda me vio.

—¡Cora! ¡Cora!

A unos metros de mí divisé a Michael en medio de unos periodistas que insistían en lo mismo.

—¿Eres el hijo de Evelyn von Osthaus?

Gerda empujaba a las personas que se apilaban alrededor de Michael y le impedían de acercarse a mí.

—¡Cora, tengo algo que contarte!

Las personas parecían sombras sin formas, excepto él, Michael, cuyo semblante palideció cuando Thomas le reveló algo al mismo tiempo que me indicaba con la mano.

—¿Sabías que eres el hijo misterioso de Evelyn von Osthaus y el agente de La Stasi Marcel Neumann?

Mencionaron la traición de él.

La sagacidad de ella.

La traición de los suyos.

—¿Sabías que Paul Bormann es tu medio hermano?

Aquello ni siquiera yo lo sabía.

—Él no es mi hijo —susurró alguien a mis espaldas—. Él no sufre de mi misma discapacidad, Cora.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal. Aquella voz femenina era de ella, de Evelyn von Osthaus.

—¿Te suena la discapacidad Anosmia congénita aislada, Cora?

Estaba pegada a mí como las lágrimas a mis pupilas.

—El mejor amigo de Marcel te salvó la vida —musitó en mi oído—. Hasta ahora.

No hubo sonido.

No hubo dolor.

No hubo aviso.

—¡Coraaa! —bramaron al unísono Michael y Gerda—. ¡Coraaa!

Un dolor agudo en el pecho me hizo bajar la mirada. Aunque el suéter era oscuro, pude notar el líquido que lo manchaba con profusión. La mano que llevé al centro del esternón se manchó de sangre.

—¡Coraaa!

Perdí el equilibrio y me caí al suelo de espaldas. Alguien me levantó a toda prisa.

—¡Llamen a una ambulancia!

Era Michael.

—¡Llamen a una ambulancia!

No sentía nada.

Ni dolor.

Ni miedo.

—Mein Engel, por favor, resiste, resiste, te lo suplico —sollozó como un niño—. No me dejes, por favor, no me dejes —imploró.

Un frío que nunca sentí antes, se apoderó de mí y me advirtió que pronto todo llegaría a su fin.

—Te... amo... —logré balbucear—. Per... seo... —jadeé.

Sus lágrimas rebotaban contra mis mejillas y se resbalaban por ellas como si fueran mías.

—¿Perseo? —murmuró entre sollozos—. No, no me dejes, por favor, Cora.

Y entonces vi al niño que fue, a mi mejor amigo, a mi primer amor cuando apartó sus labios de los míos.

Adiós, Perseo...

Treinta y nueve

Génesis apocalíptico

Clínica von Heidenberg, Colonia, 2023

Alguien gritó mi nombre de manera incesante como si mi vida dependiera de ello. Intenté abrir los ojos, pero los párpados me pesaban una tonelada y no conseguí despegarlos hasta la tercera vez que lo intenté. La luz lastimó mis pupilas con tanta crueldad que me hizo gemir de dolor. La voz de un hombre atravesó la nube que me envolvía y logró llamar mi atención. Parpadeé confundida al no reconocerlo. La visión estaba muy borrosa y la boca tan pastosa que me daba la sensación de no beber agua desde hacía tiempo. Un hombre de barba bien recortada con rasgos angulosos me pidió que enfocara la vista en él. Achiqué los ojos un poco perpleja. No entendía por qué aquel extraño me pedía aquello, al menos no hasta ver su bata blanca. Solo entonces comprendí que era un médico.

—Mírame —insistió vehemente—. Eso, así, abre los ojos.

Alguien entró, era una mujer, una enfermera. La veía como una mancha borrosa al inicio. La voz del médico sonaba lejana como el eco del interior de un caracol.

—Mírame, eso, mírame.

Reconocí la voz de Dana, pero no su ubicación. —¡Coraaa!

Alguien le pidió que se retirase, pero ella no lo hizo.

—¡Llevo meses esperando por este milagro! Intervino molesta—. ¡Cora, Cora!

Divisé mejor su delicada silueta enfundada en su hábito negro. Me recordaba a María, la protagonista de Sonrisas y lágrimas.

—¡Es un milagro! —clamó con las manos unidas—. ¡Gracias, señor!

De pronto sus palabras cobraron vida en mi cabeza.

—¿Meses? —repetí anonadada—. ¿Qué pasó?

La sangre martilleaba enfurecida en mis oídos y el corazón lastimaba mi esternón con cada latido enloquecido.

—No entiendo nada —gimoteé perdida—. ¿Qué pasó? ¿Dónde estoy? —jadeé.

Fogonazos.

Recuerdos.

Instantes.

—Michael —llamé al borde la ansiedad—. Evelyn von Osthaus me disparó —resollé—. ¡Matará a Michael!

Algo atravesó mi antebrazo y me instó a girar la cabeza. La enfermera acababa de aplicarme algo para tranquilizarme.

—¡Perseo! —bramé desquiciada—. ¡Michael es Perseo!

La agitación se calmó lentamente y dio paso a un letargo implacable que me llevó al sueño

profundo. Lo último que divisé fue el rostro de Thomas.

—Cora —escuché una voz—. Cora.

Abrí los ojos sin saber cuánto tiempo pasó desde que los cerré. Ya no me costó enfocar la vista en la persona que me llamaba con insistencia.

—Thomas —musité cansada—. ¿Por qué llevas bata de médico?

Se sentó en la silla blanca de la habitación y me cogió la mano con delicadeza entre las suyas.

—Porque soy médico, Cora.

Enarqué una ceja con aire cansino.

—Soy neurocirujano —acotó con una afable sonrisa—. Tenías un tumor en el cerebro, Cora —comenzó a explicarme—. Siete meses atrás te operamos, conscientes de que era demasiado peligroso. Una angustia crecía dentro de mí a medida que se explayaba sobre mi caso clínico.

Era Thomas, mi colega de trabajo, no médico.

—Y pese a ello lo hicimos como cumplimiento de tu último deseo.

Algo no estaba bien, era evidente, al menos para mí.

—La doctora Hoffmann llevó a cabo tras la cirugía el experimento que desarrollaron juntas como neurocirujanas.

Un golpe seco en el alma me instó a mirarlo como si estuviera bajo agua más tiempo de lo permitido para sobrevivir.

—Gerda —pronunció el nombre de mi amiga—. Nuestra compañera de universidad, colega y amiga.

Cuando me explicó sobre el proyecto que investigábamos hacía un par de años, comprendí mejor lo que estaba pasando conmigo y rompí a llorar con desconsuelo. Thomas se sobresaltó como si mi dolor hubiera activado unos resortes dentro de él. Me envolvió entre sus brazos, no como médico, sino como amigo.

—No, dime que no —imploré anegada en lágrimas—. Por... favor... —puso la mano en mi cabeza—. Por favor.

Imágenes brillaron en mi mente como relámpagos en la tormenta.

—No puedo, Cora, no puedo.

Me aferré a él como si la vida se me fuera en ello.

—Me niego a creer —repetía sin alma—. Me niego a creer.

—Necesitas tiempo, Cora.

Reviví mis últimos instantes antes de perder el conocimiento. Michael me imploraba para que no lo dejara.

—Michael era Perseo —repetí una y otra vez como un robot sin batería—. Era él, me lo confesó la profesora Agnes.

Thomas se apartó de mí y acunó mi rostro anegado en lágrimas.

—Lo que viviste no fue real, Cora.

Fue un experimento neurocientífico.

—Lo fue, Thomas —objeté firme—. Lo fue.

Una vida ideal inventada con el propósito de estudiar las reacciones del cerebro.

—El cerebro no puede crear recuerdos —rebatí fúrica—. ¡Tú lo sabes mejor que nadie!

El cerebro no creaba recuerdos, solo almacenaba los vividos, fueran reales o ficticios. Necesita de informaciones para la creación de sueños, por ejemplo.

—Meses antes de tu cirugía tú y Gerda crearon esos recuerdos que viviste durante tu

estado de coma —narró paciente y muy cerca de mi rostro—. Visualizaste cada persona, cada instante y cada guion.

Se alejó y cogió un libro de la mesita rinconera y volvió sobre sus pasos.

—Ella te leía esta historia escrita por ella —siseó emocionado—. Tú eres la protagonista.

Era un libro bastante grueso y tenía muchos marcadores con anotaciones en sus páginas.

—Los personajes que aparecen en él formaron parte de tu vida en alguna etapa —continuó—. Gerda se encargó de crear cada acontecimiento entremezclando lo real y ficticio.

Nos conocimos en el instituto cuando teníamos quince años. Fue la única que se acercó a mí, la chica rara y solitaria.

—Cuando lees un libro de ficción —remarcó solemne— tu mente crea a los personajes de acuerdo a la descripción del autor.

Deslicé la palma en el libro cuya portada rezaba:

«El aroma de los sueños»

—En el mapeo cerebral pudimos notar los cambios cada vez que evocabas el único aroma que tu discapacidad te permite reconocer, Cora.

Era un recuerdo almacenado.

—Lo que permitiría a un paciente llegar a recuerdos olvidados o bloqueados —enunció interesado—. Uno de los tantos beneficios de esta investigación.

Un recuerdo falso metido en uno real podía activar el subconsciente. Podría servir para encontrar la cura para ciertas enfermedades neuropsiquiátricas.

—Hagen —leí el lugar que Gerda eligió—. ¿Por qué ese lugar?

Ella era de Colonia como yo.

—Ella vivía allí desde el 2020.

La historia de la fotógrafa Cora Bormann empezaba en el año 2023 como lo recordaba Y conocía a Michael en la boda.

—Su inspiración nació el día que vio un episodio de la serie *Ally McBeal* —comenté más lúcida—. Una mujer solitaria tenía la vida de sus sueños mientras dormía.

Amaba aquella serie tanto como yo los libros.

—Yo vivía... —gemí entre lágrimas—. La vida a través de los libros.

Me tendió un pañuelo blanco.

—Gracias.

Éramos solitarias, las chicas olvidadas y tristes. Gerda era una de las personas más listas que conocí nunca, pero también la más insegura. Siempre luchó contra la báscula antes de someterse a una cirugía bariátrica que le dio el cuerpo de su sueño, pero no calmó sus penas más dolorosas.

—Podíamos tener la vida de ensueño sin siquiera salir de la casa —repetí sus palabras—. Eso le quiso dar a Emilie.

Su hija, la que tuvo a los veinte años y que padecía de una severa parálisis cerebral.

—Todos los días después de la universidad se encargaba de proporcionarle una vida normal a través de sus métodos y lo presencié, Thomas —gimoteé sin voz—. Gerda soñaba con poder hacer feliz a las personas —él también lloraba—. Además de ser famosa mundialmente y poder presumirlo.

Me dolía mucho el corazón.

—¿Por qué no está aquí

Sus ojos se oscurecieron.

—Cora.

Lo interrumpí.

—¿Dónde está?

Tragó con fuerza.

—Tres meses atrás sufrió un accidente aéreo y murió, Cora.

—¿Murió?

—Sí, lo siento mucho.

Llevé el puño a la boca e intenté ahogar un sollozo desgarrador de lo más hondo de mi ser. Lloraba por ella, por mí y por Perseo. Me tuvieron que sedar cuando perdí el control de las emociones.

Dolía demasiado...



Contemplé curiosa el lujoso y amplio apartamento donde vivía hacía ya una década. Me sentía tan perdida en una historia que nada tenía que ver con la que viví a través de los sueños. En esta no estaba él, Michael. Aunque debía reconocer que tampoco estaba la Cora fui. La verdadera, la única, era distinta, de gustos sofisticados y caros. No usaba ropa colorida, ni era fotógrafa o andaba por el mundo sobre una moto con Sidecar.

—Preparé algo de comer —anunció Dana desde la cocina—. Y un poco de café.

Mi madre nunca fue a verme, ni una sola vez.

—Está todo limpio —enunció con la voz llorosa—. Las flores del jarrón son del jardín del convento.

La visión se empañó.

—Todo aquí es muy moderno y frío, Cora.

Había un par de ángeles de cerámica repartidos por la estancia, lo noté, no combinaban con los demás adornos de tonos fríos y formas caprichosas.

—Te eché mucho de menos, Cora —susurró con la voz rota—. Mucho.

Me acerqué y la envolví entre los brazos donde por fin se desmoronó.

—Yo también, pequeña.

Aquel abrazo era una fuente poderosa de oxitocina diaria. Exhalé un suspiro lleno de dolor, agonía y duelo.

—No vuelvas a dejarme.

Le besé la cabeza cubierta por su velo.

—Lo intentaré.

Inga, mi secretaria, me puso al tanto de todo lo que pasó durante mi ausencia, por lo que me sorprendió que Dana mintiera sobre nuestra madre y sus visitas ficticias.

—Necesito una ducha, Dana.

No repliqué, no quería herir sus sentimientos y, mucho menos poner en duda su integridad.

—Date un baño, Cora.

Evoqué los baños que me di en la bañera con patitas en el piso de Michael. Incluso, a veces, con él.

—Traje gel de ducha y sales —repuso—. También jabones.

No podía apreciar sus aromas, pero sí sus efectos relajantes.

—Te quiero, Dana.

Era monja aquí y en la otra vida, por así decirlo.

—Y yo a ti.

Me dirigí a la habitación suntuosa que Dana me indicó, todavía tenía algunas lagunas. Entré en el cuarto de baño con una enorme bañera redonda con hidromasaje de mármol negro.

—Me sentiré sola allí.

Por lo que opté por la ducha tan ostentosa como el resto de la estancia. El agua caliente entibió mi cuerpo frío, pero no mi alma entumecida.

—Una vida idea dentro de una ficticia con retazos reales.

Leí el libro escrito por Gerda más de dos veces y analicé cada suceso. Siempre fue muy creativa, amaba escribir y pintar.

—Usaste muy bien mi diario —musité con un nudo desgarrador en el pecho—. ¿Y los demás hechos?

Un buen escritor tiene su mejor fuente dentro de la cabeza.

—Siempre te gustó imaginar cómo serían algunas historias si hubiesen sido de otra manera.

Tenía fascinación por las historias que abarcaban viajes en el tiempo y la gran posibilidad de poder cambiar el guion de sus personajes.

—Cambiaste la mía —gimoteé entre lágrimas—. Fui feliz en la vida que me diste, amiga.

Cuando abrí el armario del lavabo me encontré con mi tétrica realidad. Dentro había un sinfín de medicamentos contra varias dolencias provocadas por la depresión que padecía desde niña.

—*Ally McBeal* perdió a su gran y único amor —resollé llorando—. Ahora comprendo mejor su dolor.

Cuando era niña, tras la muerte de Perseo, me inventé una vida paralela y me refugiaba en ella para huir de la que tenía.

—Incluso olía como él —evoqué con una nostalgia inhumana—. Nunca lo anulé de mi memoria.

Busqué ropa en el armario de ocho puertas y pese a que tenía muchas opciones a mano en tonos fríos, no hallé nada que me gustase mucho.

—Necesito nueva ropa.

Opté por un suéter de cuello alto de color azul marino con unas mallas negras de yoga y unos calcetines de lana. El pelo que me llegaba hasta los hombros lo recogí en un rodete.

—Hola, doctora von Heidenberg —me saludé—. Te ves muy distinta.

El espejo me devolvía la imagen de una mujer muy delgada, muy pálida y muy triste. No quedó nada de la Cora que vi en sueños.

—¿Estás bien, Cora?

Enfoqué la vista hacia la puerta.

—Lo estaré.

Me tendió la mano de dedos finos, largos y uñas incoloras.

—Ven, necesitas comer algo.

Asentí.

—Sí.

Después de cenar y tomar un café, la llevé al convento. Nos abrazamos fuerte y quedamos de vernos el fin de semana.

—Gracias por todo, Dana.

Me sonrió con los ojos muy nublados.

—Solo no vuelvas a dejarme.

Asentí.

—Nos vemos.

Subí al coche y volví a casa ensimismada en la visita que le hice a Gerda en el cementerio, la que nunca pude hacerle a Perseo.

—Nunca —musité sin voz—. No pude.

Gerda cambió algunos puntos dentro de la trama ficticia con el único objetivo de crear giros inesperados y sorprendentes.

—Lo conseguiste.

No viví la historia tal cual como la describió en el libro, algunos pasajes eran más bien anhelos míos, los que en solitario, pese a la edad, solía imaginar en secreto.

—Necesito una copa de vino.

Pasaron unas semanas desde que volví del coma y me sumergí en una profunda depresión. Viví el duelo de varias personas en muy poco tiempo y me tuvieron que ingresar a una clínica psiquiátrica donde estuve más tiempo en la cama que en cualquier otro sitio. No obstante, las veces que salí a dar un paseo, sin tomar en cuenta el frío que hacía fuera aquel febrero de 2023. Nevó un poco y disfruté de ello con la misma ilusión de la Cora de ocho años. Otros pacientes se unieron a mí y también disfrutaron como si todavía fuesen niños. Gerda siempre decía que debíamos ver el mundo con ojos de niños. Y Tenía razón. No me sorprendía, pese a todo lo que vivió, siempre veía la vida con actitud positiva. La única vez que la vi flaquear fue cuando su hija murió, aunque convirtió su duelo en una meta. Durante años estudió el comportamiento humano, no importaba el lugar, ni el momento, todos eran blanco de su estudio. Creía con toda su fe que la clave de la felicidad estaba dentro de uno mismo. No era una autosanación milagrosa, ni mucho menos, pero una persona agradecida por ínfimas cosas era más feliz que muchas que nadaban en fortunas. Le bastaba con estudiar a los famosos o millonarios para llegar a esa conclusión. Una de sus favoritas fue *Amy Winehouse*, la amaba y odió que la fama hubiera destruido su esencia. Lo mismo le pasó a Britney Spears, aunque tenía sus dudas con respecto a su alma. Estudió psiquiatría a fondo y varias de sus ramas para su gran estudio. La acompañaba en todo, no con la misma vehemencia.

—Fui tu conejito de laboratorio —siseé atenta a cada página del libro que escribió—. Nunca mencionaste tus fuentes.

El accidente aéreo se llevó todo el trabajo, excepto un par de carpetas que tenía en su oficina en la clínica que fundamos siete años atrás con la ayuda de mi exmarido Manuel von Heidenberg, de quien era muy amiga en la actualidad. Nuestro matrimonio duró ocho años y fui yo quien puso fin. él merecía a alguien mejor que yo, más presente y menos complicada.

—¿Y esto?

Una de las carpetas que me entregó la secretaria de Gerda llevaba un rótulo con mi nombre y una inscripción que llamó mucho mi atención.

«Verdades secretas de los Hartmann».

—¿Gerda investigó a mi familia?

Había fotos, documentos de identidad, direcciones e incluso certificados de defunción de cada miembro.

—Dios mío —gemí al leer el informe que le dieron de mi familia—. No, no puede ser.

Aparté la carpeta como si me quemara las manos como el fuego de la chimenea la leña delante de mí.

—¿Por qué nunca mencionó sobre esto?

Llamé a Thomas tan pronto como recuperé la compostura. Él, al igual que yo, desconocía

aquella investigación que Gerda hizo años atrás.

—Gerda perdió la noción de todos los últimos años, Cora.

Su obstinación por alcanzar la gloria la cegó.

—Thomas, fui su ratoncito de laboratorio.

Aunque conocía el proyecto de investigación, desconocía por completo el hecho de formar parte de él, para no decir que era la base de su estudio.

—Tengo que colgar.



Al día siguiente a muy temprana hora viajé al pueblo de mi madre donde a unos cincuenta kilómetros de Colonia. Vivía al lado de su hermana, la única que le quedaba, según los informes de Gerda. Dana solía ir los fines de semana y Edda, su sobrina, vivía con ella. Nunca se casó. Aparqué el coche y al descender la vi al otro lado de la calle. Hacía frío, pero no lo suficiente para que estuviera dentro como siempre.

—Buenos días —saludé delante del portón—, Mamá.

Me miró como si fuera un fantasma.

—Cora —musitó asustada.

Los años dejaron huellas en ella, parecía mayor a la edad que tenía. Su cabello cano y las arrugas no formaban parte del paso del tiempo, sino de la enorme pena que cargaba.

—Pasa —pidió sin voz—. Acabo de preparar café.

El alma cayó a mis pies al notar el entusiasmo en su tono.

—También hice tarta de chocolate.

La visión se me nubló.

—Gracias.

Entré, no le di un beso o un abrazo. Ella tampoco, solo entramos en su pequeña casa. Acogedora y ordenada. Me llevó al salón donde la esperé. Para mi asombro, vi un par de fotos más y de Dana en el mueble de la televisión. También una de mi padre y otra que me pareció muy familiar.

—Fuerte como te gusta —anunció antes de colocar la bandeja en la mesita—. Y humeante.

Era la foto de mis sueños, donde ella aparecía con mi padre delante de la casa que nunca conocí.

—Lo siento —susurré con voz quebrada—. Lo siento mucho.

Sus ojos brillaron.

—No puedo imaginarme cuánto dolor padeciste el día que asesinaron a Cora —declaré temblorosa—. Fue la hermana de papá.

Su mandíbula temblaba mucho.

—¿Cómo...?

Parte del libro, en especial la que envolvía a mi familia, estaba basada en hechos reales.

—Sé todo —declaré con el pecho insuflado de pesar—. Sé que no soy vuestra hija —lloró—. Y que mi verdadero nombre es Ester Neumann.

Mi madre era Evelyn von Osthaus y mi padre Marcel Neumann.

—Dios mío —masculló entre lágrimas—. ¿Te encontró?

Negué con la cabeza.

—No, ella murió en el 2016 —temblé—. Se quitó la vida cuando supo que tenía cáncer. Eso constaba en su certificado de defunción.

—Vaya —musitó aturdida—. No sé qué decirte.

Tuvo un hijo, el que Gerda nunca pudo encontrar para comprobar si era o no mi medio hermano.

—Ella asesinó a sus padres —relaté lo que ya sabía—. Ya conoces su historia.

Mi verdadero padre murió al intentar huir de la RDA, a manos de un agente de La Stasi, amigo del abuelo de Perseo, quien nunca supo de mi origen.

—Nací el 10 de diciembre de 1984 y no en octubre como la verdadera Cora.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano sin mirarme, sin levantar la cabeza.

—No fue tu culpa —solté en un susurro lloroso—. Ni la de papá.

Se sorbió la nariz antes de cogerme de la mano. Nunca lo hizo antes y la sensación de su contacto envió dulces ráfagas de calor a mi frío corazón.

—Lo siento —murmuró con la vista en mí—. Lamento si te hice sufrir con mi indiferencia.

Algo cálido rodó por mi mejilla al mismo tiempo que una gota cristalina la de ella.

—Lamento no haber llegado a tiempo aquel día que Gudrun te atacó en el bosque.

El impacto de sus palabras entrechocó contra mi corazón.

—¿No comprendo?

Exhaló compungida.

—El mismo día que tu amiguito murió —relató en un hilo de voz—, Gudrun te atacó con salvajismo y por eso no pudiste asistir al sepelio de él.

No conseguía reaccionar.

—No lo recuerdo, mamá.

Tragó en seco.

—Estuviste unas semanas ingresada en el hospital debido a las fracturas y la conmoción que sufriste.

Me puse de pie de un salto.

—No lo recuerdo.

Asintió con un leve cabeceo.

—Nadie sabe cómo llegó allí o por qué te atacó.

Pensé en mi tío y en el secreto que necesitaba ocultar. Trabajaba en el psiquiátrico, al contrario de la historia ficticia, era cuidador no profesor.

—No fui al velorio de Perseo.

Ella bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre su regazo.

—No, hija.

Me estremecí.

—Oh —solté al ver una foto—. No sabía que me hicieron una foto ese día.

Podía adentrarme en el abismo, abrir heridas y desangrarlas, pero aquella mujer ya necesitaba más culpa. Por ello opté por enterrar mis sospechas sobre mi tío o lo que él me hacía a escondidas de ellos cuando entraba en mi habitación con la excusa de contarme un cuento.

—Te la hice yo.

La miré con el corazón en un puño.

—Creo que fue la única vez que estuviste presente en una actividad de la escuela.

Estábamos juntas en la foto.

—Sí, fue la única vez que fui —musitó con voz ronca—. Estuviste maravillosa.

Fui un hada en la pieza teatral del sexto grado.

—Ese día fue el más feliz de mi vida —confesé llorando—. Porque ese día mi mamá estaba presente.

Rompió a llorar con toda el alma.

—Para mí siempre serás mi mamá.

La puse de pie y la estreché por todos los años que no lo hice.

—Mi única mamá.

Se aferró a mí con todas sus fuerzas.

—Perdóname, hija —suplicó en mi cuello—. Por favor, perdóname.

Besé su coronilla con todo el amor que siempre sentí por ella desde que tenía uso de razón.

—Hace tiempo te perdoné, mamá.

En realidad, nunca le guardé rencor, nunca...

Cuarenta

Cora

La verdad

Colonia, julio de 2023

Necesité unos meses más para recuperarme de todo aquello que viví y de las verdades que fueron desencarnadas. Secretos que mi mejor amiga descubrió y, al parecer, no pensaba desvelar. Nunca lo sabré, ella se llevó consigo ese misterio. Cuando la ambición y la codicia se apoderaban de una persona, las cegaba por completo. Eran incapaces de ver más allá de ellos mismos. Infelizmente Gerda era una prueba clara de ello. No sabía cómo definir los sentimientos que navegaban dentro de mí. No sabía si considerar una traición, pero estaba segura de que, si yo estuviera en su lugar, no dudaría de revelar lo que por derecho le pertenecía.

—Me siento como el conde de Montecristo tras la traición de su mejor amigo —comenté delante de su lápida—. Lo siento, no puedo evitar sentirme así.

Me acucillé y encendí las dos velas: una para su hija y la otra para ella. Nadie fue a visitarlas todo ese tiempo, aunque a la hora de exigir sus derechos hereditarios como familiares no tardaron ni una semana.

—Tu sobrina me exigió su parte —susurré al apartar las hojas marchitas—. Al inicio pensé que hablaba de la clínica, pero no, en realidad se refería al proyecto de investigación.

Mi abogado entró en contacto con ella y le explicó que el proyecto se fue contigo. Evidentemente ella amenazó que no descansaría hasta obtener los derechos sobre él.

—Lo increíble de todo es que no tengo nada —recalqué ensimismada—. Nunca me cediste más que un par de tintes sobre el proyecto.

Era un secreto, pese a que trabajábamos juntas, desconocía los estudios y sus resultados a lo largo de los años.

—¿Qué pasó de mi portátil, Gerda?

No lo encontré en ningún sitio de mi casa o en la clínica. Mi secretaria comentó sobre su viaje a Londres tras salir de mi oficina con un maletín que no era suyo.

—También mencionó un documental e incluso una posible serie basada en el libro.

Me quedé tan aturdida cuando su sobrina lo comentó, que tardé un par de días en recuperar la compostura.

—El libro está inconcluso —apunté curiosa—. ¿Qué seguía tras mi muerte?

Había un capítulo suelto en la caja donde mi muerte era inevitable y Michael llevaba unas flores a mi tumba.

—¿Me pregunto qué tenías en mente a la vuelta de tu viaje?

Gerda siempre detestó no ser el centro de las atenciones, le molestaba hasta la médula que muchos colegas prefiriesen mi punto de vista al suyo. Fingía no notarlo, pero a veces era demasiado evidente.

Su vela se apagó, pese a estar protegida por una tapa de metal que impedía la entrada del viento.

—Adiós.

Esta vez era definitivo.

—Te libero con amor y te dejo ir, amiga.

La vela se apagó, pese a que tenía una protección contra el viento.

—Descansa en paz, Gerda.

Di media vuelta y me marché del lugar donde tal vez nunca volvería.

Al menos no viva...

Me subí a la moto roja con Sidecar, la que compré en una subasta. Esbocé una sonrisa de pura satisfacción. Puse el casco con la playlist de las canciones que seleccioné. Arranqué y me enfilé a la carretera que me llevaría a mi destino.

Dios...

—Hattingen —leí la placa—. Blankenstein.

Aparqué la moto cerca de un árbol y exhalé hondo antes de bajar de ella.

—Esto me supera.

Caminar por sus callejuelas estrujó mi alma con saña, tanta que, tardé media hora en desplazarme hacia la casa de Perseo.

—Por suerte no desapareció como en el libro.

Durante el trayecto, a cada paso que di, un recuerdo volvía a mí como un beso o una caricia del pasado.

—¡No me cogerás, Mia!

Un niño correteó a mi lado.

—¡Tramposo!

La niña que lo perseguía, de cierta manera, me recordaba a mí misma a su edad.

—¡Peter!

Y a él, a mi amigo.

—¡Corres como una tortuga, Mia!

A un costado vi el bosque y el alma abandonó mi cuerpo.

—Ay, Dios —gemí con lágrimas en los ojos—. Este lugar me debilita.

Algunas personas afirmaban que no debíamos volver a los lugares donde fuimos feliz, porque podría estropear los recuerdos.

—No siempre es así —afirmé con un nudo de emociones en el pecho—. Incluso creo que volví tarde.

—Hola.

La voz de una mujer a mis espaldas me sacó de mi trance o portal del tiempo. Al girar sobre los pies, a menos de un metro de mí, delante de la que fue la casa de Perseo, estaba una mujer mayor de cabellos canos y unos ojos grises traslúcidos que reconocería incluso en otra vida.

La bruja del bosque...

—Hola.

La contemplé fijo, preguntándome cuándo o cómo Gerda descubrió sobre ella y el señor Fuchs. No era tan complicado, si lo pensaba mejor.

—Soy la señora Fuchs.
Esbocé una sonrisa condescendiente.
—La esposa de Otto Fuchs.
El cálido viento rozó mi cara.
—Es usted la señora del bosque —tartamudeé—. Perdón, creo que la estoy confundiendo con otra persona.
Me dedicó una sonrisa afable.
—Soy la bruja del bosque —asumió y un latido resonó con violencia en mis oídos—. Cora.
Y entonces, detrás de ella apareció un hombre con boina marrón y un bastón de madera repleto de insignias de distintos colores.
—¿Cora...?
La emoción se adueñó de mí y rompí a llorar sin poder evitarlo.
—Sí... —musité entre sollozos profundos—, Soy yo.
Él también rompió a llorar.
—Mi niña —masculló llorando—. Mi pequeña.
Corrí a su encuentro y lo estreché por todos los años que no lo hice. Tembloroso, también me estrechó con la misma añoranza.
—Volviste a casa, Cora —bisbiseó entre lágrimas.
Todo mi cuerpo vibraba.
—Perseo me trajo de nuevo a casa —logré decir.
A mi hogar...



Otto y Elvira se casaron tres años después de la muerte de Perseo. Al inicio solo compartieron la pena de la pérdida y después, sin ser conscientes de ello, empezaron a echarse de menos más de lo normal. Un día él decidió declararle su amor, el que los llevó al altar poco tiempo después.

—Llevamos veintisiete años juntos —expresó orgulloso él—. Años maravillosos.
Ella se sonrojó.
—Los mejores de mi vida —remarcó ella—. Y eso que fuiste parte de La Stasi.
Él se rio con ganas, pero yo no pude, aquel tema era doloroso para mí tras lo que descubrí.
—No tuve mucha opción —reconoció él—. Ya lo sabes.
Los vigilé en silencio.
—Sí, amor mío.
Tragué en seco.
—Sé quién soy —afirmé y él me miró receloso—. Sé que tú me salvaste de mi destino.
El abuelo de Perseo fue quien me entregó al mejor amigo de mi padre, Martín Hartmann, tras recibir un aviso de la prisión.
—Gracias.
Él sonrió con tristeza.
—¿Te lo contó tu madre?
No sabía si estaba sorprendido o asustado.
—Sí —mentí—. Conozco la historia.
No entendería cómo o quién desveló aquel secreto que debía haber muerto con sus

guardianes.

—Fui jardinero de tu abuelo materno —siseó entristecido—. Su tercer ojo por así decirlo.

El padre de Evelyn fue un coronel de alto rango de La Stasi y su madre una famosa pianista.

—Marcel, tu padre, fue hijo de la mano derecha de tu abuelo y su mejor amigo.

Y siempre estuvo enamorado de Evelyn.

—Parece que ocurrió ayer... —reveló con timidez—. Fue terrible lo que pasó.

Por coincidencia, su esposa, abuela de Perseo, se llamaba como la mía: María.

—¿Más café, Cora?

Solo asentí.

—Gracias.

Me hablaron de lo que le pasó a Andreas el mismo día de la muerte de Perseo.

—Se suicidó —murmuré atónita—. Dios mío.

Eso también aparecía en el libro.

—Fue terrible —espetó Elvira—. Amor, bebe un poco de agua.

Decidí no hurgar más, aquello le dolía demasiado, a mí también, la verdad.

—Pasé muchas tardes aquí —rememoré—. Horas y horas.

La casa había sufrido cambios, no muchos, pero sí algunos. Había un toque especial, el de una mujer, el que antes brillaba por su ausencia.

—¿Quieres ver su habitación, Cora?

La oferta de él me sorprendió y abrumó al mismo tiempo. No sabía si era buena idea, pero acepté encantada.

—Está como él lo dejó —explicó Elvira—. Lo limpiamos, pero siempre colocamos todo en su mismo lugar.

Una lágrima atravesó mi mejilla al mismo tiempo que un jadeo afloraba de mis labios.

—Mucho —conseguí decir Dios.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, el alma me cayó a los pies al encontrarme con el pasado, intacto tal cual lo recordaba.

—Dios mío —musité con un nudo enorme en la garganta—. Es la misma colcha.

La alfombra, la cama, el escritorio, el armario, el sillón y la mesita de noche con sus cosas favoritas.

—Mira, pequeña.

Era el coche de bomberos que le regalé en su último cumpleaños.

—Siempre lo volvía a poner en su caja —esgrimió Elvira—. Me pedía que lo limpiara con cuidado.

La oteé de soslayo, no era la única que lo echaba de menos en aquel mundo.

—Quería ser bombero —evocó su abuelo—. Hubiera sido un gran bombero.

Sí, el mejor.

—Era tan valiente y listo —reconoció Elvira—. Tan generoso y bondadoso —lagrimeó—. No fue justo lo que le pasó.

El abuelo Otto se puso muy triste, su rostro perdió la luz y dio paso a la sombra del pasado. Uní las manos y masajee los dedos casi con violencia.

—No se puede cambiar el destino —repuso él—. Siempre creí que Evelyn se vengaría, no Andreas.

—No entiendo —revelé.

—Fui un obstáculo para sus planes.

Yo era ese plan.

—Ya —comprendí—. Lo entiendo.

—Además de salvar a Andreas de su destino.

Lo miré atónita.

—Esa noche trágica él se quedó en casa —acotó nostálgico—. A Y él me arrebató lo que más amaba en el mundo años después.

Pese a sus años, el señor Otto estaba muy lúcido, más que muchos jóvenes.

—¿Soy mala persona por pensar que las cosas hubiesen sido distintas si...? —no terminó la frase—. No importa.

Perseo estaría vivo, pensé con un dolor lacerante en el corazón. Evelyn nunca supo de mí o del señor Otto, por lo que no9 habría peligro.

—Lo siento mucho —musité.

Era mi tío.

—Yo también, pequeña.

Otto abrió la boca, pero tocaron el timbre y la volvió a cerrar. Elvira sonrió antes de dirigirse a la puerta con una exclamación que me dejó boquiabierta.

—¡Nuestro hijo llegó!

¿Tuvieron un hijo?

Al otro lado de la puerta estaba un atractivo hombre rubio de ojos muy azules y una barba incipiente que tenía más de treinta años, lo que me hizo fruncir el ceño.

—Hola, papá —saludó con su grave voz—, Mutti.

—Hola, hijo —corearon alegres entre besos y abrazos—. ¡Mira quién está aquí!

—¿Recuerdas a Cora Hartmann, Ingolf?

Ingolf...

Cuarenta y uno

Cora

Viaje al pasado

Hattingen, julio de 2023

Llegué al lugar exacto que Perseo y yo escogimos para enterrar la cápsula del tiempo. Incluso vendada sabría dónde la enterramos, al pie del árbol que usábamos para hacer a Corseo en invierno. No perdí tiempo y empecé a excavar con la tierra con firmeza. No estaba muy hondo, pero tampoco demasiado cerca de las primeras paladas. Durante mi caza al tesoro, evoqué lo que los vídeos que el abuelo Otto nos hizo, todos digitalizados con la ayuda de Ingolf, hijo adoptivo de ellos hacía casi veintiocho años. Lo increíble fue descubrir que mi padre los ayudó como también con todos los gastos del sepelio de Perseo y el de la profesora Agnes solo un año después. Lo que presencié la perturbó tanto que terminó en el mismo psiquiátrico donde estuvo Andreas.

—Papá —tercié con añoranza—. Sufriste mucho.

La amó, no lo culpaba, era una mujer maravillosa. De nada me serviría condenarles por lo que hicieron, a veces por un poco de cariño el ser humano hacía cualquier cosa.

—Como crear una vida ficticia —reconocí.

Ingolf lo vio en el cementerio varias veces con una rosa blanca.

—Las rosas de su jarrón eran de él —repuse al evocar aquel efímero detalle—. Sí, eran tuyas, papá.

Siempre pensaba en ella, muchas veces lo pillé mientras escuchaba una canción con una copa de vino en la mano en el balcón.

—Un amor imposible.

Me hubiese gustado poder descubrir más detalles, pero era imposible como tantas otras historias de amor.

—Aquí estás.

Aparté la tierra de la cápsula con manos temblorosas y un nudo enorme en la garganta. Las lágrimas rebosaron mis cuencas y recorrieron toda mi cara hasta caer sobre la tapa de metal tras retirarla de dentro de las bolsas de plástico.

—Parece que fue ayer —musité con la voz quebrada—. No puedo creer que pasó treinta años desde aquel día.

Gerda solo sabía que existía, pero nada más, porque era algo solo nuestro y nos pertenecía solamente a mí y a Perseo.

—Solo nuestro.

Cogí con mucho cuidado y la coloqué a mi lado, cerca de la pala que Elvira me prestó. Necesitaba unos segundos para recuperar el control de mis emociones. En todos estos años no pensé en ella, no la recordaba o solo tenía miedo de volver al pasado. Pero, comprendí que, él siempre regresaba cuando menos lo esperabas para poner fin a algunos capítulos escritos a mitad de página. Abrí por fin la cápsula del tiempo y para mi gran sorpresa, dentro estaban las marionetas con nuestros nombres en sus pechos.

—Oh, Dios —balbuceé entre lágrimas—. Esto duele demasiado —me sorbí con fuerza la nariz—. Los carretes de fotos —me reí entre un sollozo y otro—. ¿Sabías que tu abuelo las reveló antes de entregarnos?

Temía que se estropeasen, por lo que las reveló y las conservó para entregarnos treinta años después.

—Todavía no las vi —confesé en un hilo de voz—. No antes de abrir la cápsula.

Tuvimos mucho cuidado cuando metimos las cosas dentro. Algunas se oxidaron, fue inevitable, pero la mayoría estaba en muy buen estado.

—Nuestra lista —esgrimí—. No realicé ningún deseo de ella, Perseo.

Al leerla, tan inocente y posible, me di cuenta de que, solo cuando eres niño sabes cómo ser feliz con las cosas más sencillas del mundo.

—Casarme con Cora —leí entre lágrimas uno de los deseos de Perseo—. Curarla... —el pecho me ardía—. Lo hiciste —farfullé antes de depositar un beso en el papel—. Me salvaste, Perseo.

Era momento de decir adiós...



A la mañana siguiente tras recuperarme de las fuertes emociones, de analizar una y otra vez cada objeto de la cápsula con el abuelo y Elvira, por fin decidí dar el último paso: ir al cementerio. Ingolf y Mía, la niña que vi el día que llegué aquí, quien resultó ser su hija y de Petra, me acompañaron hasta el bosque.

—No funcionó —comentó Ingolf abatido—. Petra y yo somos muy diferentes.

Ella es médico y él profesor de universidad.

—Me pasó algo parecido, Ingolf.

Y Emil seguía siendo su mejor amigo.

—Eso sí me sorprende.

Se rio.

—Cambió mucho tras convertirse en padre.

Tenía cinco hijos y era abogado no policía.

—Lamento lo de tu padre, Ingolf.

Un año después de la muerte de Perseo, alguien lo denunció a la policía por asesinato.

—Fue horrible, Cora.

Asesinó y enterró a su mujer en su anterior vivienda en Wuppertal.

—Me imagino.

Además, se le acusó de otros delitos que envolvían menores de edad. Evoqué a mi tío Dirk, quien tuvo su merecido años atrás.

—Vaya —exclamó atónito—. Nunca volví a verlo por aquí tras la muerte de Perseo.

No recordaba muchas cosas de aquel día, no lo mencionó, pero algo grave le pasó.

—Hubo rumores acerca de su muerte —resalté—. No sé si son ciertos, pero mi madre alegó que fue un atentado.

Murió dos semanas después debido las quemaduras que sufrió.

—Una venganza.

Lo miré de reojo.

—Sí, algo así.

Sus ojos brillaron con intensidad.

—Solo tuvo su merecido, Cora.

Mia gritó a nuestras espaldas.

—Nos vemos más tarde —siseé—. ¡Le debes un helado a tu hija!

Me guiñó el ojo.

—Nos vemos más tarde.

Me enfilé a mi destino. Crucé el portón del cementerio y bajé las escaleras con la cápsula del tiempo entre las manos. A mitad de camino me detuve y contemplé embelesada el cielo de mil tonos naranjas salpicado de rosa, violeta y azul. Una sonrisa curvó mis labios de manera involuntaria. Pese a ser el lugar más triste del mundo, en ese instante, sentí paz.

—Oh, profesora Agnes.

Contemplé su lápida, la que Elvira y el abuelo Otto mantenían limpia.

—Estuviste viva en mis sueños.

Al lado de su nombre estaban dos delfines con un corazón rojo entre ellos. Me acuclillé y rocé el último gesto de amor de mi padre.

—Murió amándote.

Al lado no había una lápida con el nombre de Andreas como en mi divagación onírica.

—Mi padre no tiene una tumba —declaré con un nudo en la garganta—. No quería, tal vez porque no podía estar aquí contigo.

Tal vez...

—Aquí estás.

Los ojos hinchados se nublaron, todavía quedaba munición.

—Perseo Fuchs —leí la lápida de mármol—. 1984 - 1993.

Me arrodillé y rocé el ángel dorado debajo de la pequeña cruz del mismo color.

—. Tengo tantas cosas que contarte, Perseo.

Al tocar la tripa de una de las marionetas, sentí un pequeño bulto. La cogí y al meter la mano dentro encontré un papel bien doblado. Toda la carne se me puso de gallina al leer el mensaje escrito en él.

—Te quiero.

Cogí la otra por instinto y dentro hallé otro mensaje.

—Nunca lo olvides.

Mordí el labio inferior e intenté contener las lágrimas, en vano, evidentemente. Llevé ambos muñecos al pecho y rompí a llorar como nunca lo hice en su sepelio.

—Yo... también... —gimoteé sin voz—. Siempre y para siempre, Perseo.

Me reí entre lágrimas al evocar su nombre completo, el que desconocía hasta el día de ayer.

—Perseo Michael —señalé con voz nasal—. Como él: Otto Michael.

Gerda investigó bien.

—Tus padres murieron al intentar huir de la RDA —narré en un murmullo—. También mi padre, el verdadero —confesé—. Marcel Neumann, el mejor amigo de Martín, mi padre en los

documentos legales.

Me recliné y deposité un beso en su nombre antes de relatar la historia que vivimos durante mi coma. También le hablé de mi vida tras su partida.

—Tengo un par de cosas que hacer antes de volver aquí —manifesté—. Porque aquí es mi lugar, Perseo.

Me puse de pie con la cápsula en la mano y me quedé mirando la tumba a través de las lágrimas.

—Siempre te echaré de menos, Perseo.

Me di la vuelta y me enfilé de nuevo al bosque, por el camino que siempre solíamos usar cuando íbamos de paseo por aquellos lados.

—Cora.

A mitad de camino, en medio de nuestro bucólico bosque, escuché una voz muy familiar a mis espaldas.

—Perseo.

A cámara lenta, me di la vuelta y lo busqué con el alma a los pies. Pero solo me encontré con un camino vacío y sin luz.

—Debo hacerlo.

Bajé la caja al suelo, cerré los ojos con mucha fuerza, como lo hice en mi otra vida. Al abrir los parpados, a unos metros de mí, estaba él, tal cual lo recordaba.

—Perseo.

Esbozó una sonrisa enorme antes de correr hacia mí.

—¡Cora!

Tal vez solo era un mecanismo psicológico para curar heridas del alma, pero aquel abrazo era tan real como mis lágrimas.

—Te eché tanto de menos, Perseo.

Éramos niños otra vez.

—Y yo a ti, Cora.

El sol volvió e iluminó todo el lugar como aquellas tardes de verano que compartimos juntos.

—Tienes que cumplir tus sueños, Cora.

Nos estrechamos con más fuerza.

—Todos ellos.

Me reí entre lágrimas.

—Ya no quiero casarme con Macaulay Culkin —bromeé.

Se rio.

—Bueno, no todos ellos.

Al alejarse nos miramos a los ojos con añoranza.

—Te cuidaré, Cora.

Ahora era adulto, era Michael.

—Mein Engel.

El dolor estrujó mi alma con tanta saña que era incapaz de contener las lágrimas.

—Te amo, Michael.

Me secó las lágrimas con los pulgares y su aroma impregnó mis fosas nasales.

—Y yo a ti, Mein Engel.

Parecía tan real, tan vivo y palpable.

—Nunca lo olvides.

Cerré los ojos sin fuerza.

—Nunca —juré.

Sus labios cubrieron los míos en un profundo beso de amor más allá de toda lógica o credo.

No fuiste real, pero lo que me hiciste sentir nunca lo olvidaré...

Cuando abrí los ojos él ya no estaba, pero su beso todavía acariciaba mi alma.

Adiós, mi amor...

Epílogo

Cora

Hagen, agosto de 2023

El camarero de la cafetería que Gerda eligió para el libro me sirvió el café y el pastel de manzana. Le agradecí y sin perder tiempo le di un sorbo a la bebida todavía muy enfrascada en lo que hice la semana pasada con una copia de la historia escrita por mi amiga y colega. Una manera de superar el duelo de lo que viví en sueños. Porque podía ser una obra ficticia, sí, pero lo que sentí, definitivamente, no. Y eso quedó comprobado con el mapeo cerebral que me hicieron durante todo el coma a través de la repetición incesante de la misma historia. No fue exactamente igual, mi cerebro creo un guion propio, mezcló recuerdos pasados entre los insertados, por así decirlo en palabras más sencillas.

—Perdón, ¡había mucho tráfico! —emitió Thomas al sentarse a la mesa—. Café, por favor —pidió.

Sonreí al verlo más relajado y sin aquella indumentaria tan insípida de médico.

—Hola, Thomas.

Éramos amigos hacía más de una década, motivo por el cual Gerda le dio un papel en mi vida paralela.

—Aquí tienes todos los resultados del mapeo cerebral —anunció y me entregó un pequeño sobre—. Es un pendrive —se burló—. La modernidad me supera —me reí—. También encontré los mapeos con imágenes.

La sorpresa me aturdió.

—Gerda tenía sus técnicas, Cora.

Las que llevó consigo.

—Fui su cobaya por años —bromeé sin humor—. Tal vez fue insertando informaciones a lo largo de su investigación sin que yo fuera consciente de ello.

Ahora, a sabiendas, podía analizar mejor ciertas actitudes tuyas, comentarios, planes e incluso datos que fue desperdigando en el aire para que mi cerebro fuera almacenando.

—Gracias, Thomas.

Me miró fijo, pero no hurgó en el tema, pasó a otro y se lo agradecí con una sonrisa implícita.

—Sigo muy sorprendido con las reacciones que tuvo tu cerebro durante ese viaje.

No sabíamos cómo llamarlo todavía, ni siquiera si saldría de la clínica alguna vez, era un experimento más dentro del montón.

—Gerda era muy buena —reconoció sorprendido—. Los detalles de la trama me dejaron bastante alhelados.

—Sí —asumí.

—Pero una persona con Borderline no es capaz de verlo.

—Su trastorno siempre fue su peor enemigo, Thomas.

Era muy buena en muchas cosas, pero no lo sabía o no aceptaba.

—Pero se llevó consigo todo, Thomas.

Metí el sobre en el bolso, tan grande y de un color vivo, como la Cora de su libro solía usar. También la vestimenta y las botas de cordón.

—Lamento lo de tu visión, Cora.

Había perdido agudeza visual, nada que unas buenas lentillas o gafas no pudieran mejorar, aunque uno de los ojos sufrió más daño, el del lado del tumor.

—Sigo viva, eso es lo importante.

Le dio un trago al café que el camarero acababa de servir. El móvil sonó, era un mensaje de mi madre, me invitaba a almorzar mañana con ella y Dana.

—Permiso, Thomas.

Hizo un ademán con la mano, restándole importancia al asunto.

—Claro.

Tecleé una respuesta corta y precisa.

«Me encantaría, mamá».

Emoticon de beso.

«Ya te extraño, hija».

Los ojos me escocieron.

«Y yo a ti».

Puse el móvil en la mesa al lado de la taza semivacía de café.

—Un año sabático —señaló sonriente—. Haces bien, yo no podría, esto es mi vida.

Le guiñé el ojo.

—Eso es lo más importante, Thomas.

Tenía la misma edad en el libro y su misma vida solitaria por elección.

—Necesito encontrarme, Thomas —aclaré resoluta—. Me siento perdida tras volver.

Se lo expliqué en dos oportunidades lo que experimenté durante el coma, pero él no podía comprender, era demasiado pragmático para algo tan ilógico.

—Llevas botas —resaltó asombrado y no pude evitar reírme—. Me gusta tu nuevo estilo.

Media hora después se marchó y yo hice lo mismo, aunque antes de volver a Hattingen, donde vivía hacía dos semanas en la misma casa donde viví de una, di un paseo por Hagen, la ciudad que eligió Gerda para el libro. Vivió allí unos años, pero nadie sabía dónde mismo, ni siquiera yo.

—¡Cora!

Una voz femenina a mis espaldas me hizo ralentizar los pasos.

—¡Hola!

No la reconocí.

—Soy Emilie —se presentó con una amplia sonrisa—. Schmidt.

Tardé en asociar a la chica más guapa del instituto con aquella mujer regordeta que aparentaba unos diez años más que yo.

—Hola, Emilie.

Me estrechó como si fuera mi mejor amiga y no la chica abusona que fue conmigo y Gerda en el instituto.

—Jamás me respondiste los mensajes del Instagram —apuntó al apartarse—. Bueno, no volviste a subir nada tras aquella noche en el club.

No tenía idea de qué me hablaba, no tenía redes sociales, nunca las tuve y tampoco fui a ningún club.

—Gerda organizó un encuentro —repuso al notar mi confusión—. Se contactó con casi todos los excompañeros del instituto y logró reunirnos tras tantos años.

Mi corazón se empequeñeció en mi pecho al comprender mejor el trasfondo de aquella reunión. Gerda quería exhibir su nueva vida, su preciosa figura y su exitosa carrera como neurocientífica. Presumir lo bien que le fue y cuán maravillosa era su mundo.

—Pasaron cosas, Emilie.

Palideció.

—Pobre Gerda.

Ni siquiera sabía lo que le pasó.

—Fue muy inesperado, Emilie.

Se cruzó de brazos sin abandonar su deje compungido.

—Qué pena, Cora.

Seis personas estuvieron en su sepelio y solo uno o dos lamentaron de verdad su muerte.

—Eso explica su desaparición de las redes sociales

No podía opinar, nunca vi sus cuentas.

—¿Murió mientras estabas en Nueva York, Cora?

Intenté disimular la sorpresa, pero no estaba segura si lo conseguí.

—No fui —mentí con descaro—. Pasó algo bastante grave.

Achicó los ojos, confusa.

—Subiste fotos y vídeos, Cora.

No fui yo, fue Gerda.

—Tengo lagunas.

Le resumí lo sucedido y el impacto se notó en su expresión facial, el mismo que se estampó en la mía cuando comentó algo que desconocía.

—Estábamos en la mesa cuando atravesaste todo el lugar como alma que lleva el diablo y saliste sin despedirte de nadie —narró pudorosa—. Gerda te llevó, pero no volvimos a saber nada de ti.

Al día siguiente de la fecha que emitió me ingresaron al hospital para realizar la cirugía.

—¿No recuerdas nada más?

Se puso pensativa.

—La verdad es que las bebidas tenían un aderezo extra —declaró ruborizada—. Pensamos que eso te afectó.

Cundo le pedí que me enseñase la red social que usaba, según ella, se dio cuenta de que ya no la seguía y por ende no podía ver nada de mi perfil.

—Tenías preciosas fotos —comentó entristecida—. Eres fotógrafa.

Todo aquello me parecía muy extraño.

—No sigues a nadie, Cora.

Cero seguidores y cero seguidos.

—No es mi cuenta, es más, no tengo una, Emilie.

Un suspiro brotó de sus finos labios.

—Pues la persona que me escribió sabía mucho del instituto y de las tonterías que hacíamos.

Gerda también tenía un perfil, en realidad dos con el mío, pero decidí no alargar el tema. Me despedí de ella con la excusa de que tenía un compromiso y me largué a grandes zancadas

hacia el parque.

—¿Gerda, por qué hiciste todo eso?

Era una mujer exitosa, no necesitaba demostrarlo o presumir ante aquellos que no merecían su atención.

—Eras tan pobre, que lo único que tenías era dinero, Gerda.

Evoqué algunos detalles del libro, frases, lugares, fechas y datos que ella resaltó con marcadores. Algunos reales que, evidentemente, investigó para llegar a ellos.

—Algunos detalles ni siquiera yo conocía —resalté ensimismada—. ¡Y era mi vida! —me costó respirar con normalidad—. Lo triste es que no pensabas revelarme nada, no dejaste nada, ningún documento, nada —me puse pensativa—. El libro, solo el libro.

Sin ninguna explicación...

Crucé el puente de madera y bajé hacia el parque de largo camino flanqueado por los árboles. Era mucho más bucólico que en mi imaginación.

—¿O lo vi en alguna foto, Gerda?

Era el lugar perfecto para despedirme de aquella vida antes de iniciar la nueva.

—Aquí —puntalicé— vi a Peter por primera vez con Simón —inspiré entristecida—, y supe quién eras tú, Michael.

El móvil sonó, era Inga.

—Hola —le saludé.

Me habló de la agenda de Gerda.

—Sí; Inga.

Gerda tenía un par de citas médicas y debía abonar por ellas, pese a que no iría. Se había hecho un par de análisis y estudios.

—¿Pensaba hacer cirugías plásticas, Inga?

Lo más raro no era ese detalle, sino que cargó los gastos a la cuenta de la clínica.

—No hay problema, salda todo, Inga.

No agregó nada más.

—Adiós.

Descendí el sendero iluminado por el sol de media tarde en un halo entre el pasado y el presente. Una sensación de nostalgia trepó por mi corazón a medida que avanzaba.

—Me salvaste del abismo, Perseo.

No sabía que estaba en uno hasta ese momento.

—Incluso más allá de la muerte.

Cerré los ojos unos instantes para recuperar el control de las emociones cuando, de repente, como piezas de un rompecabezas, algunas informaciones se encajaron entre sí.

—Dios mío —musité temblorosa—. No, Gerda no haría eso.

Di media vuelta y apreté los pasos cuesta arriba con la cabeza repleta de preguntas y dudas. A medida que aceleraba, mi mente reproducía las inquietudes de mi alma.

Gerda adoptó tu estilo, es un clon tuyo con más curvas, Cora.

Un coche me tocó el claxon cuando crucé la calle a toda prisa.

Gerda publicó varios libros con su seudónimo: Paul Bormann.

Empecé a correr como hacía tiempo no lo hacía y envuelta en aquella maraña de pistas.

Gerda se mudó en el año 2021 en Hagen, cerca del Stadtgarten, el parque de la ciudad.

Recuerdos perdidos asomaron a mi mente como luces de farolas en un túnel oscuro.

Gerda me explicó tu cuadro clínico y lo que implicaría seguir manteniéndote conectada, Cora.

Su voz llegó a mis oídos como un susurro lleno de amenazas y determinación.

Mamá y yo nos negamos a aceptar sus indicaciones médicas, Cora, solo Dios tiene ese derecho, nadie más.

Me quería fuera de su vida, fuera de sus planes. Unos niños se cruzaron conmigo montados en sus patinetas eléctricas.

Vi a una mujer muy parecida a ti el día del sepelio de Perseo, Cora.

Comentarios, pistas y verdades inescrutables rondaron mi mente.

Evelyn juró vengarse de mí, pequeña.

Me la imaginé muy parecida a mí cuando tenía veintiséis años.

El séptimo día llegó un ramo de caléndula en la casa, lo lancé al cubo de basura, su significado era muy malo: dolor y sufrimiento, Cora.

La flor que Evelyn von Osthaus le regalo a sus padres el día del aniversario de bodas, cortadas por Otto.

Tu tío Dirk estaba con esa mujer días antes de lo que le pasó a Perseo, Cora, los vi en la cafetería del otro lado del pueblo.

Era Evelyn von Osthaus.

El mayor sufrimiento es perder a alguien, pequeña, a alguien que es todo para ti.

Y ella lo sabía muy bien cuando trazó su venganza contra el abuelo de Perseo.

Sí le cuentas a Perseo algo, puede pasarle algo, Cora.

Fogonazos del pasado relampaguearon en mi cabeza, alguno ya olvidados y otros bloqueados hacía años.

¿Aquel es mi tío? ¿Qué hace con el amigo de la profesora Agnes?

Nunca supieron cómo Andreas llegó a Hattingen, ni de dónde sacó el arma o la hermana de mi padre.

¿Fue él? ¿Fue mi tío? ¿Pretendía ocultar sus perversiones? ¿Por eso instó a la hermana de mi padre a golpearme el mismo día que Andreas pretendía acabar con la vida de Perseo?

Choqué contra alguien, me insultó, pero no me detuve, necesitaba llegar a un lugar y averiguar algo con premura.

—Dios mío —jadeé sin aliento al frenar los pasos—. Dios —gimoteé con lágrimas en los ojos—. No, no puede ser —balbuceé.

Me apoyé en la pared, llevé la mano a la frente, sorbí la nariz y cerré los ojos. La respiración entrecortada se perdió con los latidos alocados de mi corazón. Me alejé al componerme un poco y di unos pasos, muy pocos, la impresión no me permitió más.

—¿Michael? —logré expresar—. Ay, Dios santo —gemí—. Es él —temblé.

Un hombre altísimo, de piel ligeramente bronceada, ojos muy azules, barba bien recortada y pelo castaño claro me miró de reojo con atención y curiosidad.

—¿Sí? —replicó—. Soy yo.

Estaba con dos hombres, a uno lo reconocí al instante, era Johann, el dueño del bar y su amigo. Parecían ocupados con algo, pero no era capaz de averiguar en qué.

Es él...

Las ramas se mecían y desparramaba la luz del sol bajo ellas.

Es él...

Me zumbaban los oídos y las manos me hormigueaban mucho. Temí perder el conocimiento en cualquier momento.

—¿Michael Bauer? —repetí sin aliento—. ¿El bombero y actor de teatro?

Lo vi, a él, aquella noche en el club y no fue por casualidad, Gerda quería comprobar si

todavía podía distinguir su aroma.

—¿Eres tú...? —musitó aturdido—. ¿Cora Hartmann?

Temblé.

Suspiré.

Gemí.

—¿La fotografía? —soltó Johann.

Él lo miró de refilón y después volvió a escrutarme.

—Sí —dudé—. Soy yo.

Di un paso hacia atrás justo cuando unas lagunas se llenaron. Evelyn y mi tío forjaron la mejor pantomima. Y Gerda lo perpetuó cuando lo conoció fingiendo ser yo, pero cuando se enamoró de él, incluso su ansia de fama se esfumó. Lo que la llevó a querer ser yo,

—¿Nos conocemos? —escupí nerviosa y con mil dudas—. ¿En persona?

Me miró extrañado y por qué no decir: perplejo. No tenía idea de qué habló con Gerda o si incluso llegaron a verse. Ya nada me sorprendería.

—Sí, supongo —contestó dubitativo—. Hablamos bastante.

Hablaron por teléfono.

—Oh —solfeé inquieta—. Mucho —recalqué su última palabra.

Me rompí por dentro cuando me pellizqué la palma para comprobar que no era un sueño.

Era real...

Y ahora me costaba la vida misma contener las emociones.

—Nunca nos vimos.

Notó que algo no estaba bien.

—No, nunca —repuso.

Era el mismo hombre amable, empático, dulce y paciente. Aunque sabía que algo no estaba bien conmigo, no me lo decía directamente.

—Hemos hablado durante un año y cuatro meses por el móvil —afirmó sin abandonar su sonrisa preciosa y con la mano en la nuca—. Joder, pensé que nunca nos conoceríamos en persona.

Era el plan de Gerda.

—Hablamos mucho —apostillé.

Asintió cohibido y agregó que siempre había mucho ruido de fondo. Era Nueva York, donde se suponía que vivía hacía años.

—Tenía en mente ir a verte.

Me estremecí, Michael no tenía vergüenza de decir las cosas como eran, sin rodeos.

Dios, dame fuerza...

Me dolía no poder lanzarme a sus brazos y contarle toda la verdad. Aunque, su aroma, aquel del pasado, brillaba por su ausencia.

¿Ya no podía sentirlo?

—Me rompiste el corazón, Cora.

Lo contemplé consternada.

—¿Lo hice?

Su mirada se empañó de tristeza y estrujó mi corazón.

—Te lo di, Cora —declaró con sinceridad—. Te confesé lo que sentía por ti y tú solo desapareciste sin dejar rastro.

Gerda no pensó en esa posibilidad cuando se hizo pasar por mí. Y odió no ser yo, no ser la mujer que lo conquistó.

—Lo siento, Michael —susurré con la voz llorosa—. No fue mi intención —temblé.
Era él, el hombre que vi en mis sueños, el que Gerda grabó en mis retinas antes y después del coma.
—Dios... —terció con las manos en la nuca y la cabeza medio gacha—. ¿Qué me hiciste, Cora?
Me sorbí la nariz.
—No lo sé, Michael.
Se rio, pero fue una risa llena de amargura y frustración.
—Nunca te olvidé, Cora.
Una lágrima rebosó mi ojo.
—Y yo a ti, Michael.
Johann le hizo una señal al otro y este asintió condescendiente.
—Te espero dentro —anunció Johann—. Mucho gusto, Cora.
Solo asentí.
—Permiso.
Nunca sabría lo que él y Gerda compartieron, pero al verlo tenía una ligera idea.
—Mein Gott —siseó.
No llevaba camiseta, solo unos tejanos viejos y un gorro con la visera del revés de color negro delante del edificio donde vivía en el libro.
—Pensé que nunca te conocería en persona, Mein Engel.
Ahora sabía por qué Gerda hizo mi perfil, para conseguir un audio con su voz, la que recreó durante mi coma, antes de enamorarse de él.
—Pasó mucho tiempo desde que desapareciste.
Más de un año supuse.
—Hola —saludó y me estremecí—. Soy Michael Bauer.
El aire no llegaba a mis pulmones.
—Hola —balbuceé—. Soy Cora Hartmann.
Estaba delante de mí y todo mi cuerpo tembló, tal cual lo hacía el libro.
—Nunca viniste al club como quedamos, Mein Engel.
Me superaba su presencia, la verdad, la realidad, la que Gerda pretendía llevar consigo tras acabar conmigo a su regreso.
—Tuve un grave problema de salud, Michael —susurré sin voz—. Ya te lo contaré.
Envolvió mi mejilla con la mano y todo dentro de mí se desmoronó.
—Dios, ¿fue por eso...?
—Sí.
Una mueca de dolor se estampó en su cara al comprender mejor por qué, supuestamente, nunca di la cara el día que quedamos.
—Scheiße —espetó asombrado—. ¿Estás mejor? —susurró atribulado—. ¿Fue muy grave?
Evelyn lo crio, pero su esencia permaneció intacta dentro de él.
—Muy grave —musité con lágrimas en los ojos—. Ya te contaré todo.
Puse la mano en su abdomen fuerte para no perder el equilibrio.
—Michael —farfullé.
Me miró con mucha intensidad y compasión.
—Por eso desapareciste —repitió más sereno.
Una lágrima rodó por mi mejilla y él la rescató con su pulgar. Aquello me superaba por las

razones que solo su alma sería capaz de comprender.

—¿Llego tarde?

Jadeé emocionada ante el milagro que vivía y él ignoraba.

—No, llegas justo a tiempo, Mein Engel.

Su mirada se endulzó todavía más y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Casper —solté y se rio—. Es tu película favorita.

Reclinó la cabeza y el corazón chocó contra mi esternón con violencia justo cuando una indolente lágrima rodó el costado de mi rostro sin que pudiera evitarlo, ya no podía más. No la vio, la sequé muy rápido con el dorso de la mano o eso me pareció.

—Sí —musitó sobre mis labios y su aroma asaltó mis fosas nasales hasta impregnar mi alma—. Esperé mucho por este momento.

Aquel aroma que nunca pude olvidar.

—¿Sí?

Me envolvió con sus fuertes brazos y su aroma se intensificó al mismo ritmo de mis lágrimas que caían una tras otra por mis mejillas.

—Sí.

Era él...

—No sabes cuánto esperé por este día, Mein Engel.

Estaba llorando.

Era él...

—Mucho —musité sin voz.

Asintió antes de capturar mis labios en un beso que reconocí más allá de los sueños como aquel aroma único para mí.

El aroma de Perseo...

Índice

[Dedicatoria](#)

[Introducción – Cora - El aroma del pasado](#)

[Uno – Perseo - El mejor amigo](#)

[Dos – Cora - Una jugada del corazón](#)

[Tres – Perseo - El aleteo de una amistad](#)

[Cuatro – Cora - Páginas de vida](#)

[Cinco – Perseo - Fragancias de la vida](#)

[Seis – Cora - El olor de la casualidad](#)

[Siete – Perseo - Aquella luz en mitad del bosque](#)

[Ocho – Cora - Cartas del destino](#)

[Nueve – Perseo - Mentiras entrecortadas](#)

[Diez – Cora - Fata Morgana](#)

[Once – Perseo - No desistas de tus sueños](#)

[Doce – Cora - Un antes y un después](#)

[Trece – Perseo - El aroma del hogar](#)

[Catorce – Cora - Preguntas y respuestas](#)

[Quince – Perseo - Magia blanca](#)

[Dieciséis – Cora - Vidas cruzadas](#)

[Diecisiete – Perseo - Muñeco de nieve](#)

[Dieciocho – Cora - Enigmas del alma](#)

[Diecinueve – Perseo - Sonrisas y lágrimas](#)

[Veinte – Cora - Una canción especial](#)

[Veintiuno – Perseo - El mejor regalo](#)

[Veintidós – Cora - Un instante en tus brazos](#)

[Veintitrés – Perseo - Y si fuera cierto](#)

[Veinticuatro – Cora - El aroma de Michael](#)

[Veinticinco – Perseo - Mi primer amor](#)

[Veintiséis – Cora - Las constelaciones familiares](#)

[Veintisiete – Perseo - Dulce inocencia](#)

[Veintiocho – Cora - Alma perdida](#)

[Veintinueve – Perseo - La penumbra de la verdad](#)

[Treinta – Cora - Recuerdos, pistas y un abismo](#)

[Treinta y uno – Perseo - Ojos en el bosque](#)

[Treinta y dos – Cora - Huellas del destino](#)

[Treinta y tres – Perseo - El regalo perfecto](#)

[Treinta y cuatro – Cora - La decisión del corazón](#)

[Treinta y cinco – Perseo - Hattingen, noviembre de 1992](#)

[Treinta y seis – Cora - El anillo](#)

[Treinta y siete – Perseo - El último día](#)

[Treinta y ocho – Cora - Rumbo a la verdad](#)

[Treinta y nueve - Génesis apocalíptico](#)

[Cuarenta – Cora - La verdad](#)

[Cuarenta y uno – Cora - Viaje al pasado](#)

[Epílogo - Cora](#)

[Y algo mas](#)

[Agradecimientos](#)

Y algo mas

mis libros



El disfraz de una mentira (1)
El disfraz de una mentira (2)
Dos almas y un secreto
Dudas del alma
Un príncipe a mis 30
Un príncipe a mis 35
No me olvides
Siempre te extrañare
Secretos de sangre
Alguien como tu
Dulce destino
Esclava de un nazi
Mi cenicienta XL
Mi cenicienta XL – Diez años más tarde
En el corazón del águila
Esta luz nunca se apagará
Marcas del destino
Bajo el cielo de Varsovia
Ángeles y Demonios
Amor en Braille
Nuestro secreto
Mi corazón es tuyo
El secreto de Engel
La enemiga del Reich
La antología del amor
Enigmas del alma
El forastero
El infierno de Ian

Nunca es tarde
A pesar del tiempo
57 tazas
Prohibido

y
Mis cuentos



El espejo de Sofia



Agradecimientos

En primer lugar, a Dios y a mis ángeles que siempre están a mi lado, llenando de luz y bendición cada historia.

A mí, aunque suene un poco narcisista, por no dejarme vencer por la Retinosis Pigmentaria, por no desistir de mis sueños, por lograr terminar una historia más ante la terrible realidad que vivo con esta cruel enfermedad.

A mi amado esposo y alma gemela por su amor infinito, su paciencia, su apoyo incondicional y su fe en mí.

A mi adorada mamá, mi amiga, mi alma gemela, mi todo, por creer en mí siempre y jamás dejar de orar por cada proyecto.

A mis amigas, compañeras y cómplices: Patricia Alejandra Celedón y Jessica Sabio, gracias por nunca desistir de mí.

A mis amigas y lectoras: Norma Alicia, Lucía Cuenca, Juani Egea, Maritza Gritva, Paloma Samantha Jaen, Amparo Llodra, Valeria Muñoz, Silvia Peña y Mercedes Toledo.

A ti por darle una oportunidad siempre a mis novelas y por vivirlas como yo.